

Una dama barcelonesa del ochocientos

Una dama barcelonesa del ochocientos

LA SIERVA DE DIOS

DOÑA DOROTEA DE CHOPITEA

VIUDA DE SERRA

por

AMADEO BURDEUS SDB.



LIBRERIA SALESIANA
BARCELONA

002033

IMPRÍMASE

El Inspector Provincial

ISIDRO SEGARRA, SDB.

Barcelona, 12 de abril de 1962

Nihil Obstat:

El Censor

RICARDO NÁCHER, SDB.

Barcelona, 16 de abril de 1962

IMPRÍMASE

† GREGORIO, Arzobispo-Obispo de Barcelona

Por mandado de Su Excia. Rvma.,

ALEJANDRO PECH, Pbro.,

Canciller-Secretario.

ES PROPIEDAD

© LIBRERÍA SALESIANA

BARCELONA, 1962

ANULATO
Bibliotecas 122-26
1962

Depósito Legal. B. 16530.--1962

Núm. Rgto. 2190-62

ESCUELA GRÁFICA SALESIANA -- BARCELONA SARRIÀ

00203

Subió un día el Siervo de Dios Padre Jacinto Alegre, de la Compañía de Jesús, al Tibidabo, para visitar a un amigo enfermo con el que había trabado relación unos meses antes.

El amigo quedó convencido desde el primer contacto que tuvo con el hombre de Dios —ejemplar de piedad y ardiente caridad al prójimo, fundador después, en España, de los Cottoleños que habían de llevar, por imposición de la justicia de los pobres, su apellido—, de las heroicas virtudes que adornaban al Padre Alegre.

Le había conocido en la Casa Salesiana de Sarriá al acercarse a él a buscar datos de la Sierva de Dios doña Dorotea de Chopitea de Serra. Era el amigo por aquellas kalendas, Provincial —o Inspector, como se dice en la Congregación Salesiana— de la Provincia Tarraconense de la Merced.

Quedaron los dos vinculados por afinidad de ideas y propósitos, y pacto de mutua oración.

Subió aquel día al Tibidabo el Padre Alegre, S. J., para impetrar de Dios, por intercesión de Su Sierva Dorotea de Chopitea, la salud del enfermo, con el que rezó, arrodillados ante el altar mayor, en la Cripta del Templo Nacional Expiatorio del Sagrado Corazón de Jesús, tres Padrenuestros en honor de las augustas Personas de la Santísima Trinidad y una Salve en honor de la Virgen.

De ser lograda la gracia entraría ella, aún sin publicarse, en la lluvia de gracias que atribuía el Padre Alegre a la eficaz intervención de doña Dorotea de Chopitea.

¿Se logró?

El amigo del Padre Alegre entonces enfermo, no deja ni un día sin repetir agradecido las referidas oraciones.

Han pasado más de treinta y cinco años y hoy tiene el honor de escribir, amable lector, el Pórtico que lees.

No podía negarse al honor que le ofrecía el autor, ni a la gratitud que debe a los Siervos de Dios: Doña Dorotea de Chopitea de Serra, y al cantor de sus virtudes e intercesión, el Padre Jacinto Alegre, S. J.

Ni podía negarse al cariño que tiene al autor, alumno suyo en tiempos muy lejanos; sacerdote muy dotado por Dios de virtud, talento y dotes literarias.

Pena le da al prologuista el detenerse, amable lector, en el pórtico pedregoso de tan bello y sólido edificio.

Entra cuanto antes en él porque admirarás la traza y los adornos.

El Padre Burdeus, S. D. B., avezado a tales lides, tiene un estilo sobrio, pulcro, ameno e insinuante; y muy abiertos los ojos del espíritu y en amplio despliegue las alas.

El Señor para afinar su obra le ha hecho sordo a las palabras distraídas en su gran misión de hagiógrafo.

Entra, lector.

Sábetete que te vas a encontrar con un dechado heroico de caridad a los pobres.

No eres tú, amable lector, de los ciegos que dicen que la caridad es la nube de humo lanzada por los que se sientan, repantigados en el banquete de la vida, para que no vean los lázaros el despilfarro; de los que dicen que la caridad es el sustitutivo barato de la justicia, el vistoso paternalismo de capitalistas y empresarios, la bula de compensación de fraudes y de robos.

¡No! Si esa fuera la caridad, a mí también, como al que más, se me crisparían los nervios al mentarla.

Se me crisparían los nervios si fueran caridad las vendas que ponen ciertas limosnas sobre las heridas de la injusticia, para que no vean los ojos y quiebren de repulsa y dolor los corazones.

¡No! Ésa no es la caridad que trajo Jesús a la Tierra

cuando al promulgar la Ley Nueva nos dijo: "Amaos los unos a los otros como Yo os he amado."

¡Y con qué insuperable finura, con qué supremo sacrificio nos amó Él!

Caridad es poner el corazón junto al hermano que pena, con calor, con fraterno cariño, sintiendo su dolor en nuestra propia carne; y por tanto luchando briosamente con él contra toda suerte de injusticias.

No eres, amable lector, de los que dicen, arrastrados por esa lamentable confusión, que con sólo la justicia quedarían remediados los males de la Tierra.

¡No! El reino de Astrea, por muy fiel que sea la balanza y terrible la espada de la justicia no pasará, por siglos que viva la raza de Adán sobre la Tierra, de ser un reino muy arreglado, previsto y provisto, de estrechos y fríos mercados; no pasará de ser un reino de náusea y de hastío.

¡Corazón, corazón de hermanos!, pide el valle de lágrimas; más que pan, más que vestido, más que cobijo, más que ciencia; y lo pide a gritos cada vez más estentóreos.

¡Y hay que dárselo! Hay que sentirse hermano y hermano de todos según la bella expresión de Terencio, aplicada por San Agustín a nuestra donación a los otros: "Hombre soy y nada de los hombres me es ajeno."

Así fue la caridad heroica de esta mujer de gran piedad; ejemplar de esposas y de madres, amante de la justicia, rechazadora de todo abuso, que no dejó de prodigar las grandes riquezas de su casa con la finura de su gran corazón, sobre toda ignorancia, todo dolor, toda enfermedad, toda hambre, desnudez y descobijo.

Cuando rompía Barcelona los muros de su recinto, una mujer echaba abajo los de una caridad mezquina y cicatera, aparatosa y efímera.

Fue esa mujer doña Dorotea de Chopitea de Serra.

A ella, en el Señor, mi aplauso y gratitud.

Une al mío tu aplauso, amable lector.

† MARCELINO, Arzobispo de Valencia.

PRÓLOGO

En uno de los más bellos jardines de Barcelona se levanta un delicado monumento de mármol: representa a una dama del ochocientos, vestida a la moda de aquella época, que, mientras sostiene con la mano izquierda una sombrilla abierta sobre su cabeza, extiende la derecha graciosamente, como para comprobar si sigue lloviendo. Todos la conocen por *la Dama de la sombrilla*.

Hace poco un ingenioso periodista de la Ciudad Condal lanzó la idea de que la popular estatua podría considerarse como la genuina representación de la mujer barcelonesa de su tiempo, insinuando que en homenaje a la misma, se la llamase en adelante *la Dama de Barcelona*.

Al leer en la prensa esta sugerencia, en ocasión en que ya andaba enfrascado en el presente libro, me vino a la memoria el siguiente episodio, referido en los Actos de los Apóstoles.

Al llegar San Pablo a Atenas quedó asombrado viendo que por todas partes se levantaban estatuas a las falsas divinidades; pero su asombro llegó al colmo cuando leyó sobre un pedestal, desprovisto de estatua, la siguiente inscripción: "Al dios desconocido." Inflamado en santo celo al considerar hasta qué extremo llegaba la superstición de aquellas gentes, en la primera ocasión que se le ofreció les dirigió la palabra diciendo:

—Ese Dios a quien adoráis sin conocerlo, es el que yo vengo a predicaros.

Algo semejante podríamos decir nosotros ante la propuesta del ilustre periodista:

—Esa dama barcelonesa, simbolizada en una estatua de vuestros jardines, a quien vosotros deseáis honrar y enaltecer, es la que yo pretendo daros a conocer con este libro. Esa dama ha existido en la realidad y tiene un nombre, que si hoy es ignorado por la mayoría de los barceloneses, es, sin embargo, bendecido por millares de necesitados, de enfermos, de ancianos desamparados, de niños pobres y abandonados, que, gracias a ella se ven protegidos contra la miseria, la enfermedad y la ignorancia.

Esa dama es doña Dorotea de Chopitea.

Porque doña Dorotea fue, sin lugar a dudas, la dama representativa de Barcelona en el pasado siglo. Si no tuvo aquí su cuna, vivió en Barcelona toda su vida, y sobre ella derramó a manos llenas los tesoros de su caridad, y la iluminó con los destellos de su santidad.

En el transcurso de su larga vida fundó a sus expensas —o ayudó eficazmente a su fundación y sostenimiento— más de treinta instituciones de beneficencia; y lo más admirable de ellas es que transcurridos setenta años de su muerte, la inmensa mayoría de estas fundaciones continúan su vida pujante y siguen derramando el bien entre las clases más humildes de la sociedad.

El día de su muerte fue un día de luto para Barcelona. La voz unánime era: “Ha muerto una santa.”

Toda la prensa de la ciudad se ocupó por extenso de ella y en multitud de artículos necrológicos se enalteció la figura de la excelsa dama, recordando sus incontables obras de beneficencia, su amor a los pobres y su vida ejemplar. Hacían hincapié sobre todo, en la unanimidad con que todo el pueblo barcelonés, desde el venerable Prelado de la Diócesis, hasta la más humilde viejecita, a boca llena, la proclamaban santa.

Esta voz popular fue la que movió al sabio jesuita Padre Jaime Nonell a escribir la biografía de doña Dorotea. Para ello, como él mismo refiere, comenzó por visitar a las personas más allegadas, familiares, amigos, Superiores de los establecimientos por ella fundados y pronto se halló en posesión

de un arsenal de datos preciosos, de primera mano, con los que pudo llevar a cabo su propósito dando a la luz, a los pocos meses de la muerte de la piadosa dama, su *Vida ejemplar de la Excelentísima señora Doña Dorotea de Chopitea, Vda. de Serra*, impresa en la Escuela Tipográfica Salesiana de Sarriá, por ella fundada.

Pasó el tiempo, y la esponja del olvido fue borrando lentamente el recuerdo de Doña Dorotea, aunque se mantenía vivo entre sus numerosos descendientes y en sus fundaciones.

Fue otro celoso jesuita, el inolvidable Padre Alegre, quien, entregado al apostolado de la caridad entre los enfermos y los pobres, volvió a suscitar el recuerdo de la caritativa señora, en quien vio, sobre todo, un acabado modelo para la gente adinerada, que en los prósperos años de la postguerra (1914-1919) derrochaba su fortuna en caprichos y placeres, sin acordarse de sus hermanos, los pobres de Cristo, que sufrían hambre y necesidad.

Con el fin de despertar entre las personas pudientes el deseo de imitarla, escribió una nueva biografía de doña Dorotea, titulada *Un modelo de caridad*. Para ello, además de los datos que le ofrecía el Padre Nonell, buscó otros nuevos poniéndose en contacto con los familiares y demás personas que la habían tratado, recorriendo todas sus fundaciones en Barcelona y allegando nuevos detalles de su inagotable caridad.

Estas dos obras me han servido de base para la presente.

Pero además, tuve la oportunidad de obtener copia de las Actas de los dos Procesos, el Informativo y el Apostólico, que se han realizado con motivo de iniciarse en la Curia de Barcelona la Causa de Beatificación de doña Dorotea. En ellos constan las declaraciones juradas de numerosos testigos de vista que aportaron nuevos detalles y noticias desconocidos por los anteriores biógrafos.

Finalmente, don Antonio de Gispert, biznieto de doña Dorotea, tuvo la gentileza de poner a mi disposición todos los documentos familiares que su padre, don Gustavo, conservaba celosamente como heredero directo de tan gran tesoro. Y unidos a los que he podido encontrar en los archivos de la Congregación Salesiana, me han permitido elaborar esta nueva

biografía que no sin justificado recelo, ofrezco al benévolo lector. Y digo justificado recelo, porque tratándose de la biografía de una persona a quien la Iglesia encamina al honor de los altares, comprendo que debería haberse encargado de tamaña empresa una pluma más autorizada y mejor templada que la mía, pues escribir de un santo, sólo puede hacerlo dignamente, otro santo.

Sirva de excusa a mi atrevimiento, en primer lugar, la obediencia, que me ha puesto en tal aprieto, y en segundo lugar el amor y la gratitud que, como salesiano, siento por nuestra insigne bienhechora.

Tratándose de un trabajo que tanta responsabilidad entraña, ya que este libro pudiera influir en el juicio definitivo de las Congregaciones romanas, me he impuesto la obligación de no publicar nada que no se base en documentos auténticos y se encuentre al abrigo de toda sospecha sobre su veracidad.

Por este motivo, al transcribir algunos documentos y cartas originales de la Sierva de Dios, u otras a ella dirigidas, he dejado, de propósito, su redacción original, a pesar de sus incorrecciones gramaticales o sus giros extranjeros. No es mi propósito hacer literatura ni he querido dar alas a la fantasía. Tal vez con ello pierda el libro calidad artística; pero en cambio, ganará en sencillez y exactitud, cualidades que juzgo esenciales en la biografía de una persona llamada al honor de los altares.

Sólo me propongo despertar en mis lectores la simpatía y la devoción hacia esta heroína de la caridad y mover los corazones de las personas adineradas a la imitación de doña Dorotea, para que, como ella, destinen parte de sus riquezas a remediar la miseria de los necesitados, obedeciendo al terminante e insoslayable mandato de Jesucristo: "Lo que os sobra, dadlo a los pobres".

Si así sucediera, y los ricos aprendieran de doña Dorotea la gran lección de su caridad, se daría por sobradamente recompensado

EL AUTOR

Barcelona, 3 de abril de 1962.

71 aniversario de la muerte de doña Dorotea.

I. LA MUJER

LA FAMILIA CHOPITEA

La vertiente andina que recae hacia el Pacífico, y particularmente la extensa zona que forma hoy la floreciente República de Chile, ha sido la meta preferida por los colonizadores vascos, que sobre todo en los siglos XVII y XVIII emigraron en gran número hacia aquellas fértiles tierras, en donde sentaron sus reales y prodigaron sus esfuerzos. Con su constancia y laboriosidad características transformaron aquellos agrestes y fértiles parajes en una zona riquísima por su agricultura y por las industrias y el comercio de ella derivados y con ello alcanzaron posiciones destacadas en la vida social y económica del país.

Dueños de considerables riquezas, compraron a los Reyes de España títulos de nobleza y consiguieron los primeros puestos en los Cabildos, estableciendo mayorazgos que perpetuaron su influencia económica y social.

Al conseguir la madurez política y la autonomía económica, se separaron de la Madre Patria en una lucha por su independencia, que fue una verdadera guerra civil, en la que luchaban hermanos contra hermanos: los unos, con el ideal puesto en la independencia absoluta, los otros en la fidelidad a su patria de origen y a los Reyes de España.

Entre los primeros destacan las familias Errauriz, Egaña, Vicuña, Zañartu, Irarrazábal... que en la primera etapa de la vida republicana tomarán las riendas del Estado y harán

de Chile uno de los países más progresivos y respetados de la América española.

Entre los segundos queremos tan sólo mencionar a don Pedro Nicolás de Chopitea, que, natural de la villa vizcaína de Lequeitio, había emigrado a Chile en 1790, en plena juventud, contrayendo allí matrimonio con una joven criolla, doña Isabel de Villota, tan adornada de prendas personales como de eximias virtudes cristianas.

Fijaron su residencia en Santiago; y los negocios, hábilmente dirigidos por don Pedro, les proporcionaron una opulencia que empleaban en gran parte en aliviar las miserias de los pobres y de los desgraciados, pues ambos esposos, a fuer de ejemplares cristianos, eran sumamente caritativos.

Dios bendijo esta unión concediéndoles dieciocho hijos, seis de los cuales fallecieron en tierna edad. Los supervivientes fueron cinco hijos y siete hijas: Joaquín, Saturnino, Juan Antonio, Manuel y Pedro. Josefa, Isabel, Marcelina, Mercedes, Carmen, María Jesús y Dorotea.

Esta última, nacida el 5 de junio de 1816, fue bautizada el mismo día de su nacimiento en la santa iglesia metropolitana de Santiago por el reverendo don José María Bustamante, quien le impuso los nombres de Antonia, Dorotea, Dolores. El nombre de Antonia se debe a su madrina, doña Antonia de la Zerda, que juntamente con don Agustín Francisco Gondra, sacaron de pila a la niña recién nacida.

Pero ésta fue siempre conocida por su segundo nombre: Dorotea. Los biógrafos de la Sierva de Dios hacen hincapié en el feliz presagio de este nombre, que en griego significa *don de Dios*, pues la niña fue un verdadero regalo de Dios no sólo para sus padres, sino para su Patria natural, Chile, y para su Patria de adopción, España; pero sobre todo para Barcelona, en donde desarrolló su misión de caridad en tan gran escala, que bien se puede decir que fue un precioso regalo que el Señor hizo a los pobres, a los enfermos, y en una palabra, a todos los necesitados de la Ciudad Condal.



Retrato de Doña Dorotea de Chopitea, por Martí-Grau.

LA INDEPENDENCIA CHILENA

No es nuestro propósito —y estaría fuera de lugar— entrar en detalles acerca del gran acontecimiento que para la Historia del mundo representa la independencia de las que durante tres siglos fueron nuestras provincias de ultramar, nunca colonias.

Transcurrido un siglo y medio de aquel acontecimiento histórico, se ven ya en una clara perspectiva los incidentes que provocaron el rompimiento de aquellas provincias con la Madre Patria, incidentes que, desorbitados por la pasión de ambas partes en aquellos años de cruentas luchas, no pasan de ser, limados por el tiempo, lo que se ha llamado, justamente, “crisis de crecimiento”.

Las provincias españolas de ultramar, gobernadas ni más ni menos como las de la Península, habían alcanzado ya su madurez política, económica y cultural. Había llegado el momento de su mayoría de edad. Y los hijos, cuando llegan a ella, forzosamente han de separarse de la madre.

Esta separación, que hubiera podido realizarse normalmente, mediante una paulatina autonomía o por una a manera de Confederación, como acertadamente propuso el Conde de Aranda, ministro de Carlos III y posteriormente Godoy, en tiempos de Carlos IV, se llevó a cabo, por la ceguera de unos y por la incomprensión de otros, de una manera violenta, patrocinada por la masonería, que poniendo en práctica para sus oscuros fines e inconfesables ambiciones los principios de la revolución francesa, ensangrentó durante cerca de treinta años las fecundas y hermosas tierras americanas.

Al ser cautivado Fernando VII por Napoleón, en 1808, los americanos, no queriendo obedecer al gobierno intruso de José Bonaparte, instalado en España por su hermano, se levantaron en armas, como la metrópoli, contra la invasión francesa.

La vuelta de Fernando VII a Madrid, en 1814, suprime el pretexto del levantamiento en armas. Se pueden enviar, además, tropas a América, que restablecen la dominación española en toda ella, excepto en el virreinato de Buenos Aires.

Mas el espíritu de independencia estaba muy arraigado entre los criollos, que, azuzados interesadamente y ayudados abiertamente por Francia, Inglaterra y Estados Unidos, van adquiriendo ventajas militares, que finalmente se traducen en las victorias decisivas de Maipú (Chile), Boyacá (Colombia), Carabobo (Venezuela), Junín (Ecuador) y Ayacucho (Perú), por las que se llega a la definitiva independencia americana.

En la Capitanía General de Chile, patriotas y realistas lucharon denodadamente por el triunfo de sus ideales respectivos. Don Pedro de Chopitea, como buen español, abandonó sus negocios para vestir el uniforme militar, y luchó valerosamente en defensa de su Rey y de su Patria. Otros españoles y descendientes de españoles, abrazaron con entusiasmo la causa de la Independencia, entre ellos los célebres hermanos Carrera —Juan José, Luis y José Miguel—, primos hermanos de don Pedro. Era aquélla, como hemos dicho, una verdadera guerra civil, como las que ensangrentaron el suelo de España durante casi todo el siglo XIX. No se hacían prisioneros y la guerra se llevaba a cabo con la crueldad característica de las contiendas civiles.

EVASION ROCAMBOLESCA

Don Pedro, que luchó con denuedo y entusiasmo, fue al fin hecho prisionero y condenado a muerte. Se hallaba en capilla y próximo a ser fusilado, dispuesto a morir como buen soldado y fervoroso cristiano. Pero el pensamiento de su esposa y de sus numerosos hijos que se verían abandonados y expuestos tal vez a crueles represalias, aguzó su ingenio para concebir un plan de evasión tan audaz como novelesco. A este efecto echó mano de su enorme fortuna, y convencido de que el oro abre todas las puertas y allana todos los obstáculos, compró a sus guardianes en la exorbitante suma de cuarenta mil pesos, que entregaría en el momento de verse en libertad.

Exigió la seguridad de que su familia sería embarcada en un navío español para trasladarse a la Península, y una vez

obtenida esta garantía, pensó en la manera de escapar de su prisión. Entre los diferentes medios que su fértil imaginación le presentaba, optó por el de simular su muerte. Para ello hubo de comprar la complicidad del médico de la prisión, que certificó su defunción. Como consecuencia, fue encerrado en un ataúd debidamente acondicionado con respiraderos disimulados, y sin dificultad atravesó las cancelas de la cárcel y fue llevado al cementerio. Una vez allí, aprovechando la oscuridad de la noche, salió del féretro, y por caminos previamente preparados, llegó al barco en donde le aguardaba su familia, que le recibió con el consuelo y la alegría que es de suponer, pues ya le consideraban muerto.

El barco se hizo inmediatamente a la vela, rumbo al Brasil, no sin antes haber experimentado las horribles tormentas del Cabo de Hornos, que varias veces pusieron en peligro la frágil embarcación. En una ocasión el mar se mostraba tan embravecido y era tan inminente el peligro de zozobrar, que el capitán del barco, agotados todos los medios y viendo que no era humanamente posible salvar a los pasajeros, los exhortó a que se encomendaran a Dios antes de ser engullidos por las aguas. Don Pedro y los suyos, arrodillados, elevaron sus ojos y su corazón al Cielo, pidiendo fervorosamente su ayuda.

¿Iban a resultar inútiles todas las angustias pasadas, y se habría salvado del piquete de ejecución para caer víctima de las olas enfurecidas? ¿No hubiera valido más morir como soldado que perecer junto a los suyos sin poder hacer nada para salvarlos? ¿Y aquel angelito, de apenas dos años de existencia, la inocente Dorotea, había de ver truncada su existencia antes de empezar a vivir?

No. La Providencia tenía puestas sus miras en aquella niña. Y tal vez debido a ella se apiadó de toda la tripulación. Pasó la borrasca, volvió la calma y el barco pudo llegar sin más percances a Barcelona, su puerto de destino. Era el año 1819.

LOS CHOPITEA EN BARCELONA

La Barcelona del primer tercio del siglo pasado, no era, ni con mucho, la actual metrópoli que cuenta dos millones de habitantes. Se reducía al casco antiguo, limitado por las actuales rondas y se comenzaba a derruir las viejas murallas que ceñían la ciudad, la cual, iniciada su evolución industrial, iba creciendo lenta, pero firmemente en busca de lugares aptos para sus fábricas textiles y metalúrgicas, base de su futura riqueza y poderío.

Pueblecitos que hoy forman barrios de la ciudad cosmopolita, la circundaban, y para trasladarse a ellos se utilizaban las humildes tartanas de los menestrales o los ricos carruajes de la gente acomodada, que habían edificado allí sus modestas masías o sus señoriales *torres* para su recreo y esparcimiento en los calurosos meses del verano. Las Corts, Hostafranchs, Gracia, Sarriá, San Gervasio, Horta... se hallaban separadas de la capital por vastos espacios verdes y riquísimas huertas, cuidadosamente cultivadas y cruzadas por numerosas acequias y canales de riego.

Eran los tiempos clásicos del *senyor Esteve*.

Don Pedro de Chopitea, al llegar a Barcelona con su numerosa familia, tuvo que hacer frente a no pocas dificultades, ya que la mayor parte de su fortuna le había sido confiscada en Chile. El dinero y las joyas que doña Isabel de Villota había conseguido salvar del desastre, podían formar la base de su futura fortuna. Para ello necesitaba relacionarse con las personas más influyentes de la ciudad, en donde no era más que un repatriado desconocido.

En un curioso documento, fechado en 27 de julio de 1821, solicita, junto con su cuñado don Santiago Ascacíbar Murube—casado con doña Ignacia de Villota, hermana de doña Isabel— que el Alcalde Constitucional tercero, legalice, por medio de escribano público, el aval con que varios amigos de Barcelona, también emigrados de Chile, responden de su persona, de su honradez y de sus servicios a la Patria.

LA FAMILIA SERRA

El primero de ellos era don Mariano Serra y Soler, que, andando el tiempo había de reforzar los lazos de la amistad con los más íntimos del parentesco.

Don Mariano era oriundo de Palafrugell (Gerona) en donde había nacido en 1775.

Muy joven aún, se trasladó a Chile, en donde su actividad, su honradez y su pericia en los negocios le proporcionaron grandes riquezas. Contrajo matrimonio con una joven criolla, doña Mariana Muñoz, descendiente de españoles y Dios bendijo el nuevo hogar con cuatro hijos: José María, Mariano, Carmen y Teresa. En Santiago, donde había fijado su residencia, entabló estrecha amistad con don Pedro de Chopitea, y ambas familias, por su origen, y por semejanza de fortuna y de sentimientos mantuvieron una intimidad que no habían de menoscabar ni las vicisitudes de la fortuna ni las calamidades de los tiempos.

Cuando estalló la guerra de la independencia, don Mariano, al igual que don Pedro, se alistó bajo las banderas de la Madre Patria, en las que veía el símbolo de la fe y de las tradiciones cristianas. También él luchó bravamente en los campos de batalla, llegando a apoderarse, por un audaz golpe de mano, de una ciudadela ocupada por los insurrectos, hecho que le valió de parte de Fernando VII un título honorífico, en premio a su valor y fidelidad.

Al triunfar la Independencia, don Mariano abandonó el país con su familia y los restos de su fortuna y se vino a Barcelona, en donde reanudó sus relaciones con don Pedro de Chopitea, y le ayudó generosamente a reemprender sus actividades comerciales, en la forma anteriormente indicada.

Terminada la guerra, el Gobierno de Chile le invitó a volver allí, pues para la restauración de la vida económica del país se necesitaban hombres del temple, de la honradez y de las dotes comerciales de don Mariano Serra; pero éste, a pesar de recibir por dos veces el pasaporte, no quiso volver a un país en donde ya no ondeaba la bandera de España.

Años más tarde, en 1845, su hijo José María fue nom-

brado Cónsul de Chile para los territorios de Cataluña y Baleares, cargo que desempeñó hasta la ruptura de las relaciones diplomáticas entre España y aquella República, a consecuencia de la guerra de 1875.

UNA FAMILIA BARCELONESA DEL 800

La familia Chopitea ocupó una amplia y señorial vivienda cerca de la aristocrática calle de Moncada, en la llamada calle de la Barra de Ferro, y una vez aposentados, Don Pedro se dedicó a salvar los restos de su fortuna, reanudando, apenas las circunstancias lo permitieron, sus actividades comerciales con Chile. La familia seguía aumentando: en 1821 nació un varón, al que pusieron por nombre Pedro Nicolás, como el padre. Era necesario pensar en la educación de tan numerosa prole. En aquellas fechas no existían —o eran muy escasos— los colegios para la educación de la juventud, de modo que generalmente esta labor se realizaba en el seno de la familia. Los esposos Chopitea supieron cumplir admirablemente este importante cometido. Cristianos ejemplares, sabían valorar el tesoro que el Señor les confiara en sus hijos y dedicaron sus desvelos a educarlos en los incommovibles principios de la fe y de la virtud, de los que ellos, los primeros, daban siempre el ejemplo.

Doña Isabel de Villota se ocupó personalmente de la instrucción intelectual y religiosa, especialmente de sus hijas, a las que con el ejemplo de su vida intachable iba formando en los sólidos principios de la vida cristiana.

Para mayor estímulo y aliciente organizó la vida doméstica de una manera tan original como sabia, que vino a dar los mejores resultados. Siendo tantos sus hijos y tan diferentes sus edades, hizo que cada uno de los hermanos o hermanas mayores se encargasen de la instrucción y cuidado de uno de los pequeños, con quienes desempeñaba el papel de segunda madre o segundo padre, y de esta manera, al par que se afianzaban los vínculos familiares, los mayores, al sentir la grave responsabilidad que se les encomendaba, procuraban

desempeñar tal cargo de confianza con el mayor celo y eficacia.

¿Quién enseñó a aquella madre cristiana éste que después los pedagogos del siglo habían de calificar de "sistema mutuo", teniéndolo como una conquista de la pedagogía moderna? Ella lo intuyó y lo puso en práctica, guiada tan sólo por el amor cristiano, que sabe resolver los más arduos problemas pedagógicos, porque en el fondo de los mismos no hay más que una fuente inagotable y perenne: el amor cristiano, que busca ante todo, el bien de las almas.

A la pequeña Dorotea le cupo en suerte tener por guía y maestra durante su infancia y adolescencia —hasta las vísperas de su boda— a su hermana Josefa, que tenía nueve años más que ella. Cuidadosamente educada por doña Isabel, Josefa era una jovencita muy piadosa, de costumbres angélicas, inclinada desde pequeña al claustro, en el que ingresó al llegar a la edad competente. No pudo, pues, Dorotea, tener mejor maestra y amiga. Ella fue la que abrió su inocente corazón a las cosas del Cielo, enseñándole las sencillas oraciones de la infancia, la que la preparó a la primera Confesión y Comunión, la que cuidaba amorosamente de su vestido, de su enseñanza, de su aprendizaje en todas las actividades que habían de hacer un día de Dorotea un modelo y ejemplar de jóvenes cristianas, de esposas ejemplares y de madres santas.

Andando el tiempo, se compenetraron tan íntimamente que llegaron a formar un solo corazón y eran tan semejantes en carácter, virtudes y cualidades, que en Josefa se veía retratada la futura Dorotea y en ésta se observaban todas las eminentes cualidades de su santa hermana: ambas aspiraban igualmente a la perfección y ambas juntamente la consiguieron: Josefa en el claustro, Dorotea en el hogar doméstico.

Doña Isabel no por eso descuidaba la vigilancia de sus hijos pequeños; pero reservaba su especial intervención para los casos en que la falta de experiencia de los hijos mayores o circunstancias imprevistas lo aconsejaban.

Si Josefa logró tan buenos resultados en la formación de

Dorotea, se debe, sin duda, a sus relevantes cualidades de educadora; pero no menos a las inmejorables disposiciones de la pequeña. De natural reposado, constante, inteligente, como nos la describe su primer biógrafo, el Padre Nonell, jamás se notó en ella liviandad o cosa alguna que no llevara impreso el sello de una gravedad y cordura superiores a sus tiernos años.

Al despuntar la razón en Dorotea, Josefa se esforzó en inculcar más hondamente en su hermanita los sentimientos de profunda piedad que albergaba en su corazón y la llevó consigo a los pies del prudente y celoso Vicario y Beneficiado de Santa María del Mar, reverendo don Pedro Naudó, que fue el confesor y director espiritual de la familia Chopitea. Este santo varón supo captar bien pronto los quilates de santidad que encerraban aquellas dos almas escogidas y las guió sabiamente por los senderos de la perfección, hasta que Josefa ingresó en el claustro. En cuanto a Dorotea, lo tuvo como confesor desde el 1829 hasta el 1882 en que falleció tan ejemplar sacerdote. Por espacio de 53 años don Pedro Naudó sembró a manos llenas en el corazón de Dorotea los tesoros de su experiencia y de su santidad.

Hermoso ejemplo de constancia por parte de Dorotea y que harían bien en seguir las jóvenes del día, que muchas veces mariposean de uno en otro confesor sin obtener el fruto deseado, por el frecuente y caprichoso cambio de dirección espiritual.

INFANCIA DE DOROTEA

Pocos son, desgraciadamente, los detalles que nos han llegado de la infancia de Dorotea; pero a semejanza de la de Jesús, podemos compendiar esta época de su vida en pocas palabras: crecía en edad, sabiduría y gracia ante Dios y ante los hombres.

Apenas contaba Dorotea nueve años de edad cuando ya dio admirable muestra de lo que había de ser en el futuro. Al venir a Barcelona la familia Chopitea, los acompañaba la nodriza de Dorotea. Ésta, que apenas contaba tres años

de edad, necesitaba aún de los cuidados de su ama, la cual, por su parte, habiendo quedado viuda y sin hijos, tenía puesto su corazón en la niña, de la que no acertaba a separarse, pues la amaba como si fuera su propia hija.

Algunos años después de su llegada a Barcelona, tuvo ocasión de contraer nuevo matrimonio con un sujeto que, a poco de casados, le hizo la vida imposible por la brutalidad de su carácter y los malos tratos de que la hacía objeto. Hasta tal punto llegaron las cosas, que hubieron de separarse: la pobre mujer se encontró sin amparo y con unos niños de corta edad a quienes había de mantener. Acudió, llena de confianza, a la jamás desmentida generosidad de los señores de Chopitea, los cuales la acogieron de nuevo benignamente en su casa, con gran alegría de Dorotea, que a pesar de su corta edad de nueve años, supo dulcificar las penas de su nodriza y cuidar con amor fraterno de sus hijitos, a quienes trataba como hermanitos pequeños, cuidándose de su alimentación, vestido y educación.

Los padres de Dorotea, lograron al fin reconciliar al desunido matrimonio que pasó a vivir a Málaga, en donde murió la nodriza.

Grandísimo era el cuidado y la vigilancia que los ejemplares esposos ejercían sobre su numerosa familia: como buenos padres cristianos, conscientes del tesoro inapreciable que representa la pureza de costumbres en la educación de los hijos, jamás descuidaban su vigilancia, evitando así los peligros que la misma familiaridad puede originar. Si en cualquier circunstancia don Pedro o doña Isabel tenían que dejar solos a sus hijos, jamás permitían a los niños mezclarse con las niñas, sino que conducían a dos departamentos distintos a unos y a otras mientras duraba su ausencia, diciendo: "Así los tenemos seguros."

Alguno quizás motejará de exagerada esta conducta; pero la experiencia enseña que aun en las familias más piadosas y cristianas, la promiscuidad entre los hermanos, ofrece a veces serios peligros y es causa de muchas miserias morales.

Los educadores y sobre todo los confesores pueden dar fe de cuántas inocencias perdidas hay que lamentar y cuántos



malos hábitos se originan a causa de la triste ceguera o de la necia confianza de muchos padres y muchas madres que, descuidados en este punto, juzgan a sus hijos puros angelitos...

Los padres de Dorotea no descuidaban, además, cuantas ocasiones se les ofrecían para inculcar en sus hijos el espíritu de caridad y de abnegación.

Tenían recogido en su casa a un anciano caballero, antiguo amigo de la familia, que por azares de la fortuna veleidoso había caído en la más espantosa miseria después de haber gozado de una posición elevada. El tal caballero, por su edad avanzada, comía de una manera repugnante, dejando caer la comida y manchando su vestido y los manteles. Como la familia era tan numerosa que no cabían todos en una sola mesa, algunos de los niños debían comer en una mesita aparte y en compañía del anciano mencionado, cuya vista y trato era poco agradable. Pues bien: don Pedro dispuso que todos, por riguroso turno, se sentasen a la mesa pequeña, acompañando al anciano, a fin de ejercitar con él la virtud de la caridad y acostumbrarse a la compasión y a la afabilidad con los desgraciados, en quienes debían ver siempre la imagen del Señor.

ALBOREA EL AMOR

En este ambiente ejemplar fue creciendo Dorotea, bajo la amorosa mirada de sus padres y la abnegada ayuda de Josefa. A los 16 años era ya una mujercita desarrollada y esbelta que aparentaba una edad superior a la que realmente tenía. Era alta, bien proporcionada y resplandecía en ella una sencillez sin desaliño, una modestia sin encogimiento y una gravedad sin afectación, que la hacían sumamente atractiva.

“Era inteligente, mas no presumida; enérgica y laboriosa, mas no precipitada ni imprudente, y la hermosura de su alma se reflejaba en el candor angelical de su tersa frente y en el casto fulgor de su mirada pura e inocente. La única que no reconocía en sí tan raras dotes de alma y cuerpo era la joven dichosa que en grado tan excelente las poseía.

"Amaba con ternura a sus padres, a quienes reverenciaba como a los representantes de Dios en la Tierra. Frecuentaba el templo, acercábase a menudo a los Santos Sacramentos; érale suave y dulce el recogimiento y su ocupación favorita eran los ejercicios de caridad y devoción."

Tal es el retrato físico y moral que de ella nos ha dejado el Padre Nonell, que fue recogiendo cuidadosamente estos detalles, de las personas que conocieron de jovencita a la Sierva de Dios.

No es, pues, de extrañar que tan relevantes dotes de cuerpo y alma atrajeran la atención de más de un joven de los que frecuentaban el trato de la familia Chopitea; pero entre ellos había uno a quien de manera especial cautivaron las excepcionales virtudes de Dorotea y anhelaba secretamente conducirla al altar para fundar una familia cristiana. Se llamaba José María y era el hijo mayor de don Mariano Serra.

Era un joven de agradable presencia, trato correcto y señoril, y dotado, como su padre, de un don especial para los negocios; pero por encima de todo, era un cristiano ejemplar y honrado a carta cabal. Al volver a Chile, su padre le había colocado en un colegio de Marsella, en donde adquirió una sólida educación y una instrucción adecuada a su posición social.

Acariciaba don Mariano la ilusión de unir a su hijo con Dorotea, la joven en quien veía reunidas todas las cualidades de una esposa ejemplar. De esta manera quedaría sellada para siempre la fraterna amistad que desde tiempo atrás unía a las dos familias. Al comunicar sus proyectos a José María, éste vio el cielo abierto. Era ésta, precisamente, su más acariciada ilusión, aunque nunca se había atrevido a manifestarla a nadie: era el secreto de su corazón, pero era tal el respeto y veneración que sentía por Dorotea que en su humildad le parecía inasequible tan gran tesoro.

Faltaba la aquiescencia de los señores de Chopitea; pero éstos, dada la amistad que profesaban a los Serra y en vista de las excelentes cualidades que adornaban a José María, aceptaron el proyecto gozosos e ilusionados.

En aquellos tiempos las jóvenes casaderas eran las únicas

tal vez que no eran consultadas en asunto de tanta trascendencia para la dicha del futuro hogar. Se limitaban a acatar la voluntad de sus padres e iban al altar ignorando, muchas veces, la cualidades, buenas o malas, del esposo que aquéllos les destinaban.

No sucedió así con Dorotea, pues habiendo tratado ya a José María en las frecuentes reuniones familiares, lo conocía y apreciaba a fondo. Y tal vez en su corazón virginal se había encendido la llama de un amor puro y santo; de modo, que al insinuarle sus padres el proyectado matrimonio, no le costó a la tierna doncella mucho esfuerzo el cumplir aquel deber de obediencia, puesto que iban unidas a él la casta atracción y la profunda simpatía que sentía por su joven prometido.

Comenzaron, pues, así las relaciones oficiales de ambos jóvenes. Dorotea contaba 16 años de edad, y José María iba a cumplir los 22.

NUBES DE TORMENTA

Desgraciadamente, esta felicidad estuvo a punto de zozobrar en sus comienzos.

En 1832, apaciguados ya un tanto los ánimos con la paz, decidió don Pedro volver a Chile para recuperar sus bienes en aquel país de donde hubo de salir de la manera dramática ya referida. Le acompañaban sus hijos mayores; los restantes quedaban en Barcelona con doña Isabel.

Al llegar a Montevideo don Pedro tuvo un ataque de apoplejía, que le llevó a las puertas de la muerte. Afortunadamente pudo salir del trance y recuperarse un tanto, pero la advertencia estaba dada: el segundo ataque podría serle fatal. En tales condiciones no era posible proseguir el viaje ni volver a España. Los transportes de aquella época, lentos y peligrosos, lo desaconsejaban; pero no sufriendo su corazón de padre y de esposo el encontrarse separado de su querida familia, ordenó que ésta se pusiera en camino para unírsele en Montevideo.

Muy sensible había de ser para todos este peligroso viaje;

pero el amor que profesaban a don Pedro venció todas las dificultades y se dispusieron a partir. Mas no todos podrían hacerlo. En primer lugar, una de las hijas, María Jesús, se había casado con un rico industrial de Cervera, llamado Francisco Cerveró, y debía permanecer con su esposo.

Por otra parte Josefa, que ya desde niña sentía inclinación al claustro, y que había demorado la realización de su empeño por atender a su querida Dorotea, cuando ésta se hubo comprometido formalmente con José María Serra, creyó llegado el momento de consagrarse al Señor ingresando en el convento de Nuestra Señora de los Ángeles, de Religiosas Dominicas, con el beneplácito y la bendición de sus padres. El día 27 de diciembre de 1831 dio comienzo su noviciado.

Dios puso a prueba la vocación de la novicia de una manera harto dolorosa. Su carácter activo y emprendedor no se avenía bien con la forzosa inactividad y el riguroso encierro del convento. Sus veinticinco años, transcurridos en el mundo, entre los continuos trabajos y ocupaciones que llenaban todas las horas del día no dedicadas a la piedad o al descanso, se rebelaban ante la soledad, el silencio y la tranquilidad que le ofrecía su nueva norma de vida.

Temía haber equivocado su camino. Tal vez una Orden de vida activa, que le impusiera la obligación de cuidar a los enfermos, a los niños, a los menesterosos, se conciliara mejor con su carácter activo y emprendedor.

En lo más duro de estas luchas e indecisiones vino a enterarse de la enfermedad de su padre y de la orden de que toda la familia se trasladase a Montevideo. Doña Isabel, acompañada de sus hijos, fue al convento con la intención de persuadir a Josefa a que —pues sólo era novicia— acompañase a la familia junto al padre enfermo, insinuándole que una vez en América no le había de faltar un lugar en donde pudiera seguir su vocación en ocasión más oportuna.

Terrible fue la tentación para la pobre novicia. Por una parte se le abrían nuevos horizontes hacia una vida religiosa más en armonía con su carácter. Pero por otra, ¿no sería esto una aña-gaza del demonio para que, difiriendo el cumplimiento

de su vocación con el pretexto de tan laudables y prudentes razones, se fuera poco a poco enfriando su ardor, debilitando su correspondencia a la gracia, para, finalmente, abandonar del todo la divina llamada?

Hubo una escena patética y dolorosa cuando la reverenda Madre Priora, en presencia de la Comunidad y de la familia de Josefa, en vista de la vacilación y angustia de la novicia, le dijo:

—Puesto que duda usted del llamamiento a nuestra Religión y desea entrar en otra, despídase de la Comunidad, salga del convento y váyase con su madre y hermanos.

Duras y despiadadas parecen estas palabras, pronunciadas con severidad por la Priora; pero eran necesarias para vencer la obstinación y disipar las dudas que atormentaban a la pobre novicia, la cual, al oírlas, pareció quedar como fulminada por un rayo. Y deshecha en un mar de lágrimas, se arrojó en brazos de la Priora rogándole no la arrojara de la Comunidad, diciéndole que estaba dispuesta a vivir y morir en la religión que había abrazado, a la que se adhería firmemente.

Quedaron todos los circunstantes admirados de tan súbita mudanza y de tan firme resolución, en la que ya no había de titubear en el resto de su vida.

Como a Jesús, después de vencida la tentación, vinieron los ángeles y le sirvieron, así también Josefa, una vez vencida la suya, se sintió tan fortalecida en su vocación que en adelante, como veremos, no sólo perseverará en ella, sino que sabrá mantener a las hermanas más débiles e indecisas en los días de luchas y persecución que habrían de sostener con motivo de los próximos acontecimientos político-religiosos.

MATRIMONIO DE DOROTEA

No fue Dorotea la menos impresionada ante la energía y decisión de su hermana predilecta, pues también ella se debatía en un mar de dudas y confusiones.

Sus padres la querían a su lado en Montevideo y ella, como hija amantísima y obediente anhelaba proporcionar todos los

consuelos y alegrías imaginables al autor de sus días; pero también amaba tiernamente y con toda la fuerza de su corazón virginal a su futuro esposo José María. Quedarse en Barcelona equivalía a no volver a ver más en la tierra al padre idolatrado; pero partir era lo mismo que renunciar para siempre al casto amor que llenaba su corazón y dar un disgusto de muerte a la persona más querida...

¿Qué hacer? El ejemplo de su hermana la decidió: se quedaría en Barcelona. Comprendía que, de partir, la separación de José María, sería definitiva. No se sabía cuándo podría volver... Tal vez pasaran algunos años, y pensar en mantener vivo el fuego del amor con sólo la correspondencia epistolar —dos o tres cartas al año, por los medios lentos de la época— era pensar en lo excusado.

Triunfó, pues, el amor que por ley divina obliga a abandonar al padre y a la madre para juntar dos corazones en uno solo.

A este triunfo cooperó también el prudente consejo de su confesor, el reverendo Naudó, y la comprensión maternal de doña Isabel, que conocía muy bien la lucha entablada en el corazón de Dorotea.

Resuelto, al fin, el asunto, y como apremiaba el día de la partida, se decidió adelantar lo más posible la fecha de la boda, que se celebró, finalmente, en la iglesia de Santa María del Mar el día 31 de octubre de 1832. Contaba Dorotea, a la sazón, dieciséis años y cinco meses. Su confesor, el Padre Naudó, fue uno de los testigos del acto. Bendijo las nupcias el reverendo don José Palau.

Dos meses más tarde tenía lugar la profesión religiosa de Josefa, que en tal acto, según costumbre, cambió su nombre por el de Juana, con el que la conoceremos en adelante.

Verificadas la boda de Dorotea y la profesión de Sor Juana, doña Isabel se trasladó a Montevideo con sus seis hijos, —tres estaban con el padre y otros tres quedaron en España—. Don Pedro falleció al año siguiente rodeado de su esposa y de nueve de sus hijos, pero con el corazón puesto en las tres hijas que vivían en la lejana España.

DOROTEA EN SU NUEVO HOGAR

Dorotea se quedó a vivir en casa de sus suegros: era un edificio grande, señorial, capaz de albergar a los nuevos esposos con todas las comodidades y garantías de independencia y decoro que exigía el matrimonio.

Formaban el hogar de los Serra: don Mariano y doña Mariana Muñoz, la hermana de ésta, Dolores, y las dos hijas del matrimonio, Carmen y Teresa, ambas mayores que Dorotea, pero a quienes estaba unida por los lazos de una santa y entrañable amistad. Ya mucho antes de su compromiso con José María las tres jóvenes eran inseparables, y como su primer cuidado era la práctica de la virtud y de la piedad cristiana, esta amistad les sirvió para adelantar de día en día por el camino de la perfección. Y durante los años que vivieron las tres bajo el mismo techo, fue para ellas un gran placer y un inmenso consuelo el compartir esta vida de familia, en la que jamás hubo un disgusto, un roce, una disputa; antes al contrario, reinaba entre sus miembros la más exquisita caridad y la más perfecta armonía.

Fruto de esta vida de piedad fue la vocación religiosa que nació en ambas hermanas y en pos de la cual, primero Carmen y luego Teresa, se consagraron al Señor en el Instituto del Sagrado Corazón, de Perpignan.

Si en Carmen y Teresa encontró Dorotea dos verdaderas hermanas que suplían la ausencia de las que habían marchado a América, en los esposos Serra encontró dos amorosos padres, que desde el primer día la consideraron como a una hija más. Y esto fue Dorotea para ellos: una hija abnegada, amante, respetuosa.

Naturalmente, su esposo don José María la amaba más y más al comprobar esta ternura filial de Dorotea para con sus padres políticos. Como hijo se sentía halagado y complacido; y esto aumentaba, si cabe, los quilates de su amor. Dorotea realizaba con suma prudencia sus obligaciones de hija y de esposa en casa de sus suegros y con ello supo conquistar su confianza y amor convirtiéndose en la verdadera reina del hogar.



*Doña Dorotea, en su madurez. Cuadro existente en el Hospital del
Sagrado Corazón*



Don José María Serra.
Cuadro propiedad del Hospital del Sagrado Corazón.

LA BENDICION DE DIOS

Y la corona de este reino vino a ceñir sus sienes con el nacimiento de su primer fruto de bendición: fue una niña, nacida el 2 de abril de 1834 y a la que en el bautismo se le impuso el nombre de María Dolores.

No es para descrito el consuelo y el gozo de aquella cristiana familia al poder imprimir el primer beso en la frente de la niña que el Señor les había concedido. Y la satisfacción de don José María, se la puede imaginar el lector; era la culminación de sus anhelos, la satisfacción de su más cara ilusión.

Poco a poco fueron viniendo al mundo otras cinco hijas, bautizadas con los nombre de María Ana, María Isabel, María Luisa, María Jesús y María del Carmen. Todas llevaban el nombre de la reina del Cielo: manifestación evidente de la ternísima devoción que en el hogar de los Serra se tributaba a María Santísima.

Si grande era el gozo que proporcionaba a los ejemplares esposos esta floración de angelicales criaturas, se vio no obstante empañado por la circunstancia de que, con las cuatro primeras, se vio Dorotea imposibilitada de ejercer la santa obligación y el legítimo derecho de amamantarlas a sus pechos, ya que, según el dictamen de los médicos, tanto la salud de la madre como el normal desarrollo de las niñas reclamaban que esta sagrada misión fuera ejercida por una nodriza. Indecible fue el desconsuelo de Dorotea. Comprendía que el confiar a cuidados ajenos el cumplimiento de un deber tan ligado a la maternidad, impuesto por la misma Naturaleza, era impropio de una madre cristiana, como ella quería ser. Pero acató la voluntad del Cielo y se preocupó escrupulosamente en buscar para sus hijas una ama que inspirase la mayor confianza, tanto por sus condiciones físicas como por su absoluta probidad de costumbres.

Vivía el ama de María Dolores en un pueblecito de las cercanías de Barcelona, lo cual imponía a Dorotea otro sacrificio: el de verse privada de la presencia de aquel pedazo de sus entrañas. Todo lo ofreció, resignada, al Señor; pero cons-

ciente de su responsabilidad de madre, y de su deber de vigilar estrechamente el desarrollo físico y moral de su hijita, no pasaba día sin que, a pesar de la inclemencia del tiempo y de lo molesto y aun peligroso del recorrido en una incómoda tartana, fuese a pasar unas horas con su amadísima hijita.

Y esta conducta la continuó con las otras tres hijas que el Cielo le concedió después de María Dolores. Las dos últimas, desaparecidas las circunstancias adversas, ya pudo criarlas por sí misma.

EXCLAUSTRACION DE SOR JUANA

La Divina Providencia, empero, quiso aliviarla un tanto del peso de sus obligaciones maternas proporcionándole como auxiliar en la educación de sus hijas a la persona más indicada para ello: su hermana Sor Juana, la misma que había sido para ella madrecita cariñosa, confidente de sus alegrías y de sus penas infantiles; la que la había dirigido con tanta prudencia y amor en los albores de su adolescencia, la que, finalmente, la había acompañado hasta las gradas del altar.

Veamos cómo acaeció este providencial suceso.

En el año 1834, pocos meses después del nacimiento de María Dolores, hizo su aparición en Madrid el cólera morbo, que bien pronto comenzó a hacer estragos en la capital, debido en gran parte a las deficiencias higiénicas de los tiempos.

Los actos heroicos de caridad realizados por los religiosos y sacerdotes seculares en su generosa tarea de aliviar y consolar a los numerosos apestados, eran conocidos y admirados por toda la población; pero las turbulencias políticas de aquellos tiempos y las enconadas luchas entre moderados y exaltados por escalar el poder, hicieron que éstos, ante la presencia del pretendiente Don Carlos en los campos de Navarra, echaran mano del más execrable de los infundios, atribuyendo las numerosas víctimas del cólera en los días 15 y 16 de julio al envenenamiento de las aguas por los frailes.

Instigado el populacho por los exaltados, se lanzó, en la luctuosa jornada del 17 de julio, al asalto del Colegio Imperial

de los Jesuitas y de los conventos de Santo Tomás y de San Francisco el Grande, dando cruel muerte a un centenar de religiosos indefensos.

La impunidad en que quedaron estos abominables crímenes, alentó a los exaltados de otras provincias, y al año siguiente el bochornoso y salvaje espectáculo de Madrid se reproducía también en Barcelona, en donde las turbas desenfrenadas, ante la criminal indiferencia de las autoridades, se dedicaron al saqueo e incendio de los conventos y a la caza despiadada de los religiosos.

Acababa de promulgarse en Madrid el decreto de extinción de la gloriosa Compañía de Jesús, y el 25 de julio se suprimían también, por real decreto, todos los conventos y monasterios que no tuvieran al menos doce religiosos, y ante el ejemplo del Gobierno, el populacho se vio autorizado para dar rienda suelta a sus instintos de exterminio y de pillaje.

Barcelona, Reus, Zaragoza, Valencia, Murcia... fueron escenario de manifestaciones degradantes. Las turbas, dueñas de la calle, asaltaban los conventos, se apropiaban o incendiaban sus riquezas artísticas, y expulsaban a los indefensos religiosos y a las despavoridas religiosas, que abandonados en medio de la calle, se veían precisados a buscar refugio en el seno de sus familias, si las tenían. Otros eran vilmente asesinados al pie de los altares, o en sus humildes celdas, de donde no se atrevían a salir.

En la Ciudad Condal, los sucesos del 25 de julio de 1835 ofrecieron el más degradante espectáculo. Una orgía incontenible de sangre y fuego y de sacrílegas profanaciones, obligó a los religiosos que pudieron sustraerse a la matanza, a esconderse en casas particulares o en las de sus parientes.

Dorotea, vivamente preocupada por la suerte que pudiera correr su querida Sor Juana, expuso sus temores a su esposo, y José María, que por amor a ella se sentía capaz de los mayores heroísmos, se dirigió en un coche, acompañado de un amigo fiel, al convento de Nuestra Señora de los Ángeles, situado en lo que hoy es la Puerta del Angel, y entonces eran campos despoblados. Pistola en mano, que asomaba por las portezuelas del coche, para intimidar a las turbas, se abrie-

ron paso por entre los amotinados y entraron en el sagrado recinto que presentaba el aspecto más lastimoso: vagaban las pobres religiosas atónitas y despavoridas de un lado para otro, cubiertas de mortal palidez; todo era llanto, desolación y temor y ni siquiera se atrevían a abandonar su amado retiro.

Don José María encuentra al fin a su cuñada. Le entrega un vestido de seglar que le había proporcionado Dorotea y que ella se pone sobre sus hábitos. Mas con la natural precipitación y apuro, se lo coloca al revés, ofreciendo tal facha, que, según ella misma contaría más tarde, parecía un fantasma. Hizoselo observar don José María, rogándole se lo pusiera bien, para no despertar sospechas, mas ella le respondió que no había que temer, pues Dios no permitiría que fuese descubierta.

Subieron al coche, y a uña de caballo, mientras aparecían de nuevo por las ventanillas las amenazadoras pistolas, se abrieron paso entre la turba estupefacta y no se detuvieron sino ante la casa de don José María (1).

Puede imaginarse el encuentro entre las dos hermanas.

Las demás religiosas abandonaron al fin, tras algunas peripecias, su convento y se refugiaron en el seno de sus familias o en hogares de personas caritativas.

Es digno de mencionar un episodio que no debemos pasar por alto. El amigo que acompañó a José María en su arriesgada y temeraria empresa, conocía ya de antiguo a Sor Juana. Ignoramos su nombre y las relaciones que pudiera tener con la familia Chopitea; pero deberían ser bastante íntimas, por cuanto fue uno de los invitados al acto de la profesión de Sor Juana. Al despedirse de la religiosa en aquella circunstancia le dijo estas palabras: "Josefa, ya no volveré a verte hasta que venga por ti a sacarte de este encierro."

Y cumplió, como hemos visto, su palabra.

(1) El convento de Nuestra Señora de los Angeles, después de la Revolución del 68, fue trasladado a la actual Rambla de Cataluña. La bellísima iglesia de estilo gótico fue desmontada piedra por piedra y reconstruida en su actual emplazamiento y sirve de parroquia, dedicada a San Raimundo de Peñafort. El convento destruido, después de la guerra de Liberación se trasladó a la barriada de Pedralbes.

UNA EDUCADORA PROVIDENCIAL

A las pocas semanas de los sucesos referidos, venía al mundo la segunda hija de Dorotea. Se temía, con razón, que las dolorosas impresiones, las horas de angustia y de sobresalto por lo que pudiera suceder a su hermana, influyeran de una manera perniciosa en la salud de la madre e incluso de la hija; pero afortunadamente no hubo que lamentar ningún contratiempo y el día 16 de agosto de 1836 nació una hermosa niña, a la que, por la proximidad de la fiesta de la Asunción de María, se le impuso este nombre, añadiéndole el de Ana, por deseo de la madrina.

Por las mismas razones que se dieron en la primera, también tuvo que confiar su segunda hija a los cuidados de una nodriza; pero esta vez, el dolor de la separación se veía amortiguado por el consuelo de tener en su casa a la pequeña María Dolores, que, ya destetada, volvía al hogar, en donde los amorosos desvelos de su madre y de Sor Juana podían prodigarse a la pequeña, sin que María Ana careciese de las atenciones y cuidados de que diariamente la hacía objeto la solicitud maternal.

Sor Juana fue, durante los once años que duró su forzosa exclaustación, otra madrecita para sus sobrinas, como lo había sido para Dorotea. Y educadas las niñas bajo la amorosa vigilancia de estas dos santas mujeres, no es de extrañar que assimilaran todas las virtudes y llegasen a ser, con el tiempo, ejemplares madres de familia y modelo de esposas y damas cristianas.

Durante todo el tiempo que permaneció en el hogar de Dorotea, jamás depuso el hábito religioso que vestía en el claustro. Y con el santo hábito mantuvo también el espíritu de la Orden y la fidelidad a todas las observancias de la regla, hasta el escrúpulo.

Un detalle de esta observancia: por espíritu de pobreza suelen estas religiosas tomar el vaso con las dos manos al beber, con lo cual se aleja el peligro de que se caiga y se rompa. Pues bien: durante todo el tiempo que Sor Juana permaneció con Dorotea, nunca dejó de observar esta insignifi-

cante práctica. Y si tan escrupulosa se mostraba en esta menudencia, podemos colegir cuál sería su perfección en otras prácticas de mayor importancia.

A la vista constante de tan preclaros ejemplos, Dorotea se los iba asimilando al par que adquiría y robustecía en su alma todas las virtudes. Nada de singularidades ni de rarezas. Santificar las acciones ordinarias es santificar la vida. En Dorotea no se verá nada que llame la atención: ni éxtasis, ni visiones, ni milagros; porque nada de esto es necesario para la santidad. Pero en el cumplimiento de sus deberes de hija, de esposa, de madre, de señora de su casa, era verdaderamente excepcional.

UN HOGAR CRISTIANO

Seguramente al influjo de los ejemplos y enseñanzas de Sor Juana debe atribuirse aquella profunda humildad que constituye una de las características de Dorotea. A pesar de ser una gran señora, que por las relaciones sociales a que la obligaba la elevada posición de su esposo tenía que codearse con las familias más linajudas de Barcelona, no encontraba dificultad alguna en ejercer los humildes menesteres propios de criadas y sirvientas: fregar los utensilios de la cocina, ayudar en la colada, tender la ropa... y eso en presencia de aquéllas, para animarlas y darles a entender que para Dios no hay oficios humillantes.

Ella misma cortaba y cosía los vestidos de sus hijas o repasaba los viejos, si aún podían servir, acostumbrándolas así a la economía, a la laboriosidad y a la modestia.

Ya desde joven practicaba los ejercicios de mortificación que veía hacer a su hermana. Usaba cilicios, pero tan ocultamente que nadie se dio jamás cuenta de este ejercicio de penitencia.

Una de sus hijas refiere que siendo muy pequeña vio una vez en el cuarto de su madre unos cilicios, extraño instrumento cuya finalidad desconocía la inocente niña. Llena de curiosidad fue a mostrárselo a su madre, preguntándole qué era aquello. Dorotea, que por una vez se había descuidado

en ocultar aquel instrumento de mortificación, disimuló en lo posible, diciéndole:

—Esto debe de pertenecer a alguna señora que casualmente lo habrá olvidado aquí. Es necesario devolvérselo, porque dicha señora sentiría mucho que se le extraviase.

Con esta respuesta logró satisfacer la curiosidad de la niña y disimular que era ella aquella señora a quien se le había olvidado.

La niña recordaba más tarde, ya mujer, el episodio, admirando la virtud y la humildad de su santa madre.

En otra ocasión un criado topó con unas disciplinas. Y Dorotea supo también disimular tan perfectamente, que el criado no llegó a caer en el significado de aquellas cuerdecitas.

En los primeros tiempos de su matrimonio vivió en el palacio de sus suegros situado en la calle de Moncada, una de las más señoriales de la Barcelona antigua. Por ella solía desfilar el cortejo de los condenados a la última pena, cuya ejecución tenía lugar en la ciudadela —actual parque—. Una campana anunciaba el paso del lúgubre cortejo recordando a los fieles que un pobre desgraciado iba a saldar sus cuentas con la justicia humana.

Al percibir su tañido Dorotea se arrodillaba, y extendiendo los brazos en cruz, elevaba sus preces en favor del condenado, pidiendo por su muerte cristiana y en gracia de Dios.

Y a sus hijitas, aunque no comprendiesen aún el terrible drama que desfilaba ante sus ojos, les inculcaba la misma piadosa costumbre.

Durante la estancia de Sor Juana en casa de su hermana, fueron viniendo al mundo con regularidad, las otras cuatro hijas de Dorotea. Todas ellas fueron educadas, como hemos dicho, y guiadas en su formación espiritual por Sor Juana, especialmente las tres mayorcitas que podían captar en todo su valor las sabias enseñanzas de su santa tía.

Sor Juana enseñaba a sus sobrinitas las oraciones, mientras Dorotea atendía las atenciones generales de la casa, de sus suegros, de su esposo y de la numerosa servidumbre. En buenas manos dejaba el cuidado de sus hijas; no podía apetecer mejor maestra para ellas. Sabía infundir en sus

tiernas almas el santo temor de Dios, principio de toda sabiduría; la devoción a la Reina de los Ángeles, seguro escudo contra los asaltos del mal; finalmente sentó los principios de una sólida virtud, que confirmados por los constantes ejemplos de la tía y de la madre, hicieron de ellas fieles imitadoras de tan acabados modelos.

La vida de piedad que se llevaba en casa se parecía mucho a la del convento. Ambas hermanas iban a porfía en adelantar en la virtud; y comprendiendo que la Santa Misa y la Eucaristía son la base de todo el edificio de la santidad, no dejaban pasar ningún día sin asistir al Santo Sacrificio y recibir la Sagrada Comunión. Para ello muy de mañana salía Dorotea hacia la iglesia de Santa María del Mar, próxima a su domicilio, dejando encomendadas las niñas al cuidado de Sor Juana, la cual, a la hora conveniente, las levantaba, aseaba y vestía. Después las conducía al templo en donde las esperaba su madre, y asistían todas juntas al Santo Sacrificio. Terminado éste, Dorotea, que ya había comulgado y hecho su meditación, volvía con las niñas a casa, mientras Sor Juana atendía con tranquilidad y fervor a las obligaciones piadosas propias de su condición de religiosa.

De vuelta en casa, continuaba su labor educativa adiestrándolas en las labores propias de su sexo, al par que las iniciaba en las primeras letras. Y cuando llegaba la hora del Oficio Divino las dejaba curiosar en los cajones de la cómoda o les proponía algún juego inocente y entretenido para que la dejaran tranquila mientras rezaba.

Solía orar en voz alta, con mucha pausa y devoción, como si estuviese en el coro de su convento. A veces las niñas, interrumpiendo sus juegos se quedaban contemplándola, llenas de respeto y admiración y aprendían así, instintivamente, la compostura que luego remedaban graciosamente cuando habían de dirigir sus preces al Señor.

En aquella época no existían —o eran muy escasos— los internados para la educación de las niñas; pero para las de Dorotea, providencialmente, la presencia de Sor Juana fue un sustituto admirable, puesto que la santa religiosa se había entregado de lleno a la educación de sus sobrinitas, las cuales

podieron hacer, de este modo, grandes progresos en su formación moral, intelectual y religiosa.

EL BOMBARDEO DE BARCELONA

El 12 de octubre de 1840 se veía forzada la Reina madre, Doña María Cristina, a abandonar la Regencia y poco después Espartero asumía el cargo vacante, no sin la violenta oposición de sus adversarios políticos. En el año 1842 Barcelona se alzó contra el Regente exigiéndole convocación de Cortes Constituyentes, Regencia trina y proteccionismo para la naciente industria textil y metalúrgica de la región.

El General Van Halen, que mandaba las tropas de la guarnición, no fue capaz de dominar el movimiento popular a tiempo, dejando que la sublevación adquiriese un cariz marcadamente demagógico; y cuando quiso hacer uso de la fuerza las tropas fueron arrolladas, teniendo que retirarse a sus cuarteles.

Era el 15 de noviembre. Los milicianos victoriosos, permanecían junto a las barricadas.

El 16 se constituyó una Junta de Gobierno que al día siguiente publicó unas Bases que proclamaban la independencia de Cataluña, no de España, sino del Gobierno de Espartero.

Van Halen se había fortificado en Montjuich, desde donde amenazó con bombardear la ciudad, si no se reintegraba a la obediencia de los poderes constituidos. Esta terrible amenaza surtió efecto, porque el fundado temor a los desastres del bombardeo, con su secuela de incendios, destrucciones y la muerte de innumerables personas inocentes, sembró la división entre los sublevados; y mientras los más exaltados permanecían al pie de las barricadas, dispuestos a llevar las cosas hasta el fin, el elemento conservador inició unas negociaciones con el Capitán General, a fin de evitar la catástrofe y llegar a una honrosa capitulación. La Junta de Gobierno se deshizo, debido a su intransigencia y una Comisión integrada por representantes de la Milicia Nacional y los alcaldes de barrio,

nombró una nueva Junta de 21 individuos quienes debían dar cima al desenlace de la espinosa situación en que se encontraba la ciudad.

Don José María Serra, uno de los alcaldes, fue elegido miembro de dicha Junta, en la que actuó como secretario, firmando un manifiesto a la opinión en el que expresaba los votos de la Junta que no eran otros que *la salvación del país, la defensa de las libertades patrias y la prosperidad de los habitantes de esta populosa capital.*

Pero ni los esfuerzos de esta Junta, ni los de otra formada el día 29 lograron los resultados apetecidos. La llegada del Regente, que con tropas de refresco se instaló en Sarriá, y exigió la rendición de la ciudad sin condiciones, malogró las negociaciones. Fue inútil que el mismo Obispo de Barcelona, al frente de una comisión, se presentase en el cuartel general de Espartero, pues se negó a recibirle.

Exasperados los ánimos ante la cruel intransigencia del Regente, se creó otra Junta en la que formaban los más exaltados, los cuales llamaron a las armas, y mandaron levantar barricadas, amenazando con pena de muerte a los que se negasen a acudir en el momento del peligro...

Todavía salió otra vez el venerable Prelado para ver si era posible detener la horrible tormenta que se fraguaba. El ilustre Prelado se presentó en el alojamiento del Regente, pidió audiencia y le fue negada.

Ya nada se podía hacer. La suerte estaba echada. A las once y media del día 3 de diciembre, comenzó la tragedia. Los cañones de Montjuich empezaron a lanzar sus bombas sobre Barcelona, que en pocos minutos se convirtió en un trasunto del infierno. Edificios que se derrumbaban, incendios que nadie podía sofocar, alaridos de los heridos y ayes de los moribundos, gritos indignados de los que sufrían en sus carnes y en sus bienes tan brutal atropello... Doce horas duró el bombardeo.

Al día siguiente Barcelona, ciudad muerta, abrió sus puertas al que si en Luchana conquistó con su heroísmo el título de héroe, en Barcelona se ganó merecidamente el de verdugo.

VALOR Y ENTEREZA DE DOROTEA

Poco antes de que comenzase el bombardeo, Dorotea, viendo el peligro inminente que corrían no sólo ella, sino sus tres inocentes criaturas, la mayor de las cuales apenas contaba ocho años, sufría congojas de muerte, pues su esposo, debido a su cargo de teniente de alcalde, que le obligaba a velar por el bien público, apenas paraba en casa y tenía que asumir responsabilidades que le imponían una actividad continua.

En trance tan apurado, tuvo uno de aquellos arranques valerosos, propios de su carácter enérgico y decidido; y tomando consigo a sus hijas, acompañada de su hermana y algunas sirvientas, decidió abandonar Barcelona para buscar refugio y seguridad en alguno de los pueblecitos cercanos que se encontraban libres de la agitación y de los peligros que amenazaban a la capital.

Don José María aprobó la marcha, pero debido a su cargo y obligaciones, no pudo acompañarlas.

Apenas ponen el pie en la calle, la encuentran interceptada por una barricada defendida por un grupo de revoltosos, cuya sola vista hubiera amedrentado el corazón más varonil. Pero ella no se amilana y acercándose al pelotón suplica que le dejen libre el paso. Aquellos hombres de aspecto feroz y sanguinario, al reconocer a Dorotea, como si se hubiesen convertido de fieros lobos en mansos corderos, le dijeron:

—No tema usted, señora, que nada tiene que ver esto con ustedes.

Y con una solicitud mezclada de respeto y amabilidad, abrieron paso a doña Dorotea y a su comitiva, las ayudaron a salvar la barricada, las acompañaron y custodiaron hasta dejarlas en lugar seguro.

Quedaron todas asombradas de tan extraña conducta en unos hombres que en tales circunstancias suelen despojarse de todo rastro de humanidad; reconocieron en ello la protección divina, cuyo auxilio invocaban desde el fondo de sus corazones y continuaron su viaje por la costa: llegaron a Masnou, en donde se detuvieron algunos días y luego se trasladaron a Perpignán. En esta ciudad francesa residían

Carmen y Teresa Serra, hermanas de don José María, que habían ingresado hacía poco en el Instituto del Sagrado Corazón, las cuales, junto con toda la comunidad, recibieron a las expatriadas con el mayor afecto y las atendieron con generosidad todo el tiempo de su estancia.

Poco antes había estado Sor Juana a verlas, quedando ellas prendadas de sus talento y virtudes. Y ahora, por segunda vez pudieron admirar el excelente espíritu de las dos hermanas Chopitea.

Pasado algún tiempo, calmados los ánimos y renacida la tranquilidad, don José María las llamó de nuevo a Barcelona y pudieron reintegrarse a su hogar.

ENFERMEDAD DE DOROTEA Y MUERTE DE SOR CARMEN

Pero Dorotea, aunque exteriormente mantenía su acostumbrada fortaleza y energía, había sufrido mucho a causa de los trastornos públicos de que en aquella sazón era víctima España y de un modo particular Barcelona. Los constantes peligros a que veía expuesto a su marido, las frecuentes luchas callejeras, los motines y el desorden que por doquier imperaban y sus propias congojas con motivo de los sucesos referidos, fueron minando su robusta salud y la llevaron a un estado tal de postración, que los facultativos temieron se tratase de tuberculosis. Por este motivo aconsejaron a don José María que llevase a Dorotea por algún tiempo a otra región de clima más templado, proponiéndole el sur de España.

Aunque Dorotea se resistía, por no separarse de sus hijas y de su esposo, fue preciso obedecer a los médicos y someterse a la voluntad de don José María; y en febrero de 1843, acompañada de su suegro don Mariano, se trasladó a Andalucía, en donde permaneció seis meses, que fueron suficientes para reparar su quebrantada salud.

Durante esta prolongada ausencia tuvo que soportar otra dura prueba: el 26 de abril de 1843 fallecía en Perpignán, en olor de santidad, Sor Carmen Serra. Era una verdadera santa

y por tal la tenían no sólo sus hermanas en religión, sino también todas las niñas del colegio.

Una de éstas, sobrina de la religiosa, refería años más tarde que siendo alumna del referido colegio, al conocerse la grave enfermedad de Sor Carmen, todas sus compañeras se interesaban por el estado de su salud, como si se tratase de sus propias madres, pues era muy querida y venerada.

Una tarde, mientras estaban merendando en el jardín, varias niñas empezaron a gritar:

—Mirad, mirad lo que se ve en el cielo.

Habían visto en el aire una corona y una palma entrelazadas, brillantes, como de fuego, que se hallaban suspendidas justamente sobre el techo de la celda en que agonizaba la religiosa. La Hermana que asistía a las niñas se apresuró a hacerlas entrar en casa, pero pudieron constatar que en aquel preciso momento la santa religiosa acababa de entregar su alma a Dios.

Las niñas repetían conmovidas:

—La Madre Carmen ha muerto. ¡Era una santa!

Otro indicio de la santidad de Sor Carmen es la visión profética del futuro. En su lecho de muerte la asistía su hermana Teresa, que entonces sólo era novicia. Esta suplicaba a su hermana que al llegar al Cielo le alcanzase la gracia de ir pronto a hacerle compañía; pero Sor Carmen le contestó:

—No, Teresa; tú tienes una misión que cumplir: irás a fundar a España y más tarde también a Chile.

Así sucedió. Sor Teresa fue una de las fundadoras del Colegio de Sarriá, el primero que el Instituto estableció en España; y años más tarde pasó a Talca (Chile), en donde fundó otro colegio, que dirigió durante muchos años, y en donde murió, cargada de méritos y virtudes, después de haber celebrado las Bodas de Oro con su Divino Esposo. Su muerte acaeció poco después de la de Dorotea, dejando en pos de sí una gran fama de santidad entre las religiosas y el pueblo talqueño.

SOR JUANA VUELVE AL CONVENTO

Vuelta la normalidad, se deslizaba tranquila y feliz la vida en la mansión de los Serra, entregado don José María a sus negocios y cuidando Dorotea y Sor Juana de las tres niñas, ya mayorcitas, y a la que nació poco después del forzado destierro y de la larga temporada en Andalucía, bautizada con el nombre de María Luisa.

Sor Juana, a pesar de vivir en un magnífico palacio y de verse rodeada de lujo y de abundancia, era siempre fiel a su pobreza religiosa. Once años transcurrieron antes que las circunstancias le permitieran volver a su amado convento. Durante este tiempo las demás religiosas, pasados los primeros meses de inseguridad e inquietud, se reunieron, para seguir en lo posible su vida regular, en casa del capellán, contigua al convento. Éste había sido convertido en cárcel de mujeres y no había esperanza de recuperarlo; a medida que transcurría el tiempo se hacía más difícil la restitución. Las pobres religiosas, perdidas sus escasas pertenencias y arrojadas a la calle con lo puesto, vivían en la mayor pobreza y carecían de medios para rescatar su antiguo nido.

Doña Dorotea, empero, no las olvidaba. Enterada de sus necesidades, las proveía de lo necesario y les pasaba una modesta pensión.

Al llegar el año 1844, con la subida de Narváez al poder, se inició una política moderada, que abolió la Constitución liberal y antirreligiosa de 1837 y promulgó la de 1845, de tendencia conservadora.

En este ambiente propicio y a instancias de su esposa, se dedicó con ahínco don José María a conseguir fuera devuelto a las Religiosas Dominicas su antiguo convento. Por su parte, Dorotea se presentó al excelentísimo Capitán General de Cataluña, don Manuel Concha y alcanzó al fin lo que era de estricta justicia.

Fueron evacuadas las mujeres encarceladas, y después de poner de nuevo el edificio en condiciones de cumplir su primitivo objeto, gracias a los cuantiosos donativos de los esposos Serra, las religiosas pudieron al fin tomar de nuevo pose-

sión de su convento y reanudar, con grandísimo consuelo y fervor, su vida regular.

La entrega oficial se verificó en 1846.

Sor Juana abandonó, pues, entre contenta y pesarosa, la casa de su hermana y voló a su amado retiro, después de despedirse de sus hermanos y sobrinas, a los que tanto quería y por quienes tanto se había prodigado.

Durante estos dos últimos años Dorotea vio aumentada su familia con otras dos niñas: María Jesús, nacida en 1844, y María del Carmen que vio la luz en 1845.

FUNDACION DEL COLEGIO DEL SAGRADO CORAZÓN

El último año que pasó en casa de Dorotea, Sor Juana tuvo el consuelo de convivir con dos religiosas del Sagrado Corazón, que durante algunos meses se hospedaron en ella. Eran la Madre Elisabeth Kerulway y Sor Teresa Serra, hermana de don José María.

El 24 de octubre de 1845, Santa M. Magdalena Sofía Barat, Fundadora del Instituto, accediendo a las múltiples peticiones que continuamente recibía de las familias españolas —especialmente catalanas— que se veían precisadas a enviar a Francia a sus hijas para que fueran educadas por las Religiosas del Sagrado Corazón, envió a Barcelona a las dos religiosas citadas para estudiar sobre el terreno las posibilidades de una fundación. Pesaría ciertamente en el ánimo de la Madre General la circunstancia del parentesco que unía a Sor María Teresa con los esposos Serra, cuya generosidad y fervor cristiano le eran bien conocidos, pues tuvo ocasión de tratar a los esposos Serra con ocasión de la visita que hicieron tres años antes a raíz del episodio que hemos referido.

Ambas religiosas, pues, convivieron con Sor Juana bajo el techo de Doña Dorotea, con gran consuelo para todas, aunque fuera bastante breve su estancia provisional.

La Madre Teresa Serra, antes de emitir sus votos perpetuos hizo donación de todos sus bienes para contribuir a la

fundación de la nueva Casa; por su parte don José María ofreció para el mismo fin los vastos terrenos contiguos a su hermosa torre de Sarriá, en donde solía pasar con su familia las vacaciones estivales.

Con estos principios y la constante ayuda de doña Dorotea, se levantó el hermoso Colegio del Sagrado Corazón de Jesús, que aún hoy día es uno de los más prestigiosos de la Ciudad Condal.

Aquella proximidad contribuía a mantener muy frecuentes relaciones entre doña Dorotea y la naciente comunidad. Dorotea abría con generosidad su bolsa para satisfacer los cuantiosos gastos que exigían los comienzos de la obra, cuando se carecía de todo. Ella costeó las nuevas construcciones y la reparación de las antiguas; construyó un lavadero, una sala para clases de alumnas pobres y gratuitas, una tapia para cercar toda la finca... Solía enviar de su casa las provisiones necesarias para un día de campo de todas las alumnas, así como proporcionaba los premios para las clases gratuitas y los ornamentos para la capilla. En ocasión del Jueves Santo servía con sus propias manos la comida a doce niñas pobres de las mismas clases.

Dorotea fue la primera beneficiada con la fundación de este Colegio, a donde se apresuró a mandar a sus hijas, pues al carecer de la ayuda de Sor Juana, la vio compensada con la amorosa y maternal vigilancia de la Madre Teresa y de las demás religiosas, que con tanto acierto supieron continuar y perfeccionar la educación comenzada en el seno del hogar.

No es, pues, de extrañar, que Dorotea considerase aquel Colegio como algo propio, entrañablemente amado, y que se complaciera en hacer allí durante el verano, sus prácticas de piedad y sus Ejercicios Espirituales, distinguiéndose siempre por su acendrado fervor, su modestia en el vestir y su profunda humildad, que le hacía aceptar agradecida un sencillo reclinatorio en un rincón de la capilla.

Las diversas superiores que consecutivamente dirigieron el Colegio encontraron en Dorotea durante más de 45 años, la consejera prudente, la bienhechora constante y discreta, la dama ejemplar que edificaba a las religiosas con su espíritu



Iglesia Parroquial de San Raimundo de Peñafort. Perteneció al Convento de Nuestra Señora de los Angeles (Dominicas) y se hallaba en la que hoy es Avenida de la Puerta del Angel, siendo trasladada piedra por piedra a su actual emplazamiento en la Rambla de Cataluña, y reconstruida por el arquitecto Juan Martorell, a finales del pasado siglo.



Colegio del Sagrado Corazón de Jesús, adyacente a la Casa Serra, fundado por Doña Dorotea y su esposo.

de piedad y de pobreza, y que no aceptaba jamás, cuando hacía con ellas sus Ejercicios Espirituales, ningún trato especial, sino que exigía el mismo alimento y la misma pobre vajilla que la última religiosa.

DIFICULTADES DOMESTICAS

El amor filial y las delicadas atenciones de Dorotea para con sus padres políticos, complacían en extremo a don José María, que veía en ello una prueba más del respeto y consideración de su amante esposa. Cerca de cincuenta años vivieron ambos esposos unidos en la más íntima compenetración y conformidad de pareceres, sin que jamás una nubecilla de tormenta empañara el límpido cielo de sus relaciones conyugales. Si don José María era el prototipo del caballero catalán, honrado, trabajador e inteligente, Dorotea estaba siempre a su lado para ayudarle, alentarle en sus empresas, consolarle en sus fracasos.

El año 1848, fue en la política internacional, un año de revoluciones sangrientas, destinadas a derribar los gobiernos moderados, que por entonces prevalecían en Europa, para sustituirlos por otros liberales, apoyados por la masonería y las sectas. Triunfaron los movimientos revolucionarios en Francia —caída de Luis Felipe e implantación de la segunda República— y en Italia, donde los Estados italianos obligaron a sus reyes a conceder libertades políticas. Pío IX se vio obligado a huir de Roma.

En otros países, como Rusia, Austria, Prusia, fue sofocado el movimiento, provocando una fuerte reacción. En España hubo también sus intentos subversivos, pero la mano férrea del *Espadón de Loja* —así era apodado Narváez— logró dominarlos, haciendo abortar los chispazos producidos en Madrid, Barcelona, Valencia y Sevilla.

Estos movimientos políticos produjeron inevitables consecuencias económicas: cancelación de contratos, requisa de primeras materias, suspensión de pagos, quiebras... y don José María, financiero de altos vuelos, embarcado en grandes

empresas nacionales y extranjeras, se vio de pronto al borde de la ruina. Se barajaban muchos intereses y no se veía la solución por ningún lado. El pundonor y la honradez de los Serra le llevarían hasta sacrificar el último céntimo y su familia caería de la más envidiable opulencia en la más absoluta miseria.

Aunque en un principio quiso ocultar a Dorotea el peligroso estado de sus negocios, para no afligirla inútilmente, al fin se vio obligado a manifestárselo, pues ella había descubierto, con intuición femenina, que algo grave amargaba la existencia de su esposo. Puesta en antecedentes de las dificultades por que atravesaba don José María, Dorotea supo hacerle tales reflexiones e inspirarle tal confianza en la Divina Providencia, que logró calmar las inquietudes de aquel espíritu atormentado, y devolverle la tranquilidad y el sosiego, tan necesarios en aquellas circunstancias para resolver con calma y acierto las dificultades y aplicar los medios necesarios para superarlas.

Por otra parte, comenzó a hacer todas las economías posibles en los gastos de la casa: a cercenar no solamente lo superfluo, sino incluso a prescindir de muchas cosas útiles o convenientes; y a no ser por el cariño que sentía por los suyos, habría introducido reducciones drásticas aun en lo necesario.

Una sobrina, comentando más tarde la visita que le hizo en estas circunstancias, dejó constancia de la admiración que le produjo el cambio operado en la casa: su tía Dorotea llevaba un sencillo vestido de percal y se ocupaba personalmente en los más humildes menesteres domésticos. Y para justificar su conducta decía:

—No sabemos lo que Dios nos reserva para el día de mañana. Y mientras dure esta prueba hay que evitar todo gasto por pequeño que sea, fuera de lo estrictamente indispensable.

Y todo esto, con naturalidad, con una paz y tranquilidad de ánimo que infundían en todos la mayor confianza.

Esta conducta satisfizo en gran manera a don José María, que comprendía el gran tesoro que Dios le había concedido

en Dorotea y aumentaba, si era posible, el amor y confianza ilimitada que por ella sentía.

La Providencia, al fin, satisfecha de la buena voluntad y de la cristiana resignación de los esposos, puso fin a la dura prueba; se disiparon las nubes tormentosas y el viento de la prosperidad volvió a hinchar las velas de la navecilla de los Serra.

No fue pequeña la participación que en este cambio de fortuna tuvo uno de los empleados de confianza de don José María, dotado de un genio extraordinario para los negocios. Se llamaba don Isidro Pons. En premio a su fidelidad y a los relevantes servicios prestados en tan difíciles circunstancias, don José María lo elevó a la categoría de socio y poco después le concedió la mano de la mayor de sus hijas, María Dolores, que contaba 19 años. Y el día 1.º de abril de 1853 el reverendo Padre Naudó los unía con el sagrado vínculo, en la iglesia de Santa María del Mar, con gran regocijo de toda la familia.

MUERTE DE DOÑA ISABEL DE VILLOTA

Poco después de la boda de su primera hija, tuvo Dorotea que pasar por el dolor de la muerte de su querida madre doña Isabel Villota, acaecida en Montevideo, en donde había fijado su residencia, con los restantes miembros de la familia, a raíz de la enfermedad de don Pedro. Desde su salida de España, no se habían vuelto a ver y aunque durante esos veinte años de separación se habían podido escribir, con todo, la espaciada correspondencia que permitía la rudimentaria comunicación de los barcos de vela, no lograba llenar el vacío de tan penosa separación. En los últimos años doña Isabel fue atacada de una afección a los ojos, que la dejó completamente ciega. Con todo, supo soportar cristianamente su desgracia, sin que jamás brotara ninguna queja de sus labios, conformándose en todo con la voluntad de Dios.

En sus últimos días se vio asistida por sus nueve hijos y numerosos nietecitos que la rodearon de los más solícitos

cuidados. Pero la ausencia de Sor Juana y de Dorotea, sus hijas más queridas, por ausentes, debió de contribuir a que se acrecentasen en gran manera sus merecimientos.

Puede imaginarse a la vez el dolor de estas amantes hijas al no poder consolar en sus últimos momentos a la madre idolatrada; pero la confianza en Dios y las virtudes de tan ejemplar señora, mitigaron, en parte, el dolor de esta cruel separación (1).

DOÑA DOROTEA EN LA EDUCACION DE SUS HIJAS

Al mismo tiempo que inculcaba en sus hijas el santo temor de Dios, principio de toda sabiduría, Dorotea no descuidaba ni por un momento su vigilancia maternal, para conseguir que nunca se desviaran de tan santos principios. Coincidió con Don Bosco en que el superior, el padre, la madre, han de ser los ángeles custodios de los hijos y no perderlos nunca de vista si quieren conservar en ellos la pureza de costumbres.

Durante el curso escolar confiaba sus hijas a la amorosa

(1) Durante los veinte años que doña Isabel habitó en Montevideo, fueron creciendo sus hijos y fundando sus respectivos hogares, creándose una numerosa familia que hoy se halla todavía esparcida en las diversas repúblicas sudamericanas.

Una de las hijas, Isabel, se hizo religiosa.

Los tres hijos, Juan Antonio, Manuel y Pedro, contrajeron nupcias en Montevideo con otras tres hermanas, Elvira, Matilde y Emilia, de la familia Cumplido Estaburuaga. Pedro vino más tarde a establecerse en Barcelona, en donde había nacido el año 1821.

Marcelina, Mercedes y Carmen, también se casaron en Montevideo con los señores Olazcoaga, Salvador Fuentes y Julio Lamarca, dando origen a numerosa prole, que siguió y sigue actualmente fiel a las cristianas tradiciones de la familia Chopitea.

Saturnino fue el único hijo que permaneció soltero, pues Joaquín, militar, había fallecido en 1828.

Actualmente los sucesores de los Chopitea están esparcidos en la República Argentina, Uruguay, Perú, Chile y América del Norte, sin contar los que todavía tienen su residencia en Barcelona, Madrid y Vizcaya.

vigilancia de las Religiosas del Sagrado Corazón, en calidad de internas. Al llegar el verano, las tenía consigo bajo su maternal y eficaz vigilancia, pues se hubiera creído responsable de cualquier desliz en materia delicada. Las jovencitas son extremadamente sensibles e inexpertas y necesitan constantemente el apoyo y el consejo de sus madres.

A veces se imponía la necesidad de tomar algún profesor particular para dar clases de adorno a las niñas. Durante todo el tiempo que duraba la lección, Dorotea se hallaba presente, y era testigo de todas las palabras que se decían y de todos los actos que se realizaban, con lo cual evitaba suavemente, pero con eficacia, todo peligro, y salvaba el buen nombre del maestro y de la discípula.

Educaba a sus hijas de acuerdo con su carácter recto y austero, pero justo. Las atendía maternalmente con un amor profundo, que se traducía en procurarles lo necesario, pero sin concesiones inútiles, sin mimos ni debilidades. Quería prepararlas para la vida, sobrias, piadosas, trabajadoras, útiles para dirigir un hogar cristiano y ser la ayuda eficaz de sus maridos y sabias educadoras de sus hijos.

Esta dulce severidad motivaba el que en ocasiones, cuando las niñas querían conseguir alguna cosa que preveían no sería aprobada por su madre, acudiesen al padre, que solía mostrarse con ellas más indulgente. Por esto solía decir don José María, bromeando, que en su casa él tenía que hacer el papel de madre, a diferencia de lo que sucede en la mayoría de las familias, en las que suele ser la madre la que hace causa común con sus hijas para conseguir sus caprichos o exigencias.

En todo las precedía con su ejemplo. Cuando tenía que salir de casa, no les decía más que estas palabras:

—Niñas, a vestirse, que hemos de salir.

Vestíase ella con rapidez y luego se colocaba junto a la puerta, aguardando a sus hijas. Estas, por no hacerla esperar, se daban prisa en acabar pronto; mas aunque tardasen algo más de lo debido, nunca las reprendía, pues le constaba que ya era bastante castigo el ver que su madre las había tenido que esperar largo rato.

Cuando las hijas, ya mayores, sostenían relaciones, ejercía una discreta vigilancia, hasta tal punto que los mismos que eran objeto de ella, no se daban cuenta. Jamás permitía que se viesen o hablasen a solas, sino delante de alguna persona de autoridad, casi siempre ella misma.

No era partidaria de relaciones demasiado prolongadas; consideraba suficiente el tiempo necesario para que pudieran conocerse a fondo dos personas que habían de unirse en lazo santo e indisoluble. Las visitas tampoco eran demasiado largas ni frecuentes, a fin de evitar peligros a los interesados y motivo de maledicencia a los extraños.

Durante el verano de 1859 se trasladó, por motivos de salud, al pueblo de San Felú de Torelló, en la provincia de Gerona. Como en aquel entonces no había allí ni hoteles ni fondas, doña Dorotea tuvo que alquilar un piso en una casa particular, en la que por los mismos motivos se alojaba un ejemplar sacerdote.

Acompañaba a doña Dorotea su hija Mariana, próxima a contraer matrimonio con don Espiridión Gibert, joven muy honrado y apreciado por la familia, el cual siguió a su futura esposa, hospedándose en la misma casa, aunque en distinto piso. Doña Dorotea no dejó de inquietarse por esta circunstancia, pues tal vez la convivencia de los dos jóvenes en la misma casa pudiera dar motivo de desedificación o de murmuraciones a quienes ignoraban la honorabilidad del joven y la solícita vigilancia de la madre. Para salvar su responsabilidad y aquietar su conciencia, al ir a confesarse, consultó el caso con un sacerdote de la población, el cual le manifestó que según las constituciones tarraconenses, estaba prohibida la cohabitación, bajo el mismo techo, de los que se hallaban en aquellas condiciones. Y aquí fueron los apuros de la Sierva de Dios, pues en el pueblo no se encontraba ninguna casa apropiada para albergar al honrado joven, y por otra parte no podía despedirle de la suya sin llamar la atención y suscitar la suspicacia de los conocidos, y sin ocasionar al muchacho un tan grave como innecesario disgusto.

Afortunadamente, el sacerdote que vivía en la casa, al darse cuenta de la turbación de Dorotea y enterado de la

causa, le manifestó que si bien el confesor había respondido acertadamente a una cuestión general, con todo, en el caso particular de que se trataba y teniendo en cuenta las circunstancias, no había peligro alguno en seguir como se encontraban y podía con la conciencia tranquila continuar el mismo estado de cosas.

Tranquilizada de este modo su conciencia, gracias al prudente dictamen del docto sacerdote, doña Dorotea consintió en que el joven continuase viviendo en aquella casa. Poco después, en octubre de aquel año 1859, contrajo matrimonio con Mariana.

Cuando sus hijas habían de tomar estado, les daba siempre los más acertados consejos. Amaestrada por su propia experiencia, sabía que era moralmente imposible mantener una unión perfecta entre dos familias diferentes, especialmente cuando la nuera ha de vivir bajo el mismo techo que los padres del esposo. Se necesita para ello una gran dosis de humildad, de abnegación, y sobre todo manifestarse siempre contenta y satisfecha. Por eso insistía en que procurasen adaptarse a los gustos y costumbres de su nueva familia.

—Contentad a vuestros maridos, contentando a sus padres, porque el afecto que por estos demostréis, lo estiman como si se lo prodigarais a ellos mismos. A mí —continuaba—, siempre me encontraréis. Yo seré siempre vuestra madre. Cariño no os lo demando, me contentaré con el que me deis. Yo os doy todo el que tengo.

Esta heroica renuncia muestra bien a las claras el carácter enérgico y sacrificado de doña Dorotea.

Desde el día en que se casaban sus hijas, se imponía, como regla de conducta, no mezclarse para nada en los asuntos de la nueva familia, dejando a los recién casados en completa libertad de organizar su vida a su talante, sin erigirse en juez de sus actos ni mezclarse en las intimidades del nuevo hogar.

Comprendía que la solución de los asuntos familiares es de la exclusiva incumbencia del matrimonio, que no admite ingerencias extrañas, aunque sean de la más amante de las madres y ejercidas con el mayor tacto y la mejor intención;

pero cuando el dolor o la enfermedad llamaban a sus puertas, entonces se trasladaba presurosa a la cabecera del enfermo y prodigaba todas las ternuras de su abnegación, pues sabía que muchas veces es más eficaz el cariño y las atenciones de que se rodea al enfermo, que las medicinas que recetan los facultativos.

—Si estáis enfermas, allá me tendréis. Si estáis sanas, acá me encontraréis —decía a sus hijas.

Pero en general, si éstas querían consultarla en algo, debían ir a su casa, en donde siempre las recibía con cariño maternal.

Tan sólo en un caso hacía excepción a esta regla general, y era cuando alguna de sus hijas estaba próxima a ser madre. Entonces se la traía a su propia casa para prodigarle todos los cuidados necesarios y ayudarla con su experiencia.

La primera vez que ejerció esta obra de piedad maternal fue en 1854, en el caso de su hija mayor, Dolores. Mas hubo de pasar por la pena de ver muerto a los tres días de nacido a aquel primer fruto de bendición. Más afortunada fue al año siguiente, cuando en 2 de abril de 1855 vio la luz con toda felicidad un niño al que bautizaron con el nombre de Alejandro, y fue apadrinado por don Mariano Serra, que ya había perdido el uso de la vista. Al volver de la iglesia, el padrino, según es costumbre tradicional, fue a presentar el nuevo cristiano a su madre, la cual observó que, en medio del general regocijo, tan sólo se veía tristeza en el rostro de don Mariano, que no podía contener sus lágrimas. Sorprendida, pues nunca había visto llorar a su abuelo, le preguntó la causa del llanto, a lo que contestó el buen anciano:

—Hija mía, ésta es la primera vez que lamento el verme privado de la vista, porque no puedo ver a mi primer biznieto.

UNIÓN DE CORAZONES

Con estas sabias normas de conducta no es de extrañar el gran ascendiente que ejercía entre las familias de sus hijas y la perfecta unión que reinaba entre todas ellas.

Como observa el Padre Nonell, "formaban todas juntas como un sistema planetario, cuyo centro, a manera de un sol resplandeciente y vivificador, lo ocupaba Dorotea, que miraba complacida girar en torno suyo aquellos cinco planetas, con sus satélites respectivos, formando en conjunto un espectáculo encantador, admirable a los ojos de los hombres, de los ángeles y de Dios".

Todos los días iba alguna de las familias a casa de sus padres a rendirles el tributo de su amor filial. Los domingos se preparaba la mesa para todos y así, como retoños de olivo, se los veía alrededor del tronco añejo, pues sabían que no podían dar mayor placer a aquellos santos y buenos padres que eran don José María y doña Dorotea.

Acabada la comida y después de la obligada acción de gracias, añadía doña Dorotea, con humildad y devoción estas cristianas palabras:

—Demos gracias a Dios que nos ha dado de comer sin merecerlo.

El desarrollo de una de estas reuniones familiares no podía ser más edificante. Hoy no se conciben apenas escenas semejantes; las diversiones, los espectáculos, los mil atractivos más o menos lícitos que ofrece una ciudad cosmopolita como Barcelona, e incluso otras más pequeñas y hasta pueblos insignificantes, actúan como agentes de disgregación familiar. Cada uno va por su lado: cine, fútbol, playa, monte... Choca oír de labios de jovencitas, salidas apenas de la infancia, frases como ésta:

—Hoy, mamá, ya tengo plan. No te preocupes por mí.

Y la mamá se queda tan contenta y satisfecha, porque así ya tiene libertad para seguir el suyo.

Antes no era así. Sobre todo en hogares cristianos como el de Dorotea. Ella se sentía dichosa y feliz al verse rodeada de sus cinco hijas, acompañadas de sus respectivos esposos y de un número cada vez mayor de nietecitos y más tarde de biznietos de todas edades e inclinaciones, pero todos alegres, inocentes, rebosando cariño por sus abuelitos, que a su vez tenían sus delicias en atender y escuchar la media lengua de aquellos niños cuyo candor se transparentaba en la lim-

pidez de su mirada y en sus inocentes juegos y travesuras.

Por su parte las personas mayores se entretenían en agradables conversaciones y comentarios familiares, exentos siempre de toda murmuración o maledicencia. Jamás las hubiera tolerado en su casa doña Dorotea, tan ajena siempre a todo vicio o defecto en el hablar. De sus labios no salían más que palabras de alabanza y encomio a todo lo bueno, o de disculpa y perdón para lo que no fuera tan edificante.

Esta vida íntima y familiar complacía en extremo a don José María, que aún en su lecho de muerte recordaba con nostalgia estas veladas familiares, presididas por una santa alegría y una perfecta caridad. En efecto, en una de las cláusulas de su testamento se expresa así: "Espero también que continuará reinando entre todas mis hijas y sus familias la misma unión, alegría y cariño fraternal que han presidido en mi casa durante mis días. Y que si alguna de mis hijas llegase a padecer vicisitudes y necesidades, todas las demás hermanas acudirán en su ayuda, la atenderán y asistirán hasta donde fuese menester."

MUERTE DE DON MARIANO SERRA

En repetidas ocasiones hemos hablado de este santo varón, padre político de doña Dorotea, a la que siempre amó con afecto de padre.

Dios le había concedido dos hijas, Carmen y Teresa, las cuales, desde muy jovencitas habían sentido la llamada del Señor y se habían entregado a Él en la Congregación del Sagrado Corazón, fundada en aquellos tiempos por Santa María Magdalena Sofía Barat. Humanamente, tuvo que sentir la ausencia de aquellas hijas tan entrañablemente amadas; pero ni por un instante se opuso a la vocación que las llamaba a estado más perfecto, pues sabía que hay que obedecer a Dios antes que a los hombres, especialmente cuando se trata de asunto tan importante como el de la salvación de la propia alma.

Pero el Señor le compensó de la ausencia de sus hijas con-

cediéndole otra en Dorotea, la cual, apenas entró en el hogar de sus padres políticos fue para ellos una hija más, que con su cariño, sumisión y filial solicitud les aliviaba en sus penas y necesidades, como si se tratara de sus verdaderos padres.

Cuando a partir del año 1849 don Mariano, aquejado de una enfermedad en los ojos, fue perdiendo gradualmente la vista, hasta quedar completamente ciego, Dorotea se constituyó en su lazarillo, atendiéndole en sus necesidades con abnegación sin igual.

El buen anciano pasaba la mayor parte del día entregado a la oración o escuchando la lectura de libros piadosos. Cuando la Madre Teresa, su amada hija, vino a Barcelona a fundar el Colegio del Sagrado Corazón, iba con frecuencia a consolarse con ella en santas conversaciones, con grandísima edificación de las religiosas, que le consideraban como a un santo.

Este aprecio explica y justifica el que en ocasión en que la Comunidad estaba de Ejercicios, le permitieran que siguiera con ella todas las prácticas piadosas; y cual si fuera una de las religiosas, tomaba parte, desde un rinconcito de la capilla, en todas las meditaciones, exámenes, lecturas y demás ejercicios piadosos.

Pero esta piedad iba acompañada de una exquisita caridad. Persona que le conoció a fondo, hablando de él, decía: "Don Mariano Serra y su esposa son admirables por sus virtudes; pero sobre todo por su caridad, que es extremada."

Y de esta caridad nació precisamente la primera gran obra de beneficencia de doña Dorotea.

Aunque más adelante nos referiremos por extenso a las Salas de Asilo, creemos oportuno referir ahora una anécdota que dio origen a las mismas.

Estando en cierta ocasión en compañía de don Mariano, hablando acerca del desamparo en que se veían los hijos de los obreros, exclamó de pronto Dorotea:

—Si yo tuviera quinientos duros, remediaría las necesidades de los hijos de la clase obrera.

—¿Cómo podrías tú, con tan pequeña cantidad acometer tan atrevida empresa? —le preguntó don Mariano.

—Repito —añadió ella con vehemencia— que si tuviera quinientos duros remediaría las necesidades de la clase obrera.

Pidióle entonces explicaciones, y Dorotea, que ya de tiempo atrás tenía madurado su proyecto, le respondió:

—Con los quinientos duros iniciaría una suscripción. Invitaría a muchas señoras que me honran con su amistad a que, según sus posibilidades, cooperasen a tan noble intento, y no dudo que con el producto de dicha suscripción podría comprarse o alquilarse una gran casa en los barrios de los obreros, para acoger en ella a sus hijos durante las horas en que los padres trabajan en las fábricas. Allí recibirán alimentación, educación e instrucción religiosa, formando de ellos hombres y mujeres útiles a la sociedad y a la religión. He visto en Francia establecimientos dirigidos por las Hijas de la Caridad, en los cuales se practican tales obras de misericordia con los hijos de los obreros. ¿Por qué ha de carecer de ellos Barcelona, hallándose, como se halla, en las mismas condiciones que aquellas ciudades francesas en que ya están fundados?

Don Mariano oía con placer y admiración estas entusiastas palabras de su amada nuera, y la creía capaz de llevar a cabo tales proyectos; por lo que le concedió los 500 duros que le pedía, poniendo con ellos el fundamento de las célebres *Salas de Asilo* que tanto bien hicieron y siguen haciendo en Barcelona durante los cien años de su existencia. En verdad se puede considerar a don Mariano como el fundador y padre de obra social tan excelente.

Poco después, a principios de 1860, don Mariano cayó enfermo de la dolencia que lo llevó al sepulcro. Si Dorotea se había portado como la mejor de las hijas, asistiéndole en las frecuentes molestias de los últimos años, agravadas por su completa ceguera, fue en esta última enfermedad cuando llevó su abnegación a los límites de lo heroico.

Don Mariano no sabía como agradecer tantas finezas a la que llamaba —y con razón— “el ángel de la casa”. Próximo a la muerte quiso darle una prueba del cariño paternal con que la amaba, y quitándose un precioso rosario que llevaba

al cuello, lo puso en el de Dorotea mientras le decía conmovido:

—Toma este rosario, recuerdo de mi familia y testimonio de mi amor a la Virgen. Consérvalo en memoria mía y como prenda del cariño de tu padre.

Murió el venerable anciano en abril de 1860, a la edad de 85 años, dejando a toda la familia sumida en el mayor dolor, aunque mitigado por la certeza de que sus virtudes le habían conseguido la eterna salvación.

De la eximia virtud de este ejemplar caballero, da fe el siguiente episodio.

La hija más pequeña de Dorotea, Carmelita, que se educaba en el Colegio del Sagrado Corazón, contaba quince años a la muerte de su abuelito, el cual la distinguía con particular cariño. Poco antes de morir, en uno de aquellos coloquios íntimos en que la experiencia del anciano se volcaba tiernamente en el corazón puro y sencillo de la niña, le decía estas palabras:

—Oigo decir, Carmelita, aunque no tenga la dicha de comprobarlo con mis ojos, que el Cielo te ha dotado de una peregrina belleza. Tú no sabes a cuántos peligros están expuestas las niñas que han recibido de la naturaleza las bellas cualidades que te adornan. La hermosura corporal expone a las jóvenes inexpertas como tú, a un peligro constante de perder la hermosura del alma. Yo te quiero mucho; pero preferiría verte sin vida que despojada de la cándida estola de la inocencia que embellece tu alma. Yo pido al Cielo que te lleve en compañía de los ángeles antes que permitir que afees tu alma con el pecado.

Tal vez la inocente Carmelita no alcanzase a comprender la gravedad de las palabras del abuelo, ya que para ella hasta entonces la pureza no era lucha, sino tranquila posesión; mas sea por la plegaria del anciano, o bien porque así lo determinase el Cielo, la inocente doncella, acometida poco después por unas violentas fiebres tifoideas, entregaba su alma al Señor, el 19 de agosto de 1861, cuando acababa de cumplir los 16 años.

GRAN DAMA EN SOCIEDAD

Si en el hogar era Dorotea una esposa y madre modelo, fuera del mismo era la dama ejemplar, modesta, delicada, que jamás olvidaba la presencia de Dios y las normas más estrictas de la honestidad y del decoro.

Nunca se dejó llevar de la vanidad en el vestir, tan propia de las personas de su sexo: ella, que por pertenecer a una de las familias más opulentas de Barcelona hubiera podido hacerlo sin llamar la atención.

En cierta ocasión, yendo por la calle con una amiga, ésta hizo un comentario poco favorable de una señora desmesuradamente compuesta que pasaba por su lado, y Dorotea se limitó a este comentario:

—Sin duda esta pobre señora no se acuerda de que ha de morir.

Estas palabras manifiestan muy a las claras que el pensamiento de la muerte le era habitual y con él reprimía o templaba ese deseo, tan natural en toda mujer, de vestir con lujo y elegancia.

Este mismo pensamiento, sin duda, es el que le inspiraba una visible repugnancia por las visitas de la modista, cuando por orden de don José María iba a casa a tomarle las medidas para algunos vestidos que, por su elevada posición en la sociedad, y por su obligación de acompañar a su esposo en determinados ambientes, debía hacerse. Sólo la obligación de obedecer a su marido la forzaba a complacerle en cosa que naturalmente tanto le repugnaba.

Don José María ejerció desde 1845 hasta 1875, el cargo de Cónsul general de Chile en Barcelona. En el desempeño del mismo y de otros a que le obligaban sus relaciones económicas y sociales, se veía en la precisión de dar convites en su casa, no pasando apenas semana en que no tuviera que demostrar la esplendidez y magnificencia de su posición y la generosidad de su noble corazón. Otras veces era él el invitado y se veía obligado a asistir a banquetes y reuniones e incluso a espectáculos públicos en el Liceo o en otras salas elegantes.

En todas estas ocasiones le era forzoso a doña Dorotea

acompañar a su marido, y aunque en el fondo de su alma sentía repulsión por estos actos de sociedad, con todo, sobreponiéndose a sí misma, sabía disimular tan bien sus propios sentimientos, se mostraba tan amable y atenta, que nadie se daba cuenta de la íntima lucha que se libraba en su alma, ajena por completo a todo fausto, ostentación y aturdimiento. Pero al mismo tiempo conservaba tal compostura exterior y tanta modestia, dignidad y decoro, que jamás tuvo que abstenerse de recibir al día siguiente la sagrada Comunión.

Con todo, para evitar el que alguna persona timorata pudiera escandalizarse por ello, después de haberla visto la noche anterior en aquellos lugares públicos de diversión y pasatiempo, en vez de ir, como solía, a comulgar en Santa María del Mar, lo hacía en alguna capilla de religiosas poco frecuentada.

Tan delicada era su conciencia en no proporcionar el menor motivo de escándalo a las almas pusilánimes, o de murmuración a los maldicientes.

DOROTEA EN LOS VIAJES

De la misma manera que acompañaba a don José María en las reuniones de sociedad, le acompañaba igualmente en muchos de sus viajes, especialmente cuando había de salir al extranjero, pues don José María quería gozar de la compañía de su esposa; y al mismo tiempo que ésta disfrutase admirando las novedades y bellezas de los países europeos más adelantados.

En el año 1855 se celebró en París la primera Exposición Universal, en la que se mostraban los adelantos técnicos y científicos del siglo. Don José María, que dirigía o era miembro de grandes empresas industriales, tenía mucho interés en visitarla, y quiso que su esposa le acompañara.

Este viaje le dio ocasión de ejercitar sus ejemplares virtudes. Un accidente fortuito le ocasionó la dislocación de una rótula, en tan graves circunstancias que según el parecer del médico, mejor fuera que se hubiese roto la pierna. Más

de un mes tuvo que permanecer inmóvil en cama, sin permitírsele el más leve movimiento. Después, durante largo espacio de tiempo, le fue preciso apoyarse en una muleta para caminar. Puede figurarse la contrariedad y la pena de don José María ante este inesperado accidente que les agüaba la alegría del viaje. Dorotea, en cambio, se mantuvo tranquila y aun aparentaba buen humor para aminorar el disgusto de su esposo, a pesar de lo agudo de sus dolores. Jamás exhaló la menor queja ni dio señales de impaciencia. Y para no permanecer ociosa, entretenía sus largas horas de forzosa inmovilidad haciendo labores de mano que destinaba a los pobres.

En 1862 tuvo que emprender otro viaje a París debido a que se le había declarado una enfermedad interna que necesitaba los cuidados de un célebre especialista, el doctor Jaubert de Lambal. El sabio doctor la atendió debidamente, prodigándole los cuidados de la ciencia. La acompañaron en esta ocasión dos de sus hijas: Jesusa y María Luisa. Por espacio de tres meses se vio obligada a permanecer echada en la cama o en un sofá, sin poder salir a la calle. Se le llagaron los codos con este motivo; pero ella jamás exhalaba una queja, antes al contrario, ocultaba heroicamente sus agudos dolores para aliviar la tensión de sus hijas y sirvientes. Como en la anterior ocasión, empleaba su tiempo en la oración y en labores manuales, ya que no sabía estar ociosa, con lo que al mismo tiempo ejercía la caridad con las personas necesitadas.

En 1874 acompañó a su esposo a Rusia. Aunque por aquellas fechas sus obras de caridad ya ocupaban todo su tiempo, con todo, no quiso oponerse al deseo de don José María y aceptó el viaje. Dejó debidamente encomendadas a otras personas sus obras de beneficencia y se puso en camino. Esta excursión fue para Dorotea un verdadero martirio: las largas etapas en ferrocarril y las molestias inherentes al cambio de alimentación, junto con el natural cansancio, soportado todo con enorme paciencia y aparente alegría, para no entristecer a su marido, minaron de tal modo su salud que, ya de vuelta en Barcelona, se sintió gravemente indispuesta. Los médicos



Casa Serra. Torre edificada por Don José María Serra para las vacaciones veraniegas de su familia y que hoy ocupan las Religiosas de los Sagrados Corazones.



Basilica de Santa María del Mar en donde se casó Doña Dorotea y fueron bautizadas sus hijas

diagnosticaron que se trataba de *melena*. El caso era gravísimo y daba pocas esperanzas de curación.

Dorotea no se turbó lo más mínimo. Sólo sentía las molestias que ocasionaba a los suyos y la pena que veía reflejada en el rostro de su esposo.

Consciente de su gravedad pidió con vivas instancias que le fueran administrados los Santos Sacramentos; mas los médicos, por no alarmarla, intentaban persuadirla de que no era tan grave la situación como para ello. Dorotea, que se dio cuenta de la piadosa intención que les guiaba, volvió a insistir. Ni por un momento perdió su lucidez mental. Y cuando los familiares le dijeron que al fin los médicos accedían, no porque se hallase en peligro, sino tan sólo por complacerla, y satisfacer su devoción, ella les preguntó si podría recibir al Señor sin estar en ayunas. Los médicos dijeron que sí, y entonces exclamó:

—Ya los tengo cogidos. Si me dejaran comulgar sólo por mera devoción, no podría recibir la Sagrada Comunión sino en ayunas. Por consiguiente, al hacer caso omiso del ayuno eucarístico, quiere decir que se me dará la Comunión como por Viático, o sea, que estoy grave. Bien lo sé, no os apuréis por mí, que moriré contenta si ésta es la voluntad de Dios.

Afortunadamente para los suyos y para las numerosas obras benéficas que llevaba entre manos, la enfermedad cedió. Cesó la peligrosa hemorragia, entró en plena convalecencia y al cabo de algún tiempo, recuperada por completo la salud, pudo volver a sus habituales ocupaciones.

Otros muchos viajes hizo Dorotea, especialmente a Francia, en donde solía pasar algunas temporadas durante el verano para someterse a la cura de aguas de Luchon, Aigües Bonnes, Canteret... y aprovechaba estos viajes para visitar siempre el Santuario de Lourdes, especialmente la santa gruta, en donde dejaba desahogarse su corazón y su fervor mariano, pidiendo a la Santísima Virgen las gracias que necesitaba para sus seres queridos y para sus numerosas obras de beneficencia.

En 1878 peregrinó a Italia, acompañada de su esposo y de una de sus hijas, con el fin de visitar los santuarios más

célebres, entre ellos el de Nuestra Señora de Loreto, por la que sentía una especial devoción.

Pero sobre todo la atraía Roma, con sus magníficas basílicas y los recuerdos que guarda de los primeros tiempos del cristianismo. Visitó las catacumbas de Santa Inés, y sus impresiones las expresaba a su hija Isabel, en una carta de su puño y letra: "Nos gustaron muchísimo —dice—. Vimos muchas tumbas de mártires, que no se han abierto nunca. Por todas partes encontrábamos calaveras y huesos; pero como son de santos, no causan horror, sino al contrario, un gran respeto y devoción, al considerar los grandes sacrificios que arrostraban por defender su religión."

Prueba de la gran devoción y fervor que sentía al visitar los lugares más venerados de Roma, son estas palabras jocosas que don José María escribe al dorso de la carta mencionada:

"Ayer fuimos, *por tercera vez*, a la Escala Santa, de donde no puedo arrancar a Dorotea. Es probable que también hoy me obliguen entre las dos a subir a gatas la Santa Escala... ¡A mis 68 años! En verdad que yo también lo deseo."

No eran los esposos Serra desconocidos en aquel Santuario. Su caridad se había extendido hasta allí, y los Padres Pasionistas que custodian tan veneradas reliquias, les estaban sumamente agradecidos, como lo demuestra el siguiente episodio.

Dos años antes, en 1876, entre la peregrinación que había ido a Roma con motivo del jubileo de Santa Teresa, se encontraba un joven marino natural de Barcelona. Después de subir piadosamente de rodillas, como es de rigor, la Santa Escala, quiso visitar el convento de los religiosos encargados de su culto. Acogido amablemente por el Padre Gismondí, Superior de la Casa, visitó detenidamente todas las dependencias, y al darle las gracias por la atención y bondad con que le había acompañado, el referido Padre le preguntó de dónde era.

—Soy español —respondió.

—¡Oh, y cuánta fe hay en España! Y ¿de qué ciudad es usted?

—De Barcelona.

—¿Conoce usted a don José María Serra y a su esposa doña Dorotea?

—Personalmente, no; pero por la reputación de que gozan de personas muy caritativas y de grande beneficencia, los conozco mucho. Entre los marinos que hacen viajes a América se habla mucho de estos señores; porque apenas hay barco que cuando sale de Barcelona para América, no lleve encargos y copiosos donativos para religiosas o sacerdotes de aquellas apartadas regiones. Y más le he de decir: median cordiales relaciones de amistad entre ellos y mis padres.

—Sí, en verdad, son personas muy piadosas y caritativas —añadió el Padre Gismondi—. Si no fuera molestar a usted le pediría un favor y es que les llevase usted de mi parte una reliquia de nuestro Santo Fundador en agradecimiento a los muchos beneficios que a nuestra Congregación han dispensado aquellos señores.

Ofrecióse gustoso el marino, y a la vuelta de Roma entregó el preciado don, enviado por los Padres Pasionistas a la familia Serra, poniéndolo en manos de doña Dorotea.

MUERTE DE SOR JUANA

Decisiva fue en la formación espiritual de Dorotea la influencia de su querida hermana Josefa —Sor Juana en religión—, como lo fue asimismo en la educación de sus hijas. No es de extrañar, pues, que ambas estuviesen unidas por un afecto entrañable que no disminuyó, sino que purificó, la vuelta al claustro de la santa religiosa.

Allí vivió aún Sor Juana muchos años, sirviendo de edificación y alegría a sus hermanas en religión. Se llenaba de gozo con la relación de los heroicos actos de caridad que oía contar de su hermana Dorotea, que la seguía amando como a una tierna madre.

Dorotea y José María iban a visitarla con la frecuencia que permitían las reglas. Las religiosas los consideraban como padres y protectores del convento y los veneraban como

hermanos de su querida Sor Juana, la cual se ocupaba en el cargo de enfermera con una caridad sin límites y una entrega generosa. Era Sor Juana modelo de observancia y sobre todo de perseverancia en su vocación.

Cuando en 1868 la Revolución triunfante, después de destronar a Isabel II, promulgó de nuevo leyes antirreligiosas —Constitución del 69—, las monjas temían, y no sin fundamento, una nueva exclaustración. Mas Sor Juana, aleccionada por la primera, sentía tanto horror ante la posibilidad de que volviera a repetirse, que llegó hasta a pedir permiso a su confesor para no abandonar su convento, aun con peligro de su vida. Y lo hubiera hecho, según era de fervorosa y decidida, si llegado el caso —que por fortuna no llegó—, se lo hubiera permitido su director espiritual.

En las visitas que le hacía Dorotea, solía ir acompañada de su esposo o de alguna de sus hijas. No hablaban de banalidades, sino de cosas referentes al alma y a la perfección.

Nunca dejaba pasar el día de Santa Dorotea sin ir a ver a su hermana:

—Ya que no puedes venir a casa a felicitarme —le decía—, vengo yo a la tuya a recibir tu felicitación.

Después de la misa, pasaba Dorotea al interior, en donde la convidaban a tomar el chocolate con la Comunidad; pero ella aceptaba con una condición: que había de tomarlo en la misma jícara que su hermana, de barro ordinario, barnizado de oscuro, y no en taza y plato de loza fina, como querían las monjitas, en atención a su gran bienhechora. Este amor a la pobreza edificaba grandemente a todas las religiosas.

En el año 1880 contaba ya Sor Juana cerca de 74 años. Debilitada por los continuos trabajos en bien de la Comunidad, cayó gravemente enferma, y comprendiendo que se acercaba el fin de su destierro, anhelaba juntarse con el Esposo Divino.

Al enterarse Dorotea de su gravedad, quiso prodigarle sus cuidados y pagarle todo lo que de ella había recibido en amor y educación durante su infancia y adolescencia. Deseaba volar a su cabecera para constituirse en su enfermera constante y abnegada; pero las Reglas se lo impedían y con gran

dolor de su corazón tuvo que contentarse con saber los avances de la enfermedad, hasta que entregó su bella alma a Dios el 9 de marzo de 1880.

Toda la familia la lloró como se llora a una madre, pues lo fue de verdad tanto para Dorotea como para sus hijas; y a su muerte, pidió a las Hermanas que cortasen un trozo de su pobre mortaja para conservarla como reliquia, pues la consideraba una santa.

Ella a su vez, conocía a fondo las virtudes de Dorotea, y solía decir a las monjas que en el Cielo las avergonzaría a todas; pues había de alcanzar un elevado trono de gloria, ganado en medio del mundo, superior al suyo, conseguido en la vida religiosa.

Este pensamiento tal vez pueda explicar el hecho extraño de que habiendo vivido las hijas de Dorotea en contacto con una madre tan santa y tan piadosa y en un ambiente tal de fervor y recogimiento, que al decir de muchas personas su casa parecía un convento, ninguna de ellas se sintió llamada al claustro, siendo así que muchos de los domésticos abrazaron la vida religiosa, para la que no les faltó la ayuda moral y material de Dorotea.

Es que el ejemplo de su madre, santificándose en el estado matrimonial, las hacía comprender que también en él se pueden alcanzar las alturas de la santidad y perfección.

TESTAMENTO DE DON JOSÉ MARÍA

Hemos podido apreciar, en las páginas anteriores, la perfecta compenetración que existió siempre entre los esposos Serra: formaban un solo corazón y una sola alma, coincidiendo sobre todo en la caridad hacia los pobres y desvalidos. Don José María ponía en manos de Dorotea grandes sumas, para que las emplease en obras benéficas; y los regalos y donativos que constantemente le hacía, los dedicaba ella al mismo santo fin.

Desde la vuelta del viaje a Rusia, don José María pensaba con frecuencia en la muerte. La gravísima enfermedad de Do-

rotea, le pareció un toque de atención y quiso prepararse como buen cristiano a fin de que la muerte no le sorprendiese desprevenido. Por este motivo en 22 de marzo de 1875 otorgó su testamento, que al mismo tiempo que es una paladina declaración de su religiosidad, constituye un monumento erigido a las virtudes y al amor de su santa esposa.

Declaro —empieza— que he vivido y pienso morir en el seno de nuestra Santa Madre la Iglesia Católica, Apostólica y Romana.

Si por ignorancia o descuido se encontrase entre mis papeles, libros y cuadros, alguno que fuese contrario a nuestra religión o moral quiero que luego al punto sea inutilizado, sin publicidad ni escándalo.

De su profunda humildad da fe esta cláusula:

Quiero que se me entierre sin la menor ostentación, y sin que se haga funeral de ninguna clase. En su lugar quiero que inmediatamente después de mi muerte, se hagan celebrar en sufragio de mi alma el número de misas rezadas que tenga a bien disponer mi esposa.

Para el caso de que ella muriese antes, señala el número de cuatro mil misas, en sufragio de su alma y de los otros miembros de la familia fallecidos.

Su amor a los pobres queda evidenciado en estas palabras:

Dispongo que se repartan cien mil pesetas entre pobres necesitados, pudiendo entrar en la distribución comunidades religiosas que padezcan estrechez, y establecimientos de beneficencia necesitados de recursos.

Deja luego una pensión vitalicia y habitación gratuita a varios criados de la casa y a otros que, según el criterio de su esposa, se lo merezcan en atención a sus servicios.

Si tal era la liberalidad de don José María con los extraños, no es de admirar que al tratarse de su querida esposa, abra la mano con generosidad, demostrando con ello, una vez más, el amor que le profesaba.

Lego a mi fiel amiga y compañera de mi vida, mi amada esposa, doña Dorotea de Chopitea de Serra, el pleno e íntegro usufructo de mi universal herencia y bienes, con facultad de disponer de todos los

aumentos de él resultantes, a su libre voluntad. Lego igualmente a mi citada esposa, a su libre voluntad, la mitad de los bienes que yo posea al tiempo de mi fallecimiento, con exclusión de ajuar, libros, alhajas, etc., de que dispongo separadamente.

Otra manera aún más delicada de manifestar el amor que sentía por Dorotea queda reflejada en la siguiente cláusula:

Aunque por las constantes muestras de cariño que hasta ahora nos tienen dadas nuestras hijas estoy convencido de que su comportamiento para con su madre será el mismo después de mi muerte, no quiero cerrar este testamento sin rogarles que la amen y cuiden con el mismo amor y respeto que yo le he prodigado constantemente: ruego que hago extensivo a mis hijos políticos; y que enseñen también a sus hijos a amarla y respetarla como ella merece. Pido a mis queridas hijas que para ello tengan siempre presentes los afanes y cuidados que les cuestan sus propios hijos, y por ahí tendrán la medida de lo que ellas mismas han costado a su madre, y del mucho amor con que han de rodearla durante el resto de su vida.

DON JOSÉ MARÍA SE PREPARA AL GRAN VIAJE: SANTA MUERTE

A la muerte de Sor Juana siguió, a mediados de 1881, otra pérdida no menos dolorosa. Repentinamente, y en plena juventud, fallecía don Gustavo de Gispert, dejando a su esposa Isabel viuda y con seis niños de corta edad (1). El pesar que en toda la familia produjo esta muerte repentina, no es para descrito: especialmente los esposos Serra la sintieron hasta tal punto que creyeron había de faltarles la fuerza para resistirlo. Don José María se sintió tan profundamente afectado que ya no pensaba más que en prepararse también al gran paso, que presentía próximo. Para consolarse de la dura prueba se llevaron a su casa a Isabel y a sus hijos, el mayor de los cuales, Gustavo, apenas contaba diez años de edad.

Por estas fechas ya se hallaban instalados en el magnífico

(1) Eran éstos: Gustavo, Pilar, Ignacio, Federico, Angelita y Adrián, que todavía vive al imprimirse este libro. Es el único nieto superviviente.

palacio que don José María había edificado en la Gran Vía barcelonesa, uno de los primeros que se erigieron en ella y que tanto contribuyeron a dar realce y prestigio a la ciudad. Aún hoy día es una de las construcciones más señoriales y distinguidas de la magnífica avenida, aunque desde hace tiempo ha pasado a ser un hotel de los más suntuosos de Barcelona.

Don José María llevaba más de cincuenta años dedicado al comercio y a empresas mercantiles, en las que había adquirido una gran fortuna; y aunque siempre había procedido con acrisolada honradez, como correspondía a su delicada conciencia cristiana, temeroso empero de que entre los millares de operaciones mercantiles realizadas a lo largo de su vida hubiera podido dejarse llevar en alguna ocasión de la codicia o de un desmesurado afán de lucro, quiso, para aquietar sus escrúpulos, buscar el asesoramiento de un santo sacerdote, que, a su probidad de vida y ciencia de moralista, añadiera también los conocimientos necesarios para juzgar en materia de contratos mercantiles. Encontró tal persona en el reverendo Padre Cabré, de la Compañía de Jesús y se puso en sus manos, dándole a conocer todas aquellas operaciones en que sospechaba haber incurrido en algún peligro, protestando con toda sinceridad que era su propósito firme subsanar todas las faltas que hubiera cometido y restituir todo lo que hubiera adquirido sin justo título.

Este trabajo les llevó todo el invierno de 1881 y la primavera siguiente. A medida que se iba tranquilizando su conciencia, don José María se sentía más alegre y hasta parecía que se robustecía su salud.

Al llegar el verano se recrudeció su dolencia, una úlcera gástrica, y los médicos le prescribieron una cura de aguas en San Hilario Sacalm. Quiso don José María que además de su esposa le acompañara el mencionado sacerdote Padre Cabré, el cual, aunque venciendo muchas dificultades acabó por consentir, ya que don José María estaba resuelto a no moverse de Barcelona, renunciando a la cura prescrita, si no le acompañaba.

A primeros de julio partieron para San Hilario. Se agre-

garon a los acompañantes citados su hija Isabel y don Víctor Gibert, además de la doncella, Concepción Muzás, y otras dos chicas del servicio, para atender a los nietecitos Pilar y Federico.

Un día, mientras todos habían salido de paseo a la fuente, don José se quedó sólo con la doncella y de pronto le sobrevino el temido vómito. Consciente de lo que ello significaba, y para no alarmar a los suyos, don José encareció a la muchacha que no dijera a nadie una palabra, especialmente a Dorotea. Al volver del paseo, ésta le preguntó cómo se encontraba, y él le contestó que no había novedad.

Empezaron a comer y don José María, durante la comida no apartaba los ojos de la sirvienta, como recordándole su promesa, pero la muchacha, agobiada por la responsabilidad y el remordimiento, aprovechó un momento oportuno para escribir en un papelito, con lápiz, lo sucedido, y a la primera ocasión, lo deslizó en manos de Dorotea. Ésta disimuló, pero acabada la comida mandó inmediatamente a Víctor que en el primer tren fuese a Barcelona y trajese al médico.

Apenas llegó éste, dispuso que sin más tardanza se trasladaran todos a Sarriá, sin pasar por Barcelona.

Antes de partir, y siguiendo una santa costumbre que practicaban siempre en sus desplazamientos veraniegos, entregaron al párroco una crecida suma para que la repartiera entre los pobres de San Hilario y de Arbucias. Consideraban los santos esposos que si ellos tenían suficientes bienes de fortuna para permitirse el lujo de un veraneo o de una cura de aguas, también los pobres de Cristo debían participar de los mismos.

A raíz de su vuelta a Sarriá, don José María manifestó a su nieto Gustavo de Gispert sus sentimientos para con su esposa:

—Muy pronto se cumplirán cincuenta años de mi matrimonio con Dorotea, verdaderas bodas de oro, pues he de confesar que desde el primer día de nuestro enlace, ha ido creciendo el amor y cariño que le profesaba, sin decaer un momento, antes apreciando cada día más sus sólidas y cristianas virtudes.

Mientras tanto iba dando cima al negocio que le traía preocupado desde unos meses atrás. Con la ayuda del Padre Cabré quedó completamente tranquilo al respecto y ya no pensó más que en prepararse para el gran paso que intuía como muy cercano.

Dorotea no omitió ningún medio para devolver a su amado esposo la salud perdida, o al menos para aliviarle en sus dolencias. A este fin hizo venir de París a un famoso especialista, a quien fue a buscar uno de sus yernos, don Narciso Pascual, esposo de Jesusa. El médico examinó detenidamente al enfermo y tuvo que desengañar a la atribulada familia, confesando que el mal no tenía remedio humano. Doña Dorotea redobló entonces sus demostraciones de abnegación y de cariño.

Si durante los cincuenta años de perfecta unión se esforzó en manifestar su amor y entrega absoluta a su esposo, fue durante la última enfermedad cuando su abnegación llegó a su más alto grado. No se apartaba de su lado ni de día ni de noche. Lo cuidaba por sí misma, sin permitir que manos ajenas se ocuparan en atender a quien consideraba como a su dueño y señor. No había trabajo, por bajo y molesto que fuera, que no desempeñase por sí misma: el amor le dio fuerzas para realizar, durante varias semanas, un esfuerzo que humanamente hablando, no hubiera podido sobrellevar.

Como de costumbre, se rezaba el Santo Rosario, antes de la cena. Don José María lo hacía con devoción desde su lecho, pues Dorotea lo rezaba en voz alta, para que todos pudieran seguirlo. Aunque procuraba poner sordina a sus sufrimientos, se emocionaba tanto, especialmente la víspera de su muerte, que don José María le dijo desde el lecho:

—Sigue, hija mía, sigue...

Y ella, con lágrimas en los ojos, continuaba rezando.

Las fuerzas del enfermo llegaban a su fin. El Padre Cabré no se apartaba de su lado, tranquilizándole acerca de sus escrúpulos de los últimos tiempos, y lo dejó tan alegre y sosegado, que hubo de exclamar:

—Una muerte como la suya quisiera yo para mí.

Entrado en agonía, y rodeado de su esposa, hijas y demás

familiares, entregó su alma al Creador. Eran las diez de la mañana del 29 de agosto.

Después de cerrarle los ojos, Dorotea fue a la parroquia a oír Misa y comulgar por el eterno descanso de su alma.

Al día siguiente, 30, tuvo lugar el entierro, que constituyó una de las más sentidas manifestaciones de duelo que se habían visto en Barcelona.

El cadáver fue llevado a la iglesia parroquial de Sarriá donde se cantó la Misa de Difuntos; después de la cual fue conducido a la estación del tren de Sarriá, precedido por el clero de la parroquia y seguido de numeroso acompañamiento. En la estación se había dispuesto un vagón de transporte, enlutado y descubierto, que dejaba el féretro a la vista. El tren expreso que lo condujo a Barcelona, se componía de nueve coches, que iban completamente llenos.

En la estación de la plaza Cataluña le esperaba el clero parroquial de Santa Ana, a cuya parroquia pertenecía el difunto. Allí se organizó el duelo, presidido por el Excelentísimo señor don Isidro Pons, su yerno, los familiares y la junta en pleno del Banco de Barcelona, del que era Presidente. Precedían al féretro los Hermanos de San Juan de Dios, con una sección de niños asilados en el Hospital tan protegido por el difunto. Seguían las Hermanas de la Caridad de San Vicente de Paúl, con un grupo de niñas, los Hermanos de las Escuelas Cristianas, con una representación de los niños que asistían a sus escuelas, todos los cuales se habían unido en Sarriá al acompañamiento en la misma casa-torre del difunto. El ataúd iba conducido por un coche de dos caballos.

Como prueba de respeto a la memoria del finado, por aquellos días enarbolaba las banderas a media asta en señal de duelo la corbeta "Pablo Sensat" perteneciente a la compañía naviera *Jover y Serra*, de la que era condueño, y que ostentaba en el palo trinquete la bandera de Chile, usada como contraseña por los buques de la Casa.

Los mortales despojos de don José María fueron inhumados en el magnífico panteón que tiempo atrás había mandado construir para sí y para su familia en el cementerio del Este.

LA PERSONALIDAD DE DON JOSÉ MARIA

Nos parece justo, y seguramente interesará a los lectores dar aquí algunas noticias sobre la relevante personalidad de don José María Serra, cuyo carácter debió de influir, naturalmente, en su esposa Dorotea. No en vano vivieron durante cincuenta años en la más perfecta unión y conformidad de sentimientos, de manera que las buenas cualidades de cada uno de los esposos habían de reflejarse, necesariamente, en el otro.

Había nacido don José María en Chile el 4 de noviembre de 1810. Por las mismas causas que los Chopitea, tuvieron los Serra que repatriarse alrededor de 1820 y se establecieron, como ya hemos referido, en Barcelona.

La casa Serra había adquirido una sólida reputación que, iniciada por don Mariano fue tomando mayor auge cuando don José María se hizo cargo de la dirección de los negocios debido a la progresiva e incurable ceguera que afectó a su padre.

Mantenía relaciones comerciales con empresas de varios países de Europa y de América; y su pericia y acrisolada honradez lograron que los negocios fueran cada vez más prósperos y florecientes.

El dinero, en manos de don José María, no era un fin, sino un medio para acrecentar la capacidad económica de la nación, dar trabajo a multitud de obreros y sobre todo para derramarlo a manos llenas en beneficio de los pobres y necesitados. Dorotea podía entrar a saco, sin limitación, en sus gavetas y disponer de la fortuna de su esposo para sus obras de beneficencia.

En 1844 se fundó el Banco de Barcelona. Don José María figuró desde el principio en la Junta de Gobierno y luego fue nombrado Director, cargo que desempeñó por espacio de 38 años, esto es, hasta su muerte. Importantes fueron los servicios que desde su elevado cargo prestó a dicho Banco, en las crisis por que atravesó, contribuyendo poderosamente a su prosperidad gracias al prestigio de que gozaba y a su respaldo económico.

En 1859 tuvo lugar la guerra de África. El Gobierno español se veía en situación muy apurada, pues no podía hacer frente a los cuantiosos gastos de la expedición militar. Don José María fue uno de los más entusiastas iniciadores del préstamo de cinco millones de reales que, sin interés alguno, nizo el Banco de Barcelona; ejemplo que, imitado después por otras entidades bancarias de la provincia, sacó al Gobierno de apuros y le permitió llevar a cabo aquella expedición militar en la que los voluntarios catalanes, al mando del General Prim, se cubrieron de gloria inmarcesible.

Durante el cólera que azotó a Barcelona en los años 1854 y 1865, don José María no sólo encabezó con desusada liberalidad la suscripción cuyos brillantes resultados contribuyeron a mitigar en parte las terribles consecuencias del flagelo, sino que con una generosidad ejemplar, se ofreció a formar parte de la Junta de Socorros, llevándolos personalmente a los puestos más infestados, sin temor al contagio, dando con ello pruebas de su celo y cristiana caridad, que le merecieron la gratitud del pueblo, los plácemes de las autoridades y aun el reconocimiento oficial del Gobierno. Lo mismo hizo en 1870, cuando asoló a Barcelona la fiebre amarilla y muchas personas responsables desertaban huyendo de la ciudad ante el temor del contagio. Don José María se entregó totalmente al alivio de los apestados organizando los socorros y atendiéndolos personalmente. En agradecimiento y como recompensa a tan relevantes servicios de caridad, le fue otorgada por el Gobierno la Gran Cruz de la Orden de Beneficencia.

En 1856 se fundó por iniciativa de don Valentín Esparó Giralt, la empresa *La Maquinista Terrestre y Marítima* que tanto prestigio había de dar a la industria metalúrgica española y don José María fue nombrado miembro de la Junta.

También fue consejero del Banco Hispano Colonial, creado en 1876 por iniciativa de su gran amigo don Antonio López, el primer Marqués de Comillas, para reunir fondos con que ayudar al Gobierno en la pacificación de la Isla de Cuba, llegando a ofrecer al Gobierno hasta 25 millones de duros.

Con el ilustre fundador de la Compañía Transatlántica le

unía una firme amistad, basada en que ambos se dedicaban a empresas navieras que unían a la Madre Patria con las que fueron sus provincias ultramarinas; y don Isidro Pons, su yerno, formaba parte del Consejo de la Compañía Transatlántica.

Otras obras que prosperaron bajo la dirección o con el apoyo económico de don José María fueron el ferrocarril de Granollers, más tarde fusionado con la línea de Francia, así como el canal de Urgel, del que fue uno de los principales accionistas. Sería ardua empresa enumerar todas las actividades públicas o privadas que impulsó con su iniciativa e hizo prosperar con su inteligencia y sabia dirección.

Todas estas actividades financieras suponían una enorme fortuna, que don José María empleaba en gran parte, como hemos visto, en obras de beneficencia pública y privada, pues era sumamente caritativo.

Pero sobre todo prestaba su eficaz y desinteresado apoyo a toda obra que redundase en beneficio de la ciudad o de los desvalidos. Era socio fundador de la Sociedad Española de Salvamento de Náufragos, socio fundador del Círculo Hispano-Ultramarino de Barcelona, Presidente de la Comisión para el desvío de la Riera de Malla y Urbanización del Ensanche, miembro de la Junta de Auxilio para remediar los efectos de la epidemia de 1870, Socio Protector de la Asociación de Socorros y protección a la clase obrera y jornalera...

En una palabra: no había necesidad pública o privada que don José María no acudiese a remediar con sus donativos y, sobre todo, con su prestación personal; pues como Teniente Alcalde de la ciudad, durante muchos años, conocía perfectamente todas las miserias que se albergaban en una ciudad cosmopolita en la que, junto al esplendor y al lujo, se esconden tantas miserias físicas y morales.

No es, pues, de extrañar que el Estado le galardonara con las más preciadas recompensas oficiales. En 3 de febrero de 1867 le fue concedido el título de Comendador Ordinario de la Real y distinguida Orden de Carlos III y en 16 de agosto de 1877 era nombrado Caballero Gran Cruz de la Real Orden de Isabel la Católica.

DOÑA DOROTEA, VIUDA

Muerto su esposo, el primer cuidado de Dorotea fue el mandar que se celebrasen en sufragio de su alma cuatro mil misas y al mismo tiempo empezó a repartir considerables limosnas entre los pobres.

No pudiendo ella continuar los negocios de don José María, dejó este cuidado a sus yernos, especialmente al que había sido su mayor ayudante y socio, don Isidro Pons, y ella se contentó con administrar sabiamente los cuantiosos bienes que le había dejado en usufructo, así como la herencia de sus hijas. No tocó ni un céntimo de lo que a éstas les correspondía; pero lo suyo lo destinó por completo a la beneficencia.

Una de las primeras obras de caridad que realizó, como sufragio por el alma de su esposo, fue la ejercida en favor de unos sacerdotes egipcios, los cuales, en unión de varias familias católicas de aquel mismo país, se habían refugiado en Nápoles, huyendo de la persecución de que eran objeto en su patria, y estaban sumidos en la mayor miseria. Un sacerdote barcelonés, don Fernando Partagás, dio noticia de esta necesidad a doña Dorotea, la cual, por medio del mismo, se apresuró a enviarles una cuantiosa limosna que causó en aquellos pobres infelices la más grata impresión, y no sabían cómo manifestar a doña Dorotea su profundo reconocimiento.

El Vicario de la parroquia de Santa Lucía, en Nápoles, al dar cuenta al reverendo don Fernando Partagás del recibo de la elevada suma que había aliviado la miseria de aquellos pobres desterrados, le decía en una carta:

Reverendo señor don Fernando: El día 24 de septiembre recibí la limosna suministrada por la señora viuda de Serra. Amigo don Fernando, en cuanto me presenté en casa de aquellos pobres egipcios y les comuniqué la grata noticia, fue tal el gozo y la alegría, acompañada de lágrimas, que aquellos desgraciados experimentaron, que no hay palabras con que poderlo expresar. Era emocionante el ver aquellos niños y niñas, pegado el rostro al suelo, dando gracias a Dios, bendiciendo la mano caritativa de doña Dorotea, y rogando por aquella alma santa. Aún más: todas las familias, juntamente con los sacerdotes, se dirigieron a la iglesia a bendecir y dar gracias a Dios y a la

Virgen Santísima, y todo en sufragio del alma bendita de don José María. Y más aún... pero perdóneme usted, porque al querer yo escribir todo lo que hicieron aquellos pobres egipcios en la iglesia, me cae la pluma de las manos. Pero lo mejor era ver a los feligreses de Santa Lucía llorando en el templo en compañía de aquellas pobres familias. ¡Qué llantos, qué clamores, qué acciones de gracias a Dios! Es imposible describirlo. Era de ver a los sacerdotes con la letra de cambio en las manos, ofrecerla a Dios delante del Santísimo Sacramento expuesto en la custodia. Y todos los egipcios, grandes y pequeños, hombres, mujeres y sacerdotes, y todo el pueblo de Santa Lucía, con llantos y sollozos rogaban por su querida madre, doña Dorotea y por la bendita alma del señor don José María Serra...

Amigo don Fernando: todos ellos me piden que haga usted saber a doña Dorotea que el día 27, en esta parroquia se celebrará un funeral por el alma de don José María Serra. Y un sacerdote egipcio ha ordenado que todos reciban la sagrada comunión, vestidos con la ropa que han comprado con la limosna enviada por la señora viuda de Serra. Y luego, según la costumbre de su país, con una candela en la mano, han de rogar por el alma de don José María. Después, conforme a sus usos, darán una comida a todos los niños y niñas, todo para el eterno descanso del alma de don José María.

Dispénseme que le haya escrito tan largo. Más tarde, cuando el funeral se haya celebrado, le daré cuenta detallada de todo.

Amigo don Fernando: todos los sacerdotes, y mujeres y niños, besan la mano a usted, a la señora doña Dorotea y a toda su familia. También yo beso las de usted y me ofrezco su afmo. servidor,

Salvador Cerique,

Vicario de la Parroquia de Santa Lucía del Mar, de Nápoles.

Pocos días después volvía a escribir relatando los pormenores de aquella función religiosa. En la puerta del templo habían colocado una inscripción dedicada a don José María Serra y a su generosa viuda que les había librado de la miseria, inscripción que terminaba con estas palabras: "Y vosotros feligreses de Santa Lucía, uníos a nosotros para rogar por su bendita alma. Rogad, rogad."

En el templo, junto al catafalco, se habían colocado los egipcios, llevando en sus manos los objetos adquiridos con la pingüe limosna: vestidos, ropas de cama, pan, queso, macarrones, jarras de vino, coronas de flores... Asistieron a los sagrados oficios con suma devoción, acompañados por los feligreses de la parroquia, y llorando emocionados, bendecían a Dios y le rogaban concediera larga vida a su insigne bien-



Retrato de Doña Dorotea, por Trias. Propiedad de D. Antonio de Gispert



Retrato de Don José María Serra, por Trias, perteneciente a D. Antonio de Gispert

hechora. Todos ellos recibieron la Sagrada Comunión que ofrecieron por el alma del querido difunto.

Hallábanse en Santa Lucía algunas familias españolas que venían de Roma, y extrañadas, le preguntaron al Vicario:

—¿Por qué se hace este funeral al señor Serra, que era español?

Al explicarles lo sucedido, quedaron altamente conmovidos y prometieron que harían conocer a otros compatriotas el edificante rasgo de Doña Dorotea.

Pero aún hay más: deseoso el Vicario de corresponder de algún modo a la generosidad de doña Dorotea, le envió una cajita de conchas marinas, como humilde recuerdo de la gratitud eterna de aquellos pobres desterrados, recuerdo que doña Dorotea conservó siempre con cariño, en memoria de su querido esposo.

LA JORNADA DE DOÑA DOROTEA

Vamos a intentar un bosquejo de lo que era la vida ordinaria de doña Dorotea en sus últimos años, después de la muerte de su esposo. Los hechos que narramos son todos auténticos, si bien acaecidos en diversas circunstancias, y si los traemos a colación es para que tengan cabida en este lugar y no caigan en el olvido, pues de todos ellos se pueden sacar sabias enseñanzas y ejemplos dignos de imitación.

A las cinco y media se levantaba. La casa permanecía aún a oscuras. Y sin hacer el menor ruido, para no despertar a nadie, procedía al aseo de su persona. Mientras tanto su pensamiento se elevaba al Señor, consagrándole el día que empezaba. Ella misma levantaba la cama y plegaba las sábanas.

A las seis se dirigía a la próxima iglesia de los Padres Jesuitas, en la calle de Caspe. El recorrido no era largo: unos minutos, ya que ella vivía en su palacio de la Gran Vía, a dos manzanas de la Residencia de los Padres.

Ya en la iglesia, oía devotamente la Santa Misa; luego hacía la meditación, rezaba sus oraciones particulares y comulgaba con sumo fervor, quedándose luego dando gracias durante el espacio de otra Misa.

A las ocho volvía a casa. Isabel, la tercera de sus hijas, que por haber quedado viuda con seis niños, había ido a vivir con ella, ya había levantado a los mayores, que ahora se sentaban a la mesa, alrededor de su abuelita.

Era la hora de las confidencias: mientras tomaban su desayuno, los niños le hacían mil preguntas, que ella, cariñosa, contestaba, mientras les iba repartiendo los bizcochos. Ella jamás los probaba. Mojaba en la jícara de chocolate un pedazo de pan duro y esperaba que se ablandase para poderlo comer. Como había perdido muchos dientes, comía muy despacio y esto le daba tiempo para enterarse del adelanto de cada uno de sus nietecitos en los estudios, y aprovechaba la ocasión para darles atinados consejos.

A las nueve despachaba con su secretario, don Salvador Almenara. Eran dos o tres horas de intensa actividad, porque doña Dorotea quería que todo pasara por sus manos. Desde los asuntos más importantes, referentes a los negocios de su difunto esposo, hasta los más insignificantes, como la limosna particular a una pobre viuda, todo lo estudiaba diligentemente y resolvía con acierto. Luego dictaba a su secretario las respuestas a las numerosas cartas recibidas o le daba órdenes concretas para la solución de los asuntos.

A continuación recibía a las personas que iban a tratar con ella de diversas cuestiones, ya comerciales, ya, especialmente, de beneficencia. A este fin no quería que se cerrase la puerta de su casa a ningún necesitado. A todos recibía con amabilidad y socorría con largueza.

El primer día de cada mes lo destinaba a los mendigos. En aquel día todos los que llegaban a su puerta, recibían una copiosa limosna en metálico.

Parecía un jubileo... pero procuraba que ninguno se aprovechara, en perjuicio de los otros. Tenía una libreta en donde anotaba los nombres de los indigentes y todos los meses mandaba entregarles la cantidad que creía conveniente para atender a sus necesidades. Conservamos el dietario en que están anotados el nombre y la cantidad que se debía dar a cada uno de ellos y es de admirar la sagacidad y la prudencia que presidía estas caridades, que se extendían a toda suerte

de personas, desde los pobres vergonzantes hasta los mendigos más humildes.

Otras veces aprovechaba la mañana para resolver sus negocios. Una de sus mejores amigas la vio un día pasar con su coche y pensó que iría a un funeral que se estaba celebrando en la iglesia de la Merced. Poco después vio el coche parado ante la puerta del Banco de Barcelona y a doña Dorotea que salía del mismo. Se acercó a ella y le preguntó:

—¿Tú aquí? Creía que estabas en la Merced.

—A estas horas —respondió ella—, no me busques en las iglesias.

A las doce tenía lugar la comida. No le gustaba estar sola: cada día, una de sus hijas iba a comer con ella, acompañada de su esposo y de sus hijos. De esta manera mantenía la unión familiar; pues en estas ocasiones, especialmente en la charla de sobremesa, se aireaban los asuntos pendientes y se resolvían no pocas dificultades. La autoridad de doña Dorotea era siempre acatada por todos y jamás nadie osaba discutir sus mandatos: tan justos y prudentes eran siempre.

Los domingos se preparaba la comida para todos. El vasto y suntuoso comedor tenía suficiente capacidad para acoger a sus hijas, con sus respectivas familias, de modo que en aquella mesa se reunían en ciertas ocasiones de veinte a treinta personas. Cuando ya eran tan numerosos que no cabían en el comedor, se suprimió la comida dominical, pero en las grandes solemnidades del año, así como en los días del santo de sus hijas o yernos, se juntaban todos alrededor de la venerada abuelita.

En estas circunstancias, Dorotea preparaba siempre algunos platos especiales, y ella misma los repartía, comiendo a continuación, procurando terminar pronto para servirles de nuevo y no hacer esperar a nadie.

En estos ágapes familiares reinaba, junto con la mayor corrección, la más sana alegría.

Una de las sirvientas, Concepción Muzás, que luego fue religiosa Carmelita, declara:

“Siempre había sido yo enemiga de servir a la mesa; pero en casa de doña Dorotea perdí esa prevención. Es más:

me alegraba cuando en las fiestas podía ayudar en algo; aquella alegría y tranquilidad, aquel respeto y confianza, el no oír jamás una crítica, una murmuración, aquel reír honesto, el cariño con que éramos tratadas las sirvientas, la corrección y afabilidad con que nos pedían las cosas, constituía un verdadero encanto."

Después de comer se retiraba a descansar unos diez minutos, y esto sólo en los últimos años, por consejo del médico.

Terminado este breve descanso, empezaba a trabajar. No podía estar ociosa. Rodeada de la costurera y de las criadas, se ponía a cortar, a coser o a remendar la ropa, que luego había de ser distribuida entre los pobres. Otras veces se dedicaba a hacer medias, o a zurcir las viejas; pues ella, riquísima y opulenta, y tan espléndida en sus obras de caridad, no permitía que en su casa se desperdiciase ni una hebra de hilo. Incluso cuando iba de viaje, en tren o en coche, se llevaba siempre su labor de punto, para no estar ociosa.

Por la tarde salía a sus ocupaciones, generalmente relacionadas con sus fundaciones y obras de caridad. Las Salas de Asilo, el Obrador de la Sagrada Familia, el Hospital del Sagrado Corazón, los Talleres Salesianos, el Servicio Doméstico... en una palabra, las múltiples obras benéficas de que era fundadora o protectora, reclamaban su presencia, sus consejos, y su ayuda. Y ella no las olvidaba. Se enteraba minuciosamente de todas sus necesidades, resolvía las dificultades, animaba a la perseverancia y a la confianza en Dios; y su bolsa, siempre generosamente abierta, era la savia vivificadora que mantenía florecientes todas estas grandes obras de celo en favor de los pobres y necesitados.

De vuelta a su casa, ya al atardecer, no dejaba nunca de visitar a Jesús Sacramentado en la iglesia en donde tenían lugar las Cuarenta Horas.

Al llegar a casa, solía tomar la merienda con sus nietecitos y se entretenía amablemente con ellos. Su merienda consistía en unos mendrugos del pan sobrante del mediodía, que ella se iba poniendo en la boca, hasta que reblandecidos, se los comía.

Por este motivo, todos ponían gran empeño en no dejarse

mendrugos, para no obligar a la abuelita, sin dientes, a este sacrificio.

Porque doña Dorotea, siempre temerosa de Dios, no permitía que se desperdiciase una miga de pan. De cuando en cuando entraba en la cocina, abría los cajones de la mesa de los criados, y sacando los mendrugos decía a la cocinera:

—Anita, esta noche, haga sopa para todos.

—Señora, hay poco. Espere y mañana la haré para nosotros.

—No, hoy mismo. Añada un poco más, si es necesario y haga lo que le he dicho.

Jamás se lamentaba de lo mucho que comían los criados; al contrario, hacía que tanto la calidad como la cantidad de los alimentos fueran siempre de su agrado. Sólo exigía que no se comiera el pan del día, sino del anterior, y esto más por motivos de salud que por economía.

Una de las criadas se quejaba de que en la cocina siempre le daban lo peor, y como estaba delicada de salud, no se contentaba con nada; a todo hacía ascos. Doña Dorotea dispuso que en adelante le hiciesen el plato en la mesa de los señores, y el camarero, Francisco, se lo llevaba personalmente. De esta manera se pudo convencer la chica de que lo que le daban en la cocina, era de la misma calidad que lo que comían sus señores.

Antes de la cena, reunidos todos los de la casa, se dedicaba un rato a la piedad. Todos los días se leía el Año Cristiano. Solía leerlo ella, haciendo de cuando en cuando algún comentario a propósito. Amos y criados formaban entonces una sola familia unida al Señor mediante la oración en común. Luego se rezaba el santo Rosario que dirigía también doña Dorotea, devotamente puesta de rodillas. En Adviento, se rezaba según antigua y piadosa costumbre catalana, la devoción de las 40 Avemarías, que hacían el número de mil en la víspera de Navidad.

En los meses de marzo, mayo y junio, se celebraba el piadoso Ejercicio en honor de San José, de María Santísima y del Sagrado Corazón. Para evitar que los niños se aburriesen o quedasen dormidos, los estimulaba con un premio de todos

codiciado como el más alto honor: el arrodillarse en su propio reclinatorio. Otras veces condecoraba al más piadoso con una banda que le cruzaba el pecho: morada en el mes de San José, azul en el de María y roja en el del Sagrado Corazón de Jesús.

Después de las oraciones se servía la cena, generalmente frugal y sencilla. Los viernes guardaban abstinencia. Comían bacalao, así como verdura y sopa de payés, para acostumbrarlos a todo. Una de las criadas, la citada Concha, no era muy aficionada al bacalao y doña Dorotea al encontrársela un día, después de la cena, le preguntó:

—¿Ha comido bacalao?

—No, señora. No me gusta.

—¿Y usted es la que quiere ser monja? ¿No sabe que en el convento habrá de tomarlo con mucha frecuencia?

—Sí, señora, pero no me gusta y guardo las ganas para entonces. Ahora me aprovecho de la buena comida.

Doña Dorotea sonrió sin insistir.

Después de la cena, mandaba recoger todos los mendrugos y no permitía que se echase a perder nada de comida. Si algo sobraba y estaba en buenas condiciones, lo guardaba para una pobre mujer que todos los días acudía a recibir esta limosna para alimentar a los suyos.

Antes de acostarse los niños, solían hacer un poco de recreo en el comedor grande, donde jugaban a la pelota o a las cuatro esquinas. Una noche quisieron los niños desafiar a la sirvienta Conchita a ver quién corría más; pero ella, cansada del ajetreo del día, no quería saber de tales juegos. Los niños insistían, pero ella se excusaba con que estaba cansada. Finalmente fueron a su abuelita y le dijeron:

—Mamita, tenemos muchas ganas de correr con la Concha. Dile que nos dé ese gusto.

Ella, tozuda, se negaba a jugar, esperando ver en qué pararía todo aquello.

Y finalmente, llena de vergüenza, vio cómo aquella anciana, que andaba con gran fatiga, hizo lo que ella, joven y robusta, desdeñaba, correteando con los niños desde la salita a la sala del piano.

Avergonzada por tan grande lección de humildad, le dijo:

—Váyase usted, señora, que ya correré yo.

—Bien —repuso.

Y sin mostrar ningún resentimiento, sonriendo dulcemente, se retiró de nuevo a reanudar su trabajo para los pobres.

Finalmente, a eso de las diez, después de recibir el saludo y el beso cariñoso de sus nietecitos, se retiraba a su habitación, en donde se ocupaba en sus oraciones particulares hasta la hora de acostarse.

LA ABUELITA CARIÑOSA

A partir de la muerte de su esposo, Dorotea se entregó enteramente a sus obras de caridad. Si ya en vida de don José María era ella la inspiradora y ejecutora de incontables obras de beneficencia, ahora, que tenía las manos libres, su vida no tuvo otro fin que hacer el bien a cuantos la rodeaban y remediar cuantas necesidades llegaban a su conocimiento.

Dejando para la segunda parte de esta obra la relación de dichas obras de caridad, seguiremos por ahora reseñando los últimos años de su vida, en los que se iba depurando cada vez más su santidad y perfección.

Amaba tiernamente a los suyos, y se preocupaba por ellos de una manera especialísima, sin que su caridad para con los extraños fuera óbice a su obligación de velar por las almas que más directamente le estaban confiadas, pues hacía suyas las palabras del Apóstol: "El que no tiene cuidado de los suyos, mayormente de los de su propia casa, ha negado la fe y es peor que un gentil" (I Timot. V, 8).

Al ir creciendo sus nietos, vio la necesidad de completar su educación intelectual y religiosa y para ello decidió enviarlos al internado que los Padres Jesuitas tenían en Zaragoza, pues por aquellas fechas aún no existía el de Barcelona. Ella misma les arregló el equipo, ayudada por Isabel, y los fue preparando para que aceptasen la separación como una medida necesaria para su mayor bien. Y así, a finales de septiembre de 1887 Gustavo e Ignacio, los hijos mayores de Isabel, junto

con su primo Javier Huelin (1), ingresaron en el Colegio. Isabel los acompañó en este viaje y no los abandonó hasta que los vio un tanto consolados.

Esta separación, naturalmente, fue muy dolorosa, tanto para los niños como para su abuelita, acostumbrada a tenerlos siempre bajo su maternal vigilancia. Por este motivo seguía interesándose por ellos, mediante unas cartas tan afectuosas, tan llenas de acertados consejos y sabias sugerencias, que constituyen una verdadera antología del amor y de la prudencia cristianos.

El 3 de octubre escribía al mayor, Gustavo, en los siguientes términos:

Mi muy querido Gustavo: Por tu mamá, y por la carta que me escribiste, veo con gusto que has sabido sobreponerte, conformándote con la vida de colegial a la que no estabas acostumbrado. Mucho te servirá en la vida el que puedas conocer lo que te conviene, y aconsejado por personas que te quieran bien, sobre todo por tu madre, la que siempre velará por tus adelantos, verás como te saldrán bien las cosas. Mucho deseo saber que estás ya enteramente bien de tu dolor de cabeza; espero que la Santísima Virgen hará que ese clima te siente bien. Encomiéndate mucho todos los días a esta buena Madre y experimentarás su protección particular. Debes de estar muy guapo con tu gorra encarnada y su galón de oro. Para primeros del mes que viene pienso tener el gusto de ir a abrazaros y entonces me reiré de vuestro tocado de cabeza.

A Ignacio le dices que aún no he visto letra suya. A Javier muchas cosas: a todos os abraza estrechamente vuestra amantísima *Abuelita*.

Pilar me acompañará cuando yo vaya a veros. Creo que es una buena noticia para vosotros.

Pocos días después, en una carta común les alentaba y daba una inequívoca muestra de su interés y cariño:

Barcelona, 16 de octubre, 1887.

Mis amados niños Gustavo, Javier e Ignacio: Con mucho gusto he sabido por las vuestras que estáis bien y que os vais acostumbrando

(1) María Luisa, casada con don Guillermo Huelin, tuvo cinco hijos: Guillermo, fallecido niño en 1890; Javier, José María, Margarita y Guillermina. Margarita casó con el Marqués de Alós, dejando numerosa descendencia.

a la vida de colegio. Espero que dentro de poco la miraréis ya con cariño. Por Miguel hemos tenido noticias detalladas de vosotros, pues escribió a vuestra mamá que os había visto dos veces y que tú, Gustavo, todavía sentías un poco de dolor de cabeza, efecto del tiempo. Yo confío que como ya han pasado las borrascas y se ha sentado el tiempo, también se te habrá quitado el dolor.

Margarita (Huelin) está bastante mejor y ayer el médico y la consulta se fueron contentos del adelanto. Quiera Dios que se ponga pronto buena, pues María Luisa (la madre) pasa una temporada muy mala. Me encarga, Javier, que te diga muchas cosas en su nombre y que no te escribe a menudo por no dejar sola a la niña, que no le consiente salir del cuarto.

Isabel está en la Palma y mañana temprano volverá. Se ha ido con Angelita y yo me he quedado con Federico y Adrián, los que están buenos y os mandan muchas memorias. También os las mandan todas las muchachas, pero en particular María y Francisco. Sed buenos y recibid todo el cariño de vuestra abuela que os quiere mucho,

Dorotea

Como les había prometido, a primeros de noviembre fue a Zaragoza. Este viaje le resultó extremadamente fatigoso, tanto por lo avanzado de la estación invernal, como por las molestias e incomodidades a que se debía someter, dada su edad de 70 años. Pero lo hizo con gusto, segura de que su visita les serviría de consuelo y aliento. Consecuencia de ello fue un fuerte constipado, pues se encontraron con nieve y grandes heladas. Pero apenas repuesta, se apresuró a escribirles de nuevo.

Barcelona, 8 de noviembre.

Mis amados niños Gustavo e Ignacio: Al volver a Barcelona pillé un fuerte constipado que me ha impedido escribiros estos días, como deseaba. Hoy es el primero que he salido en coche y gracias a Dios me ha probado bien. Mucho os he recordado después de mi partida de esa, y tengo bien presentes los buenos ratos que pasamos juntos. Pilar también ha estado constipada y tardó tres días en poder volver al colegio, de lo que no tuvo pena, pues estaba muy alegre. Esta tarde ha ido Isabel a verla y la ha encontrado bien. Angelita empezó ayer sus lecciones y está contenta con la maestra, que es muy amable y la sabe llevar. Ha tenido sobresaliente los dos días.

En nuestro viaje nos encontramos mucha nieve en las montañas y por el camino bastante hielo, siendo la diversión de las niñas esta transformación de temperatura, comparada con la primavera que hemos encontrado aquí.

A Javier dadle un abrazo en mi nombre. Al Padre Rector y al Padre de la Hoz, mis respetos y vosotros recibid todo el cariño de vuestra amantísima *Abuela*.

A pesar de las desagradables consecuencias de este viaje, no dejó en adelante de ir a visitarles al menos dos veces al año, para darles con ello una prueba de su afecto. Y mientras tanto no escaseaban las cartas, interesándose por la salud de Gustavo, siempre delicada.

Barcelona, 4 de diciembre, 1887.

Mis amadísimos niños Gustavo e Ignacio: He recibido vuestras cartas, por las que veo que tú, Gustavo, no adelantas en tu salud, como todos deseamos. Pero tengo mucha esperanza en el remedio de Oliver, que puso bueno a tu primo José María (Huelín), después de haber estado tres años tan mal, que los médicos lo habían desahuciado. Pon toda tu confianza en la Santísima Virgen de los Dolores, pues el otro día leí que esta Señora no niega nada que se le pida por los dolores que padeció al pie de la Cruz.

Mucho me alegro de lo que me dices de aprovecharte de este contratiempo para conformarte con la voluntad de Dios en todo, sabiendo por este medio dominarte y estar muy a la mira de tu modo de ser en todas las cosas.

Celebro que el embuchado os haya gustado, y para cuando vaya tu mamá, ya mandaré hacer otro, a fin de que tengáis algunas meriendas.

También yo he tenido carta de Miguel. El pobre desea mucho una colocación y yo no puedo encontrársela, lo que siento, pues es muy buena persona.

Los niños están bien, y hoy algo alborotados, porque llueve y no pueden salir, por lo que les he permitido hacer rosquillas. Vuestra mamá, como ya sabéis, llegó bien, y esta tarde ha ido a ver a Pilar. Que las noticias vuestras sean buenas, es lo que desea vuestra abuela que os quiere, *Dorotea*.

P. D. Saluda muy afectuosamente a los Padres, especialmente al Padre de la Rúa y al Padre Rector, sin olvidar al Padre Escolano.

No quiero, Ignacio, que te quedes tú sin carta, pues sin saber cómo, he escrito largo a Gustavo. No me he arrepentido de mi viaje a ésa, a pesar del constipado. Y como pasé muy bien los días que estuve en ésa, me preparo a haceros otra visita luego que el tiempo sea más favorable. Mucho me alegro de que hayas salido bien del examen de Filosofía. Deseo que todos los exámenes te los prepares bien y a fin de curso logres unas notas sobresalientes.

Los pequeños se aplican mucho, y han tenido "A" toda la semana. Te reirías de ver a Adrián lo formal que está en la lección: parece

muy reposado, pero después está como loco de alborotado. Federico con A mayúscula esta semana, así que todos serán unos grandes hombres.

Francisco y todas las muchachas os mandan memorias y muy particularmente todas las tías y primos. Sé muy devoto de la Santísima Virgen, y Ella te alcanzará muchas gracias para estudiar y ser bueno. Pide a Dios por mí, así como yo lo hago por vosotros, y entretanto, recibe un fuerte abrazo de tu *Abuela*.

Al leer estas cartas no puede uno menos de admirar en ellas el tierno cariño que profesaba a sus nietos, el interés que se tomaba por su salud, por su piedad, por el adelanto en sus estudios y lo atinado de sus consejos, salpicados con jocosas alusiones a los pequeños que aún estudian en casa, a los llamativos uniformes del colegio, a los recuerdos de criados y sirvientes.

Dorotea vive intensamente la vida y pone el mismo interés en estos jovencitos, que en las grandes obras que lleva entre manos. No cree perder su tiempo precioso dedicando horas y horas en escribirles, en emprender largos y penosos viajes, para verlos y alegrarlos con su presencia. Los ama, y su amor es puro, nada sentimental, por así decir, sino sublimado y santificado porque quiere hacer de ellos santos y fervorosos cristianos. Y, sobre todo ; con qué insistencia les infiltra el amor y la devoción a la Santísima Virgen, y los anima a confiar en Ella para alcanzar la salud del cuerpo y el éxito en sus estudios!

Las Navidades las pasaron los estudiantes en Barcelona, al calor de la familia, y ya de vuelta en Zaragoza, adonde les acompañó su madre, escriben a la abuelita, dándole noticias del viaje, carta a la que la Sierva de Dios corresponde con atinados consejos, contándoles su impresión sobre los funerales celebrados por el alma de Don Bosco, fallecido en Turín, el 31 de enero de 1888.

Barcelona, 21 de febrero de 1888.

Mis amados niños Gustavo e Ignacio: Con mucho gusto leí vuestras cartas, por las que he visto que habéis llegado bien y con mucho apetito en el camino. Desde aquel día, se despertaron fríos muy intensos y anteayer, domingo, cayó una fuerte nevada. Ya podéis pensar que nos acordamos mucho de vosotros, temiendo lo que sucedió: que en

ésa haría el mismo tiempo que aquí, lo que nos confirmó el parte del Padre Vidallet, diciéndonos que también nevaba en ésa. Después ha quedado aquí un frío fuerte que aún dura. Quiera Dios que en ésa no sea más fuerte, como la otra vez, y que no sufráis en vuestra salud. Sobre todo abrigaos bien; y tú, Gustavo, no salgas de paseo los días de viento frío. Por vuestra mamá os considero enterados del funeral de Don Bosco, que en gloria esté. Don Viglietti me ha traído un libro que Don Bosco me había destinado. Tiene la dedicatoria más tierna que se puede imaginar y con su mano trémula y moribunda puso la firma.

Me haréis el favor de saludar afectuosamente a todos los Padres; guardaos del frío y aplicaos mucho, recibiendo un abrazo muy apretado de vuestra *Abuela*.

Empezada la Cuaresma, doña Dorotea hizo sus Ejercicios Espirituales y narra a sus nietos la impresión que le produjeron:

Barcelona, 12 de marzo, 1888.

Mis amadísimos niños: Hace días que deseaba escribiros, pero he estado en Sarriá haciendo Ejercicios y esto me lo ha impedido.

En esta Cuaresma se están dando en muchas iglesias. En la de los Padres Jesuitas ayer dijeron que había unas mil personas, pues los hacían los obreros, las señoras y jóvenes para tomar órdenes. El señor Obispo ha ido hoy para la Comunión de los obreros, que ha sido muy concurrida.

Barcelona se va transformando. Todo está cambiándose. En la plaza de Cataluña hacen un grandioso surtidor, rodeado de jardines, y la Rambla del mismo nombre la urbanizan hasta Gracia. Trabaja muchísima gente. El Gran Hotel se está acabando, y ya está tomado para todo el tiempo de la Exposición, la que, según parece, no estará dispuesta hasta septiembre, con lo que vosotros tendréis tiempo de sobra para verla con toda tranquilidad.

Ya he visto los grandes fríos que ha habido en ésa. Tampoco nos han olvidado por aquí, pues han sido muy fuertes y de duración, no conociéndose que se acerca la primavera, con la temperatura tan baja.

Pilar sigue bien, así como los tres pequeños. Isabel ha ido a ver a la primera y yo voy con el resto al terreno para merendar. Vuestra madre me encarga que os salude.

Mucho deseo, Gustavo, que tu cabeza vaya bien y que el buen tiempo te quite enteramente esa dolencia. A ti, Ignacio, se me figura que el frío te habrá dado ganas de comer, lo que te conviene, dado lo desmejorado que te encuentras.

Decidle a Javier muchísimas cosas de mi parte y que otro día le escribiré.

Deseo que los tres seáis modelo de piedad, que es lo que pido en este mes a San José. Haced vosotros por vuestra parte lo que podáis, que estoy segura de que el Santo os ayudará muy particularmente.

La velada en memoria de Don Bosco fue magnífica, y todos quedaron muy bien. Fue presidida por el señor Obispo y estaba concurridísima. Estuvo el Padre N. y otro que no conozco, Saludad al Padre Rector y a los otros Padres. Sed muy buenos y recibid todo el cariño de vuestra amantísima *Abuela*.

En otra carta, fechada a primeros de junio, la buena abuelita refiere a sus nietecitos los sucesos más importantes de la vida barcelonesa, como la visita de la Reina madre María Cristina, con motivo de la inauguración de la Exposición Universal de 1888. Al mismo tiempo les da atinados consejos y hace jocosos comentarios acerca de las noticias que ellos le dan de su vida colegial. Pero siempre aprovecha la ocasión para inculcarles la piedad y el cumplimiento de sus deberes.

Barcelona, 3 de junio de 1888.

Señoritos Gustavo, Ignacio y Javier: Mis amadísimos niños: Por las vuestras veo con gusto que seguís bien y que tú, Gustavo, puedes estudiar algo; mucho es esto, pues el tiempo de primavera no es el más a propósito para que se te despeje la cabeza.

Por aquí todavía siguen las funciones en honor de la Reina, y no sé cómo esta Señora puede resistir tanto movimiento. Anoche hubo la función en el mar: empavesaron todos los barcos con luminarias en ellos y unos fuegos que dicen eran una cosa notable. Anteanoche dio un té a las señoras de Barcelona y dicen que estuvo muy amable con todas, hablando con cada una en particular. Dicen que se va muy satisfecha de las funciones del Santuario de Montserrat, que le han gustado mucho.

Ya sé que vuestra novillada no fue tan bien como deseabais, de lo que me alegro infinito, pues si los toretes hubieran sido tan bravos como los queríais, siempre habría habido alguna desgracia que lamentar. Doy, pues, mil gracias a la prudencia de los buenos Padres, de la que no se podía dudar.

El mes del Sagrado Corazón ha empezado aquí con mucho esplendor: se hace en todas las iglesias, pero en donde hay más gente es en la del Sagrado Corazón. El reverendo Padre Guillén hace una plática y los nueve últimos días habrá una novena, predicada por el Padre Matas. Esto llamará mucho la atención y me parece que será menester tomar silla con anticipación.

Nada me decís de cuándo son los exámenes; aquí nos han dicho

que los de Francisco no serán hasta primeros de julio. Me parece que los Padres andan listos para que sean antes.

Cuidaos mucho y sed muy buenos, sobre todo tú, Ignacio, que eres el que más cojeas. Espero que pondrás la bandera de los Gispert muy alta, como Pilar, que se puede decir que es de las más buenas de su colegio.

Saludad muy respetuosamente a todos esos Padres y muy particularmente al Padre de la Rúa, mientras os obraza vuestra amantísima

Abuela

Mucho debieron gozar los colegiales durante las vacaciones de aquel año, pues Barcelona les ofrecía las maravillas de su Exposición Universal y las grandes reformas urbanas que la acompañaron. El curso siguiente volvieron a Zaragoza Ignacio y Javier, a los que se unió Federico, mientras Gustavo se trasladaba a Madrid a cursar estudios en la Facultad de Derecho. A todas partes les seguía la amorosa solicitud de la abuelita que no dejaba de darles sus atinados consejos y sabias recomendaciones. Así lo atestiguan las siguientes cartas, que conservan el aroma de la intimidad y del más acendrado cariño:

Barcelona, 14 de marzo de 1889.

Mi querido Ignacio: Recibí tus cartas y la fotografía del grupo con tus compañeros, que me ha gustado mucho. Yo te lo agradezco, pues veo que te acuerdas de ESTA POBRE VIEJA QUE NO SIRVE PARA NADA. Ayer te escribió Pilar, por lo que omito darte noticias de los de casa, pues ella te habrá dado detalles.

Aquí están en gran boga los Ejercicios, que han sido muy concurridos. Veremos si el fruto habrá correspondido a ellos.

Procura aplicarte mucho en tus estudios, para que cuando salgas seas el ejemplo de tus hermanos. Dime cómo te va con el violín. Gustavo está esperando el laúd; pero por ahora no tiene tiempo para estudiar. Mis respetos a esos reverendos Padres y tú recibe todo el afecto de tu amantísima *Abuela*.

Así se expresaba con toda humildad la Sierva de Dios. Llevaba sobre sus hombros la colosal tarea de las fundaciones de los Salesianos, de las Hijas de María Auxiliadora, de las Religiosas del Servicio Doméstico y otras mil obras de envergadura, y con todo se reputaba como *una pobre vieja que no sirve para nada*.

A principios del curso escolar 1890-91, Ignacio se trasladó a Deusto, para cursar sus estudios en aquel acreditado colegio dirigido por los Padres de la Compañía de Jesús, y la santa abuelita, considerándole ya un hombrecito, sabe adaptarse a las nuevas circunstancias dándole los consejos más oportunos y apropiados a su edad.

Barcelona, 3 de octubre, 1890.

Mi siempre querido Ignacio: Por un parte que recibí ayer de tu mamá, sé que estás ya en el colegio. Espero que en él te portarás como un hombre y no como un niño. Te has de hacer cargo de que en tu vida empieza una nueva era, de la que dependerá tu porvenir, bueno o malo. No dudo que optarás por el primero, y que tu comportamiento será el de un joven juicioso y buen cristiano, que es lo principal. Comprendo que habrás sentido la separación de tu mamá y hermano; pero te has de hacer cargo que sólo es por dos años, y éstos pasan pronto; a más, teniendo el intermedio de las vacaciones, que son tres meses. Aplicate mucho, para que sientes bien el pabellón de los Gispert en ese colegio. Que tu salud y comportamiento sean buenos, es todo lo que desea tu *Abuela*.

Otra carta escribió a Ignacio el 27 de noviembre, cuando parecía que la muerte se cebaba en sus más queridos nietecitos. Acababa de fallecer a finales de octubre Guillermito Huelin, y María Pascual se encontraba gravemente enferma. A pesar de la enorme fatiga que para ella suponía la constante asistencia a los nietos enfermos, encontraba tiempo, con todo, para enviar a los ausentes sus consejos y sus manifestaciones de cariño:

Mi muy querido Ignacio: Por la tuya de hoy veo con gusto que tu salud es buena y que os entretenéis con la música, lo que me alegra mucho, pues así lo pasarás mejor. Pilar tiene el encargo de mandarte el *Fini-culá* y me ha dicho lo hará esta tarde; así podrás hacer buenos coros.

María, la pobrecita, sigue muy mala. Anteanoche la sacramentaron y olearon; pero esta noche ha podido descansar algunos ratos; quiera el Señor concederle la salud, tan deseada de todos.

En casa no hay novedad y creo que Pilar te escribirá mañana; yo no puedo escribirte más largo porque no tengo tiempo para nada con la asistencia a María.

Consérvate bueno y sobre todo piadoso y estudioso, que es lo que desea tu *Abuela*.

En la última carta, escrita pocos meses antes de su muerte, le decía:

Barcelona, 31 de enero de 1891.

Mi muy querido Ignacio: Por tu mamá y cartas posteriores he sabido lo bueno que estás de salud, y que los maestros te quieren. Mucho me alegro de todo y muy particularmente de que estés tranquilo y contento en ese colegio, en el que si tienes cuidado, podrás aprovechar mucho de alma y estudios, dos cosas que te son indispensables para la felicidad en este mundo y el bien espiritual, que es lo primero. Mucho nos hemos acordado de ti con los fríos tan fuertes que han pasado. Aquí llegó hasta 11 grados bajo cero, y en la casa de Sarriá mucho más, teniendo que calentar el agua para las gallinas y los perros, por estar constantemente helado todo. Supongo que tu mamá te habrá dicho que Luisita tiene otra niña, que se llamará Guillermina, en recuerdo de Guillermo, que en gloria esté. Adrián está hecho un estudiante. Ahora está aprendiendo a cantar para salir en una "concertación" que tienen los pequeños. Esto le hace feliz. Mis respetos a esos buenos Padres y tú sabes cuánto te quiere tu Abuela.

A Gustavo, que como hemos dicho, había ido a Madrid para estudiar Derecho, le tenía un afecto particular, pues se había criado y hecho hombre bajo su mismo techo. Por eso, poco antes de partir, y previendo los peligros que la Corte ofrecía para un joven inexperto, después de darle saludables consejos le entregó, para que lo llevara siempre consigo, un relicario con el *lignum Crucis*, precioso recuerdo de la familia, que antes de morir le había dado su suegro, don Mariano Serra.

Y no se contentó con ello, sino que continuó con él unas relaciones epistolares en las que le demuestra su amor y la preocupación por su bien material y espiritual, dándole oportunos consejos para la conservación de su salud y para su perseverancia en el bien.

Barcelona, 16 de agosto de 1890.

Mi querido Gustavo: Por la tuya del once veo que todos esos goces de la vida te alucinan, y en verdad que a los jóvenes les llama la atención, pero es preciso acordarnos de los mandamientos de Dios, y si no los guardamos, estamos condenados al fuego eterno. Esto hace el peso en la balanza de las obras y nos hace conocer hasta dónde hemos de llegar en las apreciaciones de la vanidad y la nada de toda esa hojarasca del mundo tentador.



Fotografía de Don Pedro de Chopitea, hermano de Doña Dorotea



Fotografía de D.ª Emilia Cumplido y Estaburuaga, esposa de Don Pedro

No te empereces en los estudios, pues estamos tocando a septiembre, época de exámenes, y pídele muy de veras al Ángel de la Guarda te sacuda la pereza y te dé una voluntad decidida para que puedas presentarte a exámenes en esta época.

Teme a Dios y no dudes que te asistirá en todo lo que necesites, y entretanto dispón de tu abuela que te quiere, *Dorotea*.

En otras cartas insiste en que se cuide bien de los fríos traicioneros de Madrid, y que no descuide la capa, pues la considera muy necesaria para evitar las pulmonías. "Cuidate, le dice, de los fríos de Madrid, que son traicioneros." Y en carta del 7 de diciembre le insinúa: "Creo que el día de mañana no te pasará sin recibir al Señor..."

Estaba en todo, y sabía decir la palabra oportuna, el aviso indicado, el consejo necesario. Cuando el joven estudiante le comunicó que había conseguido salir triunfante de su examen de Licenciatura, se apresuró a manifestarle su gozo en una tarjeta en que le decía:

Tengo el gusto de felicitar a mi Licenciado, dándole y tomando el parabién, que en su examen me cabe, *Dorotea*.

CON LOS NIETECITOS ENFERMOS

En tan numerosa familia, como la formada por los cinco hogares de sus hijas, era frecuente que la enfermedad o la muerte se presentasen a reclamar sus presas, llenando de angustia el corazón de la santa abuelita, que, sin dejar de conformarse siempre con la santa voluntad de Dios, luchaba con todas sus fuerzas para arrebatar de las garras de la muerte a los seres queridos. No había dificultad ni sacrificio que no arrostrase con entusiasmo con tal de consolarlos.

En cierta ocasión hallábase uno de sus nietecitos atacado por un fuerte reuma. La madre del doliente, obligada a permanecer en su casa para atender a otros enfermos de la familia, no podía ausentarse para acompañar al niño a Caldas, cuyos baños le habían recetado los facultativos. Doña Dorotea, compadecida de la tribulación de su hija, interrumpió por

espacio de veinte días las importantes tareas en que estaba engolfada y acompañó al enfermo a los baños, a pesar de lo riguroso de la estación, pues emprendió el viaje a fines de noviembre y no regresó hasta mediados de diciembre.

En 1885 fue a pasar el verano, por prescripción facultativa, en Aigües Bones, acompañada de sus dos nietecitas, María Pilar y María Teresa, hijas respectivamente de Isabel y de Mariana. En carta del 8 de julio daba cuenta a Isabel de su feliz llegada al establecimiento balneario después de un viaje hartamente pesado, y del provecho que le hacían las aguas; pero a poco se enteró de que en Barcelona se había declarado el cólera, y desde aquel punto ya no pudo sosegar ni soñaba en otra cosa que en volver al seno de la familia por si la enfermedad atacaba a alguno de sus miembros. Por eso escribía el 12 del mismo mes: "Las aguas me sientan bien, y espero con ansia acabar la temporada, pues deseo verme reunida con la familia, por si viene algún trastorno del cólera."

Y era tal la angustia que sentía por este motivo, que olvidándose de sí misma, estuvo a punto de interrumpir su cura para volver inmediatamente a Barcelona. Conocían la desazón de la abuelita sus nietas, por lo cual María del Pilar escribió a su madre suplicándole que la convenciese para que se quedase allí toda la temporada. Lo más que pudieron conseguir de ella fue que se quedase hasta el 25, pues quería pasar con su hija María Ana el día de su santo, que era el 26. A este fin escribió a sus hijas de Barcelona para que se reuniesen con ella en Franciach, residencia de María Ana, a fin de celebrar juntas su onomástico.

En 1889 hizo de nuevo otro viaje a Puigcerdá, llevándose consigo a algunos de sus nietecitos para pasar una temporada en aquellos salubérrimos parajes. Escribiendo a su director espiritual, le confiesa:

Puigcerdá, 10 de julio de 1889.

Mi muy estimado Padre: Llegamos a ésta sin novedad, después de un viaje bastante pesado, pues las ocho horas de diligencia con las criaturas, que se cansan, dejan a una sin paciencia; y a la que tiene poca, se le acaba más pronto...

Pero ella sabía soportarlo todo, a pesar de su ingenua confesión, porque amaba tiernamente a sus nietecitos y sabía sacrificarse por ellos.

En mayo de 1890, su hija Jesusa, con su esposo Narciso Pascual, hicieron una peregrinación a Roma, acompañados de sus hijos María y Sebastián. Ella, con solicitud maternal, se desvivía por su bienestar, como lo demuestra que al día siguiente de su partida ya les dirigiera una carta recomendándoles que no se agitasen mucho, pues eso les podría hacer perder días en el viaje; y sobre todo en Roma, les aconsejaba que no salieran de noche, que es peligroso. Dos días después, el 15, les escribe felicitándoles por su feliz arribo a Roma. Y vuelve a insistir cinco días después en que no vayan tan aprisa, pues se puede resentir la salud de los delicados y entonces lo perderían todo. Se interesa por su visita al Padre Santo. encareciéndoles le comuniquen sus impresiones de tan solemne acto.

Uno de los hijos de Jesusa, José María, se había adelantado para visitar los Santos Lugares de Jerusalén, con la idea de unirse con los suyos en Roma. Doña Dorotea le escribía en los siguientes términos:

Ayer recibí la tuya desde Jerusalén, por la que veo los vivos afectos de tu corazón en aquellos Santos Lugares. Te tengo envidia; pero me consuela que estando tan cerca del Cielo, allá lo veré todo mejor. Mis años se van acabando. Procurad sacar todos mucho fruto para el alma de esas santas visitas.

En el año 1890 tuvo que pasar por el dolor de perder a dos de sus amados nietecitos: Guillermito, el hijo de María Luisa y de Guillermo Huelin, tras una breve enfermedad. volaba al Cielo, víctima de unas tifoideas, a últimos de octubre, dejando en el mayor desconsuelo a sus pobres padres, y a la amantísima abuelita, que se desvivió por endulzar sus últimos días.

Poco después, en diciembre del mismo año, fallecía la hija de Jesusa y Narciso Pascual, María. Cayó enferma en el mes de julio, mientras Dorotea se encontraba veraneando en Aiguës Bones, y apenas volvió a Barcelona se apresuró a acudir a la cabecera de la enfermita, en Sarriá, haciendo cuan-

to le fue posible para aliviarla y consolar a sus afligidísimos padres. Todos los días pasaba allí horas y horas, y sobre todo quería cuidarla durante las largas veladas de la noche. La animaba y consolaba ofreciendo sus oraciones y prometiendo varias obras de caridad para alcanzar su salud. Una de ellas fue la erección de un altar a la Preciosísima Sangre de Nuestro Señor, de la que era muy devota. Después de varias alternativas se agravó la enfermedad y en octubre la enfermita fue trasladada a Barcelona, adonde fue también doña Dorotea, sin dejar de asistirle un solo día. Al fin, el 2 de diciembre falleció la enfermita santamente.

Esta muerte causó tanta pena a doña Dorotea, que dijo que ya no vería más la muerte de ningún otro miembro de su familia. Y en efecto, a los cuatro meses fallecía ella en el ósculo del Señor.

EL CREPÚSCULO

A finales de 1886, de los doce hermanos de Dorotea, tan sólo dos quedaban con vida: Marcelina, afincada en Montevideo, y que como Dorotea, tuvo la satisfacción de verse rodeada de hijos y de nietos, y Pedro, que casado en la misma ciudad con doña Emilia Cumplido y Estaburuaga, habíase trasladado a Barcelona con sus tres hijos. Entre Pedro y Dorotea existían muy cordiales relaciones y eran frecuentes las visitas que Pedro hacía a su hermana. Eran ambos viejecitos y gustaban recordar los pasados tiempos de su infancia. Esta deliciosa intimidad constituía para ellos un inefable placer; pero se vio truncada con la muerte de don Pedro, acaecida el 12 de enero de 1887, con gran desconsuelo de Dorotea, que tanto le amaba.

Esta muerte, la de su yerno Espiridión de Gibert, y la de sus nietecitos Guillermo y María, acaecidas poco después, iban poco a poco purificando el corazón de la Sierva de Dios del apego a las cosas terrenas y aquilatando su perfección cristiana, al mismo tiempo que la preparaban a la muerte que presentía próxima. En los Santos Ejercicios, que hacía todos los años, se observa su propósito constante de desasirse de

las criaturas para acercarse más a Dios. Y esto lo procuraba mediante su constante mortificación y el incremento de su caridad hacia el prójimo.

Su actividad benéfica en estos últimos años de su vida es casi incomprensible. No se puede humanamente explicar cómo pudiera abarcar tantas cosas y llevarlas a cabo con tan felices resultados.

Además de las Salas de Asilo, que seguía vigilando y favoreciendo, en el último decenio de su vida, desde la muerte de su esposo, fundó los Talleres Salesianos de Sarriá; llevó a cabo la transformación del Hospital de Nuestra Señora del Sagrado Corazón de Jesús; erigió cuatro colegios para niños, poniendo al frente de los mismos a los beneméritos Hermanos de las Escuelas Cristianas; intervino generosamente en la restauración y ampliación del Convento de Carmelitas Descalzas de Puigcerdá, en la fundación de los Salesianos de Talca (Chile) y del Colegio de María Inmaculada para el Servicio Doméstico; en la Escuela del Apostolado de la Oración en Gracia, en el Colegio de Religiosas del Sagrado Corazón de Barcelona; fundó becas para las misiones africanas, levantó una Escuela Parroquial en Rubí; reconstruyó el Convento de Carmelitas de la Encarnación en Zaragoza, fundó un curato y restauró la iglesia de Calella de Palafrugell, levantó un pabellón para ancianos en el Asilo de las Hermanitas de los Pobres, y el Colegio de Religiosas Franciscanas en Pueblo Nuevo; compró un edificio para albergar a las niñas escrufulosas del Asilo de San Rafael, en Las Corts...

Y al mismo tiempo seguía sosteniendo con sus limosnas y donativos a muchas familias pobres, pagaba becas para seminaristas, y la redención del servicio militar a varios jóvenes cuyos brazos eran muy necesarios para el sustento de sus familias.

De todas estas actividades daremos noticia detallada en la segunda parte de esta obra. Baste por ahora esta sucinta enumeración para probar que doña Dorotea era incansable en el trabajo y que Dios bendecía esta actividad, multiplicando sus bienes de una manera milagrosa.

En enero de 1888 falleció en Turín el gran apóstol de la

juventud, Don Bosco, a quien la Sierva de Dios veneraba como a un verdadero santo. Poco después, hondamente impresionada por la muerte del varón de Dios, se retiraba al Colegio del Sagrado Corazón, de Sarriá, para hacer sus acostumbrados Ejercicios cuaresmales, de los cuales salió fortalecida y resuelta a una vida de mayor perfección.

Uno de los propósitos tomados en estos Ejercicios era el de no gastar en el trato de su persona más que lo estrictamente indispensable, y esto no tan sólo por su extremado amor a la pobreza, sino para tener más medios con que subvenir a sus numerosas obras de caridad.

En un papel sin fecha, pero que por sus características externas parece pertenecer a esta época de su vida, se plantea este problema: "¿Qué es lo que tengo que cercenar de mis gastos? ¿Es el coche? Sirve para toda la familia. ¿Son los criados? ¿Es la casa de campo? Se necesitan para la familia."

Con lo cual se echa de ver que si se hubiera tratado de ella exclusivamente, hubiera prescindido gustosa de tales lujos; pero se trataba de los suyos, acostumbrados a aquellas comodidades, y no le parecía justo privarlos de ellas.

Continúa exponiendo sus dudas: "¿Qué mortificaciones debo hacer?"

Asperzas exteriores, a las que llama mortificaciones grandes, no se las permite el confesor, atendida su avanzada edad y frágil salud. Pero ella busca pequeñas mortificaciones que se orientan, principalmente, hacia la comida, "que es en lo que falta más", según confiesa ingenuamente.

Pero ¿qué falta podía cometer en la gula una señora que no osaba admitir siquiera un par de bizcochos en el chocolate por miedo de regalar demasiado el cuerpo? Y eso teniendo en cuenta que su carencia de dientes apenas le permitía masticar el pan...

Pasa luego más adelante y se hace las siguientes preguntas: "¿Qué es lo que debo hacer para agradar a Dios y salvarme? ¿Debo seguir la vida activa y hacer todo lo que me permitan mis fuerzas para gloria de Dios y en provecho de mi prójimo? ¿Es genio o capricho este modo mío de obrar, y no

lo inspira un fin recto? ¿Es el deseo de mandar y hacerme superior a los otros en estas obras?"

En este despiadado examen de conciencia se echa de ver la delicadeza de su espíritu y la abundancia de luz celestial con que Dios ilustraba aquella alma, pues aun en las obras más santas descubría alguna sombra de imperfección y desorden, imperceptibles a los ojos de los demás.

Parece que realmente doña Dorotea se planteó seriamente la cuestión de si sería más conveniente para su alma el retirarse a alguno de los conventos o colegios fundados por ella para dedicar sus últimos años a la oración y penitencia, como preparación para la muerte, que presentía próxima.

Comenzaba a hacérsele demasiado pesada, dada su avanzada edad, aquella vida activa, de continuo movimiento y de tanta variedad de negocios y trabajos, como traía entre manos y que la obligaban a menudo a alternar con toda clase de personas, desde los pobres mendigos, hasta las más elevadas jerarquías civiles y eclesiásticas.

Como cierto día recayera la conversación en la entrada que tenía con las primeras autoridades y en el mucho valimiento de que entre ellas gozaba, confesó que evitaba en lo posible el tener que visitarlas, y sólo lo hacía cuando lo exigía la gloria de Dios y el bien del prójimo.

Admirábase en otra ocasión un familiar suyo de cómo podía dar abasto a tantos y tan variados negocios que la traían sumamente ocupada. Respondió:

—Con más gusto me estaría retirada en un rinconcito, pero la gloria de Dios exige que sacrifiquemos nuestro propio descanso para el bien de los demás. Si usted supiera lo sabroso que es trabajar por Dios y cómo El proporciona las fuerzas para el trabajo, sin gran dificultad haría usted también lo mismo que hago yo.

Que en realidad suspirara doña Dorotea por el retiro de un convento, se puede colegir por el hecho siguiente:

Fue un día su confesor, el Padre Carles, al Colegio del Sagrado Corazón de Sarriá, para tratar cierto asunto con la Superiora. Preguntó por ella, y a poco apareció en el locutorio acompañada de Dorotea, que también se hallaba de visita.

Al verlas juntas, el buen sacerdote comentó con tono festivo:

—¿Ustedes dos juntas? Alguna estarán tramando. Dígame, doña Dorotea, ¿piensa usted quedarse en el Colegio a hacer vida de monja?

—¡Qué honor para nosotras! —exclamó la Superiora—. Siempre que guste se le abrirán de par en par las puertas y la recibiremos entre nosotras de mil amores.

Entonces doña Dorotea, dirigiéndose al Padre Carles le dijo:

—Es usted el que no quiere.

Con ello dio claramente a entender que su deseo era hacer vida de retiro, pero que no lo realizaba por obedecer a su confesor.

Otro de los problemas que la preocupaban, según leemos en la hojita mencionada, es el de la presencia de Dios.

“El inconveniente que se me ofrece es que tengo que estar muy ocupada y que me distraigo con mucha facilidad de la presencia de Dios. Tal vez es esta la voluntad del Señor, que me da esta fuerza en el espíritu para trabajar en bien del prójimo”.

Finalmente, en un arranque generoso, nacido de un heroico grado de amor de Dios se anima y dice a sí misma:

“¿Qué importa el que yo tenga menos gloria en el Cielo si procuro dársela a Dios trabajando para el prójimo y sacrificándome por todos?”

Así hablaba San Ignacio. Mujer verdaderamente desprendida, que lleva su desinterés hasta el supremo grado de renunciar al aumento de su propia felicidad eterna, con tal de promover y aumentar la gloria de Dios; y eso trabajando y sacrificando su reposo y quietud para hacer el bien a las almas.

En estas admirables palabras refleja doña Dorotea de una manera admirable los elevados quilates de su caridad para con Dios y para con el prójimo.

PRESENTIMIENTO DE SU PRÓXIMA MUERTE

A principios del año 1891, que iba a ser el último de su vida, tenía doña Dorotea entre manos la fundación de varias obras de beneficencia y proyectaba otras nuevas. Estaban en construcción la capilla del Albergue de San Antonio, la iglesia de la Sala de Asilo de la Barceloneta, el Colegio de María Inmaculada para el Servicio Doméstico, y una nueva ala del edificio del Obrador de la Sagrada Familia, para que pudiera acoger un mayor número de alumnas. Por otra parte pensaba en la fundación de una nueva escuela de los Hermanos de la Doctrina Cristiana en Gracia y tenía pendiente la aprobación de los planos para la iglesia de María Auxiliadora de Sarriá.

Aparentemente, su salud, dada su avanzada edad de 74 años, no inspiraba serios cuidados, si bien no dejaba de pensar en su próxima partida. A este fin se procuraba los sufragios para su alma. A fines de 1890 suplicaba a Don Rúa, sucesor de Don Bosco, que dispusiera la celebración de una misa perpetua en la Casa de Sarriá, con este fin. Don Rúa le contestó, después de felicitarle el año nuevo, con estas palabras:

Pide usted que se celebre una misa diaria por el descanso de su alma cuando el Señor la llame a la vida eterna. Nosotros pedimos que esto suceda lo más tarde posible; mas desde ahora nos comprometemos a celebrar esta misa diaria en los Talleres de Sarriá y usted puede decir a Don Rinaldi que tome nota de este su piadoso deseo. María Auxiliadora y Don Bosco le obtengan a usted tan larga vida que pueda ver realizado no sólo el proyecto de la nueva iglesia de María Auxiliadora, sino también todos sus piadosos proyectos y cuantos en adelante le sugiera su caridad.

Una petición semejante hizo a las Religiosas del Albergue de San Antonio, según consta por el siguiente documento, firmado por la Superiora:

En este establecimiento se celebra el Santo Sacrificio el primer miércoles y el primer viernes de cada mes, por las necesidades e intenciones de su respetable e insigne bienhechora, doña Dorotea de Chopitea, viuda de Serra. Dispongo que estas misas tengan lugar del mismo modo después de su muerte, y se aplicarán al eterno descanso de su alma. Barcelona, 1.º marzo, 1891. La Superiora, *Sor Mercedes Viza*.

Igualmente las Religiosas del Servicio Doméstico tenían el compromiso de una misa diaria a perpetuidad por el alma de don José María Serra y de doña Dorotea cuando falleciere. Para ello empleaban los réditos de un cuantioso donativo hecho por la Sierva de Dios. Actualmente, como consecuencia de la baja de las rentas, sólo se dicen dos misas mensuales con el mismo fin.

El presentimiento de su cercana muerte se confirma una vez más en la siguiente declaración de la Superiora de las Hijas de María Auxiliadora de Sarriá, la cual, al manifestar el gran cariño que todas las religiosas profesaban a su bienhechora, dice que todas consideraban como la cosa más natural el tomarle espontáneamente la mano y besarla, como se hace a una madre. Este acto de filial cariño, no le desagradaba a la Sierva de Dios; pero siempre humilde, a veces lo rehusaba. Una vez, entre otras, parece que lo rehusó de una manera algo brusca; pero al instante, temerosa de haber contristado a la Hermana, la miró sonriendo dulcemente, y dos días después envió al Colegio su propio retrato, que anteriormente se le había pedido en vano.

Pues bien, la primera vez que vio dicho retrato, colgado en la pared del locutorio —era el 17 de marzo de 1891— se mostró muy satisfecha y dijo a la Hermana que la acompañaba:

—Estoy contenta. Así, cuando muera, cada vez que las Hermanas me contemplen, se acordarán de mí y rezarán un *Requiem* por el descanso de mi alma.

Un Padre Salesiano, don Manuel Hermida, encargado de celebrar la Santa Misa en el oratorio privado de doña Dorotea, refiere:

“Pocos días antes de que el Señor la llamara a Sí, me manifestó los vivos deseos que tenía de empezar la iglesia de María Auxiliadora. Cada día me repetía lo mismo, preguntándome si ya trabajaban los obreros en los cimientos de la obra. Yo siempre le respondía que todavía no. Una mañana, hablando como una santa, me dijo:

—Dígale usted al Padre Director que deseo muchísimo se dé principio cuanto antes a la Iglesia de María Auxiliado-

ra, pues debe estar cubierta antes del próximo invierno, porque si yo me muero, temo...

El hizo un gesto significativo. Y luego continuó:

—Para que no haya desgracias durante la construcción y todo se haga con la bendición de Dios, fíjese el día en que comenzarán los cimientos, y en tal día confesarán y comulgarán todos los obreros, para lo cual concédaseles un cuarto del jornal y déseles un buen desayuno."

Así se hizo, pero ella no lo pudo presenciar, por haberla llamado ya el Señor a gozar de la gloria.

Con todo, el día de San José estuvo en los Talleres Salesianos para dar calor a la obra de la iglesia. Los planos de la misma todavía estaban en Turín, pendientes de la aprobación de los superiores. Con ocasión de esta visita, escribe Don Rinaldi, Director del Colegio:

La penúltima vez que visitó esta Casa fue el día de San José; quería pedir a Turín los planos, como si presintiera que le iba a faltar el tiempo. En cuanto se le comunicó que ya habían llegado, no pudo aguantar más y el mismo día —era el Viernes Santo— se apresuró a venir al Colegio para examinarlos. No bajó del coche, sino que se los mandó traer, los examinó detenidamente, e hizo algunas observaciones relativas a la colocación de la estatua de María Auxiliadora sobre el altar mayor, a fin de que el pueblo y los niños pudieran verla bien. Ésta fue su última visita. El mismo día enfermaba de la pulmonía que en breve había de llevarla al sepulcro.

El día de San José tuvieron Comunión general los enfermos del Hospital del Sagrado Corazón. No podía faltar doña Dorotea, pues siempre asistía a estos actos. Después de la Comunión fue recorriendo una por una todas las salas, consolando a los enfermos con expresiones de particular afecto, y mostrando una gran alegría. La Superiora se extrañó de aquella extraordinaria manifestación de cariño para con los enfermos, e impresionada por las expresiones de la Sierva de Dios, se decía para sí:

—Doña Dorotea se nos muere. Ésta es la visita de despedida.

Como así fue, en efecto.

También sus familiares notaban algo desusado en su con-

ducta. Parecía tener prisa en terminar ciertos negocios empezados, y si sus hijas le manifestaban su extrañeza, contestaba:

—Soy vieja y no puedo vivir ya mucho tiempo. Conviene darse prisa y arreglar bien las cosas.

El pensamiento de la muerte, que le era siempre habitual, parecía intensificarse a medida que la veía más próxima. Incluso trató minuciosamente las particularidades de su entierro. En cierta ocasión manifestó su deseo de que no asistiesen a él los niños de los establecimientos de caridad por ella fundados, o favorecidos, pues opinaba que en estos actos, la presencia de los pequeños más bien servía de distracción que de recogimiento a los mayores.

Hallábase presente a esta conversación su nietecito Adrián, que a la sazón contaba unos nueve años de edad. Sintió el pobre niño que le privasen del consuelo de asistir a las honras de su querida abuelita, y con aquella confianza nacida del cariño que le profesaba, le preguntó con infantil candidez:

—Y yo, mamita, ¿tampoco podré asistir a tu entierro?

Hízole gracia a la par que le enterneció grandemente la ingenuidad del niño, pesaroso de la exclusión a que se le condenaba; y llena de ternura, para librarle de la pena, le contestó:

—Sí; tú, porque eres tan bueno, asistirás al entierro de mamita.

A su hija Isabel, que proyectaba ir a Bilbao, aprovechando las vacaciones de Pascua, para ver a su hijo Ignacio, le suplicó aplazara el viaje para algo más tarde, pues era su intención acompañarla, aprovechando la temperatura más benigna de la próxima primavera.

Porque si bien presentía la proximidad de su muerte, con todo no la creía tan cercana, ya que al comunicarle la gravedad de su estado, confesó que esperaba aún dos o tres meses de vida para ultimar ciertos asuntos que llevaba entre manos. Con todo se sometió tranquila y resignada a la voluntad del Señor manifestando su conformidad con una expresión que le era habitual: *Alabat sia Deu*: Alabado sea Dios.

Tal vez, como apunta el Padre Nonell, tuviera el presenti-

miento de que había de ser llamada por Dios en una de las fiestas dedicadas al Sagrado Corazón de Jesús, de quien era fervorosa apóstol; quiza, según sus cuentas, sería en el mes de junio, consagrado al Divino Corazón; mas no fue sino en abril, y precisamente el primer viernes de dicho mes.

ÚLTIMA ENFERMEDAD Y SANTA MUERTE

Nada hacía presentir la próxima muerte de doña Dorotea. Su vida seguía el curso normal, con sólo los inevitables achaques de la vejez, no muy acusados en ella.

El 26 de marzo de 1891 era Jueves Santo. Aquel día se sintió ligeramente indispuesta a consecuencia de una intoxicación por haber comido pescado. Su hija Isabel le hizo tomar un sorbo de chocolate, con lo que se encontró aliviada hasta el punto que al día siguiente, Viernes Santo, se levantó muy temprano y a las seis de la mañana ya estaba en la mesa petitoria del Convento de las Reparadoras, para recoger las limosnas que según tradición, depositan los fieles que acuden a visitar el Monumento.

Por la tarde del mismo día, se trasladó en coche a los Talleres Salesianos de Sarriá, como hemos referido, para examinar los planos de la iglesia de María Auxiliadora.

Por la noche, acompañada de algunas de sus hijas, asistió al sermón de las Siete Palabras en la iglesia de los Padres Jesuitas de la calle Caspe. Al salir al aire fresco de la noche, sintió un fuerte escalofrío, pero no hizo caso, acostumbrada, como estaba, a no conceder demasiada importancia a semejantes molestias.

En la tarde del Sábado de gloria fue a confesarse a la iglesia de la Compañía, para prepararse a la Comunión pascual.

De vuelta a casa hizo la vida ordinaria, acostándose a la hora acostumbrada; pero a eso de media noche se sintió bastante mal y tuvo un vómito; con todo, no quiso molestar a nadie en aquella hora intempestiva y soportó su malestar hasta las cinco de la mañana, hora en que solía levantarse alguna

de las sirvientas. Al penetrar ésta en la alcoba, la encontró caída de bruces sobre la cama, y sin fuerzas para meterse en ella. Con la ayuda de la camarera, la acostaron y se apresuraron a comunicar a la familia lo sucedido.

Se llamó inmediatamente al médico, que encontró muy débil a la paciente, achacando esta debilidad a los excesos en el ayuno cuaresmal, que doña Dorotea, pese a su edad, observaba con escrúpulo; pero a medida que transcurría el tiempo, la dolencia se acentuaba, por lo que se creyó oportuno advertirla de la gravedad de su estado, mientras era llamado urgentemente su confesor, el Padre Carles.

Recibió doña Dorotea el anuncio de su gravedad sin perturbarse en lo más mínimo, pues preparada siempre para la muerte, veía en ella la invitación del Señor a recibir el premio de las fatigas y dolores de la Tierra; y por eso no pensó ya más que en abrir dignamente las puertas de su casa a Aquél a quien durante tantos años había ido a recibir diariamente en la Sagrada Comunión. Precisamente aquel día, Domingo de Pascua, no había podido ir a comulgar a causa de su indisposición; pero el Señor quiso tomar una vez más posesión de aquella alma santa por Viático, y a las 11 de la noche lo recibió con muestras de la mayor devoción y completa sumisión a la voluntad de Dios, de tal manera que todos los presentes quedaron altamente edificadas.

Aunque aquejada de gravísimas molestias, no por eso descuidaba sus obras de caridad, y mientras se preparaba con actos de amor y de santa conformidad para la muerte, quería dejar arreglados sus compromisos con los pobres.

En efecto, el lunes llamó a una de sus hijas y le encargó pusiera en un sobre 5.000 pesetas y las hiciera llegar a las Religiosas del Servicio Doméstico, "pues —dijo— las necesitan hoy mismo".

Otro episodio edificante, refiere su nieto don Víctor Gibert:

El día antes de caer enferma le pedí la admisión en el Hospital del Sagrado Corazón, de un pobre anciano, asistido por las Conferencias de San Vicente de Paúl, a quien su mujer no podía atender por verse obligada a trabajar todo el día fuera de casa. Me contestó que preguntaría si había alguna cama libre y que cuando se lo notificasen,

me daría la respuesta. El segundo día de su enfermedad, lunes de Pascua, y cuando ya el mal hacía rápidos progresos, se acordó de mi petición y llamando a una de mis tías le ordenó que inmediatamente fuese al Hospital para preguntar a la Superiora si había cama para el pobre anciano, que fue admitido sin dilación. Y las buenas Hermanas lo cuidaron con especial solicitud y esmero, por tratarse del último legado de su insigne bienhechora.

No descansaba un momento pensando en sus pobres. El mismo día, mientras los médicos, reunidos en consulta, dictaminaban la extrema gravedad de la enferma a consecuencia de una pulmonía doble, y los familiares, en número de unos treinta, se hallaban reunidos, aguardando el fallo, mandó llamar insistentemente, hasta cinco veces, al Superior de los Salesianos de Sarriá, el hoy Siervo de Dios don Felipe Rinaldi, el cual se apresuró a acudir a la cabecera de la enferma.

—Mire, Padre —le dijo apenas le vio—. Había preparado para sus niños una merienda en la torre de Sarriá, adonde deseo que vayan a divertirse esta tarde.

Y le entregó la cantidad necesaria para ello.

Le preocupaba el bien de sus amados protegidos. Por la noche, cuando para no fatigarla apenas se atrevía nadie a hablar, llamó a su hija Isabel y le dijo:

—Sabes que compré lienzo para sábanas del Colegio del Santo Ángel. Ordena que con él hagan al menos doscientas. Y mándalas cuanto antes.

El martes fue a celebrar la Santa Misa en el oratorio de la casa, un Padre de la Compañía, del vecino colegio de la calle Caspe. Al llegar a la Comunión, otro Padre, que asistía con este objeto, tomó una Hostia Consagrada y con ella dio a la enferma la Sagrada Comunión. Lo mismo se hizo en días sucesivos, hasta el de la muerte inclusive. Don Antonio Aime, Superior de los Salesianos de Rocafort, y don Felipe Rinaldi, celebraban igualmente Misa, en el oratorio, aplicándola por la salud de la enferma. Sor Clara Giustiniani, la Superiora de las Hijas de María Auxiliadora, pasaba las noches velando junto al lecho de la enferma, ayudando y consolando a las hijas, que llorosas, no acertaban a separarse de su amada madre.

El miércoles primero de abril, tuvo un recuerdo especial para sus pobres. Tenía por costumbre distribuir el primer día de cada mes cierta cantidad a cuantos mendigos acudían a su puerta. En medio de sus dolores no se olvidó de sus queridos pobrecitos y mandó que se les distribuyera la limosna acostumbrada. Alguien le hizo observar que dados los trastornos y preocupaciones motivados por su enfermedad, tal vez fuera conveniente aplazar esa distribución para más adelante; mas ella insistió; no quería que faltase el pan a sus queridos pobres y por el contrario, mandó que les diesen limosna para tres meses, "puesto que —añadió— yo ya no estaré para ello".

En aquellas horas de tribulación, en que todos se hallaban angustiados y desconcertados, era ella la única que no perdía la serenidad. Atendía a todos los detalles como cuando se hallaba en plena salud; se preocupaba de que a los que la asistían no les faltase el necesario descanso. No parecía sino que eran los otros los que debían ser cuidados, y no ella.

El jueves por la mañana llamó a las dos hijas que en aquel momento se encontraban en casa y les encargó que entregaran oportunamente la cantidad de ochenta mil pesetas que tenía destinadas para la fundación de un Colegio de los Hermanos de las Escuelas Cristianas, en la cercana villa de Gracia.

Por la tarde de este mismo día se acentuó la gravedad de la enferma. En un momento de delirio se la oyó pronunciar unas palabras, por las cuales se deducía que estaba viendo un hermoso pajarito cuyos suaves gorjeos le producían inefable placer. ¿Sería fruto de su imaginación calenturienta o era que el Señor, como a otros santos, le anticipaba, de alguna manera, las delicias del Paraíso?

Una de las hijas que la asistía, se sentó junto al lecho con una madeja de hilo, disponiéndose a devanarla. Notólo la enferma e instintivamente abrió ambos brazos en ademán de sostener en ellos la madeja para ayudar a su hija. ¡Tan arraigado tenía el hábito del trabajo y de no estar jamás ociosa!

Durante la noche del jueves el mal fue en constante pro-



Fotografía de Doña Dorotea, en sus últimos años



*Urna que guarda los restos de la Sierva de Dios en la Iglesia de
María Auxiliadora (Sarrià)*

greso, de modo que nadie dudaba de la inminencia del fatal desenlace. En vista de ello, a las cuatro de la madrugada, se celebró la santa Misa en el oratorio, a la que asistieron las cinco hijas, sus esposos, y los nietos mayores, que comulgaron en ella. A continuación acompañaron todos en devota procesión al Señor para la última Comunión de la enferma.

El Padre Carles, al acercarse el momento solemne, le dijo:

—Doña Dorotea, comulgue usted con devoción, pues ésta será su última Comunión.

A lo que ella, con un ademán de estar muy conformada con la divina voluntad respondió en catalán, con su expresión favorita:

—*Alabat sia Deu!* ; Alabado sea Dios!

Recibida la sagrada Comunión se entretuvo largo rato en íntimo coloquio con Jesús y luego manifestó a sus hijas su voluntad de que la amortajasen con el hábito de las Hermanas de la Caridad, rogando que se lo trajesen. Como tardasen un poco, se mostró impaciente, pero cuando lo vio, dio muestras de alegría.

Este deseo no era un mero capricho nacido de su devoción: sino que era un derecho sagrado; pues doña Dorotea pertenecía al Instituto de las Hijas de San Vicente de Paúl, según consta por la cédula de agregación al mismo extendida por el Superior General, Padre Fiat.

Hizo salir luego del aposento a todos los circunstantes, quedándose sólo con sus cinco hijas, a las que dio afectuosísimos consejos y también varios encargos en orden a determinadas obras de caridad.

Cuando hubo terminado de hablar, sus hijas, arrodilladas alrededor de su lecho le suplicaron les diese la última bendición y mientras derramaban copioso llanto, la Sierva de Dios extendió sobre ellas su brazo derecho, e hizo la señal de la cruz pronunciando con voz clara e inteligible estas palabras:

—Yo os bendigo, hijas mías, en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Amén.

A continuación requirió la presencia de sus nietos y biznietos; una de las hijas le hizo observar que se hallaba muy

fatigada y que no le convenían tantas emociones, a lo que respondió la Sierva de Dios:

—A un moribundo no se le niega lo que pide.

Entraron, pues, todos, y se colocaron alrededor de su lecho, y la amante abuelita los fue bendiciendo uno por uno, abrazándolos y besándolos por última vez con un cariño y una entereza tales que no se puede encarecer.

A Gustavo, su nieto predilecto, le dijo estas palabras:

—Sé bueno. Ya no te queda más que una mamá.

Otro de los nietos, don Víctor Gibert, pensaba desde hacía algún tiempo en abandonar el mundo para ingresar en la Compañía de Jesús. Era un secreto que sólo compartía con su madre. Entendiendo ésta que para la moribunda sería un gran consuelo el saber la vocación de su hijo, se lo comunicó.

—Tengo la satisfacción —declaró más tarde el joven—, de que antes de morir mi abuela, mi madre le comunicó mis deseos de entrar en la Compañía de Jesús, proporcionándole de esta manera la última alegría y el mayor consuelo, por el amor y veneración que profesaba a la santa milicia de San Ignacio. Y no dudo que desde el Cielo me alcanzó el valor necesario para poner en obra mi resolución, pues cuatro días después de su muerte, el 7 de abril, pedí al reverendo Padre Provincial la admisión en la Compañía.

Cumplidos sus sagrados deberes para con la familia, doña Dorotea comenzó a dictar disposiciones referentes a las personas empleadas en su servicio. Sobre cada una de éstas dejó a sus hijas recomendaciones particulares, descendiendo a muchos pormenores, y demostrando con ello cuánto amaba y consideraba a las personas de su servidumbre.

Encargó también que se repartiese entre los pobres la ropa que dejaba, de su uso particular, disponiendo que la más decente fuera entregada a las personas menos desacomodadas, si bien faltas de medios de fortuna para vestir conforme a su posición social.

Puede asegurarse que no costó gran trabajo este reparto, porque sus vestidos eran muy escasos, dada la extrema pobreza que había introducido en el trato de su persona, sobre

todo en sus últimos años, a raíz de la muerte de su esposo.

Quiso morir pobre, a imitación de Jesucristo, entregando en vida todo cuanto poseía, incluso el crucifijo, único tesoro que poseyó hasta el fin de su vida, estrechándolo entre sus manos y besándolo con devoción, señal inequívoca del ardiente amor que profesaba al Redentor muriendo en la Cruz.

Aquella misma mañana, estando en pleno uso de sus facultades mentales, que conservó hasta el último momento, le fue administrado el Sacramento de la Extremaunción. Contestó a las preces serena y tranquila.

Luego repartió entre sus hijas las alhajas y otros objetos de su uso personal, incluso las medallas que llevaba al cuello, y una sortija, como último recuerdo de la madre que iban a perder. Dirigióles palabras de consuelo apropiadas a las circunstancias de cada una y encargóles que el día de su muerte se diese a todos los pobres que se presentaran a la puerta la limosna de dos pesetas, que luego elevó a cinco. Hay que observar que en aquel tiempo el jornal de un obrero era de seis a ocho reales.

Así iba transcurriendo aquella mañana, 3 de abril, primer viernes, consagrado especialmente al Sagrado Corazón de Jesús, de quien tan devota fue siempre doña Dorotea.

La asistían constantemente algunos sacerdotes: su confesor, el Padre Carles y el Siervo de Dios don Felipe Rinaldi, que le sugerían constantemente actos de amor y de conformidad con la voluntad de Dios y piadosas jaculatorias.

El Padre Aime, Director de la Casa Salesiana de San José, lloraba y rezaba. De pronto se levantó, y tomando su sombrero, salió precipitadamente de casa.

Llegado al Colegio, reunió a todos los niños en la capilla y les habló de su buena mamá doña Dorotea, que estaba a las puertas de la muerte. Les invitó a rezar para que el Señor se apiadase de su próxima orfandad y les conservase a su generosa bienhechora. Los niños, emocionados, elevaron al Cielo sus fervorosas plegarias.

Y Don Aime se apresuró a garabatear con mano trémula las siguientes frases:

Mi estimado Gustavo: Suplico me dispense la precipitación con que acabo de salir de ahí, desatendiendo las invitaciones de usted y de todos esos buenos señores. He preferido venir a casa para poner a todos mis niños en oración, pues en estos solemnes momentos es la única manera de ayudar a la pobre enferma, mientras al quedarme allí no habría hecho más que molestar y fastidiar a todos, que ya sufren demasiado. El dador de ésta, quedará a la puerta de su casa para correr a avisarme de lo que ocurra. De usted afmo. s. s. y amigo, *Antonio Aime.*

No tardó mucho en recibir la fatal noticia.

En efecto, a eso de las diez doña Dorotea entró en agnía. El Padre Carles comenzó la recomendación del alma y estaba tan conmovido y recitaba las preces de la Iglesia con tal sentimiento que era imposible contener las lágrimas. Ella, en tanto, conservaba perfecto conocimiento y no perdía ni una sola palabra.

Rodeada de su cristiana familia y de todos sus nietos, con piadosa sencillez y recogimiento, que enternecía el corazón, traía a la memoria el recuerdo de la muerte de los antiguos Patriarcas.

La Sierva de Dios escuchaba con los ojos cerrados, como sumida en grave sopor. Al terminar las oraciones, abrió los ojos, paseó su mirada sobre cuantos la rodeaban y los volvió a cerrar con una dulce sonrisa que le quedó grabada en el rostro. Su último movimiento fue estrechar el crucifijo, besarlo y elevar sus ojos al Cielo como si dijera: "Voy a mi verdadera Patria, por la que siempre he suspirado."

Su alma voló al Paraíso para contemplar eternamente a aquel Dios que habita en un trono de luz inaccesible. Así se puede esperar atendida la solidez de sus virtudes y la intercesión de aquel gran Santo que tan a fondo penetró en el espíritu de doña Dorotea, San Juan Bosco, el cual, poco antes de morir, mandó decirle que había pedido al Señor que el alma de su sierva no pasase por el Purgatorio.

Murió doña Dorotea como mueren los santos. Cinco hijas acababan de perder a su madre, a la que amaban entrañablemente; veintiún nietos perdían a su amantísima abuela y once hijos de estos nietos se veían privados de aquella amada

bisabuela cuya venerable ancianidad respetaban, y que constituía el centro alrededor del cual se movía aquella familia tan numerosa como ejemplar. Todos sentían un vacío imposible de llenar: el dolor causado por su partida los embargaba; pero este dolor iba mezclado con una dulzura y suavidad de orden superior que, como saludable bálsamo, se derramaba sobre la herida sangrante del corazón. De todos los ojos manaban raudales de lágrimas; pero lágrimas de ternura y de devoción, más que humano y natural dolor.

LAS HONRAS FÚNEBRES

En cumplimiento de lo ordenado por la Sierva de Dios, comenzóse a repartir la limosna de cinco pesetas a cada pobre que acudía a la puerta de la casa mortuoria. Esta noticia se propagó con la velocidad del rayo y pronto empezaron a acudir en bandadas desde todos los ángulos de la ciudad. Muchos desaprensivos se mezclaron entre los verdaderos pobres, originando altercados y querellas, lo cual obligó a cerrar las puertas, a fin de evitar posibles tumultos, cuando ya se habían distribuido varios centenares de duros.

Procedióse también a la apertura del testamento para conocer las disposiciones de la difunta en orden a su entierro. Hallóse que se había otorgado el 31 de diciembre de 1889, en Barcelona. La cláusula relativa a su entierro está concebida en los siguientes términos.

“Quiero que mi entierro y funerales sean lo más sencillos posible. Quiero que se hagan celebrar para el eterno descanso de mi alma cuatro mil misas rezadas por sacerdotes que tengan la residencia en esta ciudad, precisamente.”

En vista de estas disposiciones se practicaron las oportunas diligencias para la pronta aplicación de las misas y, relativamente al entierro, se acordó que fuese en coche de dos caballos, sin coronas, como ella había mandado a sus hijas, y que no se pasara a nadie invitación particular.

Durante el día que permaneció en la casa mortuoria el cadáver de la Sierva de Dios, fue constante el desfile de toda

clase de personas que iban a dar la última prueba de amor y de gratitud a la que había colmado de beneficios a todas las clases de la sociedad. Además de los parientes y amigos se reunieron allí comisiones de religiosos y religiosas de todos los establecimientos de beneficencia fundados o de algún modo favorecidos por la caritativa señora. No faltaron numerosos sacerdotes y personalidades relevantes de Barcelona.

Todos contemplaban aquel rostro, hermoseado por la muerte, más risueño ahora que en vida. No acertaban a apartar de él los ojos por el inefable consuelo que su vista les proporcionaba. Muchas religiosas y no pocos sacerdotes aplicaban sus rosarios a las manos de la difunta, y los guardaban como una sagrada reliquia. Algunas señoras se sacaban las sortijas de sus dedos y las ponían en uno de los del cadáver, para colocárselos de nuevo en los suyos. Todos querían besar aquellas manos benditas que tantos beneficios habían dispensado. Las madres levantaban en alto a sus hijitos para que también ellos pudieran besarlas.

Para la conducción del cadáver a su última morada se fijó el día siguiente al de la muerte, 4 de abril. Eran las tres de la tarde. Un coche fúnebre de la Casa de Caridad, con sólo dos caballos se hallaba frente al palacio de la calle Cortes. En la inmensa muchedumbre que con profunda tristeza se había congregado ante la casa mortuoria se veía reflejada la consternación por la grave pérdida. Sin que se hiciera invitación alguna, habían acudido personas de todas las clases sociales, a dar el último adiós a la dama caritativa y santa que a todos había edificado con sus virtudes y amaestrado con sus ejemplos.

Al llegar el clero de la parroquia de Santa Ana, apareció el ataúd desprovisto de flores y coronas; tan sólo ostentaba una cruz, elocuente muestra de la fe cristiana que profesaba la difunta.

Colocado el ataúd en el coche, se procedió a ordenar el fúnebre cortejo. Abría la marcha la cruz parroquial y a continuación desfilaron centenares de niños y niñas acogidos a los institutos de beneficencia fundados por la Sierva de Dios. Inmediatamente, y formando llamativo contraste con la ino-

cencia de la niñez iban las nutridas filas de ancianos de los Asilos de las Hermanitas de los Pobres. Buen número de religiosos de diversos Institutos y sirvientes de la casa con hachones encendidos, se interponían entre los ancianos y el clero parroquial, que desfilaba cantando el salmo *In éxitu Israel de Aegypto*., himno de victoria y de esperanza.

En pos de la comunidad parroquial avanzaba lentamente el coche fúnebre, del que pendían diez cintas negras, sostenidas por otras tantas superiores de Casas religiosas. A continuación ocupaban la presidencia de honor el excelentísimo señor Obispo de la Diócesis, acompañado del de Aulón (California) que acababa de ser consagrado en Barcelona, su patria. Venían luego el excelentísimo señor Gobernador Civil, como representante del Estado y de la provincia, y el excelentísimo señor Alcalde, que ostentaba la representación de la ciudad.

Seguía la presidencia familiar, con el Padre Carles, confesor de la difunta, los hijos políticos y los nietos y luego una inmensa muchedumbre de eclesiásticos y seglares, en la que se confundían distinguidas personalidades de la Nobleza, con ricos comerciantes e industriales, mezclados con pobres obreros y humildes empleados, unidos todos en santa hermandad cristiana, para honrar a la bienhechora y modelo de pobres y ricos.

Cerraban la marcha los coches enlutados de la familia y gran número de carruajes cuyos dueños querían acompañar el féretro hasta el camposanto.

Tanto la Gran Vía como el Paseo de Gracia ofrecían un aspecto imponente. Las aceras, las puertas y balcones estaban atestados de gente que, silenciosa y recogida, contemplaba el paso del cortejo. Muchos tenían arrasados los ojos en lágrimas. Otros movían los labios, musitando oraciones. Algunos, sin poderse contener, exclamaban en voz alta:

—Personas como ésta no deberían morir nunca.

—Era una santa...

Expresiones semejantes se oían a cada paso.

El duelo se despidió en la plaza de Urquinaona.

El señor Obispo, que para tributar este homenaje a la di-

funta había interrumpido la Santa Pastoral Visita que pasaba en el Arciprestazgo de Mataró, despidióse de los familiares, y, conmovido, no pudo decir más que estas palabras, que resultaron proféticas:

—*Memoria eius in benedictione erit*: Su memoria será bendita.

Retiráronse también las autoridades civiles y gran parte de los que figuraban en el duelo, satisfechos de haber cumplido un imperioso deber de justicia y gratitud para con la finada; pero fueron muchísimos los que acompañaron el coche fúnebre hasta el cementerio del Este.

Llegados allí, y antes de proceder a la inhumación, que debía efectuarse en el suntuoso panteón de la familia, mandado construir por don José María Serra, se levantó, a petición de muchos de los circunstantes, la tapa del féretro para que todos pudieran contemplarla por última vez, y se pudo observar aún muy marcada la sonrisa con que se había hermosado el día anterior, en el momento del tránsito.

El cadáver quedó en depósito, con guardias de vista, hasta el día siguiente en que se procedió al sepelio.

El panteón consta de doce nichos, dos de los cuales estaban destinados a los esposos Serra y los otros diez a las familias de las hijas, a razón de dos para cada una, según disposición testamentaria de la misma doña Dorotea.

Ocho días después de haberse dado sepultura a los restos mortales de la Sierva de Dios, se procedió a los solemnes funerales, que tuvieron lugar en la parroquial Basílica de Santa María del Mar, previa aquiescencia del Párroco de Santa Ana. Ello fue debido a que aquel templo era el más capaz de Barcelona y el mismo en donde 58 años antes había recibido Dorotea la bendición nupcial.

Fue tan numeroso el concurso que, a pesar de la gran capacidad de la mencionada basílica, se vio completamente llena de fieles; muchos de los cuales tuvieron que permanecer de pie, pues no cabía una silla más en el vasto recinto.

Un periodista, testigo presencial, afirma: "Creo que si se hubiesen celebrado los funerales de una persona real, no hubiera asistido mayor número de personas." Y continúa: "Otra

particularidad observamos: hemos asistido a muchos funerales a los cuales algunos asistentes van más por compromiso que por devoción y olvidando la santidad del templo se ponen a hablar como si estuvieran en la calle. Pero en los funerales de la señora de Chopitea reinó un silencio imponente y parecía que los concurrentes no osaban desplegar los labios más que para rezar."

Presidieron tan solemne acto el Vicario General de la Diócesis, en representación del señor Obispo, ausente de Barcelona a causa de la ya citada Visita Pastoral; el señor Gobernador y el señor Alcalde, con el Padre Carles, S. I.

El Oficio de *Réquiem* fue sumamente sencillo, a canto llano y sin ningún acompañamiento de música. Terminada la Misa, al salir a la calle se oía de labios de los pobres que habían acudido a los funerales de su bienhechora, pronunciar estas palabras, que expresaban al mismo tiempo su dolor y su cariño:

—Ya se murió la santa.

Además de los funerales mandados celebrar por la familia de doña Dorotea, no hubo Instituto Religioso por ella beneficiado que dejara de celebrar el suyo, como prueba de amor y gratitud a tan insigne bienhechora. A más de cuarenta ascendieron los funerales celebrados por su alma y entre ellos merece especial mención el que se ofició en el vasto templo de San Agustín, por el delicado pensamiento de ser destinado a los niños acogidos en los establecimientos de caridad fundados o protegidos por la Sierva de Dios. Más de dos mil trescientos niños de ambos sexos se congregaron allí para rendir su tributo de amor a la que fue su madre amante y generosa. Pertenecían a 17 Institutos sostenidos por su inagotable caridad.

Éste es el mejor colofón puesto a la obra de una gran santa, que desde su trono de gloria miraría complacida a sus queridos niños, que si habían perdido a su madre en la Tierra, tenían desde entonces otra madre que velaría por ellos desde el Cielo.

II. LA FUNDADORA

FUNDACIONES BENÉFICAS

El primer biógrafo de doña Dorotea hace de ella una semblanza magistral, imposible de superar, que la retrata de cuerpo entero. Por eso creemos oportuno trasladarla íntegra a nuestras páginas, por constituir una síntesis acabada de la actividad caritativa de la Sierva de Dios. Dice así el Padre Nonell:

"Otras personas, y aun instituciones religiosas, circunscriben el ejercicio de su caridad a un género particular de necesidades, cuyo remedio se proponen. Unas recogen huérfanos, otras párvulos desvalidos; éstas adultos ignorantes y sin amparo, aquéllas ancianos decrepitos y faltos de humano auxilio; quiénes amparan doncellas que se han atollado en el lodazal del vicio y han logrado escapar de él; quiénes atienden a librarlas del peligro de perderse; unas alivian las penalidades del enfermo que yace en el lecho del dolor, otras, en fin, de otro cualquier modo particular entienden en el bien del prójimo por amor de Dios.

"En doña Dorotea se nota un fenómeno singular: su amor se extiende al socorro de toda necesidad, cualquiera que sea; y en cualquier género de ellas se aplica con tal ahinco, tal espíritu, como si fuese el único en que hubiera entendido toda su vida.

"Si cuida enfermos en casas particulares u hospitales públicos, diríase que es una Hermana de la Caridad; si trata

de recoger y educar sirvientas, despliega el celo propio de una religiosa del Servicio Doméstico; si establece los Talleres Salesianos, lo hace revestida con el espíritu de un Don Bosco; con las Religiosas del Sagrado Corazón de Jesús, aparece revestida de su espíritu; con las de María Reparadora, arde en ansias de reparar los ultrajes al Señor como la más fervorosa de ellas; en las casas de las Hermanitas de los Pobres parece que haya hecho voto de hospitalidad; en las Salas de Asilo se muestra madre de los parvulitos... Y ya que ella, personalmente no puede ejercitar el ministerio de la enseñanza, funda numerosos establecimientos docentes y subvenciona a los maestros que han de regentar las clases. Escuelas diurnas, nocturnas, dominicales, colegios de primera y segunda enseñanza, nacen, como por encanto, a la acción poderosa de doña Dorotea.

"Su influjo se siente al otro lado de los mares: atiende a las necesidades de los talquinos, protege las misiones de África, envía socorros a la Iglesia de Orán, a las misiones de Mindanao, a los Santos Lugares. En suma, con ser uno su espíritu, es a la vez multiforme y se adapta a todas las maneras particulares de ejercer la caridad sin perder nada de su vigor, eficacia y energía."

En estos párrafos queda admirablemente reflejada la maravillosa actividad de la Sierva de Dios en favor de toda suerte de menesterosos.

Vamos a intentar la sucinta relación del origen de cada una de las obras fundadas o protegidas por ella, haciendo notar antes lo que no puede menos de parecer milagroso: y es que casi todas las obras en que puso su mano doña Dorotea, no sólo se han conservado a través de los tiempos, revoluciones y cambios políticos, sino que muchas de ellas han alcanzado un desarrollo tan extraordinario que nos obliga a exclamar con admiración: *Digitus Dei est hic*. Aquí se ve la mano de Dios.

LAS SALAS DE ASILO

Durante la primera mitad del siglo pasado, la ciudad de Barcelona sufrió una profunda transformación social, debida especialmente al auge constante de su poderío mercantil. El número de obreros aumentaba de día en día a causa de la constante demanda de brazos para las numerosas fábricas que se iban levantando. Gentes de todas procedencias acudían a la Ciudad Condal, atraídas con el señuelo de buenos salarios y de las relativas comodidades que les brindaba la capital. Al mismo tiempo estas familias advenedizas, desarraigadas de sus lugares de origen, iban perdiendo poco a poco la fe y las sanas costumbres heredadas de sus mayores, conquistadas por el materialismo imperante en las grandes aglomeraciones urbanas.

Además, esta inmigración masiva de trabajadores forasteros, originaba un grave problema: mientras los padres estaban entregados al trabajo, sus hijos, especialmente los pequeños, quedaban prácticamente abandonados y vagabundeaban por calles y plazas, expuestos a mil peligros de alma y cuerpo, carentes de toda instrucción moral y religiosa.

Doña Dorotea, con aquella mirada de águila de que Dios la había dotado, y con el talento práctico que tanto la distinguía, observó esta triste situación y previendo que aquella infancia abandonada a sí misma había de convertirse, en el transcurso de pocos años, en un grave peligro para la paz social y para el bien de la Religión y de la Patria, buscó los medios para atajarlo.

Esta idea parecía obsesionarla por completo: pensaba en ello, hablaba de ello en el seno de la familia, y forjaba proyectos para remediar, en lo que de ella pudiera depender, una necesidad tan acuciante.

Corría el año 1859. Tenía entonces Dorotea cuarenta y tres de edad y vivían no sólo su esposo don José María, sino también el padre de éste, el anciano cieguecito don Mariano, que embelesado con su santa nuera, la llamaba, a boca llena, *el ángel de la casa*.

En la primera parte de esta obra hemos referido ya las

circunstancias en que nació la primera Sala de Asilo para los hijos de los obreros, y por esto nos abstenemos de repetirlas. Gracias a la generosa ayuda de don Mariano pudo Dorotea iniciar esta hermosa obra, que fue siempre una de las predilectas de su corazón. Con los quinientos duros que el buen anciano le había regalado, encabezó una suscripción entre sus amigas que dio por resultado la adquisición, en la calle de la Luna, de una casa a propósito para su proyecto, y al año siguiente, 1860, se inauguró el primer Asilo, que fue la cuna de otros varios que luego se fundaron en Barcelona.

Este primer ensayo constituyó un rotundo éxito, hasta tal punto que dos años después fue necesario alquilar otra casa en la calle Aldana, junto al Paralelo, en el mismo sitio en que hoy admiramos el grandioso edificio de la Casa Central que se levantó doce años más tarde, en 1874.

En el salón de recibimiento de dicha casa central había —hasta 1936 en que fue saqueado el edificio— un gran retrato de doña Dorotea, como homenaje a su fundadora. A ambos lados se veían otros retratos de las señoras doña Teresa Puigmartí de Vallés y doña Dolores Cerdá de Puig, que por su valiosa ayuda, merecieron también el título de cofundadoras. Cooperó notablemente a esta obra doña Rosalía de Achón, la cual era Presidenta de la Junta cuando el 4 de enero de 1861 el Gobernador Civil de Barcelona, don Ignacio Llasera, aprobó el “Reglamento de la Junta de Señoras para la fundación de las Salas de Asilo para párvulos de Barcelona”.

QUÉ SON LAS SALAS DE ASILO

En estas salas se admite a los niños de ambos sexos de los cuatro a los seis años de edad, pertenecientes a familias pobres de la clase obrera, cuyos padres no pueden ocuparse de ellos a causa de su trabajo. Los niños permanecen todo el día en la Sala, debidamente atendidos por las Hermanas de la Caridad, las cuales les enseñan a leer, a escribir y el Catecís-



Asilo de la calle de Aldana: una de las clases



Asilo de S. Juan Bautista (Barceloneta): fachada.



Asilo de S. Juan Bautista: uno de los comedores infantiles.

mo; y a las niñas, además, las labores de su sexo, según su capacidad.

Los niños permanecen en las Salas hasta hacer su primera Comunión: las niñas suelen quedarse más tiempo, según las conveniencias de sus padres: no se pone límite a su estancia y se considera como un mérito de la niña el permanecer el mayor tiempo posible, con lo cual se hacen acreedoras a un premio especial. Y mientras tanto, se van instruyendo en la primera enseñanza, e incluso en la segunda y se capacitan para las labores domésticas.

Todos reciben comida gratuita en la Sala, y por la tarde, cuando sus padres han terminado el trabajo, pasan a recogerlos. Actualmente, habiendo variado las circunstancias, y no existiendo en los sectores urbanos en donde se hallan las Salas, las necesidades apremiantes de otras épocas, los mismos padres han pedido que se suprima la comida gratuita del mediodía, y los niños llevan de su casa lo necesario para su manutención, que generalmente se les calienta en las cocinas de la institución.

El acto de la Primera Comunión quería doña Dorotea que revistiese la mayor solemnidad. Precedíanlo unos días de Ejercicios, adaptados a la edad de los niños y así se acercaban, debidamente instruidos, a los sacramentos de la Penitencia y Eucaristía.

Doña Dorotea no faltaba nunca a esta solemnidad, comulgando juntamente con los pequeñuelos, a quienes obsequiaba con tal motivo con una comida extraordinaria y con prendas de vestir. Estas fiestecitas le proporcionaban un gran consuelo e íntima satisfacción, porque palpaba en ellas el fruto de sus desvelos y de su caridad para con los pobres.

SALA DE ASILO DE LA CALLE DE ALDANA

El Asilo de la calle de Aldana, a los cien años de su fundación sigue próspero y rebosante de alumnos, y aunque ha tenido que pasar por los saqueos e incendios de la Semana Trágica, de 1909, y el mucho más destructor de 1936, con

todo, se muestra lleno de vitalidad y ejerce una influencia benéfica en la populosa barriada obrera en que se halla enclavado.

Actualmente alberga 110 niños de cuatro a siete años, y 350 niñas de cuatro a catorce. A éstas se les da clase de labores y de cultura general, y hay un grupo que cursa la segunda enseñanza.

Próximo a este Asilo, y para atender a los niños que salían a los siete años y se veían expuestos a los peligros de la calle, se levantó otro edificio, dirigido por los Hermanos de las Escuelas Cristianas, en la calle Blay, barrio de Pueblo Seco, a cuya construcción cooperó espléndidamente doña Dorotea con sus donativos regulares además de frecuentes limosnas. Los terrenos para la construcción del edificio fueron también comprados por la Sierva de Dios. Más de seis mil duros entregó para esta obra, que por diversas circunstancias tuvo que trasladarse más tarde a otro sector de la capital.

En un principio, el dinero para el mantenimiento de estas Salas se obtenía por suscripciones anuales entre familias pudientes. Doña Dorotea conservaba entre sus papeles —y hoy obran en nuestro archivo— las listas de los suscriptores, entre los cuales se observan las personas más distinguidas de Barcelona. Recorrer estas listas es pasar revista a la aristocracia de la sangre y del dinero de la Barcelona ochocentista. Más tarde, en 1877, el Gobierno, por medio del señor Ministro de Hacienda, concedió la autorización para organizar una lotería particular con la que se recaudaron los recursos necesarios; lotería que se suspendió al ser suprimidas por una ley, todas las demás. Desde entonces fueron subvencionadas por el Gobierno con una cantidad equivalente al producto de dicha lotería.

Con todo, estas subvenciones no eran suficientes y la caridad de doña Dorotea tenía que suplir las deficiencias. Incluso en cierta ocasión las autoridades pidieron a la Presidenta la lista de las señoras que formaban la Junta y de las Hermanas que dirigían las Salas; y sospechando que se trataba de suprimir o de reducir la subvención del Gobierno o de imponerles alguna contribución, se fue apurada, a consultar con

doña Dorotea, que le dijo: "No tema, que si tal hicieran, cerraremos los asilos. Verá como no se atreven a molestarnos."

En efecto, no pasó de ahí la cosa, pues el Gobierno no creyó prudente cargar con la impopularidad que ciertamente se había de atraer si por su causa se cerraban establecimientos tan beneficiosos para la clase obrera.

EL ASILO DE SAN RAFAEL

En 1882, año de la muerte de su esposo, doña Dorotea tuvo el consuelo de fundar otra Sala, llamada Asilo de San Rafael, en memoria del caballero de este nombre, gran admirador de la Obra, que compró y cedió para este fin una espaciosa casa situada en la calle de Roger de Flor.

Doña Dorotea se encargó de poner en marcha esta Sala, corriendo con los primeros gastos, y puso al frente de ella, como en las otras, a las Hermanitas de la Caridad.

Los gastos de sostenimiento eran muy elevados, así como los que requerían la manutención de los centenares de niños y niñas que allí acudían. Por este motivo la Presidenta fue a consultarla insinuándole la necesidad de limitar el número de acogidos, porque ya no cabían más y escaseaban los medios.

Doña Dorotea la animó a poner su confianza en la Divina Providencia y la obra fue adelante.

Casi siempre empezaba nuevas obras antes de que se hubiesen pagado las antiguas, viéndose con ello obligada a contraer deudas. La Presidenta, viendo que éstas iban en aumento, le hizo presente la total carencia de dinero para seguir adelante.

Doña Dorotea le replicó vivamente:

—Dinero, dinero... Trabajemos, que Dios proveerá.

Poco antes de su muerte, era tal la afluencia de niños que solicitaban el ingreso en la Sala, que se hacía imprescindible ampliar el local. La Presidenta expuso su proyecto a doña Dorotea, la cual dispuso que se levantase otro piso a su costa.

—Comenzaremos las obras después de Pascua. Ahora es necesario descansar un poco —dijo la Presidenta.

—¿Cómo descansar? —exclamó doña Dorotea—. ¡Descansaremos en la eternidad!

Son las mismas palabras que decía Don Bosco, cuando sus hijos y sus amigos, compadecidos de su precaria salud, le invitaban a dar tregua a sus fatigas:

—Cuando descanse el demonio, descansará Don Bosco.
Riposeremo in Paradiso!

Sin conocerse todavía, pensaban y obraban lo mismo. Eran dos almas gemelas.

En la actualidad las actividades llevadas a cabo en esta Sala son, principalmente, los comedores para hijos de obreros, que reciben educación e instrucción desde los tres años hasta los siete los niños, y las niñas hasta los 14 ó más. Muchas de éstas son colocadas por las mismas Hermanas en oficinas, talleres, etc. Son muy solicitadas por su buena preparación y sobre todo por su excelente comportamiento.

En esta Sala se cuida, sobre todo, la instrucción religiosa, pues además del estudio a fondo del Catecismo e Historia Sagrada, se pone especial cuidado en la preparación para la Primera Comunión; se hacen explicaciones y prácticas religiosas en las principales festividades de la Iglesia, tanto del Señor como de la Santísima Virgen; se explica el Santo Evangelio todos los sábados y vísperas de fiesta; se asiste con las niñas a la Santa Misa los domingos y días festivos. En estos días, además, se las entretiene, apartándolas de diversiones peligrosas, con cine, deportes y honestas diversiones.

También cuenta con un Dispensario, donde son atendidos no solamente los niños que asisten a las Escuelas, sino también todos los que se presentan de fuera.

Existe además un cuadro gimnástico y otro artístico; hay clases de cultura general para adultas, escuela nocturna, dominical, taller de bordado, clases de comercio práctico, taquigrafía, mecanografía, corte y confección.

El contingente de alumnos aumenta de día en día alcanzando la matrícula 450 inscritos, de los cuales casi todos se benefician de los comedores.

Todo ello se realiza con la ayuda de Dios y de la Junta de Señoras que, presididas por una biznieta de doña Dorotea, doña Carmen de Pascual, viuda de Fontcuberta, siguen las huellas que en día ya lejano dejó la inolvidable fundadora.

SALA DE ASILO DE SAN JUAN BAUTISTA

En el mismo año 1882 se fundó el Asilo de San Juan Bautista, en la Barceloneta, calle Balboa, en unos terrenos cedidos por los herederos del Marqués de la Quadra, que tiene dedicada una calle contigua. Doña Dorotea tomó la iniciativa de la nueva fundación y no descansó hasta verla próspera y floreciente.

Como en las otras Salas ya fundadas, se atendía a los párvulos divididos en tres secciones, formadas cada una por ciento treinta niños. Además, tenía una escuela dominical a la que acudían las niñas que trabajaban durante la semana a fin de instruir las en los conocimientos más útiles para su condición social y en los principios de una educación cristiana y civil. También había una escuela nocturna, a la que acudían unas cincuenta jovencitas, hijas de obreros y obreras ellas mismas, que allí aprendían lo necesario para abrirse paso en la vida y para ser mujeres honradas. Las niñas que descollaban por su inteligencia y aplicación, recibían, además, lecciones de segunda enseñanza, con lo que podían aspirar a una colocación más remunerada y a un porvenir más brillante que el de simples obreras manuales. A este fin doña Dorotea mantenía a sus expensas a una Hermana que estaba al frente de estas clases. Durante varios años pagaba una cuota de 1.500 pesetas; pero al final de su vida, y para asegurar la perpetuidad de esta importantísima obra, capitalizó dicha cuota, entregando en valores del Estado la cantidad de 16.900 pesetas, según consta en el siguiente documento de nuestro archivo:

Sébase por esta escritura privada, que las partes quieren tenga tanta fuerza y valor cual si fuese pública, como yo, Dominga Juera y Paxot, viuda de Vilar, en calidad de Presidenta de la Junta de Señoras

ras de las Salas de Asilo de esta Ciudad, vecina de la misma, reconozco y declaro que por mi conducto la propia Junta de Señoras de las Salas de Asilo, ha recibido de la Excelentísima señora doña Dorotea de Chopitea y Villota, viuda del Excelentísimo señor don José María Serra, la cantidad de dieciséis mil novecientas pesetas nominales de las clases de valores siguientes... Cuya entrega se ha verificado por dicha señora doña Dorotea para que con las rentas de dicho capital nominal se atienda, durante la existencia de dicha Junta, al sostenimiento de una Maestra de las Hermanas de la Caridad de San Vicente de Paúl, para la enseñanza de los párvulos o niños que asistan a la Sala que la Junta tiene establecida en la barriada de la Barceloneta. En su virtud, la expresada señora Presidenta, autorizada por la mayoría de las señoras de la indicada Junta, acepta la expresada cantidad en la clase de valores nominales antes dichos, y promete que se cumplirán los deseos de la expresada señora doña Dorotea, y los fines por los cuales se ha verificado la entrega de los referidos valores. Cuya obligación contrae dicha señora Presidenta en nombre de la actual Junta y demás que sucedan a ésta.

Y para que conste y a los fines conducentes lo firma dicha señora Presidenta juntamente con doña Dorotea de Chopitea y Villota, en la ciudad de Barcelona, en primero de febrero de 1887. *Dorotea Chopitea, viuda de Serra. Dominga Juera de Vilar.*

No contenta con este espléndido donativo, y viendo la absoluta necesidad de una capilla pública en aquella barriada, amenazada por la propaganda protestante que ya había edificado en aquellos lugares una escuela, quiso doña Dorotea levantar dicha capilla, que al mismo tiempo que servía para la Comunidad y las niñas, podría ser también de utilidad para el vecindario. A este fin entregó la cantidad de 40.000 pesetas, y el 2 de julio de 1890 contrataba al maestro de obras don Antonio Serra y Pujals; inmediatamente se dio comienzo a los trabajos, que doña Dorotea vigilaba y urgía, pues quería verlos terminados cuanto antes, presintiendo su próxima muerte. Del altar de la misma sólo pudo ver el plano días antes de morir, por haber tardado el arquitecto en delinearlos más de lo que ella deseaba. La inauguración de la iglesia se verificó el 6 de febrero de 1892, festividad de Santa Dorotea, pero la eximia bienhechora sólo desde el Cielo pudo asistir a ella, por haber fallecido el año anterior.

Actualmente, después de haber pasado, como las otras Salas, por la prueba del hierro y del fuego, tanto en la Sema-

na Trágica como en la revolución marxista de 1936, se lleva a cabo, en aquella Sala, una labor meritísima.

Las actividades de este centro son: religiosas, benéfico-sociales y pedagógicas, siendo la primera la que mueve, impulsa y sostiene a las demás.

Se cuida con todo esmero la formación religioso-moral de los alumnos, desarrollándose las secciones de infancia religiosa, Cruzada Eucarística, Santa Infancia, Hijas de María, Acción Católica, Ejercicios Espirituales, colaboración asidua con la parroquia...

En cuanto a las actividades benéfico-sociales, funcionan en este Centro, con toda regularidad y durante todo el año, un Comedor Infantil, un Ropero escolar, un servicio de guardia y vigilancia a cargo de las Hermanas, para los niños, que en número de 150 a 200 con sus alternativas en más o menos, asisten diariamente al comedor, permaneciendo en el Asilo de nueve de la mañana a seis de la tarde. En colaboración con la Caja de Ahorros Provincial, se halla implantada la obra del Sello de Ahorro Escolar.

Se procura por todos los medios posibles la adquisición de alimentos, medicinas y lotes de ropa, en beneficio de los pobres y el reconocimiento médico e ingreso de los niños enfermos en Sanatorios gratuitos. Para ello se procura interesar a las personas caritativas que nunca faltan en una ciudad tan generosa como Barcelona. También se acude a los organismos oficiales que suelen favorecer con liberalidad una obra tan necesaria para la ciudad.

Por lo que a las actividades pedagógicas se refiere, además de todas las que requiere la enseñanza primaria, funcionan clases nocturnas de adultas y de repaso y especialización: Comercio, taquimecanografía, y corte y confección, habiendo obtenido las alumnas en sus exámenes oficiales, las máximas calificaciones.

Se cuenta, además, con una biblioteca infantil y otra de adultas, y con un escogido cuadro artístico que contribuye en gran manera a evitar la asistencia de la juventud femenina a espectáculos públicos, tan perniciosos en las tardes de los días festivos.

Finalmente, a fin de contribuir con la mayor eficacia posible a la formación física y a la sana alegría de las jóvenes, se les inculca el espíritu de ahorro y al final de curso se les proporciona ocho o quince días de veraneo, bajo el amoroso cuidado de las Hermanas, todo lo cual contribuye a estrechar los lazos de cristiana hermandad.

Éstas son las Salas de Asilo, fundadas por la Sierva de Dios y que tanto bien han realizado durante los cien años de su existencia. Tenía por costumbre doña Dorotea, una vez puesta en marcha una obra, retirarse discretamente a segundo término, dejando a otras señoras el gusto y el honor de presidir las juntas. Seguía ayudándolas con su dinero y su prestación personal, mas no le gustaba figurar, cumpliendo a la letra el consejo del Señor: "No sepa tu mano izquierda lo que hace la derecha."

Las señoras de la Junta lo sabían muy bien, y en todas sus dificultades acudían a ella, seguras de que las sacaría del apuro. Así lo manifestaba la Presidenta, doña Dominga Juera, con estas palabras: "Todo cuanto se diga de ella, no es nada, en comparación de lo que se pudiera decir. Era una Santa. Para mí, cada una de sus palabras era como una sentencia del Evangelio. Ahora que ha muerto es cuando conocemos su falta. ¡Cuán poderoso sostén han perdido las Salas de Asilo! ¡Qué prudencia, qué consejos tan acertados! Era el alma de la Junta y la que nos sacaba de todos los apuros."

Una de sus virtudes más arraigadas era la ilimitada confianza en la Divina Providencia. Así que nunca la espantaba el aumento de niños que acudían a las Salas. Cuando a su paso por las calles veía a pobres mujeres, que rodeadas de niños, mendigaban, decía:

—Yo los llevaría a todos al Asilo.

No contenta con ayudar a tan benéfica obra con sus limosnas y sus consejos, se empleaba también en servirla con su propia persona. Entre los cargos que desempeñaban las señoras de la Junta, el más difícil era el de Tesorera, tanto por los continuos quebraderos de cabeza que proporcionaba, como por el mucho trabajo que daba. En cierta ocasión ninguna quería aceptarlo. Al ver esto doña Dorotea, y a pesar de que

por sus múltiples atenciones andaba sumamente alcanzada de tiempo y no tenía punto de reposo, tomó sobre sí aquella carga, con la mayor sencillez. Admirada por ello la Presidenta, no pudo menos de mostrarle su agradecimiento y levantándose de su silla, se fue a ella y le dio un estrechísimo abrazo.

EL HOSPITAL DE NUESTRA SEÑORA DEL SAGRADO CORAZÓN

Por el año 1879 una señora barcelonesa concibió el proyecto de fundar un Hospital cuya necesidad se hacía sentir mucho en Barcelona, debido a su rápido crecimiento.

Aún no existían la multitud de clínicas que prestan hoy tan buenos servicios a los enfermos, ni mucho menos seguros de enfermedad; ni se pensaba en el grandioso Hospital Clínico que más tarde se edificó en la calle Casanovas junto a la Facultad de Medicina, con sus 40 salas y 800 camas. Existía el Hospital de la Santa Cruz, mas no bastaba para tantos pobres enfermos como acudían a Barcelona de todas partes, y además faltaba un establecimiento donde pudieran ser atendidos los enfermos que, no teniendo familia en Barcelona, gozaban de medios económicos suficientes para no verse obligados a acudir a la caridad pública.

El proyecto de la referida señora, debido a un conjunto de causas difíciles de prever y más dificultosas de superar, no produjo el efecto apetecido por su generosa iniciadora; y como en tantas otras circunstancias, se acudió a doña Dorotea, suplicándole se pusiera al frente de una Junta de Señoras que dirigiría el nuevo Hospital.

Doña Dorotea estudió atentamente el proyecto, encariñándose pronto con él, pues todo lo que se refería a la caridad encontraba en ella un apoyo entusiasta. Pero eran muchas las dificultades que se presentaban, principalmente, de orden económico; y para solventarlas, determinaron poner al frente de la Obra otra señora más rica que todas ellas y sobre todo más buena y más santa: la Reina de Cataluña, Nuestra Señora de Montserrat. Propusieron trasladarse todas al Real Mo-

nasterio y una de ellas se ofreció a subir a pie a la santa montaña, con espíritu de oración y de penitencia para que la dulce *Moreneta* volviese sus ojos misericordiosos hacia la obra que se proyectaba.

Y la Virgen comenzó a mirar con predilección aquella obra que debía llevar su nombre y que comenzó a llamarse desde entonces "Hospital de Nuestra Señora del Sagrado Corazón de Jesús". La intervención de la Santísima Virgen fue evidente: desde aquel mismo momento se allanaron los obstáculos, se adquirió el terreno adecuado junto a la Carretera de Sarriá, en las proximidades de Las Corts, y se comenzó la construcción con el dinero que adelantó doña Dorotea, la cual además costeó a sus expensas la hermosa iglesia, que había de ser el centro espiritual de la grandiosa obra. Según el Padre Nonell, no bajaron de medio millón de pesetas las que invirtió doña Dorotea en tan santa obra.

Era el año 1883. Contaba entonces doña Dorotea 67 años y como había fallecido su esposo y tenía ya casadas a todas sus hijas, y aun algunos nietos, podía dedicar a los pobrecitos de Jesucristo gran parte de su tiempo, que hasta entonces le absorbían las atenciones para con su numerosa familia, que ella consideró siempre como la principal de sus obligaciones.

Comenzaron las obras en el otoño de 1883, corriendo a cargo de doña Dorotea los gastos de la construcción. Trabajando a ritmo acelerado, se concluyeron, en lo esencial, en la primavera de 1885, si bien no fueron ultimadas hasta julio del siguiente año. Según la factura que tenemos a la vista, el gasto de albañilería se elevó a la suma —enorme entonces— de 220.000 pesetas.

Para la dirección y administración de esta gran obra se había pensado llamar a las Hermanas Hospitalarias del Sagrado Corazón, y doña Dorotea dio los pasos oportunos al respecto. Acababa de ser fundada esta rama femenina de la Orden de los Hospitalarios de San Juan de Dios por su gran Siervo el Padre Menni, que en 1881 había echado los cimientos de la primera casa en Ciempozuelos, cerca de Madrid; pero la escasez de religiosas y sobre todo la condición mixta del Hospital le hicieron desistir de este empeño.

Entonces se pensó en poner el Hospital bajo la dirección de las Hermanas de la Caridad de San Vicente de Paúl, con las que la Sierva de Dios mantenía tan cordiales relaciones, especialmente con motivo de las Salas de Asilo.

Grande era su amistad con ellas y se complacía en visitarlas con frecuencia, admirando su abnegación y heroísmo. ¡Cómo las envidiaba, ella, toda caridad para con los pobres y enfermos! En lo íntimo de su corazón hubiera deseado ser una más de las Hijas de San Vicente de Paúl. Pero Dios la llamaba a otro apostolado —en consonancia con sus circunstancias personales— no menos activo y desinteresado: el de hacer el bien desde el siglo, entregando su enorme fortuna y su corazón a los pobres, a los enfermos y a los desvalidos. Con todo, su cariño a las Hermanitas la llevó a suplicar al Superior General, tuviese a bien agregarla a la Compañía de las Hijas de la Caridad, y el buen religioso, en vista de los méritos contraídos por la Sierva de Dios y de su entusiasta apoyo y constante amor a la Compañía, quiso complacerla, y a tal fin le envió la siguiente cédula de agregación:

Nos, don Antonio Fiat, Superior General de la Congregación de la Misión y de la Compañía de las Hijas de la Caridad, Salud en Nuestro Señor.

Habiéndonos manifestado la señora doña Dorotea de Chopitea viuda de Serra, el deseo de ser agregada a la Compañía de las Hijas de la Caridad, en consideración a su piedad, a su caridad para con los pobres y a su benevolencia para la dicha Compañía, hemos resuelto acceder a su petición y declaramos por las presentes, agregar a dicha señora doña Dorotea de Chopitea viuda de Serra a la Compañía de las Hijas de la Caridad, concediéndole participación en todas las buenas obras, oraciones y mortificaciones que se hacen y harán en adelante, en la dicha Compañía, por la misericordia divina. Rogamos a Nuestro Señor derrame sobre ella sus bendiciones en este mundo y le conceda en el otro la dicha de la gloria eterna.

Y para que conste damos las presentes, firmadas de nuestra mano, y la de nuestro Secretario y selladas con nuestro sello.

Dado en París, el 3 de enero de 1884. *A. Fiat*, Superior General. Por mandato del Señor Superior General: *Terrasson*, Secretario Gral.

Sintiéndose ya una más de las Hijas de la Caridad, doña Dorotea se apresuró a acelerar el traspaso de dominio, y a

este fin mantuvo con los Superiores de la Congregación una interesante correspondencia acerca de la fundación y bases de cesión del Hospital. Quería la Sierva de Dios, para poner a salvo su Obra de posibles intromisiones y requisas —la reciente historia de la desamortización y despojo de los conventos en España se lo aconsejaba— que este Hospital estuviera a nombre de súbditos extranjeros, amparados por su bandera, y a este fin rogó a la Superiora General Sor María Derrieux, le diese el nombre de algunas religiosas extranjeras a fin de que constaran ellas como propietarias del mismo. He aquí la respuesta de la Madre General:

París, 13 de noviembre de 1884.

Señora doña Dorotea de Chopitea, viuda de Serra.

Muy señora mía y de mi mayor consideración: Después de haber examinado con la Hermana Visitadora de España los nombres que podríamos indicar como propietarias, sabiendo prefería usted fuesen de diferentes naciones, hemos quedado en proponer a Sor Julia Thieffer, Sor María Magdalena Ctchècopar, Sor Ana Byrne y Sor María Josefa Bahler.

Reiterándole la expresión de nuestro más profundo agradecimiento, tengo el honor de ser su muy humilde servidora, *Sor María Derrieux, Superiora General de la Compañía de las Hijas de la Caridad de San Vicente de Paúl.*

La Junta de Señoras, que hasta entonces había administrado la naciente obra, hizo cesión de la misma a las Hermanas de la Caridad, redactando unas bases, que después de ser aprobadas por el señor Obispo, fueron enviadas al Superior General, reverendo Padre Antonio Fiat, a quien doña Dorotea se dirigió en los siguientes términos:

Barcelona, 22 de febrero de 1885.

Reverendo Padre Superior de las Hijas de la Caridad.

Rue du Bac-París.

Después de haber recibido la carta de usted que a su debido tiempo contesté, presentamos las Bases al señor Obispo, al cual, como Presidente de la Junta Protectora debíamos darle conocimiento antes de que se hiciera la escritura. Su Excelencia Reverendísima hizo algunas observaciones, las que reunidas con las Bases que le mandamos y las notas que tuvo usted la bondad de poner en ellas, han formado un resumen que tengo el honor de remitir a usted a fin de ultimar esta

donación que tanto deseo. Espero de su buen celo despachará lo más pronto posible este documento para dar el finiquito al asunto. Los 16.000 duros que figuran como deuda, están pagados, y al firmar la escritura entregaré los talones con los resguardos.

**BASES PARA EL TRASLADO DEL HOSPITAL
DE NUESTRA SEÑORA DEL SAGRADO CORAZÓN
A FAVOR DE LAS HIJAS DE LA CARIDAD**

1.ª La cesión se hará por medio de escritura pública a favor de cuatro Hijas de la Caridad designadas por la Superiora del Instituto sin que en la escritura aparezca que son Hijas de la Caridad, perdiendo su derecho el día que salieran de la Congregación. Los derechos de las que vayan falleciendo pasarán a las que sobrevivan, la última de las cuales dispondrá del Hospital a favor de otras Hermanas. La Congregación tomará las medidas que se consideren más convenientes para conservar la propiedad que se le cede, procurando que las Hermanas que figuran como propietarias, si es posible, no tengan padres, para evitar reclamaciones o legítimas: que pertenezcan a la nación que ofrezca más garantías de ser respetada y que tengan en Barcelona un apoderado que pueda representarlas en cuanto se ofrezca y celebrar un simulado de contrato de arrendamiento del Hospital en nombre de las propietarias a favor de la Hermana que esté al frente del mismo.

2.ª La señora doña Dorotea de Chopitea, viuda de Serra y demás sucesores de don José María Serra, cederán a las Hijas de la Caridad el terreno sobre que se levanta el Hospital y los que son adyacentes y figuran como propiedad de aquéllos.

3.ª La Junta de Señoras que actualmente cuida del Hospital cederá igualmente el mobiliario y demás útiles existentes en dicho Establecimiento.

4.ª Subsistiendo el Hospital de limosnas que tienen cierto carácter permanente y de otras que se pueden calificar de extraordinarias, o imprevistas, se destinarán estas últimas, en todo o en parte, a satisfacer las deudas que pesan sobre el Establecimiento. Para mayor claridad en la escritura se consignará un estado detallado de las deudas, que, en cuanto queden amortizadas se destinarán las limosnas extraordinarias a mejoras del Hospital. Las limosnas que tienen un carácter permanente servirán para las atenciones normales del Hospital.

5.ª La propiedad que se cede será destinada exclusivamente a Hospital y tendrá carácter de Beneficiencia particular, prestándose en él los mismos servicios que se prestan en la actualidad, dedicándose, además, si fuera posible, a la curación de enfermedades de niños.

6.ª Siendo el principal objeto del Hospital el asistir a enfermos pobres, la Congregación procurará tener cuantas estancias gratuitas sean posibles, doce a lo menos. Serán preferidos para la admisión, enfermos de nacionalidad española.

7.ª Si por circunstancias insuperables, a juicio del Padre Superior General de la Congregación, que procederá de acuerdo con la Junta Protectora, no pudiesen las Hermanas cumplir la obligación que ésta les impone, podrán retirarse, quedando el Hospital a cargo de la Junta Protectora interin duren las indicadas circunstancias.

8.ª Si por fuerza mayor no fuese posible que el edificio sirviera para Hospital, el Padre Superior de la Congregación, de acuerdo también con la Junta Protectora, lo dedicará a establecimiento de enseñanza católica, gratuita en lo posible, pero debiendo volver a ser hospital tan pronto desaparezcan las circunstancias que hubiesen obligado a cambiar su destino. Empero, si por razones de carácter permanente no fuese posible que el edificio y sus anejos pudieran servir para Hospital, se procederá a su venta, empleándose el precio en establecer otro Hospital en lugar que se considere a propósito. Entendiéndose que la venta se hará por las Hermanas propietarias, de acuerdo con la Junta Protectora.

9.ª Mientras sea posible celebrar el santo Sacrificio de la Misa en la iglesia del Hospital o en cualquier otro Oratorio que haya en la misma, se aplicará una celebración diariamente en sufragio del alma de don José María Serra Muñoz (q. e. p. d.) por sus obligaciones y demás intenciones de su señora viuda doña Dorotea de Chopitea, viuda de Serra.

10.ª Tan pronto como los recursos del Hospital lo permitan, se consignará una asignación para los facultativos. A la Hermana Superiora del Hospital corresponderá el juzgar cuánto podrá retribuirse a aquéllos así como el proveer las vacantes de esta clase, mediante concurso.

11.ª Se establece una Junta Protectora del Hospital, presidida por el Prelado diocesano o por un delegado suyo y que constituirán, además del señor Doctoral de esta Catedral Basílica, y en su defecto el canónigo más antiguo de la misma, el Superior General de la Congregación de las Hijas de la Caridad, el señor Cura Párroco de la demarcación donde esté enclavado el Hospital, la Hermana Superiora del mismo y la señora doña Dorotea de Chopitea, viuda de Serra, y en su defecto, un individuo perteneciente a la familia de dicha señora, por orden de parentesco, prefiriéndose, dentro del mismo grado, al de más edad.

12.ª Las atribuciones de la Junta Protectora serán: celar el cumplimiento de las obligaciones que impone la fundación, a cuyo efecto velará por el buen régimen del Establecimiento, así en lo moral como en lo material; examinará anualmente las cuentas, determinará con arreglo a la fundación el empleo de los fondos sobrantes; asesorará con su dictamen y prestará la más decidida protección a las Hermanas siempre que fuere conveniente o necesario; pero no interviniendo en los gastos personales de aquéllas.

13.ª La Junta Protectora se entenderá únicamente con la Her-

mana Superiora del Hospital a la que corresponde el gobierno y administración del mismo.

14.ª La Hermana Superiora reservará cada año 200 pesetas para cada Hermana de las que prestan servicios en el Hospital para atender al vestuario y otras necesidades concernientes a aquélla.

Estas Bases fueron cuidadosamente estudiadas y definitivamente aprobadas por el Superior y la Superiora General de la Congregación, de común acuerdo, como se apresuró a notificarle la Reverenda Madre, en carta del 12 de marzo de 1885:

Muy señora mía y de mi mayor consideración: Temiendo esté usted quizás con cuidado por las últimas Bases que ha mandado al Reverendísimo Superior General, me apresuro a decir a usted, muy señora mía, que desea comunicarlas al Consejo de nuestra Comunidad, que dentro de unos días se reunirá, y abrigo la grata esperanza de que la respuesta será conforme con los deseos que se ha dignado usted manifestarnos.

Renovando a usted la expresión de nuestro profundo agradecimiento y respeto, tengo el honor de ser, muy señora mía, su muy humilde servidora, *Sor María Derrieux, Superiora General de la Compañía de las Hijas de San Vicente de Puñl.*

Poco después, hecha ya la comunicación al Consejo de las Hermanas, el Reverendo Padre General escribía a doña Dorothea:

Paris, 6 de abril de 1885.

Muy señora mía y de mi mayor consideración: Tengo el honor de remitirle el documento que ha tenido usted a bien comunicarme respecto a las condiciones bajo las cuales desea usted hacer la donación del Hospital de Nuestra Señora del Sagrado Corazón, condiciones que hemos examinado y gustosos aceptamos.

Permítame, sin embargo, someterle, muy señora mía, una pequeña observación sobre la elección de la Junta Protectora. Veo que será usted la única señora, y si por casualidad no pudiera usted asistir a una de sus reuniones, se hallaría sola la Hermana en medio de los señores nombrados para formar la Junta, lo que no sería conveniente; y por otra parte el buen orden reclama que esté presente la Superiora. Mucho le agradecería tuviese usted la bondad de nombrar una o dos señoras más para asistir a las reuniones de la Junta, de modo que siempre pueda haber a lo menos una presente.

En la esperanza de que tendrá usted a bien acoger favorablemente

nuestra petición, firmamos con gusto el adjunto documento y reiterándole la expresión de nuestro sincero agradecimiento, tengo el honor de ser, muy señora mía, su muy humilde servidor, *A. Fiat*, Superior General.

Llena de satisfacción, le contestaba doña Dorotea :

Barcelona, 14 de abril de 1885.

Reverendo Padre Superior General D. A. Fiat.

Muy señor mío y de todo mi respeto: No había contestado antes a su carta del 6 del corriente por haber estado algo indispuesta. Mejor ya de mi enfermedad, paso a manifestar a usted cuán agradable me ha sido recibir las bases firmadas por usted y la dignísima Superiora para la escritura. Mucho lo deseaba, para concluir con esta entrega del Hospital. También se está ultimando la obra de la iglesia que, Dios mediante, se podrá bendecir el 31 de mayo, día dedicado a la Santísima Virgen del Sagrado Corazón.

Mucho realzaría nuestra fiesta si para esta fecha pudiera esta Junta contar con la satisfacción de ver a usted entre nosotros. Dios le inspire este pensamiento y que lo ponga por obra para el consuelo de las Hermanas y nuestro.

También se activan los trabajos del ala derecha del Hospital y yo cuento que en todo este año quedará concluida la obra.

Quedo siempre a las órdenes de usted, no dudando que si le es posible, no dejará de hacernos una visita teniendo este doble objeto, que es la firma de la escritura y la bendición de la iglesia.

Afectísima, s. s. q. b. s. m., *Dorotea de Chopitea*.

No pudo el Padre Antonio Fiat asistir, como fuera su deseo, a estos actos, porque según expresa en carta fechada el 20 de abril, se vio obligado a ir a Roma debido a que por aquellas fechas tendría lugar la proclamación del Decreto Pontificio por el que se nombraba a San Vicente de Paúl Patrono Universal de las Obras de Caridad, por lo que se excusa amablemente, mientras le agradece la protección que doña Dorotea dispensa a las Hijas de la Caridad.

El día 31 de mayo de 1885 fue solemnemente bendecido e inaugurado el nuevo Hospital, con la asistencia de las autoridades y la cooperación de la capilla de Música de la Merced, dejando instalado el Santísimo en la nueva iglesia, después de una solemnísima procesión seguida de una Misa de Comunión general.



Asilo de San Rafael: fachada.



Fachada del Hospital del Sagrado Corazón.



Capilla del Colegio de S. Vicente de Paúl, en Gracia.

El Hospital de Nuestra Señora del Sagrado Corazón fue una de las obras predilectas de doña Dorotea y lo convirtió en teatro de su fervoroso celo.

Juntamente con la salud del cuerpo pretendió que se atendiera —y esto con preferencia— a la del alma de los enfermos. Sobre todo a los principios, visitábalo con frecuencia. Era altamente edificante verla pasar de cama en cama especialmente en el departamento de mujeres. Escuchaba de las enfermas la relación minuciosa de sus dolencias, mostrando gran compasión por ellas; les dirigía palabras de consuelo, las animaba a sufrir con paciencia y resignación sus dolores, alentándolas con la esperanza de un premio en la vida venidera.

Si mientras estaba en el Hospital llegaba alguna nueva enferma, era de ver cómo la caritativa dama redoblaba su fervor en alentarla; ayudábala a desnudarse, componíale la cama y prodigábale todos los cuidados que puede dispensar a su hija la madre más amorosa.

Pero con quienes mostraba más sus entrañas maternas era con los niños enfermos en quienes tenía sus complacencias. Acariciábalos como a sus propios hijos, exhortábalos a la práctica de la virtud y a la devoción a la Santísima Virgen y al Corazón de Jesús, y hacía con ellos los oficios de una verdadera madre.

Ponía gran empeño en que hicieran bien la primera Comunión los enfermitos que no la habían recibido todavía y tenían edad para ello. Procuraba que fueran preparados debidamente y ella misma tomaba parte activa en esta preparación. Llegado el día solemne de la primera Comunión se preocupaba por que el acto se rodeara de toda la magnificencia posible, a fin de que aquel día feliz quedase perpetuamente grabado en la memoria y en el corazón de aquellos niños. Ella asistía siempre al acto de la Comunión, aun en pleno rigor del invierno, a pesar de que se celebraba a las siete de la mañana. Procuraba traer consigo a otras muchas señoras para que diesen realce y buen ejemplo a los niños. Terminado el acto les obsequiaba con un succulento desayuno que ella en persona les servía con gran sorpresa de los mismos niños, al verse

atendidos por una señora que, aunque sencilla y humilde, se veía a la legua que era de lo más noble y distinguido de Barcelona.

Terminaba la fiesta con algún regalo de prendas de vestir, con lo que los pobres chicos salían con vestido de fiesta, con desayuno exquisito y con la alegría que en sus inocentes almas experimentaban por haber hospedado en ellas por vez primera al Dios de la Majestad que aquel día había tomado posesión de sus corazones.

La caridad de doña Dorotea hacía que para muchos de estos pobres niños, su estancia en el Hospital fuese el principio no solamente de una vida cristiana y religiosa, sino también de su bienestar temporal en lo venidero, porque como muchos de ellos eran pobres y además huérfanos o abandonados, los colocaba una vez restablecidos de su enfermedad, en alguno de los establecimientos por ella fundados o bien en algún otro colegio de la ciudad, encargándose de pagar la pensión correspondiente.

Así sucedió en el caso siguiente que exponemos en detalle por su alta ejemplaridad.

Una señora de las Conferencias visitaba por vez primera a un tal Cayetano García, empleado de la policía, que se encontraba en el último grado de tuberculosis pulmonar. El moribundo ocupaba un inmundo lecho en una buhardilla hedionda y sin ventilación. En otra cama dormían sus hijos, José y Paquita, de 11 y 8 años respectivamente. El niño se encontraba contagiado por la enfermedad de su padre, ya que debía servirle en todo lo necesario, por carecer de otra persona que hiciera aquellas faenas.

A la vista de tal espectáculo, la señora se acordó al instante de doña Dorotea y fue a exponerle el caso, para conseguir al menos una camita para la niña; pero doña Dorotea encontró mezquina e incompleta esta solución y llevada de su gran corazón, exclamó:

—Encárguense de llevar inmediatamente al niño a los Talleres Salesianos y a la niña al Colegio de las Hijas de María Auxiliadora. Yo me cuidaré de la pensión.

—¿Y el padre?

—Del padre ya me cuidaré yo personalmente —respondió ella.

Dispuso al punto que fuera trasladado al Hospital de Nuestra Señora del Sagrado Corazón, y allí, admirablemente atendido, pasó los últimos meses de su vida hasta que, confortado con los santos Sacramentos, murió en la paz del Señor.

Después de su muerte, fue doña Dorotea al piso del enfermo para recoger la ropa que había quedado; la mandó desinfectar y lavar, la llevó después a su casa en donde, con sus propias manos la remendó y zurció y guardó para entregarla a los hijos a medida que la necesitasen.

Poco tiempo pudo permanecer José en los Salesianos. Atacado por la misma enfermedad que su padre, tuvo que ser trasladado al Hospital en donde falleció tres años después, el 14 de diciembre de 1891. Siempre que doña Dorotea visitaba el establecimiento, preguntaba por *su Pepito*, enterándose con minuciosidad de su estado y de los cuidados que se le prodigaban. Iba luego a verle, consolábale con dulces palabras y al despedirse le entregaba, junto con algunas golosinas, la ropa limpia que ella misma había remendado.

Paquita, aunque siempre delicada, vivió muchos años, protegida siempre por doña Dorotea.

Además de estas obras de caridad material, no eran pocas las conversiones conseguidas por la abnegación y el cariño que las Hermanas prodigaban a los enfermos. A su delicado afecto no resistían ni los más obstinados pecadores ni las almas alejadas durante muchos años de Dios y de sus deberes religiosos.

Incluso se cuentan casos de conversiones de enfermos protestantes que, pese a la oposición de sus familiares y de los pastores de la secta, acababan por ceder a las santas sugerencias de las Hermanas, recobrando con ello la paz del alma y conquistando la salvación eterna. Tal sucedió con una señora sueca, protestante, que gracias a las oraciones de todas las Hermanas y a la intercesión de la Virgen de la Medalla Milagrosa, abjuró al fin, de sus errores y murió a los pocos días de su bautismo exclamando:

—Ahora sí que estoy contenta. Nunca, en todos los días de mi vida he sido tan feliz.

El otro caso es el de una joven suiza, cantante de profesión. Habiendo caído enferma, ingresó en el Hospital en donde las Hermanas la cuidaron con solicitud, preocupándose al mismo tiempo de su alma. Convencida de la verdad de la religión católica, con todo difería el bautizarse; mas al fin, disipadas las dificultades, pidió ser instruida en las verdades de la fe. Curó de su dolencia, pero permaneció aún en el Hospital hasta terminar su preparación. La víspera del día designado para el solemne bautismo, acostóse sana y alegre; pero por la noche un repentino ataque al hígado la puso a las puertas de la muerte. Lo que más sentía la enferma era el que por esta causa había que diferir su entrada en la Iglesia Católica. La Hermana que la asistía tuvo la feliz inspiración de colocar al cuello de la enferma el escapulario de la Virgen de la Merced, a quien profesaba particular devoción. Le dio luego a beber unos sorbos de agua bendita, llamada de San Vicente. Milagrosamente fue calmándose el dolor, se suspendió el proceso de la enfermedad y la paciente estuvo en estado de poderse bautizar al día siguiente, recibiendo el nombre de Dorotea, en señal de gratitud a la piadosa señora que había fundado el Hospital y que tanto se había interesado por ella en el transcurso de su enfermedad.

OTRAS OBRAS CONFIADAS A LAS HERMANITAS DE LA CARIDAD

COLEGIO DE SAN VICENTE, EN GRACIA

Además de las cuatro Salas de Asilo, ya mencionadas, y del Hospital de Nuestra Señora del Sagrado Corazón, doña Dorotea, que tanto amaba y protegía a las Hermanitas de la Caridad, les ofreció la dirección de otros cuatro establecimientos de enseñanza.

Cuando la persecución religiosa en Méjico, a finales del pasado siglo, obligó a las religiosas a deponer su hábito —lo que en la práctica equivalía a secularizarlas— muchas de las hijas de San Vicente de Paúl que ejercían su apostolado entre los enfermos, los pobres y los niños, vinieron a España, que generosamente les abrió sus puertas, a fin de que pudieran dedicarse a su benéfico ministerio.

Un grupito de estas religiosas alquiló en la parte alta de Barcelona, hacia el final del Paseo de Gracia, una magnífica residencia, llamada *la Casa de la Marquesa*, en donde abrieron un internado para dar educación cristiana a las hijas de familias de la clase media; pero como los ingresos de las pensiones no fueran suficientes para sufragar los cuantiosos gastos del alquiler del edificio y manutención, tanto de las Hermanas como de las niñas, se pensó en buscar otro local más modesto en donde al mismo tiempo pudieran recibir educación niñas de condición humilde.

Lo encontraron apropiado en la villa de Gracia, en la calle de San Gervasio, en donde continuaron su labor educativa, ayudadas generosamente por su caritativo capellán don Pedro Auferil, quien trabajó por conseguir que dicha casa pasase a ser propiedad de las Hermanas, a fin de extender libremente su obra según las necesidades.

Enterada doña Dorotea de la labor de las Hermanas comenzó a ayudarlas con frecuentes donativos, contribuyendo con ellos no sólo a la adquisición del edificio, sino levantando también a sus expensas una espaciosa capilla, presidida por una bellísima imagen del Corazón de Jesús.

Con frecuencia iba a visitar a las Hermanas y a las niñas, entre las cuales había varias a quienes mantenía a toda pensión, interesándose por ellas y proporcionándoles los vestidos necesarios, que ella misma cortaba y cosía. Mostraba gran interés por las escuelas nocturnas y de su bolsillo pagaba los gastos del alumbrado. Todos los meses mandaba celebrar una Misa a la que asistía personalmente, comulgando en ella, y edificando a las religiosas y a las niñas con su fervor y devoción. Daba premios y recompensas a las más aplicadas y a las que se distinguían por su buena conducta.

No contenta con esto y en vista del número siempre creciente de las niñas, mandó construir nuevas clases, entregando para ello 16.000 pesetas. En la planta baja de las mismas mandó instalar un comedor gratuito para las niñas más pobres, a quienes se servía al mediodía una sopa substanciosa y abundante, costeada por la Sierva de Dios.

Más tarde, y después de la muerte de doña Dorotea, el dueño de una *torre* contigua quiso ensanchar ésta con bellos jardines y propuso a las Hermanas una permuta de terrenos, con lo que las clases edificadas por doña Dorotea fueron demolidas. Para sustituirlas se construyó a la izquierda de la capilla un nuevo pabellón que actualmente alberga a unas 500 alumnas entre internas, externas y medio pensionistas. Continúa en vigor el comedor gratuito para 180 alumnas. Se da instrucción elemental a 120 párvulos y a 350 niñas. Tienen también la sección de Comercio, Bachillerato, Enseñanza doméstica y una residencia para jóvenes obreras que en este floreciente Colegio, dedicado a San Vicente de Paúl, encuentran el calor de un hogar y el amor y la dirección de las beneméritas Hijas de la Caridad.

Al tener que ensanchar la calle de San Gervasio, por exigencias urbanísticas, se perdió parte del jardín y el nombre de la calle se cambió por el de las Carolinas.

OBRADOR DE LA SAGRADA FAMILIA

Está situado al final de la calle de Urgel, en donde ésta se cruza con la de Londres y no muy lejos del Hospital del Sagrado Corazón.

Este Obrador, conocido actualmente con el nombre de Colegio de la Sagrada Familia, fue fundado en 1865 por el gran limosnero de aquel tiempo, Excelentísimo señor don José Morgades y Gili, Obispo que fue de Vich y más tarde de Barcelona, con la cooperación de una caritativa dama, doña Mercedes Llopart de Sivatte, y a su frente se hallaban las Hermanitas de la Caridad.

Había en él un internado para niñas obreras que pagaban

una módica pensión y se daban, además, clases gratuitas a las niñas externas de aquellos alrededores, que, entonces, eran campos salpicados de pequeñas masías.

Unas y otras recibían instrucción intelectual y manual, como coser, bordar, hacer flores, etc., y de un modo especial se atendía a su formación moral y religiosa.

Apenas tuvo doña Dorotea noticias de esta fundación, cuando comenzó a favorecerla extraordinariamente. Procuró su desarrollo con continuas limosnas. Ya desde el principio mantuvo en el Obrador cinco niñas pobres, a quienes costeaba la pensión correspondiente y procuraba colocación cuando salían del Colegio. Tenemos a la vista uno de los recibos de dichas pensiones, firmado por la Superiora, Hermana Teresa Dubarbier, en 15 de noviembre de 1883, que asciende a la suma de 2.370 reales, por la pensión completa de cinco niñas y el sueldo de una Hermana, que debía atender exclusivamente a la instrucción de las niñas pobres gratuitas.

Andando el tiempo ya no se contentó con esta pensión mensual a la Hermana dedicada a este menester, sino que quiso dejar asegurada una renta perpetua para este fin y por este motivo hizo entrega a la Superiora, de la cantidad de 10.000 pesetas, según consta en un documento que creemos oportuno dar a conocer a nuestros lectores. Dice así:

En la ciudad de Barcelona, a 19 de julio de 1888. Sépase por esta escritura privada, que las partes quieren tenga tanta fuerza y valor como si fuese pública, que entre la Excelentísima señora doña Dorotea de Chopitea y Villota, viuda del Excelentísimo señor don José María Serra, vecina de ésta, con su correspondiente cédula personal, y Sor Teresa Dubarbier, Hermana Superiora de la Caridad Francesa, vecina de la villa de Gracia (1), calle de la Granja, n.º 1, han convenido lo siguiente:

Por cuanto dicha señora doña Dorotea desea perpetuar la enseñanza gratuita que subvenciona en la inmediata villa de Gracia, conocida por "Obrador de la Sagrada Familia", la repetida doña Dorotea entrega en este acto a Sor Teresa Dubarbier la cantidad de dos mil duros al indicado objeto, quien confiesa recibirlos firmando carta de pago, y obligándose a tener perpetuamente en dicha villa una Hermana

(1) En aquel entonces el término de la Villa de Gracia se extendía hasta este lugar.

de la Caridad dedicada exclusivamente a la enseñanza gratuita con escuela abierta; y si por cualquier motivo dicha escuela no pudiera subsistir, la repetida doña Dorotea de Chopitea y Villota desde ahora y para aquel caso si llegare, hace donación a favor del expresado Instituto religioso de dichos dos mil duros.

Y para que conste lo firman por duplicado en el día, mes y año antes referidos, *Dorotea Chopitea, viuda de Serra. Sor Teresa Dubarbier.*

Hemos querido reproducir este documento porque en nuestro archivo se conservan otros muchos del mismo tenor, referentes a las Salas de Asilo, Colegios de los Hermanos de las Escuelas Cristianas, Salesianos, Hijas de María Auxiliadora, etc. En lo cual se ve el interés que tenía por que su obra benéfica se perpetuase en favor de los niños y niñas de la clase obrera.

Y no paró ahí la generosidad de la Sierva de Dios; sino que viendo la necesidad de atender a otras muchas niñas que por falta de local no podían ser admitidas en la Escuela de la Granja, mandó construir a sus expensas otro cuerpo de edificio, compuesto de planta baja y un piso; éste para clases y aquélla para comedor gratuito en beneficio de las niñas pobres, a quienes durante el curso escolar se les proporcionaba sopa muy alimenticia y caliente.

El coste de las referidas obras, según recibo del arquitecto don Enrique Sagnier, se elevó a la suma de 12.724 pesetas, pagadas personalmente por doña Dorotea.

Y no se limitó a esto su caridad. Refiere la Madre Superiora al Padre Nonell : "A medida que se nos presentaban dificultades, venía ella presurosa a remediarlas."

Y añade el biógrafo de la Sierva de Dios:

"La virtud, santidad y bellas cualidades de Doña Dorotea a nadie que la hubiese conocido pueden ocultarseles; no nos cabe duda alguna de que Dios habrá premiado tanto bien como sus benéficas manos de continuo estaban derramando por todas partes."

En la Semana Trágica, de 1909, las turbas incendiaron este edificio, destruyéndolo por completo. Las religiosas, refugiadas provisionalmente en el cercano Hospital de Nuestra Señora del Sagrado Corazón, contemplaron, con el corazón

destrozado por el dolor, el incendio de su querida Casa; poco después, la Superiora, Sor Teresa Dubarbier, fallecía víctima del gran pesar que le causó la pérdida de tan querida Obra.

No obstante, a pesar de las dificultades que se presentaban, el Colegio ha resurgido de sus ruinas, gracias, sin duda, a la intervención de la Sierva de Dios, que no podía mirar con indiferencia la destrucción de una obra de tanta gloria para Dios y que ella en vida con tanto cariño protegió.

Actualmente se ha levantado un edificio de nueva planta, en donde se dan clases a las niñas de primera y segunda enseñanza.

UNA ESCUELA DEL APOSTOLADO DE LA ORACIÓN EN GRACIA

El 18 de enero de 1887 doña Dorotea se inscribía en el Apostolado de la Oración que los Padres Jesuitas habían establecido en la Iglesia del Sagrado Corazón de la calle de Caspe.

Fue nombrada Presidenta de la sección de Señoras, y como tal, deseosa de extender más y más sus obras de celo, pensó en fundar una Escuela Dominical en la entonces villa de Gracia.

Contaba la Asociación con personal muy escogido y entusiasta, y muchas celadoras y socias se ofrecieron generosamente para dar clases a las jovencitas que acudieran a las escuelas; pero ante todo era preciso contar con un local adecuado y el material de enseñanza correspondiente.

Doña Dorotea tomó la iniciativa de los trabajos encaminados a resolver el problema. Para ello se puso en contacto con el Presidente del Círculo Moral e Instructivo de Gracia y con su protección y ayuda pronto alcanzó se le concediera el local que necesitaba.

Acompañada de la futura Directora fue a visitar dicho local, y entre ambas hicieron la lista del mobiliario y material de enseñanza necesarios para la Escuela. Doña Dorotea se encargó de comprarlo todo, pagándolo de su bolsillo.

Con esto en 1888 se pudo inaugurar la Escuela, que pronto se vio poblada por 150 alumnas. La Sierva de Dios no dejó

de favorecer esta Institución mientras vivió. A su muerte una de sus hijas, siguiendo los consejos de su madre, la tomó bajo su protección y poco después, viendo la necesidad de ampliar y dar consistencia a la obra, mandó construir un grande y suntuoso edificio en la calle Milá y Fontanals, en donde se daban, además de las clases dominicales, clases diurnas y nocturnas. Dicho edificio tiene además un amplio salón-capilla capaz para 1.500 personas y cuenta con espaciosas aulas para 300 niñas en las escuelas diurnas, 150 en las nocturnas y otras 300 en las dominicales.

Para dar continuidad a la Obra, se encargaron de su Dirección las Hijas de la Caridad de San Vicente de Paúl, que tienen su residencia en el mismo edificio.

EL ALBERGUE DE SAN ANTONIO

En la calle de Roger de Flor se había establecido a últimos del pasado siglo una casa de beneficencia llamada "Albergue de San Antonio". Su finalidad era múltiple: en ella se acogían niñas huérfanas o pobres que recibían instrucción elemental y religiosa, mantenidas gratuitamente por las Hermanas de la Caridad. Tenía también una especie de cantina o comedor en el que por la módica cantidad de 25 céntimos se proporcionaba comida, al mediodía, a obreros escasos de recursos.

Además, las Hijas de San Vicente de Paúl que dirigían el Albergue, visitaban a los enfermos menesterosos y a los pobres en sus domicilios, repartían gratuitamente sopa a los indigentes y mantenían unas clases nocturnas para las jóvenes obreras.

Del Albergue dependía asimismo un Dispensario para niños enfermos, el primero fundado en España. Lo había iniciado el 15 de mayo de 1890 el reputado doctor, especialista en enfermedades de niños, don Francisco Vidal y Solares, quien con el valioso concurso de las abnegadas Religiosas de la Caridad, lo dirigía y costeaba, ayudado en su benéfica empresa por algunos amigos.

Tener doña Dorotea noticia del Albergue de San Antonio, fundado para ejercer la beneficencia, y creerse en el deber de dispensarle su protección, fue una misma cosa.

La entonces Superiora, Sor Mercedes Viza, refiere la actuación de la Sierva de Dios en los siguientes términos:

"Era el 3 de febrero de 1890 cuando tuve el gusto de recibir por vez primera a la distinguida señora doña Dorotea de Chopitea, viuda de Serra, que se dignó visitar nuestro pobre establecimiento.

"Como todas sus acciones, sus visitas iban encaminadas a la mayor gloria de Dios y alivio de sus hermanitos los pobres y enfermos; por eso eran cortas. Después de recorrer el establecimiento y hacer algún comentario acerca de sus más perentorias necesidades, se retiró, no sin manifestar antes mucha pena por ver la mucha humedad que rezumaba por todas las paredes.

"Tres días después, festividad de Santa Dorotea, envié dos Hermanas a felicitarla, y de vuelta me dijeron que como regalo de su santo, me autorizaba a comprar dos plumas de agua; lo que no pudo llevarse a cabo por la sencilla razón de que el agua que ella deseaba regalarnos, no llegaba hasta nuestra calle. Sin embargo yo fui a visitarla para darle las gracias por sus buenos deseos, y al despedirme me dijo:

—Hermana, haga usted concluir los planos de la Casa y tráigame el presupuesto. Ya veremos luego lo que se puede hacer.

"Me apresuré a hablar con el arquitecto y terminados los planos, esperé un miércoles, y antes de salir me fui a la capilla, y postrándome a los pies de San José, le mostré los planos, diciéndole: "Santo mío, ahora me voy, pero tengo la seguridad de que merecerán la aprobación de la señora."

"Las demás Hermanas, intentaron disuadirme de mi empeño, pero yo les dije:

—Yo nada he pedido. Ha sido doña Dorotea quien me ha mandado presentarle los planos.

"Y así fue como me presenté en su casa, y le mostré el presupuesto y los planos. Ella los estudió detenidamente, como tenía por costumbre y, como siempre que se trataba

de la gloria de Dios y del bien de las almas su corazón se sentía inclinado a la acción, me dijo:

—Bien; que empiecen cuanto antes las obras, ahora que viene el buen tiempo; que todo corre por mi cuenta.

"Así se hizo. Se comenzó a trabajar activamente y en el mes de noviembre de aquel mismo año se bendijeron los dos pisos costeados por ella y donde actualmente se albergan sesenta niñas.

"La muerte de algunos familiares le impidió durante algún tiempo venir a visitarnos; pero yo quería que las niñas conociesen a su principal bienhechora y un día le participé que siéndome urgente verla, tuviese a bien notificarme el día y la hora en que pudiera ir a su casa. Me contestó que ella misma vendría a la nuestra el próximo lunes a las tres y media. Yo preparé todo lo necesario para hacerle una acogida cariñosa, pero sencilla, pues conocía muy bien su carácter y me constaba que no le gustaba el boato y la grandeza, prefiriendo que nadie se incomodara por ella. Llegó muy puntual y creyendo que la había llamado con motivo de la Semana Santa, me dijo sonriendo:

—¿Qué se le ofrece, Sor Mercedes? ¿Quiere poner el Monumento?

—Señora —le contesté—, con una capilla tan pequeña es imposible pensar en ello.

—¿Pues qué es lo que desea?

—Lo que quiero es que tenga usted la bondad de subir, porque nuestras niñas no tienen aún el gusto de conocer a su bienhechora.

"Con la sencillez de una niña, me dijo:

—¡Ah!, ¡bien, bien!

"Al llegar a la sala, la invité a sentarse en un sillón y al instante se adelantaron dos niñas: una le dio las gracias en nombre de sus compañeras y la otra le regaló un trabajo que había bordado en su obsequio.

"Emocionada, pues todo lo que se refería a los pobres le interesaba grandemente, dirigió a las niñas unas palabras maternales, animándolas a ser buenas y aplicadas.

"Al salir de la sala le dije:

—¿Quiere ver usted por dónde pensamos alargar la capilla?

—Con mucho gusto —contestó.

"Fuimos, pues, a la capilla y le dije que mi intención era alargarla por el lado del jardín.

—Sí —observó—; pero quedará estrecha y larga. ¿No hay otra sala más espaciosa?

"La conduje a una amplia sala cercana, y apenas la vio, se le iluminó el semblante y me dijo:

—Ésta vendría muy bien.

"Y comenzó a recorrerla mientras hacía la distribución:

—Aquí la sacristía, allá el altar... Me parece bastante capaz.

"Inmediatamente me mandó hacer el presupuesto, y cuando se lo presenté, lo aprobó sin reservas. Era el último día de marzo, dedicado a San José. Como la otra vez, todo lo había arreglado el Santo Patriarca.

"Pocos días antes de morir vino a visitar la capilla. Yo me encontraba ausente y la acompañaba otra Hermana. Viendo la pobreza del altar le dijo:

—Diga a Sor Mercedes que el Sagrado Corazón está demasiado pobre y el altar sin pintar. Mañana enviaré a mi pintor para que lo deje todo muy bien arreglado.

"No tuvo el consuelo de asistir a la bendición de la nueva capilla, que fue inaugurada el 28 de octubre de 1891; pero desde el Cielo asistiría complacida a tan hermoso acto.

"No quiero terminar estas líneas sin referir un episodio que muestra muy al vivo el carácter y la virtud de doña Dorotea.

"Un día, durante las obras de la nueva casa, una Hermana tuvo que ir por dinero a fin de pagar a los obreros. Doña Dorotea le dio para ello quince mil pesetas, como quien da un puñado de calderilla. La Hermana, al ver en sus manos una suma tan grande y sobre todo, la manera tan natural y sencilla de entregársela, que más parecía que era ella quien recibía el favor, en vez de hacerlo, se enterneció hasta derramar lágrimas, mientras profería algunas frases entrecortadas de afectuosa gratitud.

"Doña Dorotea, al observar el llanto de la Hermana, y oír sus palabras, le dijo con gran serenidad y llaneza:

—Sosiéguese, usted, Hermana; los ricos tenemos esta obligación, que para esto nos ha dado Dios el dinero.

"Todo lo que redundaba en la mayor gloria de Dios interesaba también a doña Dorotea. Así es que me escuchaba con verdadera fruición e inefable consuelo de su alma cuando yo le daba cuenta del número de obreros que iban a comer al Albergue, el de niñas que frecuentaban las escuelas nocturnas y los progresos que todas hacían en la piedad y en el estudio. Y mayormente durante la cuaresma deseaba que yo la informase del número de comuniones distribuidas en nuestra capilla."

Hasta aquí la Madre Mercedes Viza.

En la actualidad el Albergue de San Antonio sigue fiel a su tradición benéfica. Sostiene un internado capaz para unas 70 niñas, además del colegio para niñas externas gratuitas y una residencia que alberga a 50 jóvenes obreras.

Continúa la tradición de repartir comida gratuita a los pobres y todos los martes se distribuye el Pan de San Antonio.

DOÑA DOROTEA Y LAS RELIGIOSAS DEL SAGRADO CORAZÓN

Tenía don José María Serra, al contraer matrimonio, dos hermanas, Carmen y Teresa, íntimas amigas de Dorotea, quien convivió con ellas durante los primeros años de su matrimonio, aunque ya de soltera las había tratado y apreciado sus grandes virtudes. Ambas, en plena juventud, y cuando el mundo se abría para ellas ofreciéndoles sus halagos y promesas, abandonaron la familia y la patria para trasladarse a Perpignán, a fin de entregarse a Dios en el Instituto de las Religiosas del Sagrado Corazón, recientemente fundado por Santa M. Magdalena Sofía Barat. Sor Carmen murió allí, en olor de santidad, como ya hemos referido anteriormente, no sin antes predecir a su hermana Teresa que sería fundadora de dos Casas de la Congregación: la una en Barcelona y la otra en Chile (Talca). La profecía se cumplió a la letra.

En efecto, el 24 de octubre de 1845 llegaron de la Casa de Perpignan dos religiosas: la Madre Kerulvay y la Madre Teresa Serra, con la misión de abrir una Casa en Barcelona.

Se hospedaron durante algún tiempo en casa de Dorotea, y tanto ésta como su esposo don José María ayudaron generosamente a las religiosas, ofreciéndoles un terreno contiguo a su finca de Sarriá, en donde bien pronto se levantó el Colegio que tanta gloria y prestigio ha dado a la Congregación en el siglo que viene funcionando. La Madre Teresa empleó en su construcción los bienes que le correspondían en herencia; y el año 1847, terminados los Ejercicios, emitió sus votos perpetuos en el Colegio recién construido, siendo los primeros de su Congregación que se pronunciaron en España.

Durante los veranos, cuando la familia Serra se trasladaba a pasar las vacaciones a su *torre* de Sarriá, mantenía con la comunidad frecuentes relaciones, ya que además de los lazos de vecindad, Dorotea había confiado sus hijas al cuidado de dichas religiosas. Una puertecita daba acceso desde los jardines de doña Dorotea, a los del Colegio, circunstancia que aprovechaba la piadosa señora para hacer en la capilla de la Comunidad sus prácticas religiosas.

La Crónica de la Casa tiene muchas páginas dedicadas a la generosidad de tan insigne bienhechora. Copiamos algunas:

“Su bolsa se abría con largueza para satisfacer los gastos de construcción o reparación en aquellas circunstancias en que experimentábamos la carencia de todo; y renovóse cuantas veces se nos ofrecía alguna urgente necesidad.

Así fue ella la que hizo construirnos unos lavaderos, una sala para clases a las niñas pobres y una cerca alrededor de la finca. Su caridad no era menos ingeniosa que delicada. Cuando abrimos el pensionado nos confió a sus hijas. Repetidas veces nos envió provisiones para un día de campo, así como premios para las escuelas gratuitas y ornamentos para la capilla.

Cuando su cuñada la Madre Teresa pasó a fundar a Chile, quiso doña Dorotea que su beneficencia alcanzase hasta aquella lejana fundación. No salía buque alguno con destino a Chile que no llevase algún regalo suyo, de ordinario destinado al culto divino, porque el singular espíritu de fe y piedad de esta caritativa dama deseaba que todos los ornamentos del altar fueran dignos del Señor que a él descende.

Dionos también doña Dorotea ilustres ejemplos de humildad y mortificación. Jamás se le notó lujo en el vestir y después que enviudó llegó al último extremo de sencillez en su vestido.

Muchas veces hizo privadamente Ejercicios Espirituales en este Colegio. Una de ellas los hizo juntamente con la Comunidad, sin admitir más que un sencillo reclinatorio en un rincón de la capilla; y se lamentaba de que se la tratase con demasiado regalo en la comida, diciendo que no quería otra que la ordinaria de la Comunidad. Vimosla también un día de Jueves Santo servir con sus propias manos a las doce niñas pobres a las cuales regalaban un vestido nuestras Congregantes de la Virgen.

Nuestras reverendas Madres Superiores siempre han hallado en doña Dorotea sabios y cariñosos consejos. Cualquier negocio espinoso que se nos ofreciese, tomábalo ella como propio y empleaba todo su poder e influencia para resolverlo en bien de la Comunidad."

EL COLEGIO DE LA CALLE DIPUTACIÓN

No contenta con favorecer de tal manera a las Religiosas de Sarriá, abrigaba más amplias aspiraciones. Deseaba ardientemente abrir una escuela nocturna en las cercanías de su casa de Barcelona, con el fin de instruir y moralizar a las jovencitas obreras que no podían frecuentar las escuelas diurnas por estar ocupadas en el trabajo.

Para alcanzar su objeto y al mismo tiempo proporcionar esmerada educación a las hijas de familias acomodadas, se interesó por que las Religiosas del Sagrado Corazón de Sarriá fundaran un externado en Barcelona. Lo que trabajó doña Dorotea para conseguir este Colegio y los ejemplos de virtud y de fervoroso celo que dio, lo refiere la religiosa encargada de llevar a cabo el proyecto, y que luego fue nombrada Superiora del establecimiento.

"El 26 de septiembre de 1888 llegué a Sarriá con objeto de buscar y abrir una Casa de medio pensionado en Barcelona. Al día siguiente, a las 8 de la mañana, ya estaba doña Dorotea con su coche aguardándome y dispuesta a acompañarme, como lo hizo en todas nuestras correrías subiendo y bajando escaleras, fijándose en todo y dándonos su parecer; pero sin imponerse nunca; porque era muy humilde y siempre se mostraba infatigable cuando veía alguna esperanza de dar gloria a Dios o procurar la salvación de la niñez.



Colegio de la Sagrada Familia, en la calle de Urgel.



Albergue de San Antonio

Andando en estas correrías subimos cierto día a su casa para descansar un poco y allí me llamó la atención el desvelo de doña Dorotea por cuantos la rodeaban. Según entendí, un joven estudiante que tenía en su casa como profesor de sus nietecitos debía emprender un viaje al día siguiente y vi a doña Dorotea ocuparse minuciosamente en todo lo que concernía a este joven, cual si se tratara de su propio hijo y no tuviera otros negocios que la preocuparan.

Tuvimos ocasión de sentir los efectos de su gran corazón al instalarnos en la nueva Casa, y cada una de sus visitas me traía una luz y un consejo, siempre muy acertados.

En una de ellas, alrededor de Navidad me preguntó:

—¿Cuándo piensan abrir la Escuela nocturna?

—Me han aconsejado —le respondí—, que espere a que comience el nuevo curso.

—Yo, en su lugar, la abriría cuanto antes, sin aguardar hasta septiembre.

Me hizo tanta fuerza esta sugestión tan suavemente insinuada, que no pudiendo resistir a su idea, dimos comienzo a la obra el 7 de enero, o sea, diez días después.

Carecíamos de mesas, bancos y material escolar; pero aquí, como en todo, se vio lo acertado de su consejo; porque a los dos meses, más de cien jóvenes obreras frecuentaban ya nuestras clases nocturnas, presididas por una hermosa estatua del Sagrado Corazón, regalo de la misma señora.

Acercándose el carnaval de aquel mismo año de 1889 me preguntó qué pensábamos hacer en dichos días por la noche. Contesté que no habíamos preparado nada. Y entonces dijo:

—Es necesario ensayar una comedia, luego organizar una rifa y entretenerlas aquí, para que no vayan a sitios peligrosos.

Al principio me pareció imposible lo que proponía, por no haberlo visto nunca en nuestras casas; sin embargo me dije a mí misma: "Doña Dorotea lo ha dicho y se hará."

Y se hizo. La misma señora se encargó de enviarnos los objetos para la rifa. También se acordó de estas jóvenes por Pascua de Resurrección y les mandó una mona para cada una, continuándolo así cada año.

A fines de mayo me preguntó de nuevo:

—¿Qué piensa usted hacer para que estas jovencitas honren el próximo mes al Sagrado Corazón de Jesús?

—Pensaba hacer alguna oración especial y algunas invocaciones; pero todo cortito, para que no se cansen.

—Yo, si fuera usted —añadió—, haría el mes del Sagrado Corazón en la capilla, con un sacerdote que sacase el copón del sagrario y al final diese la Bendición.

Y tal como dijo lo hicimos, porque su consejo era siempre para mí un mandato, al que no podía resistir.

... Cuando observó que estaba todo organizado y que las cosas marchaban por sí solas, ya no se preocupaba tanto, y espaciaba más las visitas.

En una de éstas me decía:

—Hay algo que me preocupa en las escuelas nocturnas de San Rafael. No acuden bastantes niñas, y las que empiezan a ir, se retiran pronto, con lo que no puedo conseguir el que muchas de ellas lleguen a hacer la primera Comunión. Me podría decir cómo hacen ustedes?

Le expliqué lo que nosotras hacíamos y pareció dispuesta a hacer lo mismo.

Así es como esta alma grande, que sabía concebir y ejecutar empresas tan difíciles, no se desdénaba en aprender y pedir consejo cuando creía que lo necesitaba. Y añadiré que en muchas otras ocasiones comprendí la desconfianza que de sí misma tenía y que nada hacía sin consultarlo primero.

Teniendo yo necesidad de ver al señor Obispo, doña Dorotea tuvo la bondad de acompañarme a palacio y al fin de nuestra entrevista la interperló el Prelado en los siguientes términos:

—Doña Dorotea, usted se ha olvidado ya de mí.

A lo que respondió la aludida:

—No, señor Obispo. Yo le dije que sería en enero y aún estamos en diciembre. A principios del mes que viene se lo daré.

Y dirigiéndose a nosotras nos habló bajito:

—Le prometí una limosna; pero como no se le puede dar una insignificancia, sino una cantidad de consideración, y todo lo de este año ya lo tengo distribuido, le dije que tendría que aguardar al próximo año."

Hasta aquí la mencionada religiosa.

Para fundar este Colegio compraron las religiosas una casa en la calle de la Diputación, en una manzana contigua a aquella en que vivía doña Dorotea en la Gran Vía y allí permanecieron muchos años; pero aumentando incesantemente sus actividades y el número de alumnas, fue preciso construir otro Colegio de nueva planta, que es el que actualmente tienen en la misma calle, n.º 326, entre la de Bailén y el Paseo de San Juan. Es éste uno de los mejores colegios de la ciudad y está dividido en dos partes: educan en la primera las hijas de las más distinguidas familias de Barcelona y en la otra hay excelentes escuelas para las hijas de obreros, que reciben la esmerada educación que anhelaba doña Dorotea al idear y proponer la fundación de este Colegio.

DOÑA DOROTEA Y LAS CARMELITAS DE PUIGCERDÁ

Desde hacía tiempo, el excelentísimo señor Obispo de la Seo de Urgel, doctor José Caixal, deseaba que en la ciudad de Puigcerdá, fronteriza con Francia, se erigiese un convento de religiosas de clausura, para que, levantadas sus manos y sus corazones día y noche al Cielo, atrajesen sobre aquella ciudad las bendiciones del Altísimo y opusieran, desde el retiro de su recogimiento, un fuerte dique al torrente de impiedad que de la nación vecina se precipitaba sobre España.

Puso el santo prelado sus ojos en las Hijas de la Seráfica Madre Santa Teresa de Jesús, creyendo que ellas cumplirían perfectamente sus piadosos deseos.

Estando el señor Obispo en estos pensamientos, se le presentó, para que examinase su vocación de Carmelita Descalza una virtuosa joven, hija de no menos virtuosos padres, poseedores de una regular fortuna.

Creyendo el Prelado que el Señor le enviaba providencialmente aquella joven para abrir el camino a la realización de sus deseos, se lo comunicó así a la aspirante y ella se tuvo por muy dichosa de poder cooperar con su persona y su dinero a tan santo fin.

Dio cuenta luego a sus padres de cuanto le había manifestado el señor Obispo y encontró a su madre admirablemente dispuesta a secundarla en todo; pero el padre, aunque muy piadoso, quiso examinar el asunto con más detención.

Viendo la joven que su padre no acababa de decidirse, y deseando consagrarse a Dios cuanto antes, pidió ser admitida en el Convento de Carmelitas Descalzas de Mataró, en donde entró, efectivamente, en 1878.

Entretanto, en 1876, a consecuencia de las luchas civiles, el Obispo de Urgel, después de la toma de la ciudad por Martínez Campos, fue hecho prisionero y llevado preso a Alicante, y de allí pasó luego a Roma, en donde falleció en 1879.

Le sucedió en la Sede de Seo de Urgel, el excelentísimo don Salvador Casañas y Pagés, que más tarde había de vestir

la púrpura cardenalicia y regentar la diócesis de Barcelona.

El nuevo Obispo deseaba llevar a término el proyecto de su antecesor, referente a la fundación del convento de Carmelitas Descalzas; pero no contaba con los medios necesarios para ello. Mas habiendo fallecido el padre de la joven religiosa, tanto ésta, como su madre, al poder disponer de su fortuna, reiteraron al Prelado su ofrecimiento para fundar el anhelado convento.

Aceptó gustoso y se comenzaron las obras; pero mucho antes de concluirse, una grave pérdida de intereses impidió a las fundadoras dar cima a la empresa comenzada, y se paralizaron los trabajos.

Solía doña Dorotea pasar algunos veranos en Puigcerdá y mantenía una buena amistad con el doctor Casañas, a quien ayudaba en sus necesidades y en cuantas obras de beneficencia realizaba en favor de sus diocesanos.

Al comunicarle el virtuoso Prelado la situación en que se encontraban las obras del convento y que iban a paralizarse, frustrando su ardiente deseo de llevar a Puigcerdá a las Carmelitas Descalzas, preguntóle doña Dorotea cuánto se necesitaba para concluir dichas obras y al decirle que harían falta unos cuatro mil duros, se los envió inmediatamente. Con ello se terminaron las obras, y el día 22 de diciembre de 1885, cinco religiosas Carmelitas de Mataró, entre las cuales se contaba la fundadora, tomaron posesión del convento acabado de construir, gracias a la caridad de doña Dorotea.

No contenta con esto, entregó al mismo Prelado otros 8.000 duros para que atendiera a las necesidades más apremiantes de la diócesis, entre ellas al mantenimiento de las pobres religiosas.

El buen Prelado le escribía el 23 de noviembre de 1887, agradeciéndole su caridad, y le decía:

Excusado es decirle cuánto le agradezco este notable desembolso que hace usted para que pueda yo atender a lo que le comuniqué en nuestra entrevista de Puigcerdá, máxime no exigiendo usted interés alguno por la referida cantidad ni fijándome plazo determinado para su devolución, y condonándome el capital si falleciera yo antes de su devolución. Puede usted estar segura de que con este acto de caridad

agrada mucho al Señor, porque redundará en bien de esta mi pobre diócesis, acaso la más pobre de España, facilitándome atender, con los intereses de los sobredichos ocho mil duros, a las necesidades de la Iglesia y de los pobres.

Pero el convento de Puigcerdá, al admitir nuevas religiosas, necesitaba agrandarse; y también era preciso hacer algunas obras para defender a las pobres carmelitas de los rigores del invierno, que en aquellas montañas son extremados. No es de extrañar, pues, que se pensara en ello, y el señor Obispo contaba con la inagotable caridad de doña Dorotea, a la que escribía en 12 de junio de 1888:

Acabo de visitar a las monjitas Teresas a quienes he informado que muy pronto ensancharemos el convento. Están contentas y también he visto al arquitecto, que ha venido ex profeso de Llívia, y le he encargado vea luego lo que podemos hacer. Lo examinaré sin perder momento y esperamos podrán hacerse las obras necesarias para que tengan mejores celdas y acaso también destinar para capilla un lugar más seco y ventilado. Dios Nuestro Señor le recompense a usted el bien inmenso que hace a estas santas criaturas.

Doña Dorotea le autorizó inmediatamente a emplear 500 duros en estas obras tan necesarias, y gracias a ellos pudieron las Hermanitas defenderse mejor de los rigores del invierno. En 30 de diciembre le escribe el señor Obispo:

Sólo Dios sabe el bien que usted hace a mi corazón con sus repetidas bondades y sólo Dios sabe también cuán agradecido y obligado le quedo a usted por el bien que me ha hecho a mí y a esta mi querida diócesis, y en particular a mis tan amadas monjitas Carmelitas Descalzas. El Señor se lo premie a usted con abundancia de gracias espirituales y temporales como se lo pido con toda mi alma. Cuando pensé la primera vez en comunicar a usted mi situación, sentí una confianza secreta que me animaba: cuando habló usted del asunto, me pareció haber hallado una segunda madre. Los hechos posteriores me han hecho ver que eran ciertos mis presentimientos. Repito: Dios se lo pague.

No extrañará usted este mi lenguaje, que no es de adulación, sino de gratitud y estimación: pues es la única vez en mi vida que he encontrado en persona de posición esta espontaneidad, desprendimiento e interés por mi bien y el de mi Obispado. Loado sea Dios.

En carta del 18 de julio de 1889, después de darle cuenta del empleo de las cantidades tan generosamente puestas a su disposición para obras de caridad, se refiere a la obra realizada en el convento y le dice:

Mucho siento no haber tenido el gusto de verla aquí en Puigcerdá, pues deseaba mostrale personalmente las obras que se han hecho en el convento de estas pobrecitas monjas con las limosnas que usted me ha entregado para ellas; me parece le habría gustado. Han entrado ya dos jóvenes más, una de las provincias Vascongadas y otra de Llivia, y esperamos que entrará alguna otra luego que el local esté dispuesto, que espero en el Señor no tardará mucho tiempo.

Pocos días después volvía a escribirle agradeciéndole los 500 duros que dio para las Hermanas Carmelitas y le manifestaba su intención de emplearlos en las obras y en las necesidades más perentorias de la Comunidad:

Con estos 500 duros —añade— podremos terminar el ala del edificio nuevamente construido, poniéndola en comunicación con la que ya ocupaban las monjas. Espero que podrá habitarse ya el próximo invierno, Dios mediante.

En efecto, por Navidades del mismo año le dice:

Las monjitas Descalzas de Puigcerdá habitan ya el ala nueva construida con las limosnas que usted nos ha concedido. Está bañada por el sol de mediodía y parece las haya sacado de muerte a vida. Aunque deban pasar así una larga temporada, a lo menos las celdas son más templaditas y han salido de las que miraban al norte y estaban cubiertas de nieve casi todo el invierno; nieve que hasta les tapaba las ventanas de las mismas. Gracias a usted y a Dios Nuestro Señor, que le concedió tan buena inspiración. No dude usted que recibirá muy copiosa recompensa por esta obra de caridad, como por tantas otras que ha hecho y está haciendo cada día.

Pocos días después, el 8 de enero de 1890 le escribía de nuevo para manifestarle su profunda gratitud por todo cuanto iba haciendo en favor de la diócesis y de sus monjitas.

Excusado es decirle, por consiguiente, que le correspondo del modo que yo puedo, encomendándola mucho a Dios para que la recompense

a usted abundantemente en todos sentidos, con lo que sin duda llevará usted ventaja, más que si fuera mía la correspondencia, que sin duda sería muy menguada, aunque sea muy grande mi afecto y mi deseo.

Escribo a las monjas explicándoles el donativo de los mil duros, que nos permitirán empezar la iglesia del convento en la próxima primavera, si bien a ellas no les indicaré la cantidad ni los plazos de enero y julio, porque nada saben de todo lo ocurrido hace ya cerca de tres años.

Por las últimas frases se echa de ver que doña Dorotea no quería que las religiosas se enterasen de que era ella quien hacía las constantes limosnas que recibían, y en lo posible prefería permanecer oculta; pues el Señor, que ve en lo oculto, es el que ha de dar la recompensa.

Pero a su muerte, el señor Obispo se apresuró a levantar el velo y las santas religiosas le mostraron su gratitud de una manera excepcional.

En carta dirigida a su hija doña Isabel, después de expresar su más sentido pésame y ofrecer sus oraciones y su recuerdo en el Santo Sacrificio, la Superiora añade:

La Comunidad de las Monjas Teresas Descalzas de Puigcerdá, agradecidísimas como están a los grandes favores que les dispensó su mamá, han dedicado al Señor en sufragio de su alma nueve misas cantadas con responso, nueve comuniones, y un Oficio de Difuntos con los Salmos Penitenciales. Todo esto en comunidad, de una manera oficial; y en particular varias penitencias y mortificaciones, cada una según su devoción.

Hemos mencionado anteriormente el *préstamo* de 8.000 duros que doña Dorotea hizo al señor Obispo para aliviarle en sus necesidades. En realidad dicho préstamo, era un donativo incondicional, pero para eludir las muestras de gratitud, a veces hacía sus caridades en esta forma, recibiendo una devolución simbólica, como sucedía con los Salesianos, Asilos, Albergue de San Antonio y otros muchos institutos por ella beneficiados.

Pues bien, el señor Obispo, para alivio de su conciencia y en un alarde de delicadeza, le escribía a doña Isabel, con motivo del fallecimiento de su santa madre, en los siguientes términos:

... Esto me da ocasión de comunicar a usted las bondades que usó conmigo y con esta Diócesis, de las cuales supongo ya a usted enterada. El año 1887 me prestó sin interés, su buena mamá, ocho mil duros, que le dije le iría devolviendo según me lo permitieran las circunstancias. De esta cantidad devolví 500 duros, me parece, en 1889, entregándolos a una persona que ella misma me indicó. El mismo año me dijo que me condonaba 2.000 duros para el bien de la Diócesis. En 1890 se aplicaron otros mil duros para los fundamentos de la iglesia de Puigcerdá, y la última vez que tuve el gusto de verla en esa su casa, me autorizó para invertir este año, en la construcción de la misma iglesia, otros mil duros. Quedaban por devolver 3.500 duros, que me dijo, al acompañarme a la puerta, podía invertir también en la construcción de la iglesia, si ella falleciera.

Aunque supongo lo tendrá anotado, pues me significó que así lo haría, con todo creo un deber mío comunicárselo a usted, esperando me diga cuanto le parezca oportuno sobre este particular y cuanto fuera de su agrado. Continúo diciendo la misa todos los miércoles a la intención de doña Dorotea y en sufragio de su alma.

No fueron estas limosnas las únicas de que se benefició Puigcerdá, pues doña Dorotea no podía ver indiferente las necesidades que a su paso se ofrecían y siempre las atendía según sus posibilidades y el dictamen de su prudencia. En la misma localidad, los Padres Escolapios, tuvieron también una prueba de la generosidad de la Sierva de Dios, según consta en una carta enviada con motivo de su fallecimiento a doña Isabel, por el Rector del Colegio, en la que agradece y alaba la bondad de doña Dorotea en favor de dichos Padres.

También las Carmelitas de Mataró, anteriormente citadas, recibieron muchos favores de doña Dorotea; la cual no sólo pagaba el dote de algunas religiosas, sino que personalmente intervenía en su toma de hábito y en su profesión religiosa, costearo los gastos de la fiesta.

LAS CARMELITAS DE LA ENCARNACIÓN DE ZARAGOZA

Para que sus nietecitos recibieran una sólida formación intelectual y religiosa, quiso doña Dorotea colocarlos como internos en el Colegio que los Padres Jesuitas tenían en Zaragoza. Allí, bajo la amorosa vigilancia de tan esclarecidos edu-

cadore, estaba segura de que se formarían hombres útiles para la sociedad y, lo que es más importante, buenos cristianos. Mantenía con ellos una correspondencia asidua y cariñosa, según hemos visto en páginas anteriores, interesándose por sus adelantos en los estudios, por el estado de su salud y sobre todo por su aprovechamiento espiritual.

Mas no contenta con ello, a pesar de su avanzada edad de setenta años y de las incomodidades de tan largo camino, especialmente en invierno, emprendía dos viajes anuales para poder pasar unos días con sus nietecitos, enterarse personalmente de su estado y llevarles algunas golosinas.

Aprovechando estos viajes iba también a visitar a una antigua criada suya, María Ignacia Castellá, que había entrado monja en el convento que en dicha ciudad tienen las Madres Carmelitas de la Encarnación.

En estas visitas echó de ver que el convento, situado junto a la Puerta del Carmen, célebre por la heroica defensa que en ella sostuvieron los zaragozanos ante las huestes de Napoleón, se hallaba muy ruinoso y en peligro de venirse a tierra el día menos pensado. A los estragos producidos por el bombardeo de la artillería francesa y a las peripecias de la desamortización, se unía la pobreza de las religiosas, que no tenían medios para reparar su morada.

Doña Dorotea se conmovió al ver la pobreza de las religiosas y contemplar aquellas ruinas que no podían cobijar decorosamente a la comunidad, y se decidió a prestar su generosa cooperación para restaurar el convento.

En diciembre de 1890, durante una de las visitas a sus nietecitos, puso manos a la obra. Se entrevistó con el arquitecto don Elías Ballespín y con el maestro de obras don Nicolás García Rodríguez y les encargó hicieran los planos y el presupuesto de los trabajos encaminados a dotar a las religiosas de un albergue confortable y seguro.

El contrato estipulaba que las obras comenzarían el 4 de enero de 1891, y deberían estar terminadas el 31 de diciembre del mismo año. Doña Dorotea se comprometía a pagar todos los gastos que, según el presupuesto, ascendían a 44.053'95 pesetas, que se irían amortizando en ocho plazos

trimestrales de 5.506 pesetas cada uno, que terminarían de pagarse el 31 de diciembre de 1892.

En dicho documento doña Dorotea, experta en tales menesteres, hace hincapié en que se deben emplear materiales de primera calidad, descendiendo a detalles acerca de la calidad del mortero, de los ladrillos, del yeso y demás elementos de construcción. Estipula que los albañiles no deberán trabajar en domingo ni en día festivo, así como los peones y los carros.

La alegría y la gratitud de las pobres monjitas no son para descritas. Su sueño dorado, que les parecía imposible alcanzar, se veía ya logrado gracias a la caridad de la Sierva de Dios. En adelante podrían vivir tranquilas en su clausura sin el constante temor de ver el día menos pensado cuartearse los muros del vetusto edificio que las albergaba.

La Madre Priora le escribía pocos días después de su partida en los siguientes términos, en contestación a una carta de doña Dorotea:

Debo decirle que mi pobre pluma no acierta a expresar la gran emoción que en mí produjo la lectura de las líneas en que expresaba usted sus nobles sentimientos acerca de las obras a realizar en esta Casa; esa generosidad sólo la sabrá recompensar el dulcísimo Corazón de Jesús y nuestra Santísima Madre del Carmen. Y como cuanto yo dijera a usted no sería más que un pequeño bosquejo de lo que en realidad nuestros corazones sienten por usted, por esto, creyendo inútil esta tarea, me concretaré tan sólo a darle repetidísimas gracias en nombre de toda esta santa Comunidad que respetuosamente besa la mano de su bienhechora insigne y gustosísima acepta el compromiso de ofrecerle la Misa y Comunión de todos los primeros viernes de mes en sufragio de los difuntos de la familia de usted.

Celebraremos un aniversario por el alma de su difunto esposo a quien hemos encomendado mucho todo el mes pasado. Tengo dispuestas otras muchas devociones en comunidad para usted y toda su familia; cuente con certeza que su nombre será de perpetua memoria y quedará sellado el favor insigne y caridad grande que nos hace, para que así nunca falten a usted y a su familia las oraciones de esta santa casa.

En otra carta del 4 de febrero de 1891, después de felicitarla por su santo, y prometerle las oraciones de la Comunidad, pasa la Priora a darle cuenta de la marcha de las obras:

La obra comenzó el pasado mes y sólo se suspendió por espacio de seis u ocho días, pues aunque los fríos eran extremados, con todo, era tanta la necesidad de los pobres trabajadores, que por Dios suplicaban no se les tuviese más tiempo sin jornal. Así que, compadecido el contratista, hizo se continuase la obra aunque con alguna molestia; pero ya hoy, gracias a Dios, trabajan sin impedimento del tiempo, que ha mejorado bastante.

Mucho disfrutaré si consigo ver esta santa casa en el estado que he deseado desde que habito en ella. Pero me someto a lo que haya de ser para mayor gloria de Dios.

La Priora vería, llena de gozo, reformada y asegurada la casa; pero doña Dorotea sólo desde el Cielo podría contemplar los efectos de su caridad, porque murió poco después. A últimos de marzo, pocos días antes de morir, pagó el primer plazo de las obras, 5.506 pesetas; pero los otros plazos los satisficieron sus hijas, de acuerdo con lo que su santa madre les encargó. Y para evitar molestias y complicaciones, al vencer el segundo, el 30 de junio, decidieron pagar también el resto, enviando al maestro de obras el saldo de 38.547 pesetas.

Con esto quedaban las buenas religiosas tranquilas, y pudieron ver, gozosas, el fin de las obras que les proporcionaron un asilo seguro y tranquilo, para orar por su ilustre bienhechora.

ASILO DEL BUEN CONSEJO

Siendo Canónigo Penitenciario de Barcelona don José Morgades y Gili, que más tarde había de ser Obispo de Vich y luego de Barcelona, fundó en el barrio de Las Corts un Instituto destinado a la reforma de jóvenes caídas, que deseaban dejar el camino del vicio para emprender una vida honrada y cristiana. Le dio el nombre de Asilo del Buen Consejo, que dirigía él personalmente, y lo tenía encomendado desde 1870 a las Religiosas Dominicas de la Presentación.

Los fondos para la manutención de las jóvenes y de las religiosas, eran suministrados por la caridad de personas particulares, que admirando el santo celo que inspiraba las múltiples obras de beneficencia del caritativo sacerdote, le prestaban su generosa ayuda. Mas creciendo continuamente

el número de jóvenes asiladas, sin crecer en la misma medida las disponibilidades económicas, el doctor Morgades recurrió, confiado, a la inagotable caridad de doña Dorotea.

Se conocían bien: iban de acuerdo en otras muchas obras de beneficencia, especialmente en el Obrador de la Sagrada Familia, ya mencionado. Si doña Dorotea ponía su inmensa fortuna al servicio de los pobres y necesitados, el doctor Morgades, carente de bienes propios, excitaba la generosidad de los pudientes, para animarlos al ejercicio de la caridad. No menos de siete millones de pesetas se calcula lo invertido por el celoso Penitenciario en obras de beneficencia. Y doña Dorotea no era de las que menos le ayudaban en sus santas empresas.

Cuando ya Obispo de Vich se determinó a llevar a cabo la magna obra de restaurar el ruinoso Monasterio de Ripoll, obra que le agradecerá toda Cataluña y que le ha dado tan justa fama, acudió también a doña Dorotea, la cual costeó la capilla bautismal del renovado Monasterio.

Ahora se trataba de ayudar a la obra de regeneración de las pobrecitas jóvenes descarriadas y doña Dorotea no se hizo rogar, contribuyendo en gran escala a las mejoras que fueron precisas para acondicionar el edificio a las necesidades y contribuyendo con solicitud maternal al bienestar de las asiladas. Las proveía de prendas de vestir, ya fueran las de uniforme, ya de ropa interior, adecuadas a las exigencias de cada estación.

Cuando se construyó la nueva capilla, por no ser la antigua capaz de contener el número de jóvenes, que aumentaba constantemente, doña Dorotea costeó la barandilla de hierro del altar mayor.

Al principio sólo se admitían muchachas necesitadas de una mano amiga que las ayudara a encaminar su triste vida por nuevos senderos de honradez y de virtud. Doña Dorotea, por instintiva delicadeza, rehuía esta clase de beneficencia, aunque no sabía negarse a ella cuando era solicitada; pero con el tiempo llamaron también a las puertas del Asilo otras jovencitas que, sin haber sido víctimas del vicio, se hallaban expuestas, por su miseria, a caer en sus garras.

Desechar a estas pobres jóvenes no lo consentía su caritativo corazón. Pero por otra parte, admitirlas y tenerlas en contacto continuo con las antiguas, era ponerlas en peligro de perder su inocencia y quizá de aprender el camino de su perdición.

La Sierva de Dios halló la solución a esta grave dificultad construyendo un departamento de nueva planta, completamente separado del antiguo, a fin de que no hubiera comunicación entre ambos.

Durante todo el resto de su vida mantuvo doña Dorotea a sus expensas cierto número de jóvenes en cada una de estas secciones, y no cejó en su caridad hasta duplicar la capacidad de los locales destinados a cobijarlas y educarlas cristianamente.

Una de las religiosas de este Asilo dejó escrito, refiriéndose a la Sierva de Dios:

Cuántos socorros ignorados, cuántos caminos, cuyos pasos sólo contaron los ángeles, cuántos consuelos, cuán tierna solicitud. Sólo aparecerán el día del Juicio y su recompensa será tanto más grande cuanto que habrán permanecido perfectamente encubiertos por el velo de la humildad.

Esta religiosa, que tenía motivos para hablar así, refiere uno de estos casos de caridad para con los desvalidos:

Un emigrado francés, carente en su país de medios de subsistencia, pasó a Barcelona en busca de trabajo, trayendo consigo a sus tres hijos. La esposa, gravemente enferma, había quedado en un hospital de su tierra, y a poco se recibió la noticia de su fallecimiento, que le fue comunicada al marido. Los tres hijos, a más de su miseria, se vieron sumidos en las más triste orfandad.

Llegó a oídos de doña Dorotea la desgracia de esta pobre familia y al momento tomó a su cargo el suavizarla de la mejor manera posible. Se encargó de enviar a las dos niñas a la casa de huérfanas que las Religiosas de la Presentación sostienen en Arenys de Mar, pagando su pensión completa y buscó trabajo para el pobre emigrado a fin de que pudiera atender debidamente al niño y a sí mismo. Sucedió que una de las niñas enfermó gravemente de la vista, con peligro de quedarse ciega. Doña Dorotea fue a buscarla personalmente, la trajo a Barcelona, manteniéndola en su propia casa y todos los días ella

misma o una criada de su entera confianza la acompañaba a un distinguido oculista. Estas visitas duraron largo tiempo, hasta que por fin el especialista hubo de declararse impotente para restituir la visión a la pobre niña. Pero si doña Dorotea no pudo verla libre de su ceguera, logró al menos librarla de su orfandad; porque mientras tanto, y poniendo en juego sus influencias y amistades, hizo las oportunas investigaciones y se enteró de que la madre no había muerto en el hospital, como se suponía, sino que se encontraba en perfecta salud, lamentando tan sólo la ausencia de los suyos, cuyo paradero ignoraba. Doña Dorotea se puso en contacto con ella, le envió el dinero necesario para el viaje y de este modo se pudo trasladar a Barcelona y reunirse con su esposo e hijos.

Toda esta familia amaba como a verdadera madre a su gran protectora y elevaba de continuo sus preces al Cielo por ella.

LAS RELIGIOSAS DE MARÍA REPARADORA

Durante el verano de 1880 llegaron a Barcelona dos religiosas de una nueva institución que se dedica, principalmente a la pública adoración de Jesús Sacramentado para reparar las injurias que de continuo recibe de los pecadores. Atiende también a la educación cristiana de las jovencitas.

No sabiendo a quién acudir para iniciar sus trabajos, el Padre Provincial de la Compañía de Jesús, les aconsejó que se pusieran en contacto con doña Dorotea. A la Sierva de Dios le pareció altamente simpática y sumamente necesaria la finalidad del nuevo Instituto religioso y desde los primeros momentos se constituyó en la protectora de las monjitas, una de las cuales dejó el siguiente testimonio escrito:

“Al llegar las Religiosas de María Reparadora a Barcelona, conocieron a doña Dorotea por una recomendación del reverendo Padre Provincial de la Compañía de Jesús; aconsejadas por ella, alquilaron una casa; pero a los pocos días se enteró de que no podían instalar la capilla, por carecer de altar, e inmediatamente, dijo a la Superiora:

—Mande hacer el altar, que yo me encargo de todo.

Y se marchó inmediatamente, sin dejarnos tiempo ni de darle las gracias.

Más adelante, viendo que la comunidad no podía desarrollarse por falta de espacio en aquella casa alquilada, dijo a la

Superiora que, para estímulo y ejemplo de los demás, comenzaría ella entregando 20.000 pesetas; y poco después entregó otras 20.000.

Varias veces vino a buscarnos en su coche para encontrar otro local más conveniente a nuestros fines y se tomaba tanto interés por ello como si se tratase de un asunto propio; hasta que al fin se halló el que hoy ocupamos.

Durante la construcción de la iglesia, viendo un día a la Superiora muy apurada por no poder pagar la reja de la capilla, en el momento de despedirse y sin esperar siquiera que le diese las gracias, le dijo:

—Yo me encargaré de costearla. Mándeme la factura.

En repetidas ocasiones, siempre que se enteraba de nuestros apuros para salir adelante, nos ha socorrido, ya de un modo, ya de otro, pero siempre con la misma humildad, sin dejarnos casi expresarle nuestra gratitud.

En consideración a los muchos beneficios que de ella recibíamos, se le reservó una tribuna de nuestra iglesia para que pudiese adorar con la frecuencia que deseaba, al Santísimo Sacramento. Y en los once años que la hemos tratado, siempre ha sido para nosotras motivo de continua edificación su asiduidad y fervor en las visitas que hacía a Jesús Sacramentado; y muy pocas tardes faltaba a la Bendición Eucarística.

Su constancia en ayudarnos en todo, y su interés por cuanto a nosotras se refería, no se ha desmentido jamás.

Cuando establecimos la Adoración Reparadora para las señoras, fue ella quien se puso al frente y conservó hasta la muerte el cargo de Presidenta, dando con su ejemplo y su celo el impulso que adquirió esta obra tan del agrado de Dios.

Se interesaba hasta por los más menudos detalles, nos procuraba trabajo para ayudarnos a vivir, nos hacía frecuentes limosnas y donativos especialmente de ornamentos para el cultivo divino."

Hasta aquí la citada religiosa.

LAS HERMANITAS DE LOS POBRES

La caridad de doña Dorotea no se limitaba a lugares determinados, sino que abarcaba todos los países sin distinción alguna: Francia, Italia, Egipto, China, Filipinas, América... Del mismo modo se extendía a todo género de obras que contribuyesen al culto divino, al fomento de la piedad o a la ayuda de cuantos necesitasen el alivio de la caridad cristiana.

Aunque atendía con especial cuidado a los niños y juvenitos de ambos sexos como medio eficacísimo para la regeneración de la sociedad, no descuidaba, sin embargo, el bienestar de los ancianos, que después de una vida empleada en el trabajo, al hallarse privados de fuerzas para ganar el necesario sustento, se veían obligados a implorar la caridad pública para no morir de hambre.

Afortunadamente, la Institución de las Hermanitas de los Pobres, fundada en aquellos tiempos por la siempre asombrosa fecundidad de la Iglesia Católica, se proponía como fin el remedio y el amparo de la venerable ancianidad, tan desatendida hasta entonces por la moderna filantropía.

En Barcelona había dos establecimientos dedicados a los ancianos desvalidos; pero eran a todas luces insuficientes para socorrer y albergar a tantos pobres ancianos como acudían a ellos en demanda de protección y amparo.

Cuando tenían completo el número no les quedaba a las buenas Hermanitas otro recurso que poner en lista a los que se iban presentando, con la esperanza de que les llegase el turno para ingresar.

También a estos ancianos, recogidos en las Casas de las Hermanitas de los Pobres, se extendía la inagotable caridad de doña Dorotea. Sin contar las constantes limosnas con que favorecía a estos dos establecimientos, situado uno en la calle de Caspe, cerca de la plaza de Tetuán, y el otro en la calle de Borrell, daremos una sucinta relación de su benéfica actuación en este último, sacada de una relación escrita por la entonces Superiora del mismo.

Estaba un día hablando con doña Dorotea acerca de los



Vista general del Asilo del Buen Consejo. Durante el dominio rojo fue cárcel de mujeres. Quedó en tan mal estado que hubo que derruirlo.



Colegio del Sagrado Corazón en la calle Diputación.

ancianitos acogidos en su casa y le contaba con lágrimas en los ojos el gran número que se presentaban continuamente en busca de un asilo que había que negarles por estar ya ocupado todo el local disponible.

Enterneci6se también doña Dorotea al escuchar el triste relato de su interlocutora y mientras tanto iba discurriendo en su interior sobre las posibilidades de remediar tan urgente necesidad, y considerando el estado de los fondos de que podía disponer en aquellos momentos.

Se hallaban en el espacioso jardín que hay frente a la galería donde los ancianitos suelen tomar el sol en invierno. Al terminar su relato la Superiora, dijo de repente doña Dorotea:

—Hay que levantar otro cuerpo de edificio.

Y señalando el extremo del jardín, añadió:

—Ensanche usted el edificio por ese lado, y cuente desde luego con mil duros para comenzar la nueva obra.

Al momento se iniciaron los trabajos y con los mil duros y algunas otras limosnas recibidas, se llegó a levantar las paredes del nuevo edificio; mas al agotarse los recursos, hubo de paralizarse la obra. Fue la buena Superiora a dar cuenta a doña Dorotea de la situación en que se encontraba, imposibilitada de continuar los trabajos que ella había iniciado tan generosamente.

—Continúen ustedes —le dijo—. Yo costearé las puertas y ventanas. Mándelas hacer y pásame las facturas.

Así se hizo; pero poco después y por segunda vez hubo que suspender los trabajos por falta de medios.

Temiendo la Superiora, por delicadeza, abusar de la caridad de la Sierva de Dios, no sabía cómo salir del paso, pues no se atrevía a importunarla de nuevo. Pero doña Dorotea, que no dejaba de interesarse por las obras emprendidas, la reconvino por su retraimiento y se ofreció a costear todos los embaldosados de la nueva obra, no bajando de tres mil seiscientos duros lo que en tres plazos entregó a la Superiora para concluir las obras emprendidas.

En este edificio, construido exclusivamente por doña Dorotea, se albergan actualmente setenta ancianitas; y otros

tantos pobres deben a la caridad de la Sierva de Dios el poder acogerse en aquella santa casa.

Concluye la relación la citada religiosa diciendo que no tiene palabras con que expresar la grata impresión que experimentaba su espíritu al tratar con doña Dorotea. Todo en ella respiraba sólida virtud y fervorosa piedad, sobresaliendo entre todas sus virtudes que se manifestaban al exterior, la beneficencia, el amor y la caridad para con los pobres. Interesábase por el bienestar de los ancianos acogidos en la Casa, como lo pudiera hacer la Hermanita más penetrada del espíritu de su benéfico Instituto, pudiéndosela clasificar de verdadera Hermanita de los Pobres, aunque no había hecho profesión, como las religiosas, de consagrar su vida al remedio de las necesidades de los pobres ancianitos.

Morir en un Asilo de las Hermanitas de los Pobres —dice el Padre Alegre—, es casi señal de predestinación, por la santa muerte que suelen tener los ancianitos que en ellos viven. Los muchísimos que en este Asilo han muerto, paréceme a mí que lo primero que harán al llegar al Cielo es ir a dar gracias a esta señora que les proporcionó casa donde morar los últimos años de su vida; casa que les sirvió al mismo tiempo de puerta y escalera para subir a la gloria, de la que muchos de ellos habían pasado casi toda su vida tan apartados.

LAS RELIGIOSAS DEL SERVICIO DOMÉSTICO

Durante su larga existencia, y principalmente en el último decenio de su vida, tuvo la Sierva de Dios ocasión de tratar con almas grandes y santas que luego alcanzaron el honor de los altares o se encuentran en camino. Baste recordar a San Juan Bosco, que la llamaba afectuosamente *mamá* y la mamá de los Salesianos de España; el venerable don Miguel Rúa, el Siervo de Dios don Felipe Rinaldi. También trató con aquel santo varón, fundador de las Religiosas Hospitalarias del Sagrado Corazón, el Padre Menni, cuya Causa de Beatificación se ha iniciado felizmente; con Santa M. Magdalena Sofía Barat, Fundadora de las Religiosas del Sagrado Corazón; con la reverenda Madre Vicenta López Vicuña, Fun-

dadora de las Religiosas de María Inmaculada, para el Servicio Doméstico.

¡Quién les iba a decir a todas estas almas escogidas, que se afanaban por hacer el bien a los pobres, a los enfermos y a la juventud, que un día serían compañeras en la gloria de los altares!

Es que la santidad es así: generalmente no trasciende al exterior en actos extraordinarios y llamativos, sino que es obra de la gracia en las almas que saben corresponder a ella con su intenso amor a Dios y al prójimo.

Las relaciones de la Madre Vicenta López Vicuña y doña Dorotea se iniciaron por la mediación de un celoso Padre de la Compañía de Jesús, residente en Zaragoza, en cuyo colegio se educaban los nietecitos de doña Dorotea: el Padre La Rúa, Rector de dicho Colegio, en una conversación que tuvo con la Madre Fundadora la convenció para que estableciera en Barcelona uno de sus institutos para la formación cristiana de las muchachas de servicio.

—¿Cómo vamos a hacer esa fundación —decía la Madre— si no conocemos a nadie en aquella ciudad, y necesitamos, además, medios para mantener el colegio, pues usted sabe muy bien que a las jóvenes las educamos gratuitamente?

—Hay en Barcelona —le dijo el Padre— una señora riquísima, que emplea gran parte de su fortuna en obras de caridad. Yo conozco a una de sus hijas y le escribiré inmediatamente para que dé a conocer a su madre esta obra, de tanta gloria de Dios.

Así lo hizo, y a los pocos días contestó doña Isabel diciéndole que había hablado con su madre del asunto de la fundación y que estaba dispuesta a apoyarla en la medida de sus posibilidades, pero no este año de 1887, porque ya tenía agotadas las sumas que destinaba a beneficencia; lo haría en el año próximo.

Con esta promesa, la Madre Vicuña se decidió a hacer un viaje a Barcelona, antes de regresar a Madrid, para conocer personalmente a su futura bienhechora. A principios de octubre se puso en camino, acompañada de otra religiosa y

se hospedaron en el Convento de las Reparadoras. Doña Dorotea se apresuró a visitarla, y después de asegurarle que le parecía muy necesaria esta fundación, se ofreció a ayudarla en todo, y para ello propuso la creación de una Junta de Señoras protectoras del Colegio. Con esto, y con que las Hermanas buscasen por su parte la ayuda que les fuera posible, estaba segura de que en el próximo año, se podría inaugurar el nuevo Colegio.

Al día siguiente fue a buscarla con su coche, para presentarla al señor Obispo y cuando éste la vio, acompañada de doña Dorotea, le dijo que ya tenía mucho adelantado con la protección de esta señora. Él, por su parte, no sólo aprobaba la fundación, sino que la creía absolutamente necesaria. Y no sólo una Casa, sino que estimaba necesaria una en cada extremo de la ciudad. A la vez encomendó a doña Dorotea la obra diciéndole que la protegiera con todas sus fuerzas.

Salió doña Dorotea muy contenta por la buena acogida del señor Obispo; pero insistió con la reverenda Madre en que buscarse también por otra parte y no lo esperase todo de ella.

Respondió la Madre Vicuña:

—La Comunidad no necesita nada, puesto que la Congregación la sostiene; pero el Colegio no podrá construirlo la Congregación.

Le pareció muy bien a doña Dorotea, y como era de un carácter tan emprendedor no quiso perder tiempo y fue directamente al grano:

—Antes de que se vuelva usted a Madrid, conviene tener ya buscada la casa, pues en enero deberá venir a fundar.

Así lo hizo la Madre, y por consejo de la Superiora de las Reparadoras fueron a visitar la casa que éstas habían ocupado antes de trasladarse a su actual convento de la calle de Caspe. Era un piso bastante capaz, situado en la calle Condal, que satisfizo a la Madre Vicuña. Inmediatamente se comenzaron las gestiones para alquilarlo y dejarlo en condiciones.

La Madre Vicuña volvió a Madrid, en donde la reclamaban urgentemente sus obligaciones y doña Dorotea se encargó inmediatamente de que se prepararan las mesas, bancos,

camas, capilla y ropas precisas para el Colegio. Mientras tanto escribía a la Madre Vicuña dándole cuenta de la marcha de los preparativos y prometiéndole mil duros para las primeras necesidades.

El 8 de enero de 1888 llegó a Barcelona la Madre Fundadora, acompañada de algunas religiosas y de ocho colegialas; con todo, la inauguración del nuevo colegio no se realizó hasta el 10 de febrero, víspera de Nuestra Señora de Lourdes.

Durante este tiempo, doña Dorotea acompañaba constantemente a la Madre General para hacer las compras necesarias.

Una de las religiosas dejó escrito:

Doña Dorotea se desvivía por nosotras: nos compró candelabros, flores para el altar, y mandó hacer todo lo necesario para el mismo, dejándonos a todas edificadas y admiradas de su actividad incansable. En su misma casa se ocupaba, ayudada por sus sirvientas, en hacer las sábanas para las chicas; y en una ocasión hasta subió cargada con un pesado paquete de sábanas desde la portería hasta el primer piso, donde tuvo que dejarlas, porque le faltaban las fuerzas: ¡tenía 72 años! Y llegó al segundo fatigadísima, sin poder hablar por el esfuerzo realizado. Sólo se detuvo unos momentos para recuperar el aliento, pues nos dijo que iba a llevar una nodriza a una mujer que se hallaba en la mayor miseria y no podía amamantar a su hijito.

De día en día iban aumentando las colegialas y pronto se hizo insuficiente el local. Era necesario buscar otro edificio más capaz, o bien procurarse un terreno y levantar un colegio de nueva planta. Doña Dorotea era partidaria de la segunda solución, mas como las religiosas carecían de recursos para tal empresa, les parecía temerario lanzarse a tan peligrosa aventura. Pero después de buscar inútilmente durante casi todo el año 1889 un local adecuado, resolvieron seguir el consejo de doña Dorotea.

Se encontró un solar muy a propósito en la calle de Consejo de Ciento, entre las de Bruch y Gerona. Se pidió al Banco de Barcelona un préstamo de 30.000 duros, con la garantía de doña Dorotea y de otras personas de reconocida solvencia; pero más tarde el Banco puso unas condiciones del todo inaceptables. La Madre General quería firmar la escritura de

compra el día de San José, y ya se había comprometido a entregar aquel mismo día los 30.000 duros. Pero a consecuencia de no haber sido aceptadas las mencionadas condiciones, el Banco no adelantó el dinero ofrecido. Doña Dorotea no se atrevió a comunicar a la Madre este fracaso, que echaba por tierra todos sus planes y la ponía en mala situación ante los acreedores. Por eso encargó a un Padre Jesuita que comunicase a la Madre Vicuña la delicada situación. Puede figurarse el desencanto de la santa Fundadora. Era el 12 de marzo, y sólo faltaba una semana para la firma de la escritura y la consiguiente entrega del dinero. Se trataba de una suma considerable y no sabía cómo salir del paso. Por ello fue a casa de doña Dorotea y le dijo que en vista de las nuevas circunstancias, no contaba ya con el préstamo ofrecido por el Banco, por lo que podía retirar su firma, pues ella no estaba en situación de poderse comprometer a amortizar tan elevado capital en las condiciones últimamente impuestas por el Banco.

Lo mismo pensaba doña Dorotea y así se lo manifestó; pero la animó a seguir adelante en su empeño, ya que era de la mayor gloria de Dios; y al mismo tiempo le hizo entrega de 10.000 duros con los que estaba segura se conformarían por el momento los acreedores, dejando para más adelante la cancelación definitiva de la deuda.

Esta generosidad conmovió profundamente a la Madre General, hasta tal punto que lloraba de gratitud. Animada y contagiada del entusiasmo de doña Dorotea, acudió al Banco de España, que le prestó 15.000 duros bajo la garantía de algunos valores prestados por una persona piadosa, y los 5.000 que faltaban los prestó el mismo Banco de Barcelona. Quedaban 12.000 duros que acreditaban los dueños del terreno y que habían de satisfacerse dentro de los dos años después de firmada la escritura.

Se firmó ésta el 19 de abril. Lo primero que había que hacer, era la cerca del solar. La Madre General pensaba hacerla de madera, por resultar más barata; pero la Sierva de Dios opinaba que era mejor hacerla de ladrillo, y a este fin entregó inmediatamente los 400 duros de su coste.

Cuando a finales de este mes fue la Madre General a despedirse de doña Dorotea, para volver a Madrid, en la misma escalera le dijo la Sierva de Dios:

—No se detenga mucho allá; en ocho días puede usted arreglar sus asuntos y vuelva en seguida para empezar las obras.

Pero Dios dispuso diversamente. A poco de su llegada a Madrid, la Madre Vicuña enfermó de la dolencia que la llevó al sepulcro. Con este motivo la Superiora de Barcelona fue a los funerales y a su vuelta, a mediados de agosto, doña Dorotea la llamó a su casa y le dijo:

—¿Cómo van las obras?

—Sin esperanza de empezarlas, por falta de medios.

—¿Cuánto se necesita?

—Unos treinta mil duros.

—Pues bien: diga al maestro de obras si quiere hacerlas en estas condiciones: yo daré mil duros mensuales durante el primer año, y mil quinientos durante el segundo. Pero le exijo que de esto no diga una palabra a nadie, ni siquiera a la Comunidad.

—Pero a la Madre General podré decirlo...

—A ella sí, pero a nadie más.

Al oír semejante propuesta se quedó la religiosa sin saber cómo expresar su gratitud. Pero la Sierva de Dios, que no gustaba de estas emociones, queriendo en cierto modo disminuir el efecto de su generosidad, añadió:

—Pero me tendrán que pagar el alquiler que ahora dan por la casa que ocupan, mientras yo viva. Luego, ya no.

Comenzaron inmediatamente las obras el 1.º de septiembre. Si alguna vez encontraba a alguna de las religiosas, le preguntaba por la marcha de los trabajos; pero ella nunca los quiso visitar, aunque fue varias veces invitada a ello. Ignoraba incluso el emplazamiento preciso de la Casa. No quería que nadie sospechase siquiera que era ella quien costeara aquellas obras. Sus mismas hijas, no lo supieron hasta después de su muerte.

Por fin, durante la Semana Santa de 1891, tanto insistieron las religiosas, que doña Dorotea fue el Jueves Santo, y du-

rante dos horas estuvo en oración. Al salir prometió que pasadas las Pascuas, les haría otra visita más detenida.

Pero Dios dispuso de otro modo; para entonces ya se hallaría gozando de Él en el Paraíso.

EL COLEGIO DE TERCIARIAS FRANCISCANAS DE PUEBLO NUEVO

En 1888, tres años antes de la muerte de Doña Dorotea, sus fundaciones benéficas se extendían ya por casi todas las barriadas de Barcelona y por los núcleos de población que más tarde se incorporaron a la misma. Pero en San Martín de Provensals había una barriada obrera, conocida por Pueblo Nuevo, que carecía de instituciones benéficas para la instrucción cristiana de la niñez, y doña Dorotea se propuso remediar esta deficiencia.

Las Religiosas Terciarias Franciscanas habitaban un viejo caserón y vivían con extremada penuria, carentes de lo más indispensable. Enterada doña Dorotea se entrevistó con la Superiora y le propuso que para remediar, en parte, sus necesidades y al mismo tiempo ejercer su apostolado entre la juventud femenina de aquella barriada, sería muy conveniente levantar una escuela con una capilla pública.

Aceptada la propuesta con entusiasmo y gratitud, doña Dorotea no perdió tiempo en encargar al virtuoso sacerdote don Miguel Saló, Capellán custodio del Camarín de Nuestra Señora de la Merced, la adquisición de unos terrenos a propósito en la Rambla del Triunfo, a cuyo fin le entregó la cantidad de 22.471'05 pesetas, formalizando la escritura de compra ante el notario don Adolfo Fochs, el día 11 de agosto de 1888.

Inmediatamente se dio comienzo a las obras construyendo en primer lugar la nueva residencia para las religiosas, con su correspondiente claustro, capilla y demás dependencias, para lo cual doña Dorotea iba entregando mensualmente al citado Padre Saló diversas sumas, hasta la cantidad de 25.000 pesetas, de modo que en marzo de 1890 estaba ya construida la Residencia, faltando tan sólo cubrir las obras.

Hubo entonces una pausa en los trabajos, debida tal vez a la informalidad del contratista y doña Dorotea encargó al Padre Saló buscase un arquitecto para concluir lo comenzado y empezar la construcción de las escuelas.

El Padre Saló se puso en relación con el arquitecto don Antonio Serrallach, pidiéndole el presupuesto para las obras que se habían de construir y terminar las ya comenzadas. El arquitecto justipreció las obras en 15.000 duros.

Doña Dorotea dio orden de reanudar los trabajos, comprometiéndose a satisfacer dicha cantidad en entregas mensuales de 12.500 pesetas. Al mismo tiempo firmaba un contrato con la Superiora General de las Terciarias Franciscanas mediante el siguiente documento:

Las infrascritas, doña Ramona Ros y Parellada, Superiora General de las Hermanas Terciarias Franciscanas y doña Beatriz Aguilera Rosich, Superiora de la Casa y Colegio de dichas Hermanas, establecido en San Martín de Provensals, teniendo en consideración que la excelentísima señora doña Dorotea de Chopitea y Villota, al objeto de que pueda levantarse en San Martín de Provensals un edificio destinado a Colegio de dicho Instituto, ha ofrecido a las infrascritas adelantarnos la cantidad de cincuenta mil pesetas para atender a los gastos de dicha construcción, parte de cuya suma tienen ya recibida las infrascritas y el resto lo irá satisfaciendo dicha señora a medida que sea necesario, para continuar dicha edificación, sin abono de interés de ninguna clase.

Por tanto, las infrascritas se obligan a satisfacer a dicha excelentísima señora Dorotea de Chopitea o a los suyos, la cantidad de 150 pesetas mensuales a cuenta de la indicada cantidad y hasta la completa extinción de la referida deuda, empezando a verificar el pago de las expresadas 150 pesetas mensuales desde el momento en que se halle terminado el edificio que para dicho objeto se está levantando en San Martín de Provensals, calle del Triunfo o Rambla, y paraje conocido por Poble Nou, complaciéndose las infrascritas señoras en expresar a la señora doña Dorotea de Chopitea su gratitud por su interés y generosidad en beneficio de la institución que representan.

Y para que conste lo firmamos en la ciudad de Barcelona a los 17 días del mes de julio de 1890. *Ramona Ros. Beatriz Aguilera.*

Como se puede observar, doña Dorotea, atenta siempre a disimular su caridad, exigía la simbólica devolución de su préstamo, con una cantidad irrisoria, que poco después que-

daba condonada mediante un codicilo añadido al anterior contrato y que dice así:

Las infrascritas doña Ramona Ros y Parellada y doña Beatriz Aguilera y Rosich, declaran que de común acuerdo con la Excelentísima señora doña Dorotea de Chopitea y Villota, viuda del Excelentísimo señor don José María Serra, vienen en modificar la obligación contraída en el antecedente documento privado, de satisfacer 150 pesetas mensuales a cuenta de las 50.000 pesetas que les prestó dicha señora, en el sentido de que en vez de satisfacer dichas 150 pesetas mensuales, las infrascritas se obligan y comprometen por sí y sus sucesoras en dicho cargo, a tener en uno de los Colegios de dicha institución religiosa, durante el término de 30 años a contar desde la fecha en que se halle construido el edificio destinado a Colegio de dicha Institución que se está levantando en San Martín de Provencals, calle del Triunfo, o Rambla y paraje conocido por Poble Nou, cuatro niñas designadas por la Excelentísima señora doña Dorotea de Chopitea y Villota o por sus sucesores, viniendo a cuenta de dicha Institución religiosa la enseñanza, vestido y alimentación de las indicadas niñas, tanto sanas como enfermas, sin que deba percibir dicha Institución religiosa cantidad alguna por los expresados conceptos.

Y para que conste firman el presente escrito en la ciudad de Barcelona, a 4 de diciembre de 1890.

Ramona Ros. Beatriz Aguilera.

Así hacía la caridad doña Dorotea: paliando en lo posible su generosidad bajo la forma de un préstamo y finalmente exigiendo que fueran educadas gratuitamente cierto número de niñas pobres.

La última entrega de 12.500 pesetas que completaban las 50.000, la hizo doña Dorotea el 21 de enero de 1891, pocos meses antes de su muerte; mas sabedora de que las religiosas se encontraban en dificultades económicas, les dejó en su testamento un legado de 2.000 duros, que satisficieron sus hijas religiosamente.

Éstas ignoraban en absoluto las obras que llevaba a cabo su madre, la cual todo lo hacía con el mayor secreto, siendo su único confidente y limosnero el mencionado Padre Saló.

Doña Isabel llegó a enterarse, por pura casualidad, de esta fundación; pero al observar la reserva con que procedía su humilde madre, respetó su secreto y nunca entabló conversación con ella sobre las Escuelas de Pueblo Nuevo.

Pero en cierta ocasión en que casualmente se habló de ellas, en su presencia, se limitó a decir con la mayor sencillez:

—Tengo entendido que las costea una señora caritativa.

—Si yo —dice la hija— no hubiera sabido por otro conducto que tal señora era mi madre, jamás lo hubiera sospechado, pues nada de ello dejaba traslucir en la manera con que me habló.

Hoy día, dichas Escuelas continúan en plena actividad y a pesar de la prueba del fuego a que fueron sometidas en 1909 y en 1936, albergan un contingente de 300 niñas a las que se les enseña cultura general, labores, comercio y bachillerato; además regentan un jardín de infancia y la catequesis dominical, a la que acuden otras muchas niñas de la popular barriada.

EL ASILO DE SAN RAFAEL

Fue el Siervo de Dios Fray Benito Menni el restaurador en España de la Orden Hospitalaria de San Juan de Dios, extinguida a raíz de la exclaustración de 1835.

Obedeciendo al expreso mandato de Pío IX vino a España con este objeto sin otros recursos que su extremada pobreza, su gran corazón y su eximia santidad.

Una portera de Barcelona, compadecida de su miseria, le ofreció un pedazo de pan y le autorizó para que durmiera en un rincón, debajo de la escalera.

Comenzó su apostolado cuidando a los enfermos del Hospital de la Santa Cruz, y eran tales el celo y la abnegación con que se entregaba a sus queridos enfermos, que los Hermanos que dirigían aquel centro benéfico le ofrecieron un asilo en el mismo. Bien pronto la santidad del humilde frailecito llamó la atención de algunas piadosas y caritativas señoras que con sus limosnas y prestación personal atendían a los enfermos recogidos en dicho Hospital.

Gracias a su ayuda pudo alquilar una casita en la calle Muntaner, casita que, como el grano de mostaza del Evangelio, había de convertirse bien pronto en árbol frondoso que

extendería sus ramas no sólo en España, sino también en Portugal y varios países de América.

Indecibles fueron los padecimientos de toda índole que tuvo que soportar el humilde fundador: calumnias soeces, afrentas, humillaciones, cárceles, enfermedades... pero Dios estaba con él y jamás le abandonó, pudiendo al fin ver cómo surgían las fundaciones de la restaurada Orden en Madrid, Granada, Sevilla, Málaga, Gibraltar, Carabanchel, Portugal y Méjico.

No bastando a su santo celo estas fundaciones y considerando que también las mujeres necesitaban la ayuda de su caridad, echó los cimientos de la Congregación de las Hermanas Hospitalarias de Nuestra Señora del Sagrado Corazón de Jesús, que desde Ciempozuelos —cuna de la misma— se extendió luego por toda España y otras naciones de Europa y de América.

Falleció el Siervo de Dios en Dinan (Francia), el 24 de abril de 1924, después de haber ocupado los cargos de Visitador General de la Orden y Superior General de la misma. Actualmente se halla en curso su Causa de Beatificación.

Una de las señoras que le conocieron y ayudaron en Barcelona fue doña Dorotea, que con su fina sensibilidad supo apreciar bien pronto la santidad de aquel humilde frailecito, todo amor por sus semejantes, y le ayudó eficazmente con sus constantes y cuantiosas limosnas a fundar el Asilo de San Juan de Dios, situado en Las Corts de Sarriá, que fue la primera casa de la restaurada Orden en España.

Años más tarde, y cuando doña Dorotea se hallaba empeñada en la construcción del Hospital del Sagrado Corazón, solicitó del Padre Menni algunas de sus religiosas para la dirección del mismo; pero no pudo acceder a ello, ya que dichas religiosas se dedican exclusivamente al cuidado de las mujeres, y el Hospital acogía enfermos de ambos sexos.

A pesar de esta razonable negativa, estaba doña Dorotea tan persuadida de la virtud del Padre Menni y tan deseosa de favorecer a sus religiosas que ideó la fundación de un Asilo para niñas pobres raquíticas y escrofulosas, hasta entonces sin asistencia de ninguna clase.

Afortunadamente pudo encontrar pronto el local apropiado, pues las religiosas Carmelitas Calzadas acababan de construir un nuevo convento junto al Asilo de San Juan de Dios y habían puesto en venta la torre con huerta y jardín, que hasta entonces habían ocupado en la calle Cabestany, próxima a la iglesia parroquial de Las Corts.

Doña Dorotea se apresuró a comprar dicha torre en la suma de cuatro mil duros y la ofreció al Padre Menni, mediante las condiciones estipuladas en el siguiente documento:

La infrascrita, doña Dorotea de Chopitea, viuda de Serra declara haber convenido con el Padre Benito Menni, Provincial de la Orden de San Juan de Dios, el entregar al mismo Padre la cantidad de cuatro mil duros para la compra de la casa que fue antes convento de las Carmelitas, en Las Corts de Sarriá, con destino a las Hermanas de San Juan de Dios, en la forma siguiente: *mil duros* que ya le entregó el 16 de los corrientes, según recibo firmado por el dicho Padre. *Mil duros* que le entregará para el 16 de mayo del año 1889; otros *mil duros* que le entregará para el 16 de noviembre del mismo año de 1889 y finalmente otros *mil duros* que también le entregará para el 16 de mayo de 1890. Todo con el fin de que el repetido Padre, a más de los dos mil duros que ya pagó para dicha casa el 16 de este mes y año, satisfaga también los tres pagarés que de dichas cantidades y para las fechas indicadas tiene firmados a favor de las Religiosas Carmelitas Calzadas del Convento de la Encarnación, sito en Las Corts de Sarriá.

Y para descargo del referido Padre le firmo el presente en Barcelona a 19 de noviembre de 1888. *Dorotea de Chopitea, viuda de Serra.*

El Padre Menni le agradecía su caridad en una carta que le dirigió por aquellas fechas y de la que entresacamos sólo el siguiente párrafo:

Perdone usted tanta molestia. Le aseguro que tengo siempre grabado en mi corazón el mayor agradecimiento por las muchas veces que usted me ha sacado de apuros y ayudado en nuestras obras de caridad. Dios se lo pague y la llene de bendiciones, junto con su patriarcal y numerosa familia. Su afmo. atto. s. s. y Cap., *Fr. Benito Menni.*

No contenta con pagar las 20.000 pesetas por la compra de la casa, apenas se instalaron las religiosas y comenzaron a llegar las niñas lisiadas, ciegas, escrofulosas y raquíticas, fue tal el número de solicitudes, que se hizo de todo punto

necesario e imprescindible ampliar el edificio para no dejarlas abandonadas.

Y de nuevo acudió doña Dorotea a remediar esta necesidad. Para ello mandó construir en la huerta de la casa y en comunicación con ésta, un nuevo edificio de tres pisos, destinado a clases y dormitorios, para lo cual hizo entrega de otras diez mil pesetas.

No pudo ver terminadas las obras; el Señor la llamó antes a darle el premio de su caridad. Pero en su testamento dejó dos mandas de 5.000 y de 10.000 pesetas para que continuasen las obras. Sus hijas, que habían heredado de su santa madre no sólo sus riquezas, sino sobre todo sus virtudes, se apresuraron a entregar dichas cantidades: la primera el 14 de abril, diez días después de su fallecimiento, y la segunda el 4 de junio, al cumplirse los dos meses del mismo.

Todas las plazas del Asilo son absolutamente gratuitas y por ninguna se cobra asignación de ningún género, recibiendo todas las niñas que están en condiciones de ello, la instrucción elemental.

Las niñas que no están obligadas a guardar cama, tienen distribuidas las horas del día con una combinación propia para las recreaciones, los paseos, las clases y las ocupaciones a fin de evitarles la monotonía y que todo contribuya a la recuperación física, moral e intelectual de las asiladas.

Este Asilo ha gozado siempre de la protección y simpatía de toda Barcelona, en vista del inmenso bien que hace a esas pobres niñas, víctimas de la miseria y de la enfermedad; hasta tal punto que a su vista se amansaron las fieras de la Semana Trágica, que no se atrevieron a penetrar en su recinto; pero no fue suficiente para detener a las bandas marxistas en 1936, que guiadas por el odio infernal a cuanto sabía a religión y piedad, saquearon el piadoso Asilo, destrozando la lápida de mármol que en la sala de visitas dejaba constancia de la caridad de doña Dorotea y de la gratitud de las religiosas y de las niñas protegidas por la Sierva de Dios. Las religiosas fueron expulsadas siendo sustituidas por enfermeras seculares.

Al terminar la contienda civil volvieron de nuevo y se

hicieron cargo de su Asilo y de sus amadas enfermitas.

Pero el continuo crecimiento de Barcelona por aquel sector de la ciudad, ha cercado el benéfico edificio con grupos de modernas viviendas de muchos pisos, privándole de la luz del Sol y de los puros aires campestres de que antes gozaba; por lo que recientemente, y gracias a la caridad jamás desmentida del pueblo barcelonés, se ha construido otro edificio, dotado de todos los adelantos modernos, en las estribaciones del Tibidabo, junto a la carretera de Horta, en donde los aires puros de la montaña, la higiénica distribución de las salas, y las adecuadas instalaciones prescritas por los últimos adelantos de la ciencia, contribuirán a devolver la salud a aquellas inocentes criaturas que, aunque, instaladas en el nuevo edificio, siempre considerarán a doña Dorotea como la primera y la más insigne de sus bienhechoras.

UNA ESCUELA DE HERMANOS MARISTAS EN RUBÍ

Esta hermosa villa, perteneciente al partido judicial de Tarrasa, debe su prosperidad a su agricultura y floreciente industria. Hoy día, gracias al túnel que atraviesa el Tibidabo, se encuentra en relativa proximidad a Barcelona; pero en tiempos de doña Dorotea el viaje resultaba mucho más largo y dificultoso.

El celoso cura párroco, reverendo don José Baltá, deseoso de que sus feligreses tuviesen una sólida educación cristiana, abrigaba el proyecto de fundar unas escuelas, regentadas por los Hermanos Maristas. Pero carecía de los medios necesarios para esta empresa, puesto que las cantidades recaudadas al efecto, apenas bastaban para dar comienzo a la obra. Conociendo la caridad de doña Dorotea, acudió a ella, seguro de no quedar defraudado en sus esperanzas.

Y en efecto, la Sierva de Dios no sólo contribuyó con la cantidad de 1.700 pesetas que se necesitaban, sino que además hizo donación de 35 obligaciones de la Compañía Transatlántica, cuyos intereses eran suficientes para la manutención de los religiosos que debían regentarla.

Terminadas con estas aportaciones las Escuelas, el Párroco quería que doña Dorotea asistiese a la inauguración de las mismas; pero la Sierva de Dios, siempre humilde, rehusó la invitación, con el pretexto de la grave enfermedad que por aquellas fechas aquejaba a su yerno don Isidro Pons, lo que motivó una carta del mismo Párroco concebida en los siguientes términos:

Rubí, 30 de agosto de 1889.

He recibido hoy su muy atenta de fecha de ayer, manifestando la imposibilidad de poder asistir usted a la instalación de los Hermanos Maristas en las Escuelas Parroquiales de ésta, lo que sentimos todos vivamente: primero, por la causa que lo motiva y después porque hubiésemos tenido ocasión de manifestar a usted el agradecimiento que se merece. Y usted misma se hubiera hecho cargo de la importancia de la obra, altamente caritativa.

Sin embargo, esperamos que el Señor concederá al señor Pons algún alivio en su enfermedad, como lo pido al Sacratísimo Corazón de Jesús; y al mismo tiempo permita que usted u otra persona en su representación, asista, a la función de acción de gracias por la obra, de cuyo buen éxito, siendo para gloria de Dios, no dudamos.

Doña Dorotea, siempre pronta a remediar las necesidades de la niñez, no pudo desoír la súplica de aquellos niños. Las Escuelas funcionaron durante muchos años, hasta que, habiendo fundado un indiano, hijo de la villa, un magnífico grupo escolar, ya no fue necesario mantener las mencionadas Escuelas. Ésta es una de las pocas obras fundadas por doña Dorotea que han dejado de existir, si bien el fondo destinado para su sostenimiento, se sigue empleando para otros fines benéficos.

OBRAS BENÉFICAS EN PALAFRUGELL

Es Palafrugell, un pueblo de la provincia de Gerona, de donde era natural don Mariano Serra. Su principal industria es la corcho-taponera, que proporciona a sus habitantes un honesto y remunerado trabajo, y una fama bien merecida incluso allende las fronteras.

Vivían allí muchos familiares de don Mariano Serra, de



Santa M. Magdalena Sofia de Barát. Fundadora de la Congregación del Sagrado Corazón de Jesús.



Una vista del Asilo de las Hermanitas de los Pobres, en la calle Borrell.

posición modesta, y doña Dorotea, especialmente a la muerte de su esposo, no dejó de preocuparse por ellos, ayudándoles en sus necesidades, ya con donativos, ya encargándose de sus negocios familiares o bien dándoles prudentes consejos en sus inevitables querellas y disensiones de orden económico. Numerosas cartas de la Sierva de Dios atestiguan el exquisito tacto y la amplia generosidad que derrochó entre aquellos lejanos parientes, que para ella constituían un venerado recuerdo de su querido esposo.

Pero también extendió su caridad a las asociaciones benéficas y religiosas de la localidad, que estaban seguras de ser atendidas amablemente en todas sus necesidades de orden cultural, religioso y económico.

Así, hizo donación de un paquete de acciones para, con su renta, mantener a los enfermos pobres del Hospital; ayudó generosamente a la Asociación de Hijas de María, y los pobres y necesitados encontraban en ella la generosa ayuda que confiadamente imploraban.

Sobre todo es digna de referir la ayuda prestada al Centro de Católicos que, deseando establecer unas escuelas gratuitas para los obreros de la localidad, se veían imposibilitados por falta de dinero. Al enterarse doña Dorotea de esta necesidad, envió una crecida suma, con la que pudieron llevar a cabo su acariciado proyecto.

El Vicepresidente del Círculo se apresuró a manifestarle su gratitud en los siguientes términos:

Palafrugell, 29 de marzo de 1887.

Muy distinguida señora mía y de toda mi consideración y respeto: Recibí su muy atenta del 23 del corriente en la que me daba cuenta del donativo hecho por usted al Centro Católico.

Ciertamente esperábamos todos obtener algo de su cristiana caridad, siempre dispuesta para el bien; pero nuestras esperanzas se vieron colmadas con exceso al conocer la crecida cifra de su donativo. Que el Sagrado Corazón de Jesús premie su largueza con una recompensa eterna.

Por nuestra parte ya sabemos a lo que nos obliga el generoso obsequio recibido de usted. Primeramente, rogar al Señor por la noble señora que se ha hecho acreedora a todo nuestro reconocimiento; y después de dar la más provechosa colocación a su dinero, que pen-

samos destinar al establecimiento de una Escuela gratuita para obre-
ros, empresa que teníamos proyectada y que no habíamos llevado a
cabo por falta de medios. Esta obra, ya sabe usted que es de la mayor
importancia en los tiempos desgraciados que corremos y creo que que-
dará usted satisfecha del todo al saber que con el auxilio del Sagrado
Corazón de Jesús, su dinero sembrará mucho bien entre la clase de
la humanidad que más lo necesita.

Comprenderá usted que estando tan escasos de recursos, no hemos
podido comprar la estatua del Sagrado Corazón de Jesús. Únicamente
tenemos un pequeño cuadro colocado en un sencillo dosel, por lo que
si alguna vez nos viéramos sorprendidos por el nuevo regalo que nos
anuncia, y que desde luego quedaría como monumento perenne de su
caritativa munificencia, sería un nuevo motivo de regocijo para todos
nosotros, que no podríamos olvidar jamás.

Termino, pues, dándole las más sinceras gracias en mi nombre y
en el del señor Tesorero señor Girbau y demás compañeros del Centro,
que de una manera más elocuente le demostrarán bien pronto su
agradecimiento por la limosna que hoy mismo hemos cobrado, repi-
tiéndome su afmo. en Cristo y s. s. q. b. s. m.

Tomás de A. Miquel, Vicepresidente

La manera como el Centro demostró su gratitud, fue
nombrar a doña Dorotea Socio de Honor del mismo, para lo
cual le enviaron la correspondiente cédula, fechada el 20
de abril.

Doña Dorotea, que tan entrañable devoción profesaba al
Sagrado Corazón de Jesús, no dejó pasar por alto la alusión
al deseo que manifestaba el señor Miquel de poseer una ima-
gen del Divino Corazón, para que presidiera la Escuela, y se
apresuró a enviarles una preciosa estatua que colmara sus
piadosos deseos y de nuevo el señor Miquel le escribió ma-
nifestándole su alegría y gratitud:

Palafrugell, 14 de mayo de 1887.

Muy respetable señora, digna de toda mi consideración y respeto:
Afortunadamente me favoreció su carta, muy grata para mí, de fecha
11 del corriente y hoy tengo la satisfacción de participarle que ayer
llegaron, sin fractura, las dos cajas, conteniendo la una la estatua
del Sagrado Corazón, y la otra el dosel y la peana.

Conforme me indica usted, di conocimiento al señor Presidente, y
abiertas las cajas y desenvueltos los objetos, causaron gran admira-
ción y entusiasmo a los presentes, no cesando todos de aplaudir y
exaltar la generosa dádiva de usted.

Decirle que han sido ambos objetos del gusto de cuantos los han visto, es el mayor elogio que puedo hacer de ellos. Cautiva en sumo grado la expresión de dulzura y amor que respira el Sagrado Corazón. Quiera Él conservar largos años la preciosa vida de usted y que viva y se acreciente cada vez más la llama del amor divino en su caritativo corazón.

Por mi parte no sé cómo darle las gracias por su generosa dádiva; pero si el reconocimiento perpetuo puede ser la paga que puedo darle, le aseguro que de este testimonio rebosa mi corazón.

Dios mediante, el día de la Ascensión del Señor se bendecirá la estatua y como usted desea que en el mes de junio se le obsequie debidamente, la Junta abriga el propósito de que el día del Sagrado Corazón de Jesús se celebre un oficio en la Parroquia en el altar mismo del Sagrado Corazón, rogando por las intenciones de usted.

El señor Presidente me encarga le presente sus finos recuerdos y otro día le escribirá dándole las gracias en nombre de la Sociedad.

Reciba usted mis afectuosos saludos, y mientras le ofrezco mis pobres servicios para cuanto pueda convenirle, soy su más afmo. siervo en el Sagrado Corazón de Jesús, q. b. s. m., *Tomás de A. Miquel*, Vicepresidente.

FUNDACIÓN DE UN BENEFICIO EN CALELLA

No contenta con favorecer de este modo a la villa en que naciera su padre político, doña Dorotea encontró otro modo de ayudarla, al par que acreditaba una vez más su devoción al Sagrado Corazón de Jesús.

Enterada de que en el barrio mariner de Palafrugell, conocido con el nombre de Calella, existía una pequeña iglesia en estado ruinoso y privada además del culto, debido a la escasez de sacerdotes que pudieran desplazarse allí al menos en los días festivos para mantener la fe de aquellos humildes trabajadores del mar, y enterneida por el abandono espiritual en que se encontraban aquellas almas, decidió, ante todo, reparar la iglesia y fundar después un beneficio para que un sacerdote pudiera encargarse de la instrucción religiosa y de los actos del culto; para lo cual era necesario construir también una vivienda para dicho sacerdote.

Llena de fe y de entusiasmo se entregó a la piadosa empresa.

A este fin se puso en contacto con el Cura de Palafrugell

y con el Presidente del Círculo de Católicos, don Modesto Hernández Villaescusa, solicitando una detallada descripción del estado en que se encontraba la iglesia y del costo del terreno en donde había de levantarse la casa para el capellán.

Don Modesto Hernández, en fecha de 20 de abril de 1889 le escribía:

La sacristía está casi concluida. Lo que falta es una casa para habitación del sacerdote que haya de encargarse del cuidado de aquella abandonada grey.

Doña Dorotea escribió al Párroco rogándole fuera a visitar al señor Obispo de Gerona, exponiéndole su proyecto de arreglar la iglesia, construir la casa del sacerdote y fundar un beneficio perpetuo para que aquella grey, hasta entonces abandonada, fuera debidamente atendida por un santo y celoso sacerdote.

Por su parte, don Modesto, en carta del 7 de mayo le decía:

En cuanto al beneficiado, debo en conciencia proponer a usted, rogándole encarecidamente lo haga suyo, y que con energía lo sostenga, al reverendo don Narciso Nolla *el Santo*, como le llaman por aquí. Es Vicario de la parroquia y tiene, por sus excelentes virtudes, grandísima influencia en el pueblo de Calella, a donde va, cada dos días de fiesta, a celebrar. Se necesita allí un sacerdote joven, que sepa guiar a los niños, pues de los árboles viejos bien poco fruto podrá sacarse. Podrá haber sacerdotes mejores que él, pero difícilmente se podrá encontrar uno que le supere para aquel puesto, pues es dicho señor un sabio y un santo.

Con tan favorable referencia doña Dorotea no dudó un momento en aceptar la candidatura del ejemplar sacerdote; don Modesto fue a Gerona a hablar con el señor Obispo acerca del caso y el mismo día se apresuraba a referir sus impresiones a doña Dorotea en los siguientes términos:

Gerona, 11 de mayo de 1889.

... He aquí lo que me ha dicho este bondadosísimo señor con encargo de que hoy mismo se lo transmitiese a usted. Dice que lo menos que, a su juicio, necesita el beneficiado son doce duros mensuales del beneficio, quedándole la misa libre; pero que esta cantidad es la estricta-

tamente justa, pues hay que advertir que el pueblo de Calella es muy pobre y en él no puede contar el beneficiado con ayuda económica, sino por el contrario, se verá obligado a remediar muchas necesidades en las épocas de crisis... Me ha dicho también que conviene que la casa se haga inmediatamente, para que cuanto antes vaya allá el sacerdote. Y me añadió: "Dios recompensará sin duda a doña Dorotea, con la abundancia de sus dones, la parte que tendrá en la salvación de los pobres habitantes de Calella. Sirvase significarle mi profundo agradecimiento y los votos que hago por su verdadera felicidad."

Doña Dorotea no perdió tiempo; inmediatamente envió al Párroco mil pesetas para los primeros gastos originados por la compra del terreno, cosa que realizó dicho señor el día 6 de junio.

Mientras tanto se activaba la cuestión del beneficio. Era natural que el derecho de presentación correspondiese a doña Dorotea; pero a la muerte de ésta, ¿quién debía heredar este derecho? Los parientes de Palafrugell insinuaban que sería conveniente vincularlo en la familia, pues podría haber, en el transcurso del tiempo, algún sacerdote en ella que pudiera gozar del beneficio. Por su parte, el Párroco proponía que se cediera al Cura de Palafrugell, que conocía mejor el ambiente; pero el señor Obispo de Gerona, en carta fechada el 24 de junio, escribía a doña Dorotea:

Creo que el patronato activo, o sea, el derecho de presentación de su beneficio de Calella, debe ejercerlo, después de su muerte, el Prelado de esta Diócesis, sobre todo teniendo en cuenta que andando el tiempo, podría ocurrir el caso de ascender a parroquia la feligresía de Calella y ser ésta, en consecuencia, enteramente segregada de la de Palafrugell.

Doña Dorotea se inclinó al parecer del Obispo, manifestándoselo así en una carta que le dirigió el día 25. Al mismo tiempo redactaba la correspondiente solicitud para la aprobación del beneficio:

Doña Dorotea de Chopitea, viuda de Serra, vecina de Barcelona, a Vuestra Señoría con el debido respeto expone:

Que para mayor gloria de Dios y provecho espiritual del vecindario de Calella de Palafrugell, desea fundar un beneficio eclesiástico bajo la invocación del Patriarca San José, en el altar de San Pedro, de dicho vecindario, sobre las siguientes bases:

1.º El Patronato activo de este beneficio pertenecerá a la fundadora durante el tiempo de su vida. Después de su muerte corresponderá al excelentísimo e ilustrísimo señor Obispo de Gerona.

2.º El beneficiado estará obligado a rezar todos los días en la referida iglesia la tercera parte del Santo Rosario, a una hora determinada para que el pueblo pueda asistir a dicha práctica religiosa.

3.º Todos los días festivos de precepto deberá el beneficiado enseñar el catecismo en la misma iglesia y tendrá además en ella todas las obligaciones que un coadjutor tiene en la iglesia a que está destinado, mientras el Ordinario Diocesano lo estime conveniente. Esta obligación del coadjutor cesará el día en que el expresado vecindario forme parroquia independiente.

4.º Los días festivos de precepto deberá el beneficiado celebrar la Santa Misa a las diez de la mañana para que los pescadores puedan asistir a ella.

5.º En caso de vacante, la cantidad devengada se destinará a satisfacer el importe de la carga de dicho beneficio, y lo que sobrare deberá invertirse a tenor de lo dispuesto en el párrafo 1.º, artículo 41, de la instrucción del Convenio-Ley sobre capellanías.

6.º Si las limosnas de los fieles no bastaren para satisfacer los gastos de la Reserva, deberá suplirlos el beneficiado con su propia asignación.

7.º La renta de este beneficio consistirá en 900 pesetas anuales, procedentes de Títulos de la Deuda Interior de España, del 4 % que sean necesarios al efecto.

Por tanto, a Vuestra Excelencia atentamente suplica se digne aprobar las anteriores bases si son de su beneplácito y en su virtud declarar constituido el mencionado beneficio disponiendo que se admitan en la Caja de la Diócesis los valores que deberán constituir la dotación.

Gracia que de Vuestra Excelencia se promete la recurrente.

Barcelona, 5 julio 1889, *Dorotea de Chopitea, viuda de Serra*.

M. I. señor Provisor y Vicario General de la Diócesis de Gerona.

En este documento resalta sobre todo, el fin sobrenatural que se proponía siempre en sus obras de caridad: la salvación de las almas y la gloria de Dios. Le apena ver abandonada a sí misma aquella población de sencillos marineros, faltos de la más elemental instrucción religiosa, y se propone remediarla mediante la entrega de 22.500 pesetas, en títulos de la Deuda, que habrán de constituir el capital, cuya renta mantendrá decorosamente al Capellán.

Y no se contenta con esto; paga también de su bolsillo la restauración de la iglesia y del altar, y además compra el terreno y edifica la casa del capellán. Todo esto supone

continuos y costosos desembolsos, en un tiempo en que traía entre manos las obras de los Salesianos en Sarriá y Rocafort; de los Hermanos de las Escuelas Cristianas en la Barceloneta y en Gracia, el Albergue de San Antonio, las Escuelas de las Franciscanas de Pueblo Nuevo, las obras para el Servicio Doméstico, las Hermanitas de los Pobres, las Carmelitas de Zaragoza... y otras varias que sería prolijo enumerar.

No parecía sino que a medida que se aproximaba el fin de su vida sentía doña Dorotea la necesidad de intensificar sus obras de caridad hasta quedar literalmente pobre.

El reverendo Nolla fue a Barcelona, acompañado de Francisco Avellí, pariente de doña Dorotea, a tratar directamente con ella acerca de las obras en proyecto, y el 2 de septiembre, de vuelta a Calella, se dio comienzo a la obra de la sacristía, del altar de San Pedro y de la casa, a cuyo fin recibió de la Sierva de Dios 2.500 pesetas.

A finales de septiembre el citado reverendo Nolla tomó posesión de su beneficio, acompañado de su anciana madre.

El vecindario le recibió con alegría y él manifestaba a doña Dorotea sus primeras impresiones en carta fechada el 19 de noviembre en que le decía:

Estoy contento de las personas de este vecindario, pues hay relativamente bastante asistencia al santo rosario y al catecismo. Eso sí: son mujeres y niños, pues los hombres no comparecen, excepto tres o cuatro que asisten a la Santa Misa los días de precepto. Hay que rogar por ellos. El maestro y su madre me ayudan mucho a moralizar a los niños. Lástima que no sean mejor retribuidos, pues como sólo pueden contar con la mensualidad, y son cinco de familia, apenas pueden vivir.

En efecto, la mensualidad del maestro y de su madre, apenas llegaba a 90 pesetas mensuales, para alimentar y vestir a cinco personas.

Doña Dorotea le contestó al respecto:

Mucho siento que el maestro no sea mejor retribuido en esa población; tal vez una escuela nocturna para jóvenes y hombres, mediante una pequeña retribución, podría servirle de ayuda, consiguiendo a la vez ir instruyendo y moralizando a esas pobres gentes; y hasta en los domingos podrían estar reunidos en la escuela, donde podría propor-

cionarles alguna distracción o juego que les sirviera de entretenimiento e instrucción.

Tampoco el nuevo capellán andaba muy boyante con su asignación de 15 duros mensuales, pues las limosnas de la misa —a seis reales— no las podía encontrar en un pueblecito tan reducido y pobre como Calella, y fue preciso que doña Dorotea le enviase intenciones a dos pesetas para que de esta manera pudiese vivir con cierto decoro.

Quería el Párroco de Palafrugell que el beneficiado cargara con los gastos del culto, a lo que se opuso doña Dorotea diciéndole al Padre Nolla:

Desde el momento que usted no es el párroco, sino dependiente del de Palafrugell, cobrando éste los entierros, bautizos y demás, debe correr por cuenta de él todo lo perteneciente al culto. Puede usted decirselo así al señor párroco en mi nombre: que no fue mi intención cargar al beneficiado con estas obligaciones que no le corresponden.

Y no dejó doña Dorotea de preocuparse ya de esta obra; la seguía con interés ayudando con sus consejos, iniciativas y donativos al reverendo Nolla en su labor de apostolado. He aquí una muestra de su celo: quería estar bien enterada de la situación social y económica del vecindario y el reverendo Nolla se la exponía en la siguiente forma: familias o casas de este pueblo, 100; número de personas, 480; niños que van a la escuela, 30; niñas ídem, 25; cantidad mensual que percibe el maestro, 60 pesetas; ídem la maestra, 32 ptas.

A la vista de estos datos, doña Dorotea quiso hablar con el maestro, el cual se apresuró a hacerle una visita. Consecuencia de la misma, es la carta que sigue, dirigida al reverendo Padre Nolla:

Barcelona, 29 de marzo de 1890.

... El maestro de escuela a que usted hace referencia se me presentó, efectivamente, pero con el solo objeto de hacerme una visita, y no me dijo que viniera con recomendación ni recado alguno de parte de usted; mas comprendiendo yo que pudiera necesitar algún socorro, le hice espontáneamente un pequeño donativo.

Celebro saber que empieza a dar fruto la presencia de usted entre esas nobres gentes, hasta hoy abandonadas, como me lo indica el

número de los que se preparan para hacer la primera Comunión. También me gusta su propósito de hacer el mes de María, devoción de la cual nos podemos prometer un buen resultado.

Poco después volvía a escribirle:

Barcelona, 28 de abril de 1890.

Tengo a la vista su apreciada, por la que veo con mucho gusto que han celebrado con toda solemnidad la Semana Santa y que la urna para el Monumento, les ha gustado: todo sea para gloria de Dios. En cuanto a lo de esa joven que desea entrar monja, podrá usted decirle que cuando profese le entregaré 60 pesetas y podrá guardar esta carta para resguardo.

Su ferviente devoción al Sagrado Corazón de Jesús se demuestra en el deseo de que sea honrado en la iglesia restaurada, con motivo del mes de junio.

Barcelona, 18 de mayo de 1890.

... Hace días pensaba decir a usted que en la iglesia se podría hacer el mes del Sagrado Corazón de Jesús, con exposición del Señor. Se lo dije a Francisca, que estuvo aquí la semana pasada, y pareció que no se interesaba en que se hiciera, viendo en todo dificultades. Pero hoy he visto al señor Obispo de esa Diócesis y se lo he pedido. Ha estado muy contento con esa idea, y dice que atraerá las bendiciones del Cielo sobre ese pueblo. Que haga usted la petición en forma y que en seguida se despachará. En cuanto a la cera que haga falta, me lo dirá usted al fin del mes y yo la satisfaré.

Barcelona, 15 de junio de 1890.

... Veo con mucho consuelo que se hace el mes del Sagrado Corazón, con manifiesto de S. D. M. Ahora falta que esa devoción se propague por todo el pueblo y para lograrlo podría fundar usted una congregación con dos o tres celadoras que fueran las que atrajeran a las otras para alistarse, teniendo su comunión mensual, que podría ser el primer domingo, puesto que ese día está dedicado al Sagrado Corazón. Estas congregantes podrían pagar 10 céntimos mensuales, los que reunidos, ayudarían a costear los gastos de la función. Aunque sean pocas, importa mucho hacerlo, pues irá creciendo esta devoción que debe dar tantas almas a Dios. Calella me parece que con el tiempo será rival de Palafrugell por su cercanía al mar, que favorece tanto el comercio. Por correo le mando a usted algunas estampas del Sagrado Corazón a fin de que usted haga el favor de repartirlas a los devotos más constantes en las funciones.

Al concluir el mes no dudo habrá Comunión general, y para entonces me hará usted el favor de mandarme la cuenta de la cera.

Estos fragmentos de cartas no necesitan comentarios: nos dan a conocer con evidencia el celo que inflamaba el corazón de la Sierva de Dios por el decoro de las funciones sagradas, su entusiasmo por propagar la devoción a María Santísima y al Sagrado Corazón de Jesús, que tan arraigadas tenía en su alma, y cómo miraba como cosa propia el bien espiritual de aquel pueblecito del que se había erigido constante bienhechora.

DOÑA DOROTEA Y LOS HERMANOS DE LAS ESCUELAS CRISTIANAS

Inflamada en santo celo por la gloria de Dios, no podía doña Dorotea contemplar indiferente que el demonio se adueñara de las almas redimidas por la sangre de Cristo. Donde veía el mal, se apresuraba a combatirlo con todas sus fuerzas, puesta su confianza en Dios.

Al fundar el Hospital del Sagrado Corazón de Jesús en Las Corts, se enteró, con profundo pesar, que frente al mismo, a la otra parte de la carretera de Sarriá, se alzaban unas viviendas, antro de vicio y corrupción, habitadas por mujeres de vida airada que con su liviandad y desenvoltura constituían un insulto para las abnegadas Hermanas de la Caridad que dirigían el Hospital, y un constante peligro para los convalecientes y los que ya salían curados de la santa casa.

Doña Dorotea desplegó toda su actividad e influencia para evitar aquel peligro; pero en vano. Se dirigió al mismo Gobernador Civil de Barcelona, y aunque conseguía por unos días alejar a aquellas desgraciadas, otras volvían a ocupar su puesto.

Otra persona de menos tesón y constancia se hubiera dado por vencida; mas no doña Dorotea, que cuando se trataba de evitar el escándalo, no daba tregua a su actividad. Pensó entonces en comprar aquellas casas a cualquier precio, pero fueron tales las dificultades que a ello se oponían que por

un momento creyó que habría que dejar aquel inmundito reducido al enemigo.

Entró entonces en sí misma y vio que Dios no esperaba sino que reconociera su impotencia para acudir en demanda de su ayuda omnipotente; en efecto, siguiendo su costumbre de encomendar al Sagrado Corazón de Jesús los problemas que ella no podía resolver, determinó enterrar en aquel lugar unas medallas del Sagrado Corazón, segura de salir victoriosa en su intento. A este fin envió a un hombre de confianza para que durante la noche, sin ser observado, escalase la tapia que rodeaba las casas y el jardincillo contiguo, y enterrase en éste unas medallas del Sagrado Corazón. Así lo hizo el buen hombre, y desde aquel momento empezaron a desvanecerse las dificultades para la venta de dichas casas. Se apresuró, pues, a comprarlas, las modificó y arregló adecuadamente y las ofreció en seguida a los celosos Hijos de San Juan Bautista de la Salle a fin de que fundaran unas Escuelas de primera enseñanza para la educación cristiana de la niñez de aquel barrio entonces muy abandonado.

A este fin se dirigió al Hermano Isidoro, Superior del Colegio de San José, que en la calle de Moncada tenían establecido los Hermanos, iniciando los tratos para que se hicieran cargo de esta fundación, que fue aceptada con el espíritu de abnegación y apostolado que caracteriza a este Instituto. Poseemos el documento que hace referencia a esta donación de doña Dorotea y creemos oportuno transcribirlo:

Como Superior de la Casa instalada en la calle de Moncada, número 19, donde tienen abierto un Colegio los Hermanos de la Doctrina Cristiana, y con poder suficiente del Hermano Visitador, reconozco y declaro haber recibido de la señora doña Dorotea de Chopitea y Villota, viuda del señor don José María Serra, por cuenta de la Congregación de los Hermanos de la Doctrina Cristiana, cuyo Superior General reside en París, la cantidad de *cincuenta mil pesetas*, en dos partidas, para establecer en la carretera de Sarriá, término de Las Corts, enfrente del Hospital de Nuestra Señora del Sagrado Corazón, una escuela gratuita de niños: de cuya cantidad se han invertido 25.000 pesetas en la adquisición de dos casas contiguas, sitas en dicha carretera de Sarriá, con escritura autorizada por el notario de esta ciudad, don Miguel Martí Sagristá, con fecha del 22 de abril próximo pasado. Dichas

50.000 pesetas fueron entregadas por la referida doña Dorotea de Chopitea, con la previa obligación, por parte de los Hermanos de la Doctrina Cristiana, de que siempre que por fuerza mayor o por cualquier accidente político o imprevisto se viere la Congregación forzada a cerrar o suspender dicha Escuela, tenga que volver a abrirla, tan pronto como cesen las circunstancias que hubiesen motivado u ocasionado el cierre.

Y por ser ésta la verdad, y para que sirva de resguardo a dicha señora doña Dorotea de Chopitea y a los suyos, en nombre y por cuenta de los Hermanos de las Escuelas Cristianas, firmo el presente en 1.º de julio de 1887, en la ciudad de Barcelona, lugar de mi residencia. *Hermano Isidoro.*

Las Escuelas se abrieron el 1.º de junio de 1887 y allí, donde antes imperaba el vicio y la corrupción, floreció una Escuela lasaliana, lirio y espiga, donde triunfó la fe de doña Dorotea y dio sus copiosos frutos el sacrificio de los Hermanos, a quienes cedió asimismo el uso de la iglesia del Hospital.

Poco después quiso doña Dorotea ampliar las Escuelas y a este fin habló con el Hermano Visitador Justino María, quien, habiendo informado a sus Superiores de París acerca de los deseos de la generosa fundadora, recibió una respuesta dilatoria, de la que da cuenta a doña Dorotea en carta fechada en Madrid, el 24 de diciembre de 1887:

Muy señora mía y de toda mi veneración: Supongo que el Hermano Director de su Escuela de Las Corts le habrá dicho que tuve que regresar a Madrid precipitadamente, llamado por telégrafo. Lo senti vivamente, pues me marchaba sin despedirme, y más, sin comunicarle a usted la resolución concerniente al proyecto de que habíamos hablado.

Sin embargo ha de pensar que así lo quiso la Divina Providencia, pues de esta suerte me quedaba más tiempo para consultar a los Superiores. Acabo de recibir la respuesta. Les parece prematuro extender la obra durante el primer año y creen que cuando se conozca mejor la gente y el ambiente, se podrá pensar en ensanchar la obra planteada por su caridad y su piedad.

Yo estaba, y me encuentro todavía, en la disposición de querer y obrar lo que fuera del agrado de Su Divina Majestad y he pedido mucho a Dios para ello. De suerte que me es alivio y luz y fuerza, el recibir una decisión, y me figuro que así lo mirará la piadosa señora a quien tengo el honor de escribir.

Muy gustoso aprovecha la ocasión para felicitarle las Pascuas y renovarse de usted atento y s. s., *Hermano Justino María, Visitador.*

Doña Dorotea siguió protegiendo esta fundación, preocupándose del abastecimiento de agua potable, y de todos los gastos necesarios para la buena marcha de las Escuelas, de lo que da fe el Hermano Isidoro en un certificado de su puño y letra fechado el 7 de abril de 1890.

El infrascrito, Hermano Isidoro, de las Escuelas Cristianas, Director del Colegio de Nuestra Señora de la Bonanova, certifica:

1.º Que la excelentísima señora doña Dorotea de Chopitea, viuda de Serra, dio por la compra y escrituras de la Casa-Escuela a cargo de dichos Hermanos, situada en la carretera de Sarriá, 4, la cantidad de pesetas 26.383.

2.º Dio, además, para reparaciones hechas en dicha casa, el importe de pesetas 9.143,22.

3.º El que más abajo firma recibió también de dicha señora la suma de pesetas 25.000 para la manutención de los Hermanos, las cuales fueron entregadas por el mismo al reverendo Hermano Superior General, con residencia en París.

4.º Para aguas de Dos-Rius, 2.125 pesetas, los cuales gastos en conjunto ascienden a pesetas 62.651,42.

Y lo firma, para que conste, en Barcelona, a 7 de abril de 1890.
Hermano Isidoro.

Destruído el edificio durante la Semana Trágica de 1909, fue reconstruido poco después, continuando su apostolado educativo. Más tarde, en 1936, durante el dominio rojo, los religiosos fueron detenidos por las milicias y arrojados a la sentina del barco-prisión "Uruguay", donde sufrieron penoso cautiverio. Pasada la guerra de Liberación, y variadas las circunstancias, la Escuela ha cambiado de local, trasladándose a otro que reúne mejores condiciones, en donde la obra lasaliana triunfa en la abnegación y en el silencio, continuando la labor iniciada por la caridad de la Sierva de Dios.

Doña Dorotea supo apreciar en todo su valor el espíritu apostólico de los Hijos de San Juan Bautista de la Salle, su amor a la niñez, su entrega total al trabajo, su vida ejemplar. Y decidió valerse de ellos para sus futuros planes en favor de la infancia pobre y abandonada, carente de escuelas y de la necesaria instrucción intelectual y religiosa.

EL COLEGIO DE LA BARCELONETA

Las Salas de Asilo resolvían un problema apremiante al encargarse de los niños pequeños, mientras sus padres, dedicados al trabajo, se veían forzados a dejarlos abandonados a sí mismos. Las niñas podían continuar en ellas hasta ser mayorcitas; pero los niños, al llegar a los siete años tenían que marchar, pues las Religiosas, por imperativo de sus Reglas no podían atenderlos pasada esa edad.

Por eso pensó la caritativa Sierva de Dios en fundar, cerca de dichas Salas, otras Escuelas para los niños de más de siete años a fin de sustraerlos a los peligros de la calle y proporcionarles, al propio tiempo, instrucción religiosa y enseñanza primaria.

Pero en el caso de la fundación del Colegio de la Barceloneta había otro motivo de más trascendencia. Aquella populosa barriada, habitada por pescadores y obreros portuarios, se hallaba carente de toda atención cultural y los protestantes, viendo el campo libre para sus actividades proselitistas, abrieron en 1889 unas escuelas gratuitas, que, si aparentemente tendían a llenar aquel vacío, en el fondo se proponían infiltrar entre las ignorantes gentes de aquel barrio el virus de sus doctrinas heréticas.

Cuando doña Dorotea tuvo conocimiento de ello, se apenó en extremo y se propuso desbancar al enemigo. Para ello ideó fundar un colegio católico frente por frente al protestante.

Se dirigió a los albaceas del Marqués de la Quadra y les pidió una parcela del terreno que dicho potentado había dejado en su testamento para obras pías, a lo que accedieron gustosos. Inmediatamente puso manos a la obra, y tomó por ella tanto interés que, a pesar de sus achaques y de su avanzada edad, iba con mucha frecuencia a examinar la marcha de los trabajos y animar con su presencia y donativos a los obreros. Gracias a esta actividad, se pudieron terminar las escuelas en septiembre de 1890, y para su sostenimiento dejó un capital cuyas rentas debían mantener a los tres Hermanos que en ellas trabajaban.

A los pocos meses de inaugurarse el nuevo Colegio, quedaron desiertas las escuelas protestantes, que tuvieron que cerrarse por falta de alumnos. Doña Dorotea no cabía en sí de gozo.

Durante la dominación roja las Escuelas fueron incendiadas, quedando arrasadas hasta los cimientos; pero en la actualidad han surgido de sus ruinas más prósperas y florecientes que nunca.

OTRAS ESCUELAS EN SANTA MADRONA

Hemos historiado la fundación de la Sala de Asilo de la calle de Aldana. También aquí los niños que de ella salían al cumplir los siete años se veían en la calle expuestos a todos los peligros de alma y cuerpo.

Deseando poner remedio a este mal, doña Dorotea sugirió a las Señoras de la Junta, que presidía doña Dominga Juera de Vilar —pero cuya alma era ella, de quien todas dependían y cuyos consejos acataban— la idea de crear una Escuela para los niños en la parroquia de Santa Madrona, recientemente erigida, y confiar su dirección a los Hermanos de las Escuelas Cristianas, como ya había hecho en la Barceloneta y en Las Corts.

Pero la Junta carecía de recursos para ello. Doña Dominga, gran amiga de la Sierva de Dios, y para quien las insinuaciones de doña Dorotea eran verdaderas órdenes, no deseaba sino complacerla; pero faltaban los medios.

—Pero ¿y el dinero? —le decía.

—¿Qué dinero? —respondía—. Confíemos en Dios, y no nos faltará su Providencia.

Más tarde comentaba la Presidenta:

—Al oír estas palabras de nuestra santa Fundadora —así solía llamarla— y el tono de seguridad con que las profería, no me fue posible hacer resistencia y dejar de poner manos a la obra.

Aceptó, pues, la Junta el proyecto de doña Dorotea. Compráronse los solares, levantóse el edificio en la calle de Blay,

n.º 34, y con la cooperación constante y generosa de doña Dorotea, pudieron inaugurarse las Escuelas el 15 de mayo de 1889, con la asistencia del señor Obispo doctor Jaime Catalá y Albosa, que bendijo solemnemente la recién construida Escuela, la cual, en menos de dos semanas se vio concurrida por 150 niños, mayores de siete años y procedentes en su mayoría de la Sala de Asilo de la calle de Aldana.

Cuatro Hermanos de las Escuelas Cristianas se encargaban de la instrucción y educación de los niños.

En 1909 también fue destruida por la furia de los sacrilegos iconoclastas de la Semana Sangrienta, quedando sólo en pie las cuatro paredes maestras. Posteriormente fue reedificada gracias a la caridad de un grupo de barceloneses y pronto volvió a funcionar el antiguo Colegio, con una clase más.

Lástima grande que, por dificultades económicas, hubiera de cerrarse veinte años más tarde.

LAS ESCUELAS DE GRACIA

El prodigioso crecimiento de Barcelona acabó por absorber todos los pueblos de sus alrededores, que habían ido creciendo amparados por la montaña del Tibidabo. Este auge extraordinario comenzó ya en tiempos de doña Dorotea, y especialmente en la última década de su vida, que vio la maravillosa Exposición Internacional, cuya alma fue el gran Alcalde Rius y Taulet.

Doña Dorotea, preocupada siempre por la educación de la niñez obrera, quería proporcionarle una sólida educación cristiana y para ello había resuelto crear cada año un Colegio o Escuela y confiarlo a los Hijos de San Juan Bautista de la Salle.

El Colegio de Gracia es el cuarto de esta serie. Pocos días antes de morir, la Sierva de Dios cerró el contrato de compra de unos terrenos, junto a la parroquia de San Juan, en la calle de la Iglesia, n.º 4.

El principal motivo de haber elegido la villa de Gracia



Fachada del Colegio de Religiosas del Servicio Doméstico.



La Beata M. Vicenta Vicuña, Fundadora de las Religiosas del Servicio Doméstico.

para esta última fundación era el mismo que le movió a fundar en la Barceloneta, o sea, que cerca del emplazamiento concertado se había abierto poco antes, una escuela protestante.

La escritura de compra se firmó el 27 de junio de 1891, con el dinero ofrecido por doña Dorotea y religiosamente entregado por sus hijas, según consta en el siguiente documento:

He recibido de los Sucesores de Doña Dorotea de Chopitea, viuda de Serra, la cantidad de ochenta mil pesetas, en cumplimiento de los deseos de dicha señora para la fundación de una Escuela gratuita a cargo de los Hermanos de las Escuelas Cristianas, en la villa de Gracia. Barcelona, 16 de junio de 1891. *Hermano Lange*, Visitador de los Hermanos de las Escuelas Cristianas.

El día de San José, de quien tan devota era la Sierva de Dios, cuando aún no se había cumplido el año de su santa muerte, se celebró la solemne inauguración de estas Escuelas. Desde los primeros días fueron muy numerosos los alumnos que acudieron a ellas; de tal modo que la de los protestantes corrió la misma suerte que la similar de la Barceloneta, y se fundió sin ruido ni protesta de nadie.

Escribe el Padre Alegre: "Un Padre del Colegio del Sagrado Corazón, que de pequeño se educó en estas Escuelas de Gracia, me decía no ha mucho que él cree que la mayor parte del bien que en estos últimos años se ha hecho en la antigua villa, se debe al Colegio fundado por doña Dorotea y tan admirablemente dirigido por los Hermanos de las Escuelas Cristianas."

En efecto, a este Colegio se asoció en 1902 el Centro Moral de Gracia; y algunos Hermanos se destacaban todos los días, mañana y tarde, de la Comunidad del Colegio de San Juan, para dirigir las clases diurnas de aquel floreciente Centro.

Las Escuelas al principio funcionaron con tres grados; más tarde se añadió otro; pero ante la continua afluencia de alumnos, se organizaron cuatro aulas más, de modo que en 1928 eran ya ocho las clases que acogían a la siempre crecien-

te masa estudiantil de aquel barrio gracioso, tranquilo y discreto.

Durante la Semana Trágica, gracias a la hábil maniobra de un antiguo alumno, se salvaron del saqueo y del incendio; pero no pudieron sustraerse a la furia de las hordas marxistas que en 1936 destruyeron e incendiaron todo el edificio, sin dejar más que las paredes maestras.

Después de la liberación, ante la insistencia de los antiguos alumnos y de los padres de familia, se alquilaron nuevos locales en la calle de San Salvador, n.º 44; y con la ayuda de la Divina Providencia las Escuelas han recuperado su antiguo esplendor en todas sus actividades.

En 1944 se procedió a la compra de toda la hermosa finca; pero, aunque en otro lugar y bajo otros techos, la obra benéfica de la Fundadora perdura para el bien de la niñez y de la juventud de la ex villa de Gracia.

DONÑA DOROTEA Y LA COMPAÑÍA DE JESÚS

Liquidada la Revolución de 1868 con la Restauración monárquica de 1874, los Padres de la Compañía de Jesús comenzaron a abrir sus colegios en varias ciudades de España, como los de Valencia y Zaragoza, establecidos en casas particulares, y el de Orihuela, en el mismo edificio que actualmente ocupa el Colegio de Santo Domingo.

Entre las numerosas familias que en Cataluña deseaban vivamente que se devolviese a la Compañía su antiguo Colegio de Manresa, se contaban los esposos Serra, que tanto trabajaron por conseguirlo.

Quando los revolucionarios de Manresa expulsaron del Colegio de San Ignacio a los Jesuitas, esparcieron la calumnia de que éstos dejaron de satisfacer sus deudas a muchas familias, que por este motivo quedaron sumidas en la miseria. No queriendo los Padres volver a aquella ciudad mientras flotase en el ambiente la menor sospecha acerca de su acrisolada honradez, y siendo necesario para ello un Ayuntamiento imparcial, en las primeras elecciones que hubo después

de la Restauración, se trasladó allí don José María Serra, que puso en juego todas sus influencias para que fueran elegidas personas dignas de representar a tan esclarecida ciudad.

Ventilóse en el nuevo Consistorio la cuestión. La Compañía presentó los documentos que justificaban su conducta, con lo que fue reconocida públicamente su inocencia, y deshecha la grosera calumnia; es más, en vez de ser ella la deudora resultaba deudor el mismo Ayuntamiento, no sólo para con aquellas familias, sino incluso para con la misma Compañía, con quien no había cumplido sus compromisos.

El nuevo Ayuntamiento quería cumplirlos, a fin de que los Padres pudieran volver cuanto antes a encargarse del Colegio de San Ignacio; pero encontrándose vacías las arcas municipales, don José María Serra se ofreció a adelantarle el dinero necesario. Vencidas de este modo las dificultades, los Padres de la Compañía volvieron a encargarse de la dirección del Colegio y abrieron el curso en septiembre de 1877.

Entre los primeros alumnos internos de aquel año figuraban algunos nietos de don José María y de doña Dorotea, la cual, con sus constantes exhortaciones había movido a su esposo a intervenir en asunto de tanta gloria de Dios.

De estos hechos deriva la sincera devoción que unió a los esposos Serra con la Compañía de Jesús.

Cuando don José María, próximo a la muerte quiso arreglar los asuntos de su conciencia, fue un ilustre jesuita, el Padré Cabré, quien por espacio de varios meses le ayudó a desenmarañar sus complicados asuntos financieros para que pudiera tranquilizar su conciencia.

Doña Dorotea quedó eternamente agradecida a este favor, que procuró a su querido esposo una muerte tranquila y feliz. Y cuando los Padres de la Compañía le expresaban su profunda gratitud por las grandísimas limosnas y la constante ayuda que de ella recibían, ella les respondía:

Veo por su carta lo mucho que agradecen ustedes mi pobre ayuda a la Compañía. Verdaderamente creo que esto es al revés de la realidad. Después de haber recibido muchas atenciones de esa Congregación, puso el colmo a todas ellas el grande favor de haber destinado por más de dos meses al reverendo Padre Cabré cerca de mi pobre

marido enfermo. Este buen Padre no lo dejó hasta después de su muerte, lo que no olvidaré jamás, pues debido a esto, sus últimos momentos fueron preciosos delante del Señor. Así es que esta deuda no es de extrañar trate de pagarla...

EL COLEGIO DE LA CALLE DE CASPE

Las relaciones de doña Dorotea con la Compañía de Jesús se hicieron más frecuentes con motivo de la fundación del Colegio de la calle Caspe, próximo a la casa de doña Dorotea, en cuya iglesia solía hacer sus prácticas de piedad, y al que favoreció siempre con generosas limosnas y donativos.

En esta fundación tomó parte principalísima.

Bajando un día del año 1873 acompañada de algunas niecitas por la calle de Claris, al llegar a su cruce con la de Caspe —entonces solares incultos—, sacó del bolsillo una medalla del Sagrado Corazón de Jesús, y entregándola a una de las niñas, le dijo:

—Toma esta medalla y ve a enterrarla en aquel sitio.

Y le señalaba el lugar en que más tarde había de edificarse la iglesia del Sagrado Corazón. Y continuó:

—Roguemos a la Virgen Santísima que haga que ahí se construya un templo en honor del Sagrado Corazón de Jesús.

Obedeció la niña y enterró la medalla. Siguieron su camino y pronto se olvidó doña Dorotea de aquel acto, al que la movió un impulso secreto e inexplicable. Pero los sucesos posteriores demostraron que no lo había realizado sin inspiración del Cielo.

En efecto, seis años más tarde, en 1879 pudo adquirirse aquel solar en el que se construyó la iglesia del Sagrado Corazón y la casa que hoy ocupa la Compañía, no sin haber tenido que vencer dificultades que parecían insuperables.

Aquellos terrenos pertenecían a cuatro dueños diferentes. Uno de los propietarios poseía el fondo y una parcela insignificante de la fachada; mientras que los otros tres poseían el resto de la misma. Uno de ellos era el Ayuntamiento, dueño de la Riera de Malla, que era preciso desviar para que pudiera edificarse en aquellos terrenos. Diez años hacía que anda-

ban en tratativas los propietarios para adquirir el fondo los que tenían la fachada, y la fachada el que sólo tenía el fondo, con objeto de parcelar debidamente aquellos solares y hacerlos aptos para la edificación. En todo este tiempo fue imposible llegar a un acuerdo.

Pero apenas los Padres de la Compañía se presentaron como compradores para dar a aquellos terrenos el destino que hoy tienen, desaparecieron como por encanto todas las dificultades, vendiendo los propietarios sus respectivas parcelas.

Dueños los Padres del terreno, de un modo tan providencial, pensaron en levantar un templo al Sagrado Corazón.

Doña Dorotea tuvo noticia de ello casualmente. El Padre encargado de las obras la conocía mucho y un día, poco después de la adquisición del solar, se encontró con ella y le dijo:

—Voy a darle, señora, una noticia que estoy seguro será de su agrado. Ha de saber usted que muy cerca de su casa, en la manzana contigua a la suya, va a edificarse muy pronto una iglesia dedicada al Sagrado Corazón de Jesús.

Doña Dorotea le escuchaba absorta y llena de júbilo, pero al mismo tiempo con expresión de una gran maravilla.

Preguntándole su interlocutor la causa, respondió:

—Mientras usted me hablaba me ha venido a la memoria un suceso que yo tenía olvidado y al que no di importancia; mas ahora comprendo que fue inspiración de Dios lo que hice.

Y le refirió lo sucedido seis años atrás; de lo cual quedó el Padre no menos sorprendido que ella y ambos vieron una particular providencia del Cielo en que se hubiera escogido precisamente aquel punto del ensanche para edificar la iglesia.

El mismo día en que tuvo lugar esta conversación, la refirió dicho Padre a otros de la Comunidad, entre los cuales se hallaba el Padre Jaime Nonell, primer biógrafo de la Sierva de Dios, quien refiere tan por menudo el singular suceso.

Edificada la iglesia, doña Dorotea la eligió como el lugar preferido por su devoción. Allí oía misa y comulgaba diariamente y solía hacer sus frecuentes visitas a Jesús Sacramentado. Allí se confesaba semanalmente con el Padre Carles, su director espiritual, desde que en 1882 falleció el reverendo Naudó, que lo fue desde los años de su infancia.

El cariño de doña Dorotea por esta iglesia era tal, que contribuyó a su construcción con grandes cantidades (se conservan varios recibos del Padre Guberna por donativos de diez mil pesetas) y además costeó los altares de la Inmaculada y del Santo Cristo, regalando, como corona de su caridad y devoción, una magnífica Custodia.

Se interesó grandemente a fin de que en el Colegio anejo a la Residencia se instalara también un externado para los niños pobres, al que ayudó con frecuentes y copiosos donativos.

EL COLEGIO MAXIMO DE SARRIÁ

También acariciaba el proyecto de fundar en las cercanías de Barcelona, un internado dirigido por los Jesuitas, como puede colegirse de la siguiente carta dirigida al Padre Provincial, reverendo Fermín Costa, el 21 de mayo de 1886.

Muy estimado y respetado Padre: Extrañará usted ver letra mía, pero tengo un empeño para con usted y voy a molestarle, segura de que mirará usted con interés el asunto de que voy a hablarle, y ejercerá toda su influencia cerca de los Superiores a fin de lograr lo que deseo, siempre que sea ésta la voluntad de Dios.

Pensaba destinar una cantidad para beneficencia y no estaba decidida por la obra; y un día, después de recibir al Señor, le pedí me diese a entender en qué debía emplearla. En seguida me vino el pensamiento de un Colegio, dirigido por los Padres Jesuitas, en donde mis nietos pudiesen recibir una educación más esmerada en calidad de internos, pues la media pensión de aquí deja que desear por el demasiado roce que tienen con las familias.

Vistas las ventajas que esto podría traer, lo hice presente a mi confesor, el reverendo Padre Carles; luego hablé con el Padre Cabré y a los dos les pareció bien la idea. Con el último fuimos a ver un terreno cerca de Sarriá, que creíamos sería muy a propósito para el intento; no sé cómo tomarán en Roma este plan. Repito a usted que mucho estimaré influya en lo que pueda para que si es voluntad de Dios, se lleve a cabo este proyecto, cuya ejecución depende de los Superiores.

Perdóneme, pero como en mis apuros siempre me ha sacado bien, confío en San José, el que está interesado en este asunto, para que le dé luces y claridad a fin de que se arregle como sea a mayor gloria de Dios.

No dudo me tendrá usted presente en sus oraciones así como a mi finado José María, q. g. h.

Siempre a las órdenes de usted, la que es su atta. y s. s. q. b. s. m.,
Dorothea de Chopitea.

Al mismo tiempo escribía al reverendísimo Padre General de la Compañía, para interesarle directamente en el asunto:

No dudo, muy reverendo Padre, que tendrá Vuestra Reverencia noticia de la oferta que hice a su muy estimado Instituto de que si fundaban un Colegio en las cercanías de Barcelona yo daría el terreno y 30.000 duros para su edificación. Nada he sabido de la resolución que vuestras reverencias hayan tomado. Al presente urge más el Colegio que antes, pues lo ocurrido en Manresa imposibilita que vayan los alumnos, ya que siempre estaríamos con el susto de que se reprodujera por tercera vez la epidemia de tifus que ha sido últimamente muy seria.

Esperando tenga la bondad de contestarme a esta su casa, soy de Vuestra Reverencia su atta. s. s. q. b. s. m., *Dorothea de Chopitea.*

El reverendísimo Padre General contestó en los siguientes términos:

Muy señora mía y de toda mi consideración: Con el más profundo agradecimiento contesto a la muy favorecida de usted, fecha 10 del corriente.

Gracias sean dadas a Nuestro Señor Jesucristo que ha concedido a usted tan ardiente caridad y tan constante devoción para con esta su mínima Compañía; el mismo Señor la recompensará en esta y en la otra vida tan cristiana misericordia en bien de las almas a mayor gloria de Dios, único fin que todos nos proponemos.

Al reverendo Padre Provincial, Juan Capell, a quien usted conoce, y cuya habitual residencia es en ésta, escribiré, Dios mediante, muy en breve, y él tratará con usted del negocio y luego me informará de todo. Como, aceptando la generosa oferta de usted sería preciso cerrar alguno de los actuales colegios, la cosa pide mucha consideración; y quizás por esa dificultad no se tomó el año pasado resolución alguna, aunque siento vivamente que no llegara a noticia de usted mi más sincera gratitud por su oferta.

Entretanto que ahora se piensa y decide el caso, repito a usted mi agradecimiento, en mi nombre y de toda la Compañía, prometiéndole, como es deber nuestro, encomendarla a usted y a su familia en nuestros sacrificios y oraciones, y mientras me recomiendo a las de usted, soy s. s. y devotísimo Capellán, *A. M. Anderledy, S. J.*

Fiésole, 22 de noviembre de 1886.

Por su parte, el reverendo Padre Provincial escribía a doña Dorotea el 13 de enero de 1887, desde Orihuela, en donde se hallaba de paso:

Muy señora mía y de toda mi consideración y aprecio: De vuelta de la isla de Mallorca encontré ayer en ésta la contestación del reverendo Padre Vicario al informe que le di, después de haberlo tratado con los Padres más graves de la Provincia sobre el traslado del Colegio de Manresa a fin de poder aceptar el generoso ofrecimiento que tiene usted hecho a la Compañía.

Tratándose del Colegio más antiguo de esta Provincia, levantado junto a la capilla del Rapto de nuestro Santo Padre, viendo que se ha podido continuar el curso y que éste sigue, gracias a Dios, sin novedad, el reverendo Padre Vicario ha resuelto que por ahora se conserve aquel Colegio, tomándose todas las medidas que la ciencia y prudencia dicten para asegurar la salud en aquel establecimiento. En consecuencia, tengo el sentimiento de participar a usted que mientras subsista esta resolución del reverendo Padre no podemos complacer a usted levantando un colegio en esos alrededores.

No por esto estamos menos agradecidos a la gran generosidad de usted, antes pedimos y seguiremos pidiendo al Señor que recompense en esta vida y sobre todo en la otra, el amor que usted profesa a la Compañía. Dignese la Divina Bondad bendecir a manos llenas todas las santas obras que usted ha promovido, dándole el consuelo de verlas prosperar y multiplicarse a mayor gloria divina.

Encomendándome a sus oraciones y con el testimonio de nuestra mayor gratitud, me repito de usted, afmo. s. en Cristo, *Juan Capell*, S. J.

Fina y delicada era la respuesta en la que se entrevé la negativa; pero quedaba un resquicio a la esperanza de la Sierva de Dios en la frase "mientras subsista esta resolución". Por consiguiente, no duda en volver a escribir al reverendo Padre Vicario General sin perder un día de tiempo:

Acabo de recibir una carta, fechada en Orihuela, del reverendo Padre Provincial en la que me participa la resolución que ustedes han tomado acerca de la fundación de un nuevo colegio en estas cercanías, renunciando a esa idea, por no hallar conveniente cerrar el de Manresa que para la Compañía tiene tantos y tan gratísimos recuerdos de San Ignacio.

Comprendo perfectamente la razón que asiste a ustedes y cuando el Señor pone tantos y para mí invencibles obstáculos, no será su voluntad que pase adelante este pensamiento.

He de merecer, con todo, de la bondad de Vuestra Reverencia, un

nuevo favor, y es que me haga el obsequio de decirme si la resolución que ha tomado usted es definitiva; pues por mi edad ya avanzada, veo próximo el fin de mis días y para el arreglo de mis últimas disposiciones me convendría tener este dato.

Soy siempre con la mayor consideración humilde servidora de Vuestra Reverencia, cuyas manos beso, encomendándome a sus santos sacrificios y oraciones, *Dorotea de Chopitea, viuda de Serra.*

Barcelona, 17 de enero de 1887. Reverendo Padre Antonio María Anderledy, San Girólamo-Fiésole-Firenze.

Pocos días después el Padre Vicario General le contestaba:

Por la muy favorecida que usted me escribe el 17 del presente, veo desea usted una respuesta definitiva sobre edificar un colegio en esa ciudad o sus cercanías. Muy justa y prudente me parece la demanda de usted.

Como ya creo habrá dicho a usted el Padre Provincial, no pensamos al presente en ese nuevo colegio, por la razón, entre otras, que usted indica. Lo que pensaremos después, no es fácil decirlo en tanta mutación de las cosas humanas; pero usted, por su parte y por lo que a nosotros toca, no se tenga en modo alguno por obligada y disponga de lo suyo con entera libertad, como mejor le pareciere a gloria divina.

Nosotros sí que estamos muy obligados a usted con eterno agradecimiento, que mostraremos en todas ocasiones y principalmente en la presencia del Señor, pidiéndole para usted y todas sus cosas y familia, las bendiciones del Cielo. Así se lo escribiré de nuevo al Padre Provincial, con quien usted podrá hablar para oír de él mismo la respuesta definitiva y los demás pormenores que usted desee.

Encomendándome a las oraciones de usted yo y toda nuestra mínima Compañía, queda de usted, señora, agradecidísimo s. s. y Cape-llán, *A. M. Anderledy, S. J.*

Fiésole, 26 de enero de 1887.

Mientras importunaba con su insistencia al Padre General y al Padre Provincial no dejaba en paz a los otros Padres conocidos suyos y cuya influencia creía poderosa para el logro de sus altos ideales. Uno de ellos, el Padre Cabré, el confesor de su difunto esposo y gran amigo de la familia, también echaba un jarro de agua fría sobre sus esperanzas. Le dice en carta de diciembre de 1886, desde Palma:

Muchísimo me alegro y doy a usted mil parabienes, por haber aceptado el reverendo Padre Vicario la oferta de usted y deseo con

todas las veras de mi corazón llegue a feliz término. Tengo, sin embargo, mis temores, y empezaré a confiar cuando sepa que están los albañiles trabajando. Soy así... algo desconfiado y un si es no es incrédulo, a causa de mis años y vejez descontentadiza; pero ya sabe usted que el Señor es Todopoderoso y no deje usted de acudir a Él, a su Santísima Madre y al glorioso San José.

Del ardor con que tomó a pechos este asunto, dice el Padre Nonell, casi podría sospecharse si habría previsto lo que al año siguiente de su muerte ha pasado con esa tan combatida y difícil fundación.

Lo cierto es que habiéndose visto los Padres obligados a abandonar de nuevo el Colegio de Manresa, quedándose tan sólo con la iglesia de San Ignacio y una pequeña residencia, trasladaron dicho Colegio a Sarriá, construyendo otro precisamente en el mismo sitio indicado por doña Dorotea, que según costumbre había enterrado en él algunas medallas del Sagrado Corazón.

Tan segura estaba doña Dorotea de que al fin habría de fundarse dicho Colegio, que en su testamento dejó los 30.000 duros ofrecidos, que fueron empleados en su construcción, poco después de su muerte.

Actualmente el Colegio Máximo de Sarriá es uno de los más importantes de la Compañía y sostiene unas magníficas escuelas para internos, medio pensionistas y externos, además de otras instalaciones para estudios superiores que tanta y tan merecida fama le han proporcionado, y cuenta además, con la Casa de Ejercicios, en la que se turnan, sin interrupción, hombres de todas las clases sociales, para atender a la salvación de sus almas, siguiendo el método de San Ignacio.

Y no es esto todo. Una de sus hijas, Dolores, heredera del afecto y de la generosidad de su santa madre para con la Compañía, interpretando los deseos y piadosos sentimientos de la Sierva de Dios, mandó construir a sus expensas, la grandiosa Casa de Tercera Probación, en Manresa, para guardar, como en un relicario, la Santa Cueva, donde Ignacio de Loyola se santificó y escribió el libro inmortal de los Ejercicios Espirituales.

III. LA COOPERADORA SALESIANA

LOS COOPERADORES SALESIANOS

Los Cooperadores Salesianos forman la tercera familia espiritual fundada por San Juan Bosco, juntamente con la Sociedad Salesiana y el Instituto de las Hijas de María Auxiliadora, a semejanza de las antiguas Órdenes Terceras, pero con esta diferencia: que mientras éstas procuran la perfección cristiana de sus miembros, sobre todo con prácticas de piedad y penitencia, los Cooperadores Salesianos tienden a la perfección principalmente con el ejercicio de la caridad hacia el prójimo y en particular hacia la juventud pobre y abandonada.

Están asociados canónicamente en una Pía Unión que Pío IX, con Breve del 9 de mayo de 1876 enriqueció con preciosas indulgencias y privilegios, incluidos los de la Tercera Orden Franciscana.

El Decreto *De tuto* para la canonización del Fundador, nos da su definición más precisa con estas palabras:

“Es una unión de fieles, en su mayor parte seglares, que, animados del espíritu de la Sociedad Salesiana y al igual que ella prontos a toda obra de caridad, tienen por fin prestar, según las circunstancias, válida ayuda a los párrocos, a los obispos y al mismo Sumo Pontífice.”

Don Bosco, en efecto, en una Asamblea reunida el 15 de julio de 1886, manifestó claramente que sus Cooperadores no habían de limitarse a ser el sostén de las Obras Salesianas,

sino que habían de ser, ante todo, excelentes cristianos, ejemplares y activos, a fin de promover en el mundo moderno el verdadero espíritu católico. La Obra de los Cooperadores, según él, tiene por objeto despertar del sopor en que yacen, a tantos cristianos indiferentes, difundiendo la energía de la caridad hacia Dios y hacia el prójimo.

—Día vendrá —añadía en tono profético— que el nombre de Cooperador Salesiano, será sinónimo de verdadero cristiano.

Intuyó que frente a los ataques abiertos o solapados de las sectas contra la Iglesia y el Sumo Pontífice, en aquellos críticos tiempos de la Unidad Italiana, y frente a la paulatina descristianización de las masas, halagadas y alentadas por las teorías socialistas —fue contemporáneo de Carlos Marx— no había otro remedio que volver a los tiempos del Concilio de Nicea, cuando clero y seglares formaban un cuerpo único, ágil y combativo, o a los tiempos de las Terceras Órdenes medievales, levadura de la Cristiandad.

—¿Acción Católica? —se preguntarán algunos—. ¿Y por qué no? Pero anticipándose a ella.

En los tiempos agitados de Don Bosco no existía esta expresión, hoy tan corriente, ni esta organización, tan eficaz para remediar los males que afligen al mundo cristiano; pero él previó esta urgente necesidad y trató de remediarla con la creación de los Cooperadores Salesianos.

No es, pues, de extrañar que Pío XI, que conoció personalmente a Don Bosco y fue confidente de sus ambiciosos proyectos, definiera esta obra genial del Santo Fundador como “valioso esbozo de Acción Católica” (Decreto *de tuto*) y a él mismo le llamara “magno precursor de la Acción Católica”.

Doña Dorotea, apenas tuvo noticias de la finalidad de la Obra Salesiana, vio en ella lo que en vano iba buscando desde veinte años atrás: el instrumento más adecuado para la cristianización de la infancia y de la juventud obrera, el complemento de sus Salas de Asilo, la seguridad de que sus obras benéficas en favor de la niñez obrera, no serían flor de un día, sino que se perpetuarían en manos de una institución religiosa.

Por eso se entregó de lleno a Don Bosco y se hizo su ferviente admiradora; pero sobre todo su más eficaz Cooperadora.

Desde sus primeros contactos con los Salesianos, éstos la invitaron a inscribirse en la Pía Unión de Cooperadores y el Padre Juan Branda se apresuró a enviarle el Diploma de agradecimiento a la misma, que ella conservó siempre como un preciado tesoro.

Pero sobre todo actuó como tal, apoyando con todas sus fuerzas a la incipiente obra salesiana en España y volcando sus tesoros de bondad, de abnegación y de generosidad en beneficio de la clase obrera, para dignificarla, cristianizarla y salvarla.

Por este motivo al iniciarse su Proceso de Beatificación, la Iglesia, además del título de MADRE DE FAMILIA, con el que la propone como ejemplo a todas las madres cristianas, le confiere el de COOPERADORA SALESIANA, de las que es perfecto modelo y celestial Protectora.

LA SOLUCIÓN DE UN PROBLEMA

Doña Dorotea sentía un gran pesar cuando los niños, hecha su primera Comunión, entre los siete y ocho años, habían de abandonar las Salas de Asilo para entrar de aprendices en alguno de los talleres de Barcelona, o, lo que era aún peor, para vagabundear por las calles, a causa de la escasez de escuelas.

Temía que aquellas almas, hasta entonces inocentes, hubieran de perderse para siempre por falta de la debida asistencia.

Su esposo, al morir, le había dejado las manos libres para usar de su fortuna en bien de los pobres, sin preocuparse de lo que pudiera decir la gente.

Pero, por más que pensaba, no se le ocurría un medio eficaz para salvar a la pobre niñez desvalida. Veía por las calles multitudes de niños prácticamente abandonados a sí mismos, sin otra alternativa que ir creciendo en la impiedad

y en el vicio. Los que lograban entrar de aprendices en algún oficio mecánico, se encontraban de pronto en un ambiente corrompido y corruptor, entre amos poco escrupulosos en materia de religión y costumbres y en compañía de jóvenes pervertidos, que con sus malos ejemplos y pésimas conversaciones destruían en poco tiempo la preciosa semilla que con tanto celo y trabajo se había depositado en su corazón en las beneméritas Salas de Asilo.

El problema consistía en procurar a estos niños un medio para aprender un arte u oficio sin peligro para su fe y sus costumbres; antes al contrario, fortaleciéndolos en ellas y preparándolos para ser hombres honrados y ejemplares ciudadanos.

Para resolverlo intentó confiar la educación moral y religiosa de estos aprendices a un ejemplar sacerdote que residía en Gracia, y la enseñanza del oficio a un grupo de artesanos y oficiales honrados, capacitados para ello.

Consultando el caso con su yerno don Narciso María de Pascual y de Bofarull, éste, si bien alabó la idea, por la alta finalidad que perseguía, con todo, le hizo ver que a la larga carecería de solidez y duración.

—¿En qué parará una obra tan importante y complicada el día en que muera dicho sacerdote?

Ensombrecióse doña Dorotea al percatarse de la justicia de esta observación y permaneció largo rato pensativa, hasta que su interlocutor la sacó de su meditación diciendo:

—Recuerdo haber leído en un periódico o revista, que recientemente se ha fundado un Instituto religioso, con el fin, precisamente, de recoger niños abandonados y enseñarles un oficio, a la vez que forma su corazón y los educa en las máximas cristianas.

Se iluminó repentinamente el rostro de doña Dorotea al oír estas palabras y dijo:

—¿Dónde está ese periódico?

—En este momento no recuerdo; pero lo buscaré.

—Sí, búscalo y avísame apenas lo encuentres.

Y ya no sosegó hasta conseguir el periódico.

—Esto es lo que se necesita —se decía a sí misma—: un



El Siervo de Dios P. Benito Menni, restaurador en España de la Orden Hospitalaria de San Juan de Dios y Fundador de las Religiosas Hospitalarias del Sagrado Corazón.



Iglesia y Residencia de los PP. Jesuitas de la calle Caspe.

instituto religioso, una Orden que se dedique a la formación de los jóvenes obreros.

Por fin se encontró el periódico —un ejemplar del *Boletín Salesiano*—, en el cual se refería cómo en Utrera, cerca de Sevilla, el Marqués de Casa Ulloa había fundado en 1880 un Colegio, llamado del Carmen, en donde se daba enseñanza a los niños pobres; y además se mantenía un Oratorio Festivo, en el que se reunía los domingos y días festivos, a los muchos trabajadores, que, al mismo tiempo que se entretenían en variados juegos, recibían una adecuada instrucción religiosa. Este Colegio estaba dirigido por unos religiosos, recientemente fundados en Turín, por un santo y celoso sacerdote llamado don Juan Bosco, que había montado unos talleres de Artes y Oficios para jóvenes obreros.

Dicho sacerdote, a quien preocupaba sobre todo el porvenir de tantos jovencitos abandonados a sí mismos en una populosa ciudad, había comenzado recogiendo en su propia humilde casita algunos niños pobres, a quienes enseñaba el catecismo mientras procuraba que aprendiesen algún oficio para ganarse honradamente la vida. Su amabilidad y dulzura, a imitación de San Francisco de Sales, eran tales, que de todas partes acudían a él jovencitos deseosos de vivir en su compañía. Poco a poco iban aumentando en número. El primer año eran ciento, luego doscientos... y para perpetuar su obra había fundado, con los jóvenes más piadosos y adictos, la Congregación Salesiana.

Uno de sus hijos, don Juan Branda, acababa de abrir, bajo los auspicios del Marqués de Casa Ulloa, el primer Colegio Salesiano en Utrera.

Le faltó tiempo a doña Dorotea para escribir al Padre Branda pidiéndole noticias detalladas acerca de la Congregación y de las condiciones que se requerían para fundar en Barcelona una Casa Salesiana.

Al mismo tiempo, impaciente por llevar cuanto antes a cabo su propósito, se dirigió personalmente a Don Bosco exponiéndole sus deseos, en carta fechada el 20 de septiembre de 1882:

Señor Don Juan Bosco, Turín.

Muy señor mío: Aunque no tengo el gusto de conocer a usted personalmente y si sólo por noticias, me tomo la libertad de dirigirme a usted a fin de pedirle un favor, y éste es el que sigue:

Habiendo sabido que tuvo usted la feliz idea de fundar en esa capital una Escuela o pensionado bajo la dirección de los Padres Salesianos, para niños pobres, y sabiendo, además, que se ha instalado una casa en Utrera, vengo a pedirle me haga usted el favor de mandarme el prospecto de dicho Colegio y decirme los gastos que ocasionaría la fundación de una Casa Salesiana en los alrededores de Barcelona.

Espero me disimulará usted la molestia que le ocasiono, disponiendo en lo que guste de ésta su atenta y s. s., *Dorotea de Chopitea, viuda de Serra.*

Gran Vía, 276, principal. Barcelona.

Mientras aguardaba la respuesta, se enteró de que también en Marsella habían establecido los Salesianos una Escuela de Artes y Oficios. Esta noticia, la animó en su proyecto y esperaba, confiada en Dios, la solución definitiva del que iba a ser el mayor problema de su vida.

LA PROFECIA DE UN SANTO

Al recibir don Juan Branda la carta de doña Dorotea, sintió una extraña emoción. Cuando dos años antes, el 15 de octubre de 1880, salió de Turín para España, su santo Padre Don Bosco, le dijo estas proféticas palabras:

—Vas a abrir una Casa en Utrera; pero allí no harás más que templar las armas y afilar las espadas para conquistar campos mucho más extensos. No pasará mucho tiempo, cuando una señora, hoy casada en Barcelona (y ahora no sueño, ciertamente), al quedar viuda, nos invitará a aquella ciudad, en donde abriremos una gran Casa, a la que seguirán otras muchas.

No dio por entonces Don Branda mucha importancia a estas palabras, que casi llegó a olvidar; pero al recibir la carta de doña Dorotea, le volvieron a la memoria y se llenó de admiración al constatar cómo se cumplía al pie de la letra la profecía de su santo Padre. Por ello se apresuró a contestar a doña dorotea (4-X-1882) diciéndole, entre otras cosas:

Tenemos muchas peticiones para abrir casas en España; pero mi Superior, Don Bosco, me dijo que pronto me llamarían de Barcelona y que ahí tendríamos que abrir una de nuestras mejores Casas de beneficencia. ¿Será acaso usted la persona escogida por Dios para llevar a cabo esta obra? En ese caso, le doy la enhorabuena.

Me tomo la libertad de enviarle el Diploma de Cooperadora Salesiana. Y si las personas que la ayudan a llevar a cabo esa obra quisieran aceptar también este título, mándeme usted sus nombres, que con gusto se lo enviaré desde aquí.

Para más pormenores, mande siempre a este su atto. s. s. que se profesa de usted humilde capellán, *Juan Branda*.

Quedó doña Dorotea profundamente impresionada al leer el párrafo transcrito. Que ella escribió desde Barcelona, y que anhelaba ardientemente esta fundación, era muy cierto; pero hasta leer el *Boletín Salesiano* que le ofreció su yerno, ignoraba hasta la existencia de Don Bosco y de su obra en Turín. No podía, pues, saber si era ella la persona aludida en la profecía de Don Bosco. Pero tenía la completa seguridad de que su Obra había de verse coronada por el éxito.

Por esto volvió a insistir cerca de Don Bosco, en otra carta fechada el 12 de octubre del mismo año:

Reverendo señor don Juan Bosco, Presbítero. Turín.

Venerado Padre: Además de haber escrito a usted pidiendo informes sobre las Obras de la Congregación Salesiana, escribí al Padre Branda, Superior de la Casa de Utrera, el cual me ha dado muchas noticias sobre este asunto.

Recordará usted que en la carta que le escribí el 20 de septiembre último, le decía que mi propósito era contribuir a fundar en los alrededores de Barcelona un establecimiento en que se enseñen Artes y Oficios, bajo la dirección de la Congregación Salesiana.

Creo que lo mejor para adelantar en este asunto es que, en caso de que no pueda usted venir a Barcelona, se sirva disponer que venga pronto otro Padre Salesiano, entendido en materia de fundaciones, con el cual trataríamos de este asunto de acuerdo con otras personas de esta localidad, y especialmente del ilustrísimo señor Obispo, con cuya paternal benevolencia podemos contar indudablemente.

El Padre Salesiano que venga a Barcelona podrá habitar en mi propia casa y yo abonaré los gastos del viaje.

Se recomienda a sus oraciones su afma. s. s. q. b. s. m., *Dorotea Chopitea de Serra*. Calle Cortes, 276.

Don Bosco, en vista de la insistencia de la Sierva de Dios y tal vez recordando su anterior profecía, no quiso decepcionarla, pero como se encontraba en tan angustiosa situación por escasez de personal, a causa de las numerosas fundaciones que traía entre manos, encargó al Padre Celestino Durando le contestase en su nombre, lo que hizo éste en carta del 17, expresando el parecer de Don Bosco y prometiéndole que en un porvenir no muy lejano, se tendrían en cuenta sus deseos. Le anunciaba también el próximo viaje de don Juan Cagliero a España y que con tal ocasión podría hablar con él de su proyectada fundación.

EL TRIUNFO DE LA CONSTANCIA

Doña Dorotea se apresuró a contestarle.

Barcelona, 22 de octubre de 1822.

Reverendo don Celestino Durando, Presbítero.

Muy señor mío y de mi mayor respeto: He recibido su benévola carta del 17 del mes actual, agradeciendo mucho a Don Bosco y a usted las explicaciones que se sirven darme. Cuando pase por esta ciudad el reverendo señor Cagliero, trataremos extensamente de la obra proyectada.

No dudo que harán ustedes todo lo posible para que esta fundación pueda efectuarse con la menor tardanza que las actuales circunstancias en que se encuentra esa Congregación permitan, pues Barcelona es, con respecto a España, lo que Lyon y Marsella con respecto a Francia, esto es: una ciudad eminentemente industrial y mercantil, en la que la Congregación Salesiana encontrará vasto campo donde ejercitar su tan benéfico apostolado, procurando mucha gloria a Dios y un grandísimo bien a las almas.

Sírvase hacer presentes a Don Bosco (a cuyas oraciones me recomiendo) mis respetuosos recuerdos y usted disponga de su afma. s. s. q. b. s. m., *Dorotea de Chopitea, viuda de Serra.*

Con todo, y pese a las instancias de doña Dorotea, en Turín se iba dando largas al asunto, cosa que ella sintió vivamente; pero este aplazamiento no la desalentó, y su carácter enérgico y emprendedor la mantuvo en la brecha.

No hubo medio que no emplease, ni resorte que no movie-

se, ni influencia de autoridad que no invocase para inducir a Don Bosco a que no dilatase el cumplimiento de la más elevada de sus aspiraciones, cual era el ver funcionando los Talleres Salesianos en Barcelona. Incluso acudió a la Suprema Autoridad de la Iglesia, como manifiesta en una carta escrita a don Juan Cagliero, el 26 de enero de 1883, en la que entre otras cosas le dice:

Atendibles y poderosas son las razones que Vuestra Reverencia se sirve darme; pero poderosas y atendibles son también las que yo tengo para desear vivamente que la Congregación Salesiana se establezca en breve en esta ciudad. De una parte, las apremiantes necesidades, sobre todo de orden moral, que sufre la numerosísima clase obrera en este gran centro de industria (el primero de España y uno de los principales de Europa); y de otra mi edad avanzada, me impulsan a activar este asunto tanto cuanto sea posible.

Creo que en Francia se encontraría alguna Congregación religiosa que se encargase de la obra proyectada; pero a mí me sería muy doloroso no ver al frente de la misma al Instituto de los Salesianos, pues considero que lo ha suscitado la Divina Providencia en los presentes días para ejercitar una misión altísima respecto de las clases obreras, a quienes la impiedad ha separado de Dios, con gravísimo daño de las almas y con gran peligro para el orden social.

En Roma se tiene noticia de la idea de fundar talleres católicos en Barcelona, y *no sería extraño que se transmitiera al Padre Bosco (a quien con veneración saludo) una recomendación augusta para inclinar su alma tan caritativa a mirar con interés privilegiado la fundación de que tratamos.*

¿Se llevó a cabo esta *recomendación augusta* a que alude la Sierva de Dios?

Todo indica que así fue, por cuanto desde este momento se allanaron las dificultades y Don Bosco envió a Barcelona al reverendo don Juan Cagliero, uno de sus hijos predilectos, que más tarde llegaría a ser el primer Obispo y Cardenal Salesiano, acompañado de don Pablo Albera, que a su vez había de ser el segundo sucesor de Don Bosco.

Breve fue la estancia de ambos sacerdotes en Barcelona. Doña Dorotea los hospedó en su casa, los agasajó cumplidamente y los llevó a visitar una torre en las cercanías de Sarriá, llamada Torre Prats, que fue considerada por los dos

salesianos apta para el fin que se proponían; con lo que doña Dorotea sin más dilación, se decidió a comprarla por la suma de cien mil duros.

Aprovecharon su estancia en Barcelona los dos Padres Salesianos para cumplimentar al ilustrísimo señor Obispo doctor Catalá y Albosa, a quien pusieron al corriente del asunto, pidiéndole lo autorizara con su paternal bendición. El piadoso Prelado no sólo aprobó la idea, sino que felicitó por ella a sus visitantes y les prometió su incondicional ayuda, y algo más tarde escribió al mismo Don Bosco en este sentido, confirmando la necesidad de tal fundación en Barcelona, a la que apoyaría con todas sus fuerzas.

Don Bosco contestó a tan amable carta con otra, fechada en 3 de diciembre de 1883. Dice así:

Oratorio de San Francisco de Sales. Turin.

Ilustrísimo señor, de todo mi respeto y veneración: De su apreciadísima carta, fecha 26 de noviembre pasado, reparo la utilidad de que se establezca en esa importante capital una Casa Salesiana de Talleres Católicos, como los tenemos con la aprobación de la Santa Sede, en Italia, Francia y en las Misiones de América del Sur.

Ya conocía yo por conducto de dos de mis Padres, quienes fueron a ésa a principios de este año, ese vivo deseo en la caritativa señora doña Dorotea de Chopitea, viuda de Serra, y en muchas otras estimadísimas personas seglares y de ese ilustrado clero. Como también tuve conocimiento de la proyectada casa de Sarriá y de la urgente necesidad de atender a los hijos de la clase más menesterosa y obrera del pueblo, deparándoles, a la par que la enseñanza de un arte u oficio, la de la religión y educación cristiana.

Ahora, pues, que Vuestra Excelencia manifiesta este mismo deseo y necesidad, alentado, como si fuera cierto de la voluntad de Dios, y contando con la bendición, consejo y apoyo de Vuestra Excelencia, voy a encarecer a nuestro Padre don Juan Branda ese asunto y a disponer el personal necesario para esa Casa que nos confía la Divina Providencia. Y abrigo la esperanza de que Dios ha de bendecir nuestros desvelos en pro de la pobre niñez desvalida de Barcelona, así como nos ha bendecido aquí en Italia, en Francia y en América.

Muy agradecido, encomiendo a Vuestra Excelencia mis hijos y mis Padres Salesianos que irán a ésa para hacerse cargo de la Casa de Sarriá, poniéndolos bajo la dirección, protección y auxilio de Vuestra Excelencia, seguro de que les hará de Padre y los querrá como yo los quiero.

Aprovecho esta ocasión para ofrecerme a Vuestra Excelencia con

distinguida consideración y afecto, s. s. q. b. s. m., *Juan Bosco, Pbro.*
Turín, 3 de diciembre de 1883.
Ilustrísimo señor don Jaime Catalá y Albosa, Obispo de Barcelona.

DON BRANDA EN BARCELONA

Mientras se cruzaban estas cartas, ya Don Branda había llegado a Barcelona, procedente de Utrera, para visitar la nueva casa y estudiar las obras que habían de transformarla en un Colegio Salesiano, y al mismo tiempo ordenar todo lo necesario para que pudieran funcionar, aunque de manera muy rudimentaria, los Talleres.

Todo el mes de noviembre estuvo de huésped en casa de doña Dorotea, quedando admirado de la virtud, del dinamismo y de la ejemplar caridad de la Sierva de Dios. Atendiendo sus indicaciones, doña Dorotea mandó a su arquitecto que levantara los planos de los terrenos y de la casa, a fin de que las obras fueran aprobadas cuanto antes por el Capítulo Superior de la Congregación.

Mientras tanto, con la ayuda de sus cinco hijas, no paraba un momento, preparando lo necesario para que a la próxima llegada de los Salesianos, todo estuviera a punto.

Don Branda, admirado de tanta actividad, no puede menos de manifestar su asombro a don Juan Cagliero, a quien escribía desde Barcelona el 23 de noviembre, dándole curiosos detalles del entusiasmo de las señoras y de la marcha de las obras de acondicionamiento:

Doña Jesusita nos provee de todo: las casullas, los ornamentos y los manteles para el altar.

Doña Isabel, otra de las hijas de doña Dorotea, y que vive en su misma casa, hace todo lo que puede, y ha preparado un terno negro y una capa pluvial para la Bendición. Doña Dolores está bordando una casulla blanca. Las otras dos hijas, doña Luisa y doña Mariana, también trabajan todo lo que pueden en favor nuestro.

La señora, en broma, me decía hace poco que estaba enfadada con usted, porque le ha hecho suspirar mucho por los poderes. Yo le mostré su carta, en la que hace referencia a la Señora en aquel párrafo que dice: "No lo gastéis todo en compras y albañilería." Y ella

me encargó que le respondiese a Don Rúa que si ella muere, él proveerá, pero mientras viva, no habrá de mandar dinero a los Salesianos de Barcelona. Mientras viva doña Dorotea, dijo, nada les faltará.

Se están derribando dos terrazas que rodeando por dos lados la casa, forman un túnel oscuro y dejan la planta baja sin luz ni ventilación. Luego se abrirán dos ventanas correspondientes a otras tantas habitaciones, que ahora sirven sólo de almacén.

La parte nueva consiste en una construcción de 25 metros por 6 y medio, con un piso y el desván. La planta baja servirá para capilla. Sobre el primer piso, se adaptará una sala para dormitorio y unos desvanes para guardar los baúles y los trastos. Hemos dado esta forma a la capilla para que pueda ser utilizada como taller el día que se levante una nueva.

Y a Don Barberis, el Maestro de Novicios de la Congregación, le escribía ya desde Utrera el 15 de diciembre:

Tenemos en Sarriá una hermosa casa, con jardín, huerta y vastos terrenos que se pueden convertir en grandes y bellos patios; y mientras le escribo, aquella buena señora que es doña Dorotea está entregada a la construcción de un nuevo edificio que servirá para iglesia o capilla, dormitorios, etc.

Se está colocando la cocina capaz para preparar algunos centenares de platos de sopa o garbanzos. Los barceloneses están ansiosos de ver a los Salesianos en acción, no sé si en la mesa o en los talleres. Les parece un siglo lo que tardaremos en llegar. Creo que será, a más tardar, para San Francisco.

Le aseguro que me siento muy animado a abrir aquella Casa de Barcelona, estando tan bien acompañado. Espero que el personal preparado por usted no nos dejará en segundo lugar frente a los artistas y músicos de Barcelona. Nuestra confianza la ponemos en el Señor que sostiene a los que en Él confían. Trabajaremos con todas nuestras fuerzas a fin de que nuestra misión surta buenos efectos y preciosos frutos. Usted, por su parte, no deje de encomendarme en sus oraciones y en las de esos buenos novicios.

SE ABREN LOS TALLERES (1)

Finalmente, a primeros de febrero de 1884 llegaron los Salesianos, a quienes acompañaba el Padre Juan Branda y toma-

(1) En su origen, se llamaron Talleres Salesianos lo que en realidad eran y han sido siempre Escuelas Profesionales Salesianas.

ron posesión de la Casa que doña Dorotea con tanto cariño y abnegación les había preparado.

El personal del nuevo Colegio lo constituían, además del Director don Juan Branda, el diácono don Juan Urbano, tres clérigos y dos coadjutores. Los niños, en estos primeros tiempos, eran 22.

Se organizaron en seguida los talleres de sastrería, encuadernación y carpintería. Poco a poco se irían instalando los otros. Don Branda echaba de menos el de zapatería, "pues los niños —escribe—, en sus juegos, estropean muchos zapatos, lo que constituye un gasto que podría ahorrarse".

El día 15 de febrero se inauguró oficialmente la Casa. En poco tiempo, gracias a la actividad y a la experiencia del Director, se fue normalizando la marcha del horario, de tal modo que para San José ya se pudo celebrar la novena y fiesta del glorioso Patriarca.

Con tal motivo escribía Don Branda a Don Bosco, que se hallaba a la sazón en Marsella:

Barcelona, 19 de marzo de 1884.

No puedo ocultarle que si ha sido para mí un gran consuelo el enterarme de que se encuentra en Marsella, me causó también pena el saber que estaría poco tiempo, pues ya habíamos echado las cuentas por acá de que usted vendría a hacernos una visita antes de su vuelta a Italia.

Ayer tarde, poco antes de la bendición llegó doña Dorotea, para asistir a la Novena. La acompañaban sus familiares. Al terminar, la llamé aparte y le dije que Don Bosco estaba en Marsella. Quedó gratamente sorprendida; pero me dijo que su médico le ha prohibido salir de casa, a causa de un reuma que sufre en el estómago y del mal estado de sus piernas, doloridas. Con todo, me manifestó que a despecho de los médicos ella estaba dispuesta a desplazarse hasta Perpignan si Don Bosco, por su parte era capaz de llegarse hasta dicha población. Pero su familia se opuso resueltamente, en primer lugar, porque el viaje hasta Marsella, pondría su vida en evidente peligro, y en segundo lugar, porque si Don Bosco va sólo hasta Perpignan, no podrían ir todos los que quieren conocerlo. Por consiguiente la única solución es que Don Bosco venga a Barcelona y así todos quedaremos contentos.

El deseo que tiene esta señora de conocer a Vuestra Reverencia es sin igual; sólo la oposición de sus muchos familiares le impide correr hasta Marsella.

En cuanto a su caridad con los hijos de Don Bosco y de la Con-

gregación, no se puede expresar con palabras. Hay que verlo para comprenderlo. Le baste saber que durante los primeros ocho días de nuestra estancia, yo acudía a su casa para resolver todas las dificultades y recibir sus consejos; mas ella, conocedora de lo que es una comunidad religiosa, a fin de no obligarme a estar ausente del Colegio con tanta frecuencia, decidió trasladarse a la torre veraniega que tiene aquí en Sarriá —cosa que no hace sino en pleno verano— y viene todos los días, a veces dos veces, para proveer a todas nuestras necesidades con una caridad de madre y de padre a la vez. Su afán es que a los Salesianos de esta casa no les falte nada; pero al mismo tiempo quiere que la Congregación se haga honor, multiplicando el bien por todos los medios de que puede disponer. *Es generosa como un pródigo y rigurosa como Don Rúa.*

De lo demás ya se enterará usted cuando venga. Se desea vivamente que venga Don Bosco, Tome, si es necesario, un coche cama. Todo irá a cuenta de Doña Dorotea. Yo creo que su presencia daría un impulso extraordinario a nuestra misión en España. No se marcharía con las manos vacías. Y la Casa ganaría mucho en poco tiempo. Los jóvenes de aquí tienen derecho a conocer a su Padre.

Al mismo tiempo, y en la misma fecha, escribía a Don Cagliero y a Don Barberis, insistiendo en la necesidad de la visita de Don Bosco a España, a fin de que hicieran todo lo posible para que fuera pronto una realidad. Entre otras cosas le decía a Don Cagliero refiriéndose a doña Dorotea:

Las comunidades religiosas, asilos, hospitales, etc., se quejan con ella por haberlos abandonado para cuidarse sólo de los Salesianos. En algo tienen razón. Tenemos huerta y estamos en obras, y de todo se cuida ella personalmente, pasando largos ratos conmigo, subiendo y bajando escaleras por dondequiera que hay trabajadores. Afortunadamente su familia no lo toma a mal, y la Congregación va granjeándose el cariño y el aprecio de todos. La señora es muy generosa, pero no tiene un pelo de tonta y me reprende si hago colocar un ladrillo o poner un clavo que no sea absolutamente necesario. Mas cuando se le explica el motivo, o la utilidad de los gastos, queda satisfecha. Es sumamente desprendida y comprensiva.

El día de San José toda la familia de doña Dorotea acudió a los Talleres en donde comulgaron con los niños. Doña Dorotea estaba radiante de alegría, al ver que aquellos muchachos, en pocas semanas, ya se acercaban con ejemplar devoción a la Sagrada Mesa, rezaban y cantaban con fervor. No podía contener las lágrimas.

A la salida, Don Branda le dijo, bromeando, que Don Bosco solía en fiestas tan señaladas, completar la alegría espiritual con algún extraordinario en el refectorio. Ella comprendió al instante.

En efecto, después de la segunda Misa, aparecieron dos servidores de la Sierva de Dios cargados con grandes cestos repletos de provisiones ya preparadas para la comida, a fin de que "la capilla y el comedor fueran igualmente extraordinarios".

Por la tarde asistió también a la Bendición Eucarística, insistiendo cerca de Don Branda para que hiciera todo lo posible a fin de que Don Bosco viniera hasta Barcelona, pues eran muy numerosas las personas que deseaban conocerlo.

Mas no pudo ser. La salud de Don Bosco no le consentía el viaje, y los Superiores, que velaban cuidadosamente por ella, se oponían enérgicamente. Con todo, Don Bosco tuvo la delicadeza de enviarle desde Marsella, antes de su vuelta a Turín una hermosa imagen de María Auxiliadora con una cordialísima dedicatoria:

Señora Dorotea: ¡Oh María!, id Vos misma a hacer una visita a vuestra hija Dorotea. Llevadle, de parte del buen Jesús, salud y santidad a ella y a toda su familia, para que un día estén todos juntos en el Paraíso. *Juan Bosco, Pbro.*

La Casa iba prosperando, pues "a más del amparo de nuestra incomparable mamá —dice Don Branda— y de su hijo político don Narciso, que siguen ayudándonos, vino días atrás el Fiscal de la Curia de esta Diócesis, que ha tomado con cariño esta obra y sigue, con entusiasmo, protegiéndonos".

Otro gran protector fue un viejo amigo de don José María Serra, y sucesor suyo en la Presidencia del Banco de Barcelona, don Antonio Escolano, que aunque no era muy rico, hacía por la Casa cuanto le era posible, enviando limosnas y procurando trabajo para los talleres.

Los directores del ferrocarril Barcelona-Sarriá, obsequiaron al Padre Branda con un pase gratuito de libre circulación en el mismo, de primera clase, con facultad de cederlo a otra persona para que lo utilizase en caso necesario.

HUMILDAD DE DOÑA DOROTEA

Doña Dorotea seguía visitando con asiduidad su querido Colegio. Velaba de continuo por el bienestar de los Salesianos y de los niños, enterándose minuciosamente de todas las necesidades para remediarlas, como pudiera hacer por sus amados hijos la madre más solícita y cariñosa. No contenta con ello, tomó a su cargo el lavado de la ropa de la sacristía y de los trapos de la cocina, que no se avergonzaba de remendar con sus propias manos.

Un día que el Director tuvo que ir a su casa para cierto negocio, la encontró remendando una vieja bayeta que por sus largos servicios solicitaba ya ir a parar al saco del trapero.

Admirado el Padre por tanta humildad y edificado por el espíritu de economía que no concebía en una persona tan rica, no pudo evitar el decirle:

—No me explico cómo pierde usted su tiempo y su trabajo en remendar ese trapo, ya que con lo que se necesita para ponerlo de nuevo en estado de servir, se podría comprar otro nuevo.

—Es preciso —contestó con humilde sonrisa la Sierva de Dios— aprovecharlo todo. Dios me pediría estrecha cuenta si yo desechara como inútil este trapo.

Y siguió su trabajo, ante la edificación y admiración de Don Branda, al ver que una señora tan rica, le daba aquella lección de amor a la pobreza, ella, que no había hecho voto de la misma.

Tampoco se avergonzaba, cuando iba a los Talleres, de ejercitar los más humildes servicios. No se desdeñaba muchas veces, en tomar la regadera y la escoba para regar y barrer las salas y corredores. El Padre Nonell refiere, a este respecto, un hecho pintoresco.

Se hallaban varios niños barriendo una sala destinada a exponer los objetos que doña Dorotea, con sus hijas y amistades habían recogido para organizar una tómbola de caridad en favor de los Talleres.

Doña Dorotea andaba trasteando y ordenando las cosas.

Ofreciósele de pronto la necesidad de una escoba, y dirigiéndose al primer niño que halló a su alcance, le dijo:

—Mira, niño, tráeme aquella escoba.

El muchacho, un andaluz más vivo que el azogue y haragán como el que más, y que por haber ingresado recientemente en el Colegio aún no conocía a la señora que le hablaba, al verla tan modestamente vestida y ocupada en tan humildes menesteres, la tomó por una criada, y le contestó con insolente descaro:

—Pue... váyaze ozté por eya...

Los compañeros, al oír tal respuesta, quedaron escandalizados, y entre indignados y amenazadores, le dijeron al deslenguado:

—Pero ¿no ves que es nuestra madre, doña Dorotea?

El pobrecito quedó como de piedra. En cambio, doña Dorotea, rió la gracia y quedó consolada al ver el respeto de los demás y al sentirse llamada por ellos con el dulce nombre de madre.

El aumento constante de niños hacía cada vez más pesado el trabajo de atender a su ropa. Ya no podía doña Dorotea encargarse de la de los niños, aunque seguía cuidando de la de los Salesianos. Por ello indicó a Don Branda la conveniencia de que vinieran cuanto antes unas cuantas Hijas de María Auxiliadora, para encargarse de la ropa blanca; al mismo tiempo atenderían a las niñas pobres de la localidad, a las que podrían dar enseñanza elemental, y proporcionarles instrucción religiosa y honesto esparcimiento en un Oratorio Festivo.

A este fin, ya había pensado comprar una casa, no lejos de los Talleres y sólo faltaba el beneplácito de los Superiores.

AMPLIACIÓN DE LA OBRA

Este mismo año de 1884, durante los acostumbrados Ejercicios Espirituales, una de sus preocupaciones era la reciente fundación, y entre los propósitos tomados en esta ocasión figura el siguiente:

“Ver cómo se podrá lograr la estancia de los chicos en los Talleres.”

Y este propósito lo llevó —como todos— a la práctica, de una manera resuelta, ocupándose con gran tesón en atraer niños a los Talleres, a pesar de hallarse éstos en sus inicios y carentes de toda comodidad.

A este fin se industrió —la caridad es ingeniosa— para poner en práctica un medio que ya le había dado anteriormente los mejores resultados en las Salas de Asilo, y que ahora pensaba realizar en mayor escala: una tómbola benéfica.

Acudió a todas las personas de su propia familia que se hallaban en buena posición económica; luego a las amigas y conocidas, pidiéndoles objetos de valor, no necesarios, para rifarlos y así obtener una buena fuente de ingresos.

Bajo la dirección de Don Branda fundó la Asociación de Cooperadoras Salesianas que pronto contó entre sus miembros a las principales figuras de la sociedad barcelonesa. Con tales ayudas, la tómbola resultó un verdadero éxito y se pudieron recaudar sumas importantes para la obra de ampliación que se hacía cada día más necesaria.

En efecto, la primitiva Casa Prats ya no bastaba para contener a los niños, ni era suficiente la primitiva capilla, así como los talleres y dormitorios. En vista de lo cual llamó a su maestro de obras, don Jerónimo Granell y le mandó hacer los planos de una nueva capilla y de otro dormitorio. Además edificó una sala espaciosa destinada a taller de encuadernación, cuya maquinaria costeó doña Dorotea, que no cabía en sí de satisfacción viendo cómo prosperaba, bendecida por Dios, su obra predilecta.

En el año 1885 las actividades fueron en aumento. También había crecido el personal salesiano, con nuevos elementos venidos de Italia y de Utrera, con lo que además de los talleres existentes, se pusieron en marcha los de escultura y zapatería, instalados en locales amplios y adecuados.

DOS ALMAS GEMELAS

Creemos oportuno hacer unas breves consideraciones, acerca de estas dos grandes figuras —Don Bosco y doña Dorotea— gemelas en santidad, como fueron gemelas en sus nobles aspiraciones en pro de la juventud pobre y abandonada.

Ambos ocupan casi por completo el siglo XIX.

Don Bosco nació en 1815. Doña Dorotea en 1816. El primero falleció en 1888; la segunda tres años después, en 1891.

Unas coincidencias extraordinarias acercaron a estas dos almas en las postrimerías de su vida y se compenetraron tan íntimamente que no podemos menos de admirar los secretos designios de Dios, que se valió de la Sierva de Dios para asentar en España la Obra del Apóstol de la juventud.

Como acertadamente observa el Padre Nonell, se nota una gran semejanza de espíritu entre estas dos grandes figuras del pasado siglo. Ambos fijaban sus ojos en las necesidades de la moderna sociedad; ambos idearon idénticos medios para socorrelas, porque ambos sentían el mismo impulso del Cielo para procurar con todas sus fuerzas el bien corporal y espiritual de los pobres niños de las clases más humildes y menos acomodadas.

Doña Dorotea, con las Salas de Asilo había comenzado por atender a los párvulos y ahora sentía la necesidad de perfeccionar su obra, extendiendo su caridad a los jovencitos. Don Bosco empezó por éstos mucho antes que doña Dorotea sintiera tal necesidad; pero a su vez comprendió que eran dignísimos de su paternal afecto los pequeñuelos, y tomó a pechos, en adelante, como cosa propia de su Instituto, la apertura de Casas para huerfanitos.

Además de esta coincidencia sustancial, hay entre ambos santos otras no menos significativas, que indican que los dos estaban animados del mismo espíritu de trabajo y caridad.

Cuando a Don Bosco le decían que se procurase algún descanso, tomando algunas breves vacaciones, exclamaba:

—Cuando descanse el demonio, descansará Don Bosco. El demonio no hace vacaciones. Descansaremos en el Paraíso.

Así también, al indicar la Presidenta de las Salas de Asilo a doña Dorotea la conveniencia de dar una tregua a sus trabajos, le responde con estas palabras:

—¿Descansar? Descansaremos en la eternidad.

Don Bosco aseguraba a sus Cooperadores que al dar no hacían un donativo a Dios, sino a sí mismos: "Cuanto más deis a los huerfanitos de Don Bosco, más os dará el Señor."

Y doña Dorotea confesaba: "Mi difunto esposo me dejó al morir, tal cantidad (e indicaba una altísima suma) para obras de beneficencia. He repartido mucho y tengo hoy lo mismo que al principio."

En cuanto a la confianza en Dios es sabido cómo Don Bosco estaba siempre en apuros económicos; mas no por eso dejaba de iniciar obras nuevas, si veía que habían de redundar en la mayor gloria de Dios y provecho de las almas. Su tesorera era María Auxiliadora y en Ella confiaba con fe ciega.

Doña Dorotea, cuando sus amigas sacaban cuentas y deducían que era preciso limitar las actividades y los gastos, contestaba:

—¿Nos ha faltado algo hasta ahora? Siempre la misma cantinela: ¡Dinero, dinero! Adelante. No nos faltará Dios. Y seguía adelante, confiada en la Divina Providencia.

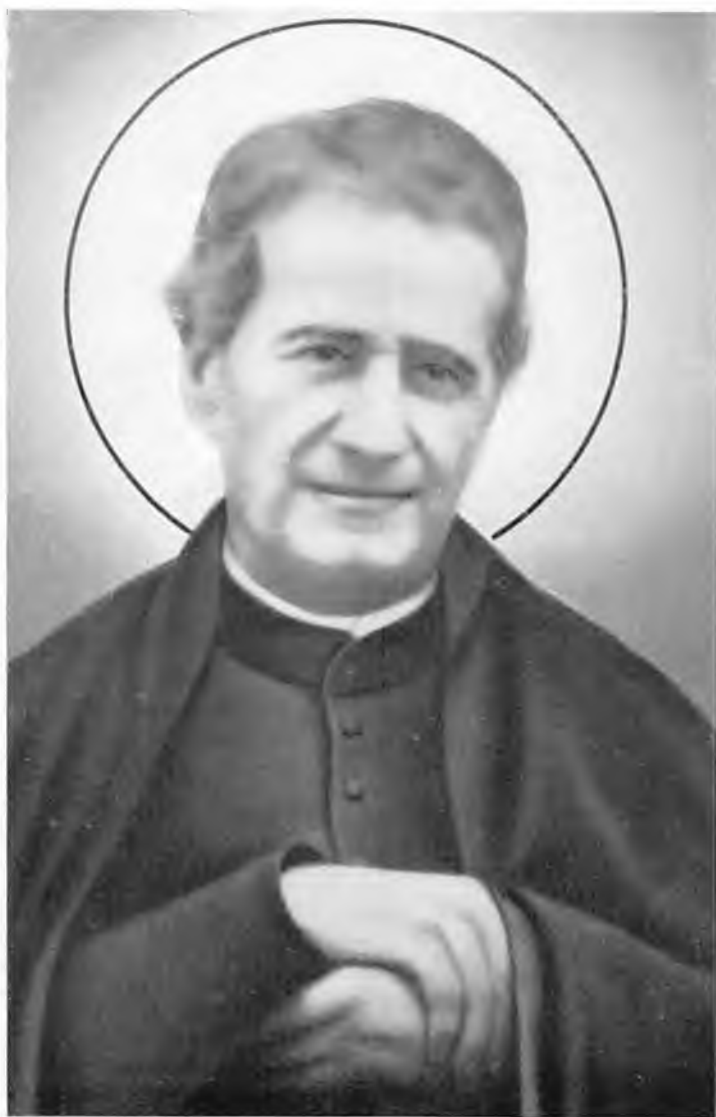
Las mismas coincidencias se pueden apreciar en su amor a la pobreza, en su culto extremado a la pureza, en su devoción al Sagrado Corazón de Jesús, a San José y a María Auxiliadora, pues desde que la conoció, doña Dorotea, tuvo este título de la Virgen como el más querido a su corazón.

Así como Don Bosco levantó los grandes templos de María Auxiliadora y del Sagrado Corazón, así también doña Dorotea ayudó con grandes donativos a la construcción de la iglesia del Sagrado Corazón de Jesús, en la calle de Caspe, y comenzó la de María Auxiliadora, en Sarriá. Además, como veremos más adelante, puso la primera piedra del que había de ser el grandioso Templo Nacional Expiatorio del Tibidabo.

Don Bosco, para inmunizar a sus hijos contra los estragos del cólera que en varias ocasiones asoló Italia y el Piamonte, les recomendaba que llevaran al cuello la medalla



Iglesia de Calella de Palafrugell, reconstruida por Doña Dorotea.



San Juan Bosco. Fotografía obtenida durante su estancia en Barcelona.

de María Auxiliadora, con lo que ninguno de ellos cayó víctima del flagelo.

Doña Dorotea, en circunstancias análogas, en el año 1885, cuando el morbo hacía estragos en Barcelona, mandó a una de sus hijas que fuera enterrando medallas de María Auxiliadora en varios lugares de Sarriá, consiguiendo así que esta población quedara inmune de la pestilencia y ninguno de los niños de los Talleres Salesianos fuera atacado por la enfermedad.

No acabaríamos nunca el breve estudio de estas dos vidas paralelas que, aun sin conocerse, eran tan idénticas y se manifestaban con las mismas cualidades.

No es, pues, de extrañar que tanto doña Dorotea como Don Bosco tuvieran grandes deseos de conocerse personalmente y no tan sólo por carta y referencias.

En 1884 no pudo realizarse este proyecto, como hemos visto, porque Don Bosco se encontraba sumamente fatigado y enfermo y tanto los médicos como los Superiores, encargados de velar por su preciosa salud, no le permitieron desplazarse a Barcelona, ni siquiera a Perpignán. Por su parte doña Dorotea, igualmente delicadísima de salud, encontraba la misma oposición por parte de los facultativos y de sus familiares.

Pero en 1886 las cosas cambiaron. Don Bosco se encontraba algo mejorado. Y además, su última Obra, el Santuario del Sagrado Corazón de Jesús en Roma, que el Papa León XIII le había encomendado, necesitaba la ayuda económica de los fieles para quedar totalmente terminado y creyó que la generosa Francia le daría los medios para ello. Por eso se decidió a visitar de nuevo este país, y, aprovechando la ocasión, a pequeñas etapas, llegarse hasta Barcelona, con el fin de ver a sus hijos y de conocer personalmente a la mamá de los Salesianos de España, a su venerada bienhechora doña Dorotea.

DON BOSCO EN BARCELONA

Cuando se supo en Barcelona que Don Bosco quería venir a visitar esta ciudad, fue enorme el interés que se despertó en todas partes. En libros y periódicos se hablaba de Don Bosco como de un varón de rara santidad, del hombre providencial enviado por Dios para la redención de la clase obrera; pero sobre todo doña Dorotea se sentía íntimamente conmovida y ansiosa de ver al taumaturgo, de oír sus palabras, de gozar de su presencia, por cuanto su espíritu estaba por completo identificado con el de Don Bosco y comprendía muy bien la grandeza de su misión.

Apenas Don Branda supo por telegrama el día fijo de su llegada, se lo comunicó a doña Dorotea, exponiéndole al mismo tiempo sus apuros por no tener una sala adecuada para alojar a tan ilustre huésped y acomodar convenientemente a las personalidades que sin duda acudirían a visitar al santo en Sarriá. El tiempo urgía y la cosa no admitía dilaciones.

Contestóle doña Dorotea:

—No se apure usted. Yo subiré a Sarriá y lo arreglaremos todo.

Y en efecto, al instante envió pintores y decoradores para que adornasen convenientemente una sala e hizo trasladar a ella los mejores muebles de su palacio.

Don Bosco llegó a Barcelona el 8 de abril de 1886, acompañado de Don Rúa y de su secretario don Carlos Viglietti. Doña Dorotea había mandado a la frontera para recibirlos y acompañarlos, a su yerno don Narciso Pascual, con su hijo José María, a quienes se unieron el señor Suñer, y don Juan Bautista Montobbio y Villavecchia, el cual viajaba en el mismo tren que el santo, y había sido invitado por Don Bosco a su propio departamento.

En la estación terminal de Barcelona esperaban millares de personas, atraídas por la fama de santidad del ilustre viajero. Las autoridades eclesiásticas, civiles y militares le dieron la bienvenida en la sala de honor. El Gobernador Civil ostentaba la representación de la Reina Regente Doña María Cristina. Más de cincuenta carruajes se disputaban el honor

de trasladarle a Sarriá, pero el santo dio la preferencia entre todos a doña Dorotea, la mamá de los Salesianos, que se sintió sumamente orgullosa al oír de sus labios estas palabras:

—¡Oh doña Dorotea! ¡Todos los días rogaba al Señor que me concediera la gracia de conocerla antes de morir!

Llegados al palacio de doña Dorotea, en la Gran Vía, Don Bosco se retiró a descansar un poco a las habitaciones que le habían sido destinadas, mientras Don Rúa celebraba la Santa Misa en el Oratorio privado, a la que asistieron todos los que les habían acompañado hasta allí.

Terminada la Misa, apareció Don Bosco y todos los señores que ocupaban el vasto salón de recibir, se apresuraron a saludarle, besándole, reverentes, la mano. Comió con aquella familia patriarcal, y luego se trasladó a Sarriá, acompañado por doña Dorotea. Ésta se encontraba tan conmovida que no acertaba a pronunciar palabra; y ella, que entre las demás personas caritativas descollaba por la elevación de sus pensamientos y lo heroico de su caridad, delante de Don Bosco, aparecía como una niña que ni a hablar acertaba. Todo su afán era mirarle, oírle, agasajarle y aprovecharse de cuantas palabras decía y de cuantas acciones realizaba.

En Sarriá pudo admirar Don Bosco la generosidad de doña Dorotea, que en menos de tres años había dado tal desarrollo a la gran obra de los Talleres.

Eran ya más de cincuenta los niños acogidos. La Comunidad había aumentado también: la integraban cuatro sacerdotes, dos clérigos y cuatro coadjutores; además se había establecido el Noviciado con dos novicios y había un plantel de doce aspirantes, entre los cuales figuraban el que más tarde fue Inspector y mártir, don José Calasanz, y el santo coadjutor don José Recasens.

Estos jovencitos no sabían apartar sus ojos del Padre querido. El año anterior le habían escrito, felicitándole por su santo, y en la carta habían dibujado un tren, con la leyenda: *Turín-Barcelona*. Don Bosco, conmovido, les había prometido una visita. Y cumplía su palabra. Y ahora se sentían felices al ver entre ellos al padre cariñoso que tantos bienes les había proporcionado.

Una gran muchedumbre de personas, muchas de ellas bienechoras de la Obra, acudieron a conocer a aquel hombre extraordinario, cuya fama se extendía por toda Europa y gran parte de América; todos se disputaban el honor de ver y hablar a Don Bosco. Tenían por dichoso al que alcanzaba sentarse a su mesa.

La pobreza de la casa hacía un vivo contraste con lo distinguido de las personas de la más alta sociedad que la frecuentaban.

Doña Dorotea proveía a todo. Ella, cual solicita Marta, por sí misma, ayudada de sus criadas, preparaba la comida para Don Bosco y sus afortunados comensales. Para no fatigar al santo anciano se abstenía de hablarle con la frecuencia que deseaba, contentándose con verle y oírle, con recibir sus bendiciones, aquellas bendiciones que el Santo daba varias veces al día a la multitud arrodillada que se turnaba en el patio. Sobre todo sentía especial consuelo en oír su Misa y comulgar de su mano. Pero lo que colmaba su gozo era el oírse llamar por aquel ilustre varón con el dulce nombre de madre, con lo que le daba a entender que la asociaba a su propia persona en el honor de la paternidad respecto al nuevo Instituto y a todos sus hijos que residían en Barcelona.

Desde el 8 de abril al 6 de mayo, la estancia de Don Bosco en Barcelona fue un triunfo continuo. Sus hechos y dichos, las curaciones milagrosas que diariamente obraba, sus obras benéficas y sus fundaciones en pro de la juventud, eran el tema de todas las conversaciones y de los artículos de los periódicos locales.

Durante su permanencia en la Ciudad Condal presidió una de las primeras reuniones o conferencias organizadas por la Asociación de Cooperadoras Salesianas, que acababa de fundar doña Dorotea, de acuerdo con Don Branda. Eran unas treinta, entre las que formaban todas sus hijas. Se reunían con regularidad cada quince días, presididas por doña Dorotea. No sólo se afanaban en proporcionar los medios económicos para llevar adelante la grandiosa obra de los Talleres, sino que trabajaban personalmente en el cuidado de la ropa blanca de los niños, y en remendar sus pobres vestidos.

Don Bosco les habló en italiano, agradeciéndoles su caridad y les profetizó que en breve la casa de Sarriá debidamente ampliada, podría albergar hasta quinientos niños.

El miércoles 14 de abril Don Bosco aceptó la invitación de doña Dorotea para que fuera a comer a su residencia de Sarriá, magnífica torre levantada por don José María, rodeada de un ameno bosque y bellos jardines en los que se reunían plantas exóticas y una colección zoológica muy interesante. Después de la comida, pasaron a visitar el contiguo Colegio del Sagrado Corazón, fundado por los esposos Serra, en donde el santo fue muy agasajado y derramó a manos llenas bendiciones y prodigios.

El viernes 16, fue don Narciso de Pascual quien quiso tener invitado a su mesa al ilustre huésped. Toda la familia, presidida por doña Dorotea, tomó parte en la agradable fiestecita, que transcurrió dentro de la más grata intimidad.

Uno de los mejores amigos que se ganó Don Bosco durante su estancia en Barcelona fue don Luis Martí-Codolar, emparentado con doña Dorotea, el cual invitó a Don Bosco y a sus niños a una comida en su magnífica *torre* situada en Horta. Era una de las mansiones señoriales más hermosas de Barcelona, con amplios jardines, lagos artificiales, plantas rarísimas y la más completa y valiosa colección zoológica de que se ufanaba entonces Barcelona, y que más tarde, cediéndola al Ayuntamiento, fue el origen del actual Parque, uno de los mejores de Europa, legítimo orgullo de la bella capital catalana.

Era el 3 de mayo. Además de los señores de Martí-Codolar, acudieron también los familiares de doña Dorotea. Todos fueron regiamente agasajados por la opulenta familia que les había invitado. Los niños de Sarriá fueron servidos por las hijas de don Luis, y como recuerdo de esta visita se sacó un grupo fotográfico, en el que aparecen, junto a los anfitriones, Don Bosco, Don Rúa y doña Dorotea: tres santos; el primero ya está canonizado; los otros dos esperan el fallo infalible de la Iglesia.

Poco después, para perpetuar el recuerdo de tan honrosa visita, se levantó en dichos jardines, aún en vida de Don Bos-

co, el primer monumento a él dedicado en el mundo: un gran dolmen, formado por tres enormes rocas, en el que se grabó una inscripción alusiva a la presencia del Santo en aquella mansión.

El día siguiente, 4 de mayo, los nietos y biznietos de doña Dorotea fueron protagonistas de una escena conmovedora. Todos ellos, a porfía —eran cerca de cuarenta— ofrecieron a Don Bosco el fruto de los pequeños ahorros que guardaban en sus huchas. Quién ofrecía cien pesetas, quién, doscientas, y algunos más. Don Bosco recibía estas generosas limosnas sonriendo y bendiciendo a los pequeños donantes, a quienes dirigía una buena palabra y les daba su paternal bendición.

Por la tarde fue a visitar el Hospital del Sagrado Corazón de Jesús, fundado por doña Dorotea, con el natural consuelo de ésta, al ver santificada con la presencia de Don Bosco aquella obra que tanto le había costado y que constituía una de las mayores manifestaciones de su caridad.

El 5 de mayo celebró la Santa Misa en el Oratorio particular de doña Dorotea. Era la víspera de la partida; y su despedida. Para doña Dorotea reservó Don Bosco su primera y su última visita. Bien se lo merecía la mamá de los Salesianos. Por la tarde, después de comer, la Sierva de Dios lo llevó en su coche a la Basílica de Nuestra Señora de la Merced, de quien era Camarera efectiva, pues Don Bosco quería saludar a la Patrona de la Ciudad.

ORIGEN DEL TEMPLO DEL TIBIDABO

Allí tuvo lugar el impresionante acto de la entrega a Don Bosco, por sus propietarios, de la cumbre del Tibidabo, para que construyera una capilla en honor del Sagrado Corazón.

Mientras uno de los donantes leía el documento de donación, Don Bosco lloraba silencioso. Preguntado por la causa de su llanto, dijo:

—Lloro de alegría por ver cómo se realizan los designios de la Divina Providencia. Mientras venía de Turín, en el tren,

medio dormido, me parecía oír una voz, que al compás del traqueteo me iba diciendo: *Tibi-dabo, Tibi-dabo...* Y yo decía entre mí: ¿Qué es lo que me dará el Señor? Y he aquí que vosotros sois el instrumento de Dios, al ofrecirme la cumbre de esa montaña para levantar una capilla en honor del Sagrado Corazón de Jesús. Pues bien: yo os digo que se levantará no una capilla, sino un grandioso Templo en la cumbre del Tibidabo, para que todos puedan tener comodidad de acercarse a los Santos Sacramentos; y se recordará perpetuamente vuestra caridad, y la fe de que habéis dado tan grande prueba.

Doña Dorotea, que bebía ávidamente todas las palabras de Don Bosco, recogió aquéllas, y antes de terminar aquel mes de mayo, gracias a su iniciativa, con la ayuda de algunas personas devotas del Sagrado Corazón de Jesús, mandó construir en la cumbre del monte la humilde capillita gótica, que escondida hoy entre los repliegues exteriores de la ciclópea construcción, parece la simbólica semilla del grandioso Templo, honra y gloria de Barcelona, que se yergue majestuoso en la cumbre del monte, dominando la ciudad y su comarca, con la gigantesca imagen del Sagrado Corazón de Jesús en actitud de bendecir a Barcelona, a España y al mundo entero.

Es de notar que cuando el arquitecto, Marqués de Sagnier, hizo los planos del Templo, no tuvo en cuenta la situación de esta humilde capillita, pensando únicamente en la grandiosa obra que había concebido. Al comenzar las excavaciones para los cimientos, y marcar el perímetro de los muros, se concibió el fundado temor de que hubiera que destruir la histórica capilla, por caer en el interior de la nueva construcción. Providencialmente no fue así: las paredes del Templo se elevaron rozando la humilde capillita, pero ésta pudo conservarse íntegra, como perpetuo recuerdo de la iniciativa de la Sierva de Dios.

EL ADIÓS A DON BOSCO

El jueves 6 de mayo, fue el último día que Don Bosco pasó en Barcelona. Celebró la Santa Misa, para sus hijos, en el nuevo altar de la capilla recientemente construida, en

sustitución de la anterior. Luego bendijo, por última vez, a la muchedumbre que a gritos exigía su presencia. Desde el balcón de su cuarto hizo la señal de que guardaran silencio y obtenido éste, dijo:

—Espero que nos volveremos a ver en el Paraíso. Allí tendréis la audiencia, no de un pobre sacerdote, sino de María Santísima y de su Divino Hijo Jesús, y no por pocos minutos, sino por toda la eternidad.

Las últimas audiencias fueron para la familia de doña Dorotea, que a pesar de haberse despedido ya la noche anterior, no supieron resistir al deseo de gozar, por una vez más, de su amable conversación.

“Era conmovedor —relata un periódico local— ver aquellas señoras y señores agitarse por las habitaciones contiguas, saludarse sollozando, sin acertar a alejarse. Se acercaban a la puerta, volvían atrás, entraban de nuevo, besaban los objetos usados por Don Bosco... Le saludaban y parecían no darse cuenta de cuanto sucedía a su alrededor...”

Los empleados del ferrocarril de Sarriá-Barcelona tuvieron un gesto conmovedor. Don Bosco en sus numerosas idas y venidas a la ciudad, usaba siempre los coches que los amigos ponían a su disposición. Pues bien, los ferroviarios le suplicaron que al menos por una vez honrara con su presencia su tren. Y a este fin le prepararon un vagón especial, y juntamente con sus esposas y demás familiares le colmaron de atenciones a su partida.

Subieron al tren los que componían la comitiva; pero enterados de que en la estación terminal de la Plaza de Cataluña aguardaba al Santo una gran muchedumbre, don Luis y don Oscar Martí-Codolar le esperaban en la estación de Provenza, en donde le hicieron bajar, y desde allí, en su coche lo trasladaron a la estación de Francia, evitándole de este modo emociones violentas y los inevitables trastornos de que le haría objeto una multitud enardecida.

En la estación de Francia le esperaba doña Dorotea con una muchedumbre de señoras y señores, agrupados para darle el adiós de despedida. Muchos de ellos subieron al tren y

le acompañaron durante algunas horas, unos hasta Mataró y otros hasta Gerona.

Doña Dorotea, volviendo a su casa, iba recordando ensimismada, las santas palabras y las cosas edificantes vistas y oídas en aquel mes inolvidable, durante el cual tan bien había desempeñado el doble papel de Marta y María.

Además de amueblar y decorar convenientemente las habitaciones de Don Bosco en Sarriá, llamó también pintores y decoradores para que embelleciesen el salón de su palacio de la Gran Vía, en donde recibió la visita de tan ilustre huésped, y cuando se marchó Don Bosco, lo conservó cuidadosamente, como algo sagrado, convirtiéndolo en capilla y guardando en él, como preciadas reliquias, en grandes armarios, la ropa y los objetos usados por el Santo durante su estancia en Sarriá.

Apenas llegaron a Turín los ilustres viajeros, Don Rúa se apresuró a dar la noticia a doña Dorotea, agradeciéndole al mismo tiempo todas las atenciones que les había prodigado durante su estancia en Barcelona y rogándole que extendiera su gratitud a toda la familia que tanto se había desvelado por atender a Don Bosco. Se interesaba por la salud de su nieto José María de Pascual, hijo de don Narciso, a quien unas fiebres malignas tenían postrado en cama y prometía las oraciones de todos los Salesianos, especialmente durante la Novena de María Auxiliadora que se estaba celebrando en su Santuario.

Estas cartas de Don Rúa a doña Dorotea, ya no se interrumpirán hasta la muerte de la Sierva de Dios y constituyen una muestra del filial afecto y sincera gratitud de los Salesianos hacia su generosa bienhechora.

En abril de 1887 Don Bosco invitó a doña Dorotea para que fuera a Turín, a presidir, como Priora, la fiesta de María Auxiliadora, pasando antes por Roma, en donde se habían organizado solemnes fiestas con motivo de la consagración de la Basílica del Sagrado Corazón. Pero el estado de salud de doña Dorotea, y sobre todo, su profunda humildad, que rehuía toda manifestación en su honor, la obligaron a una corte negativa.

EL COLEGIO DE SANTA DOROTEA

Funcionaban los Talleres de Sarriá, y si bien doña Dorotea estaba muy satisfecha de su obra, y más después de la visita de Don Bosco, con todo, notaba un vacío. Los niños, por el momento, estaban atendidos; pero no así las hijas de los obreros.

Era preciso pensar en ellas.

También Don Bosco se había planteado el mismo problema, y para resolverlo concibió y llevó a feliz término la fundación de un Instituto femenino que hiciera por las niñas lo que los Salesianos venían haciendo por los niños. Tal fue el origen de las Religiosas Hijas de María Auxiliadora.

El 5 de agosto de 1872, en el pequeño pueblecito de Morne-se, perteneciente a la Diócesis de Asti (Italia), nació esta Congregación, al frente de la cual Don Bosco puso a una piadosa joven, dotada de grandes virtudes y que hoy ocupa un puesto en los altares con el nombre de Santa María Mazzarelo.

Las Hijas de María Auxiliadora no sólo emularon la industriosa laboriosidad de los Salesianos, trabajando día y noche en la educación de la juventud desvalida, sino que rivalizaron con ellos en heroísmo, y ya en 1878, seis años después de su fundación, partía para la República Argentina un grupo de religiosas para ayudar a los Misioneros Salesianos en sus empresas apostólicas. A esta expedición siguieron otras y bien pronto fundaron Casas en Argentina y el Uruguay, adentrándose en los países de misión, especialmente en la Patagonia y en la Tierra del Fuego.

La fundación de las Hijas de María Auxiliadora en Sarriá tiene un origen milagroso, señal inequívoca de la predilección del Señor.

Era al caer de la tarde del 3 de mayo de 1886, tres días antes de la partida de Don Bosco de Barcelona, para regresar a Turín.

Paseaba el Santo por el patio, rodeado de sus hijos, cuando de pronto manifestó deseos de visitar toda la huerta hasta el extremo de la misma; cosa insólita en él, pues tanto por

sus muchas ocupaciones como por su delicado estado de salud, y el dolor que le causaban sus piernas varicosas, eran muy cortos sus paseos.

Al llegar allí, se detuvo contemplando una magnífica *torre* separada del huerto de los Salesianos por un estrecho callejón, rodeada de bellos parques y jardines; y como si ya la hubiera visto en otra ocasión, exclamó:

—Verdaderamente es ésta.

Luego, dirigiéndose a Don Branda que estaba a su lado, añadió:

—Compra esa casa para las Hijas de María Axiliadora y yo haré que vengan pronto.

Don Branda, que se encontraba en graves aprietos económicos y preocupado por cubrir el segundo piso de los Talleres, no estaba muy dispuesto a aceptar aquel encargo y procuraba distraer a Don Bosco hablando de otra cosa.

Pero Don Bosco le interrumpió a poco, diciendo:

—Iré a Turín, hablaré a la Superiora General. En Niza se preparará un grupo de Hermanas para venir a España y cuando tú vengas este verano para hacer los Ejercicios, aprovecharás la ocasión para enseñarles un poco de castellano y luego te las traerás contigo a Sarriá.

Don Branda volvió a lo suyo:

—Antes hay que hacer otras cosas más urgentes...

—¿Cuándo vendrás a Turín?

—A fines de agosto.

Pues bien: cuando vengas, primero harás los Ejercicios y luego enseñarás el castellano a las Hermanas que ya estarán aguardándote en Niza.

Tres días después partía Don Bosco para Turín y al despedirse de Don Branda en la estación, mirándole fijamente, le dijo:

—Entendido, ¿eh? Prepárame la Casa que te dije para las Hermanas.

DIFICULTADES INSUPERABLES

Pasaron dos meses sin que pensara en ello, juzgando que a veces también los santos tienen sus rarezas... pero en el fondo sentía remordimiento por no obedecer al amado Padre, por lo que al fin intentó complacerle; mas como se encontraba tan apremiado por las nuevas construcciones, acudió como de costumbre a su paño de lágrimas, doña Dorotea.

Esta deseaba ardientemente la venida de las Religiosas. Ya en octubre de 1884, escribiendo a don Juan Cagliero, le proponía la conveniencia de que vinieran las Hijas de María Auxiliadora a hacerse cargo de la ropa blanca de los Salesianos y de los niños; pero al mismo tiempo insinuaba que si abrían unas escuelas para párvulos, podrían mantenerse por sí mismas, sin ser una carga para nadie. A este fin había puesto sus ojos en una casita próxima a los Talleres Salesianos y en esto estaba de completo acuerdo con Don Branda. También expuso su idea a Don Bosco durante su estancia en Barcelona.

Pero de esto a adquirir la finca que Don Bosco había indicado, mediaba un abismo. Conocía muy bien al dueño de la torre y sabíale tan encariñado con ella, que no la abandonaba ni siquiera para pasar una temporada en su casa de Barcelona.

—Lo que podemos hacer —dijo a Don Branda—, es pedirle que nos venda un trozo del terreno que ocupa su huerta. Allí podríamos construir una Casa para las Hermanas.

Inmediatamente dio las oportunas instrucciones a su yerno don Narciso M. Pascual, quien se apresuró a visitar al dueño.

Cuando éste oyó la proposición que le hacían, se indignó en gran manera y dijo enfadado:

—¿Pero cree usted que a mí me hace falta dinero?

—De ninguna manera. Le pido mil perdones; pero si he venido aquí ha sido para complacer a una persona para mí muy querida.

Cuando Don Branda se enteró de lo sucedido, no dejó de alegrarse interiormente por este fracaso, que, a su parecer,

le desligaba de todo compromiso, y más aún, cuando supo, poco después, que el señor Obispo acababa de prohibir terminantemente la entrada en su Diócesis de nuevas religiosas, pues había ya demasiadas.

Tranquilizado a este respecto, partió para Turín a hacer sus Ejercicios.

Don Bosco se encontraba a la sazón en San Benigno Canavese, y Don Branda se apresuró a visitarle. Apenas le vio Don Bosco, le dijo:

—Oh, ¿ya estás aquí? ¿Cuándo has llegado?

E inmediatamente añadió:

—Yo ya he tratado acerca de las Hermanas que has de llevar a Sarriá.

—Primero —dijo Don Branda—, he de hacer los Ejercicios. Luego he de preparar algunas provisiones...

—Sí, sí, haz tus Ejercicios, prepara tus provisiones, y después... ¿entendidos?

—Don Bosco —dijo el buen sacerdote, como sacando de la manga su último triunfo—, el señor Obispo de Barcelona ha prohibido terminantemente la entrada de nuevas religiosas en su Diócesis.

Don Bosco le escuchó atentamente, con suma paciencia y luego le dijo:

—¿Y la casa, la has comprado?

—No, ni es posible. El dueño no quiere oír hablar de ello.

—Bueno, bueno. Ve a Turín, luego a Niza y no marcharás a Barcelona sin llevarte a las Hermanas.

Mientras tanto doña Dorotea, que estaba ilusionada con la venida de las religiosas a Sarriá, había escrito poco antes a Don Rúa pidiéndole activase el asunto de su venida, aunque sólo fuesen unas pocas, ya que al principio sólo le preocupaba el asunto de la ropa de los niños de los Talleres.

Don Rúa le contestó en carta del 7 de julio de 1886:

He hablado del asunto con Don Bonetti, Director de las Hermanas. Me ha dicho que apenas tengan dispuesto el local, no tienen más que comunicárnoslo y al punto se enviará el número de Hermanas que se crea conveniente. Ciertamente nos gustaría más, y sería más decoroso, que al principio no tuvieran por única ocupación el encargarse de la

ropa, sino que se dedicaran a las jovencitas en algún Oratorio Festivo o en algunas clases o sala de labores. Nuestro querido Don Bosco está bastante bien y no se olvida de encomendar a Dios cada día en la Santa Misa a la buenísima persona de usted, a toda su familia y a todos nuestros amigos de Barcelona.

Don Branda, por su parte, después de hacer sus Ejercicios en Turín, fue a Niza, donde dio un cursillo intensivo de lengua castellana a las Hermanas destinadas a la nueva fundación.

Desde allí escribió a doña Dorotea para ver si de algún modo se podía obtener el permiso del señor Obispo.

Habló doña Dorotea con el Vicario General, y éste le dijo que el Prelado estaba resuelto a no admitir nuevas religiosas, y que era completamente inútil hablarle del asunto.

SE SUPERAN LOS OBSTÁCULOS

Apenas había recibido Don Branda la carta de doña Dorotea en que le manifestaba el estado de la cuestión, cuando le llegó otra del Secretario de Monseñor, en que le decía lo siguiente:

Estamos en Arenys de Mar. Ha ocurrido un caso muy doloroso. En una familia ha muerto repentinamente el padre; y la madre, por el dolor que tal pérdida le ocasionó, le siguió poco después al sepulcro, dejando abandonados en la mayor orfandad a un niño y a una niña. La hermana del señor Obispo le suplica encarecidamente se haga cargo usted del niño, mientras la niña ingresará en un asilo benéfico, dirigido por religiosas.

Don Branda contestó inmediatamente que con mucho gusto se encargaría del niño; pero a causa de la gran pobreza de los Salesianos, le era del todo imposible; con todo, se le ocurría un medio para complacer a la hermana del señor Obispo: que ésta obtuviese de Su Ilustrísima permiso para que se pudieran establecer en Barcelona las Hijas de María Auxiliadora, las cuales se encargarían de la ropa de los niños de los Talleres, ahorrándose los gastos consiguientes; y con este ahorro se podría atender gratuitamente al mantenimiento y a la educación del niño.

La respuesta fue favorable. El primer obstáculo había sido vencido.

Quedaba el segundo: la compra de la torre Gironella.

Don Branda escribió a doña Dorotea, contándole lo sucedido y añadía: "Estoy aquí en Turín, aguardando a las Hermanas. Nuestra marcha no puede tardar mucho. Por amor de Dios, búsquelos una casa."

Doña Dorotea hizo cuanto pudo. Fue a ver a un sobrino soltero, que era juez en Barcelona y tenía una torre en Sarriá. Le informó de todo y le pidió que se la cediese temporalmente para hospedar a las Hermanas.

El sobrino accedió gustoso y doña Dorotea, pudo escribir a Don Branda que ya estaba resuelta, por de pronto, la cuestión.

El 21 de octubre llegaron las Hijas de María Auxiliadora a Barcelona. Doña Dorotea las esperaba en la estación para decirles que la casa preparada no se podía utilizar, pues su sobrino estaba enfermo de tifus; pero afortunadamente su yerno don Narciso les cedía por un mes la suya, situada frente a los Talleres. Este mes lo ocupó en buscar un albergue para las Hermanas, que al fin se encontró aunque no era muy a propósito.

Entretanto, el 25 de noviembre moría repentinamente el dueño de la torre Gironella, la que Don Bosco había vislumbrado en su visión milagrosa.

La heredera, hija única, estaba casada con el señor Girona, rico banquero y bienhechor de los Salesianos. Don Branda solía visitarlo de cuando en cuando para recoger la limosna de diez pesetas mensuales que solía darle. Con motivo de la muerte de su suegro, fue a darle el pésame. Después de recibir la limosna acostumbrada, le dijo tímidamente:

—Si no fuera molestarle, quisiera preguntarle algo acerca de la torre Gironella, heredada por su esposa.

—¿La quiere comprar? ¿Pero cuenta usted con el dinero suficiente? Ha de saber que me han ofrecido por ella 250.000 duros. ¿Me quiere usted ofrecer algo más?

—Al contrario, mucho menos.

—¿Y de dónde piensa sacar el dinero?

—De! Banco... de la Providencia.

En esto sonó la señal anunciando la comida y le dijo el señor Girona:

—¿Quiere usted quedarse a comer?

—Oh, no. Yo debo continuar recogiendo limosnas para mis niños y no iré a comer hasta haber terminado.

—¿Cuánto le falta?

—Cien pesetas.

—Si es tan poca cosa, se las daré yo y así podremos ir a comer sin pérdida de tiempo.

Al despedirse, insistió Don Branda:

—¿Y la torre?

—Iré con mi señora a hacerle una visita y ya hablaremos de ello.

—¿Cuándo?

—El día de Reyes.

Y el día de Reyes fueron, efectivamente. Don Branda les había preparado un recibimiento triunfal: a la puerta del Colegio los esperaba la banda de música, que interpretó algunas piezas. Visitaron a continuación la casa, quedando muy satisfechos. Al salir le dijo el señor Girona a Don Branda:

—Pase usted por mi casa.

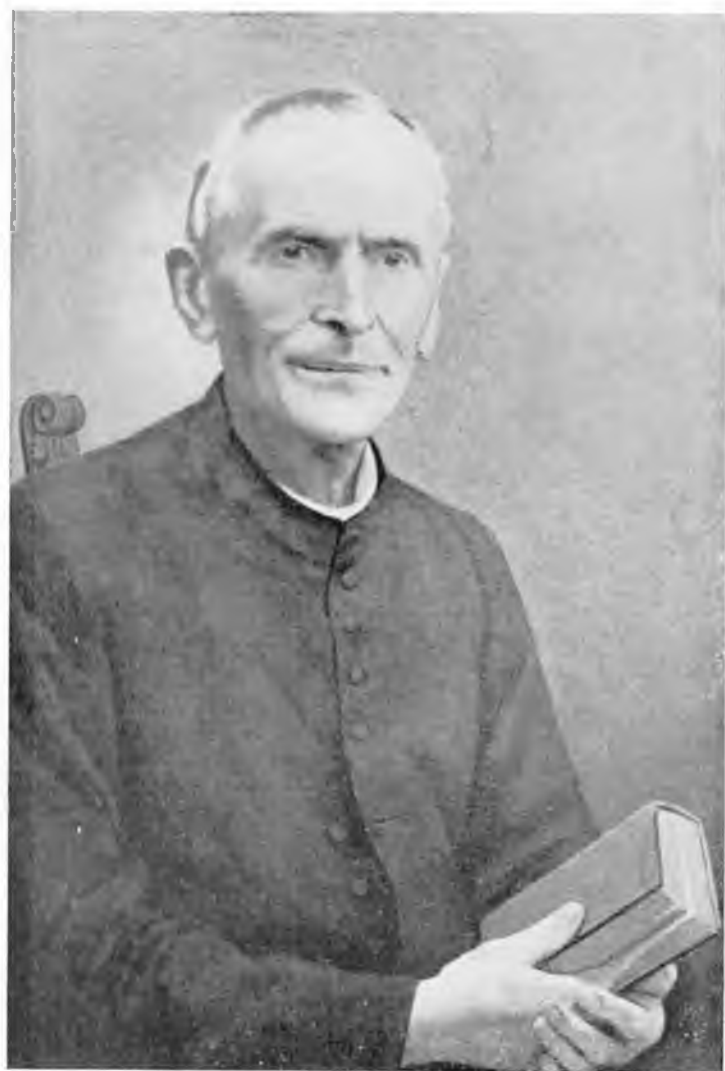
Así lo hizo varias veces, solicitando siempre que le rebajara el precio de la torre. Primero cedió hasta 250.000 pesetas, luego fueron 180.000; más tarde 170.000; finalmente, llegó a 130.000 pesetas.

Por último, cansado el señor Girona de tanta insistencia, le dijo un día:

—Le vendo la torre, porque mi mujer le ha tomado tal aversión después de la muerte de su padre, que no ha querido volver más a ella. Pero le pongo una condición sobre la cual no transijo y es que al firmar la escritura me ha de pagar al contado 70.000 pesetas, por cuyo precio la vendo. Es ésta la suma que he de satisfacer al Estado por los derechos de herencia de mi mujer.



Don Juan Branda, primer Director de la Casa de Sarrià.



El Siervo de Dios Don Miguel Rua, sucesor de Don Bosco.

DIOS ME QUIERE POBRE

Corrió presuroso Don Branda a contar a doña Dorotea lo ocurrido. Mientras la Sierva de Dios le escuchaba, sus ojos se iban llenando de lágrimas.

—¿Por qué llora? —le preguntó—. No se apure. Dejémoslo correr. Si no puede, es señal de que Dios no lo quiere.

—No, no —se apresuró a contestar doña Dorotea—. Estoy conmovida por otra cosa. Ha de saber usted que por la división del patrimonio familiar he dado a cada una de mis hijas grandes cantidades, reservándome sólo la propiedad de 70.000 pesetas que he depositado en el Banco de Barcelona, pensando que si se perdieran todos mis bienes, con esta reserva podría vivir modestamente con María (su camarera) el tiempo que Dios me quiera conceder de vida. Ahora veo que Él me quiere verdaderamente pobre. Lo seré. Conteste, pues, al señor Girona, que las 70.000 pesetas están a su disposición.

—Pero señora —dijo conmovido Don Branda—, piense bien lo que hace...

—Nada, estoy decidida. Las 70.000 pesetas son para la torre.

Corrió, pues, Don Branda a casa del banquero para cerrar el trato.

—Todavía una cosa —le dijo el señor Girona—. Los gastos de la escritura se entiende que irán a su cargo. Poca cosa: tres o cuatro mil pesetas.

—¿Por amor de Dios! Yo le puedo dar 70.000 pesetas porque las tengo; pero esas cuatro mil, ¿de dónde las saco?

El señor Girona fue generoso una vez más y quedó cerrado el trato.

La escritura se firmó el 19 de marzo, fiesta de San José, y el mismo día Don Branda recibió las llaves de la torre.

Y de esta manera, a primeros de mayo, en el aniversario de la visión en que la Santísima Virgen se le había aparecido a Don Bosco indicándole el sitio en donde quería que se estableciese en España la primera Casa de las Hijas de María Auxiliadora, estas buenas religiosas tomaban posesión de su Casa, en el actual Paseo de San Juan Bosco.

El nuevo Colegio tomó el nombre de Santa Dorotea, en honor a su fundadora, y al poco tiempo ya no cabían en él las niñas que iban acudiendo. Mandó entonces doña Dorotea agrandar la Casa, construyendo detrás de la torre un gran edificio de tres pisos, en cuya planta baja se instaló la capilla de María Auxiliadora, que más tarde fue sustituida por otra, en medio del jardín, de estilo basilical, capaz y muy bien decorada.

Doña Dorotea amaba a las Hijas de María Auxiliadora con afecto verdaderamente maternal, ya por ser su Instituto fundación de Don Bosco, ya por la entrañable devoción que profesaba a la Santísima Virgen bajo el dulce nombre de Auxiliadora de los Cristianos. Con frecuencia la oían repetir las Hermanas esta frase:

—Yo amo mucho a María Auxiliadora.

En las calamidades, así públicas como privadas, le hacía novenas con gran fervor. Puso una estatua de la misma en el jardín, y nunca salía del Colegio sin rezarle tres Avemarías. Si alguna vez se olvidaba de ello, al caer en la cuenta de su olvido, volvía atrás a rezarlas.

No menos amaba a las niñas, que a su vez la llamaban su madre. En 1889, dos años después de la fundación, hubo en el Colegio unos casos de difteria. El médico mandó aislar a las enfermitas, obligando a las sanas a abandonar el Colegio; pero como en su mayoría eran huérfanas y no tenían dónde acogerse, doña Dorotea ofreció al punto su magnífica torre de Sarriá, y para que no llevasen gérmenes del contagio, compró ropa blanca, equipos de cama y todo lo necesario para vivir una temporada, diciendo:

—Vayan allá todas las niñas sanas, sin llevar consigo cosa alguna a fin de que no lleven con ellas la infección.

Durante un mes, que duró este estado de cosas, tanto las niñas como las religiosas que las acompañaban, disfrutaron de las comodidades de la magnífica vivienda, de sus vastos y hermosos jardines y de otras mil agradables atenciones de que hubieran carecido en el Colegio, debiéndolo todo a la bondad y al cariño de su buena madre doña Dorotea.

Actualmente pasan de 700 las niñas que se educan en este

Colegio. Pasadas las pruebas de dos revoluciones, la de 1909 y la de 1936, en que fue incendiado y saqueado el edificio, éste se ha remozado, y se han construido nuevos pabellones espaciosos y dotados de todos los adelantos de la moderna pedagogía, que hacen del Colegio de Santa Dorotea uno de los centros educativos más hermosos y eficientes con que cuenta Barcelona.

LA MUERTE DE DON BOSCO

Consumido por los trabajos y fatigas, voló el alma de Don Bosco a recibir el premio de sus virtudes, en la madrugada del 31 de enero de 1888.

Al enterarse doña Dorotea por la prensa de la muerte de tan gran santo, sintió profundamente herido su corazón, elevó los ojos al Cielo y exclamó, como solía en ocasiones semejantes:

—¡Alabado sea Dios! —jaculatoria que era una manifestación externa de su entera conformidad con la voluntad divina.

Don Rúa, sucesor de Don Bosco, comunicaba personalmente a doña Dorotea la triste noticia en los siguientes términos:

Turín, 5 de febrero de 1888.

Ilustrísima señora y carísima madre: Nuestro queridísimo Don Bosco ha volado al Paraíso dejándonos a nosotros, sus pobres hijos, desolados. Siempre había manifestado el más vivo y reconocido aprecio por nuestra mamá de Barcelona, como él la llamaba, la mamá de los Salesianos y de las Hermanas.

Antes de morir dijo que iba a prepararle a usted un lugar en el Paraíso. Desde allá arriba, su devoción y reconocimiento se habrá convertido en eficaz protección y abrigamos la firme esperanza de que le impetrará muchos consuelos y bendiciones.

Nosotros, aunque desolados, no podemos dejar pasar en olvido el hermoso día del Santo de nuestra mamá, y yo, en nombre de todos los Salesianos, le presento sus felicitaciones y sus votos. Ellos continuarán siempre rogando por usted y haciendo que también rueguen sus huerfanitos, a fin de que después de una vida todavía larga, colmada de bendiciones, logre subir en derecha a hacer compañía a nuestro venerado Padre Don Bosco.

Su obligadísimo servidor, *Miguel Rúa*.

El respetuoso cariño que rezuma esta carta, escrita en momentos de tantas preocupaciones para el Sucesor de Don Bosco, muestra bien a las claras el aprecio que el nuevo Superior General, y con él la Congregación Salesiana, nutría para con aquélla a quien llamaba con el dulce nombre de mamá.

No parece sino que, huérfanos de padre, quisieran acogerse al amor y a la ternura de la madre.

El año anterior doña Dorotea había rehusado cortésmente la invitación de Don Bosco para presidir, en Turín, la fiesta de María Auxiliadora; preveía los honores y agasajos de que sería objeto y su humildad se oponía a ello. Y la presidió Don Bosco.

Este año los Superiores deseaban que llenase ella el vacío dejado por el buen Padre y Don Rúa le renovó la invitación.

Por de pronto, no rehusó; y este silencio fue interpretado en Turín como una tácita aceptación. Por eso Don Rúa le escribía el 27 de abril de 1888:

Don Carlos Viglietti al llegar aquí y al darnos nuevas de usted, nos dijo que usted vendría a la fiesta de María Auxiliadora como Priora, de la solemnidad; y Don Branda, en su última carta me confirmó la misma buena impresión. Dios sea bendito. Desde ahora los Salesianos con todos sus niños ruegan por usted pidiendo a la Santísima Virgen la cubra con su manto y la libre de toda enfermedad y peligro cuando emprenda el viaje. Creo que esta decisión le ha sido inspirada por nuestro queridísimo Padre Don Bosco, que ciertamente se unirá a sus hijos para rogar por usted. Y usted nos escribirá el día en que tendremos la dicha de verla, juntamente con las personas que tenga a bien traer en su compañía.

NUEVOS PROYECTOS

Pero tan halagüeñas esperanzas resultaron fallidas. La humildad de doña Dorotea se sobrepuso a su cariño por los huerfanitos de Don Bosco, y así, contestó a Don Rúa en los siguientes términos:

Barcelona, 16 de mayo de 1888.

Muy estimado Padre Rúa: Abrigando la esperanza de hacer a usted una visita, había dejado de contestar a su carta del 27 de abril. Al pre-

sente tengo que decirle que no me es posible emprender este largo viaje por tener el pecho algo delicado a causa de una fuerte tos que me atormenta. La Santísima Virgen me priva de la satisfacción de asistir a su fiesta. Ella sabrá por qué. De todos modos agradezco en el alma su invitación y deseo que a los niños se les obsequie con una merienda en mi nombre, para cuyo efecto destino 500 francos que remitiré a usted por letra.

Hubiera deseado tratar con usted de viva voz acerca de una fundación que deseo se haga en ésta, en un barrio muy pobre y desamparado; pero creo que usted comprenderá perfectamente, y por escrito será lo mismo. Tengo la intención de comprar un terreno que sea espacioso y hacer allí una sala grande, que sirva de escuela y capilla, siendo la primera diaria, a fin de moralizar aquel barrio, que lo necesita mucho; para esto podrían ir dos sacerdotes de Sarriá, volviendo a la noche. Yo los subvencionaría con 150 pesetas mensuales durante cuatro años; mientras tanto podrían ir buscando clases particulares con que se mantuviesen por sí mismos.

He hablado varias veces con Don Branda acerca de la necesidad que tienen los Talleres de Sarriá de una iglesia más grande que la actual, en la que ya no caben los niños, por estrechez de local. Yo decía al Padre Branda, que, contando con su aprobación, fuera a Roma a pedir la bendición al Padre Santo. Para ello ofrecería algunas alhajas valiosas, a fin de que con su producto se pudiese empezar dicha iglesia, que sería dedicada a María Auxiliadora; al mismo tiempo abriría aquí una suscripción para recoger fondos. Yo la encabezaría con 5.000 pesetas y me parece que algo se recogerá...

Don Rúa le contestaba a vuelta de correo:

Turín, 20 de mayo de 1888.

Muy querida madre doña Dorotea; ¡Qué infausta noticia nos trajo la respetable suya del 16 del corriente! Nosotros esperábamos con gran gozo su venida. Ya la habíamos anunciado a muchas personas y preparábamos la mejor manera de recibir a usted pensando en agasajar a una madre querida, cuando nos llegó su carta, que segó en flor nuestras esperanzas. Paciencia. Su salud no lo permite; debemos resignarnos a la divina disposición; mas esto no nos impedirá el rogar mucho en la solemnísima fiesta de María Auxiliadora por usted y por todos sus seres queridos.

Nosotros recibimos con gratitud todo cuanto su caridad quiera enviarnos, tanto más que son muchas, por no decir muchísimas nuestras necesidades. Que la Virgen Auxiliadora le dé el ciento por uno, derramando sus gracias y bendiciones sobre usted. Desde ahora nosotros le damos las más vivas gracias.

Esperando que al menos vendrá Don Branda, no le contesto aún acerca de los dos asuntos de que me habla usted en la apreciable suya.

Aquí trataremos con él, que tan bien conoce sus caritativos sentimientos y haremos lo posible por secundarlos.

Reciba, señora madre, la expresión de nuestro cariño y agradecimiento por todo lo que hizo hasta ahora y por lo que hará en adelante por los pobres huérfanos y por las obras de Don Bosco y tenga la seguridad de que así como Don Bosco nunca se olvida de usted en el Cielo, así también sus hijos se acuerdan siempre de su amada mamá y ruegan por ella.

Esta respuesta alarmó a doña Dorotea, que creyó ver en la dilación a su propuesta algún motivo oculto para ella y se apresuró a insistir en carta de 26 de mayo:

Muy estimado y respetado Padre Don Rúa: También yo he sentido mucho no poder asistir a la fiesta de la Santísima Virgen y hacerles a ustedes una visita; pero Dios Nuestro Señor no lo ha querido, mandándome una tos que me ha molestado estos días. Es preciso conformarse con su santa voluntad.

Tengo a la vista su estimada del 20 del corriente, por la que veo espera usted al Padre Branda para decidir acerca de las dos peticiones que le hacía. Siento este retraso; pero creo que el Capítulo Superior podría muy bien decidir esta cuestión, lo cual no veo difícil atendido que aquí hay personal suficiente para llenar esta necesidad. Si tiene usted que hacerme alguna pregunta sobre el particular, podrá hacerlo, con toda franqueza, seguro de que yo no me resistiré por cualquiera objeción que usted me haga, pues trabajando para un mismo fin, que es la gloria de Dios, no podemos estar muy discordes y poco a poco nos pondremos enteramente de acuerdo, pues a más de la escuela, podría haber un Oratorio Festivo, en el que se podría hacer mucho bien.

En días pasados, le remití una letra de 1.500 francos sobre París, la que deseo saber si ha llegado a sus manos, destinados para las fiestas de nuestra buena Madre la Santísima Virgen Auxiliadora. *Dorotea.*

No tardó muchos días en tener la siguiente contestación:

Turín, 3 de junio de 1888.

Muy benemérita señora, nuestra madre: Pensando que debo tratar con una madre me atrevo a escribirle a pesar de mi largo retraso. Estoy seguro de que usted sabrá excusarme, conociendo las muchas ocupaciones que cargaron sobre mis pobres espaldas a la muerte de nuestro querido Padre. Siempre he tenido ante mis ojos sus preciosas cartas, pero solamente hoy me es dado contestarlas.

Le doy muchísimas gracias por los 1.500 francos que su caridad nos envió, y que nos ayudaron mucho a sufragar los gastos de la fiesta de Nuestra Señora Auxiliadora. Que Dios se lo pague con inmensidad

de favores y bendiciones. La fiesta fue verdaderamente solemne como los años pasados, y fue grandísimo el concurso de gentes de todas partes, consolador el número de comuniones y el recogimiento de los devotos; mas nos faltaban el amado Padre y la buena de nuestra madre. Por primera vez no se encontró en dicha solemnidad ni Prior ni Priora.

Viniendo ahora a los asuntos de que nos habla en la suya del 26 de mayo le diré que los hemos considerado en Capítulo con toda seriedad, y todos estamos deseosos de secundar las piadosas intenciones de usted. Solamente dos dificultades se nos presentaron: la falta de personal y la falta de medios pecuniarios.

Don Bosco antes de su muerte, y el Padre Santo, después de la misma, nos recomendaron suspender por algún tiempo toda construcción y toda nueva fundación. Yo he prometido observar tales órdenes y lo mismo encomendé a todos mis Hermanos, ya por obediencia, ya por necesidad.

Sin embargo, si Don Branda puede emprender la construcción de la nueva iglesia y sostener la escuela en el barrio de que usted nos habla, sin pedir nuevo personal o ayuda económica, nosotros estaremos muy contentos.

Con la valiosa ayuda de usted, de su generosidad, influencia y actividad, espero que todo saldrá bien, y a tal efecto rogamos con fervor a Dios Todopoderoso.

Que Nuestra Señora Auxiliadora bendiga y proteja a todos sus seres queridos, y la conserve muchos años. Afectos a todos sus numerosos hijos y usted me tenga siempre como su afmo. servidor en Jesucristo. *Miguel Rúa, Pbro.*

FUNDACIÓN DE LAS ESCUELAS DE SAN JOSÉ

Con esta autorización, doña Dorotea comenzó sus trabajos para la fundación de las Escuelas que tenía planeadas. Sobre la elección del sitio en que había de levantarse el nuevo edificio hubo variedad de opiniones. Un día doña Dorotea llamó a Don Branda y lo llevó a ver un terreno situado entre Barcelona, Hostafranchs y Pueblo Seco. Estaba despoblado y equidistante de estos tres puntos. Preveía que aquel lugar no tardaría en poblarse, dado el continuo crecimiento de la ciudad, y había de llegar con el tiempo a ser un punto céntrico. Deseaba prevenir una necesidad antes de que se hiciera sentir. Don Branda estuvo completamente de acuerdo; pero no faltaron quienes se opusieran alegando que era mejor edi-

ficar en un lugar más poblado; mas doña Dorotea, con aquella intuición y perspicacia que la distinguían, mirando el porvenir como si lo tuviera ante sus propios ojos, se puso seria y atajó todas las dificultades que se le oponían, diciendo: —O se funda aquí la Escuela, o no se funda.

Cedieron todos a su autoridad, porque reconocían en la Sierva de Dios un sexto sentido de que ellos carecían.

Compró al punto el terreno, mandó levantar a toda prisa los planos de la obra y edificar sin pérdida de tiempo la Escuela.

ENFERMEDAD DE DON BRANDA

Mientras se iniciaban las obras, doña Dorotea tuvo uno de los mayores disgustos: aquel verano Don Branda fue, como de costumbre, a Turín a hacer sus Ejercicios Espirituales. Su salud estaba muy quebrantada, hasta tal punto que los Superiores se vieron en la precisión de obligarle a tomar serias medidas para su recuperación, mediante un descanso absoluto. No había que pensar, pues, en su retorno a Barcelona; pero como al frente de la Casa se necesitaba una persona capaz y virtuosa, dotada de carácter emprendedor y empapada en el espíritu de Don Bosco, los Superiores decidieron enviar para sustituirle a don Felipe Rinaldi, santo varón, dotado de todas las virtudes sacerdotales que le han merecido gran fama de santidad y que han hecho que se inicie su Causa de Beatificación.

Don Rúa daba cuenta personalmente de esta decisión a doña Dorotea, en una carta fechada en Turín el 10 de octubre de 1889:

Esta carta se la entregó personalmente don Antonio Aime, que desde el año 1886 era Prefecto o Administrador de los Talleres de Sarriá, y el brazo derecho de Don Branda.

Ilustrísima señora madre: Con la salida del querido Don Aime yo deseo hacerme presente a usted, nuestra querida madre, para presentarle nuestros respetos y asegurarle nuestra viva gratitud por todo lo que hizo, hace y hará por los pobres Salesianos, hijos del inolvidable Don Bosco.

Me he enterado con sumo gusto de la marcha de las obras de la iglesia de María Auxiliadora y de las Escuelas de San José para los pobres niños del barrio de Hostafranchs. Esperamos que Dios bendecirá estas santas obras y que se verán pronto terminadas a mayor gloria suya y de María Auxiliadora, para la salvación de las almas.

Con gran sentimiento he de comunicarle que nuestro querido Don Branda no puede por ahora volver a Sarriá, pues se encuentra enfermo de calenturas y ha arrojado mucha sangre por la boca, por lo que lo encomendamos mucho a sus oraciones y a las de las señoras de la Junta a quienes usted tendrá la bondad de recomendarlo. Esperamos pueda volver más tarde si Dios, escuchando nuestras oraciones, le devuelve la salud para seguir trabajando por la niñez pobre y abandonada.

Entretanto, enviamos para sustituirle al reverendo don Felipe Rinaldi para que la Casa de Sarriá y las obras en curso no tengan que sufrir retraso alguno. Desde ahora yo lo encomiendo a la maternal bondad de usted y de las otras señoras que de usted toman ejemplo de santo celo por las obras salesianas. Cuando Don Branda haya recuperado su salud, tendrá en Don Rinaldi una ayuda poderosa para sobrellevar la carga de todas estas obras. Por nuestra parte, esperamos que, con una temporada de absoluto reposo, pueda nuestro enfermo recuperar sus fuerzas y volver de nuevo al trabajo.

Reciba, ilustrísima señora y queridísima madre, nuestras más sinceras gracias y la seguridad de que siempre rezamos por usted y por su familia, y por las otras bienhechoras, y créame siempre su humilde servidor y capellán en Jesús y María, *Miguel Rúa, Pbro.*

Doña Dorotea sintió vivamente este cambio de Superior, en primer lugar por la causa que lo motivaba, de la grave enfermedad de Don Branda; pero además porque, compenetrados ambos, desde hacía siete años, en sus trabajos, fatigas, ilusiones, reveses y triunfos, habían llegado a entenderse perfectamente con él y temía que no iba a suceder lo mismo con su sucesor. Así se lo manifestaba a Don Branda en una carta de este mes de octubre:

Yo ya no tendré confianza en otro superior, pues siempre había mirado a usted como de la familia, tratándole tal vez con demasiada franqueza, pues le decía a usted todo lo que me parecía conveniente para gloria de Dios.

Si he abusado de su bondad, dispénsese y no deje de encomendarme a Dios.

Cuando llegó Don Aime de Turín, se apresuró a visitar a doña Dorotea para darle noticias detalladas de la enferme-

dad de Don Branda y doña Dorotea se apresuró a escribirle el 17 de octubre:

Muy estimado y respetado Padre: Por el Padre Aime he sabido que seguía usted delicado, habiendo tenido vómitos de sangre. Mucho lo siento y deseo vivamente que se ponga usted bueno para que le veamos pronto aquí, a fin de reanudar los trabajos de la iglesia de María Auxiliadora, en la que estoy segura estará usted pensando. Póngase bueno pronto y no dude del cariño que todos tenemos por usted. Besa su mano su atenta segura servidora, *Dorotea de Chopitea, viuda de Serra*.

Desgraciadamente, la salud de Don Branda no mejoraba y se frustraron las esperanzas de su retorno. Los trabajos de las Escuelas seguían adelante y doña Dorotea daba detalladas noticias de las mismas a Don Branda, confiando que para la festividad de San José se podrían inaugurar.

SE INAUGURAN LAS ESCUELAS

Y así fue. Por aquellas fechas Don Rúa había emprendido un viaje para visitar las Casas de España e Inglaterra, y aprovechando su estancia en Barcelona, se bendijeron las nuevas Escuelas en la fecha establecida. Ofició el ilustrísimo señor Obispo de Barcelona. Para dirigir las fue nombrado don Antonio Aime, bajo cuya experta dirección bien pronto tomaron gran incremento.

Cuán acertada estuvo doña Dorotea al escoger aquel lugar, lo demuestra el éxito de las Escuelas. A los pocos días de inauguradas ya estaban pobladas de niños y bien pronto se echó de ver que era necesaria una ampliación: la capilla era insuficiente; el patio de recreo resultaba pequeño para los centenares de jovencitos que allí acudían, especialmente los domingos, para recibir instrucción religiosa y divertirse honestamente en el Oratorio Festivo. Fue necesario comprar otra parcela de terreno contiguo para dar a la obra el desarrollo que exigía la siempre creciente concurrencia de muchachos.

El dueño del terreno, ávido de ganancias, y aprovechando

la necesidad apremiante de los Padres, aumentó el precio en más del doble a que había vendido el primer lote. Don Aime desconfiaba de poderlo adquirir a tan alto precio, pero doña Dorotea no desmayó ante esta dificultad, y le dijo:

—Siempre que me he encontrado en semejantes aprietos, he salido de apuros enterrando en los solares que necesitaba medallitas del Sagrado Corazón o de San José. Haga usted lo mismo y el Cielo le favorecerá.

Así lo hizo el buen Padre y alcanzó lo que tanto deseaba.

En 1891 ya eran más de quinientos los niños que acudían a las Escuelas, y en los días festivos, además, eran frecuentadas por una gran cantidad de jóvenes y de padres de familia que en aquel lugar encontraban adecuado esparcimiento, lejos de las tabernas y de otros sitios peligrosos.

Doña Dorotea, como había prometido, se hizo cargo del mantenimiento de los Salesianos que trabajaban en las Escuelas, para lo cual firmaba con Don Rúa el siguiente contrato:

La que suscribe se compromete a depositar en su escritorio o en el Banco cincuenta mil pesetas, cuya renta se destinará a la manutención del personal necesario para estas Escuelas, y en caso de expulsión de los Salesianos, de España, deberá volver el capital a la familia; pero si fuera únicamente por revolución o cualquier otro motivo pasajero, deberán abrirse de nuevo las Escuelas tan pronto como cese el impedimento. *Dorotea de Chopitea, viuda de Serra.*

Barcelona, 16 de julio de 1890.

El que suscribe acepta las proposiciones arriba expresadas y ruega a Dios que conserve *ad multos annos* a la señora bienhechora y nos ayude a mantener nuestro empeño. Turín, 21 de julio de 1890. *Presbitero Miguel Rúa*, Rector Mayor de la Pía Sociedad de San Francisco de Sales de Don Bosco.

En la actualidad, después de pasar dos veces por la prueba del fuego, durante la Semana Trágica y durante la dominación roja, el edificio, con las consiguientes reparaciones y modificaciones, ocupa casi toda la manzana, consta de un gran teatro, una bellísima y amplia iglesia y da instrucción a un millar de niños, de primera y segunda enseñanza. Además posee amplios locales para los Antiguos Alumnos, para los

jóvenes del Círculo de Domingo Savio y realiza una gran labor apostólica entre los numerosos fieles que acuden a honrar a María Auxiliadora y a San José, titular de la Casa, en la moderna iglesia, una de las más amplias y hermosas de Barcelona.

EL COLEGIO DEL SANTO ANGEL

A consecuencia de la enfermedad de Don Branda, los Superiores enviaron a Barcelona, para sustituirle, a don Felipe Rinaldi, el cual, apenas hubo tomado posesión de su cargo, se apresuró a visitar a doña Dorotea para ofrecérsele en todo. "Me recibió con tal finura y caridad —declara él mismo—, que me sentí no poco animado para el desempeño del nuevo cargo".

El nuevo Director se vio en la necesidad de emprender ciertas obras que ya Don Branda tenía intención de realizar; se trataba del segundo piso de los Talleres. Y con la confianza puesta en Dios, dio comienzo a las mismas.

Doña Dorotea, que a la sazón estaba construyendo las Escuelas de San José, en las que gastaba todo el dinero de que podía disponer, se admiró de que el nuevo Superior emprendiera nuevas obras en Sarriá, pues le constaba que carecía de dinero para ello.

Por este motivo, en la segunda visita que hizo a la Sierva de Dios, ésta, sin preámbulos de ninguna clase, le dijo en tono más bien seco:

—¿Cómo es que emprende usted estas obras?

—Francamente, porque me parecen de absoluta necesidad.

—¿Y quién las paga?

—No sé. No faltará la Divina Providencia.

—Bien. Usted verá.

Doña Dorotea le dio a entender con esta frase que era contraria a la obra, como ya lo había significado a su antecesor. Y en esta actitud se mantuvo durante la tercera visita, de modo que Don Rinaldi no sabía qué hacer. Pero a los pocos días se presenta doña Dorotea en el Colegio; examina las obras, pide el presupuesto de todo lo necesario y entrega a

Don Rinaldi, que no salía de su asombro, las 30.000 pesetas que hacían falta.

A partir de entonces, y como ambos estaban inspirados en los mismos sentimientos de caridad hacia los pobres y necesitados, se entendieron maravillosamente, compenetrándose de una manera perfecta.

Poco después, en una de sus visitas al Colegio, le dijo a Don Rinaldi:

—Estoy convencida de que si no se trabaja en reformar a la juventud obrera, nada podemos esperar de esta sociedad, que cada día va de mal en peor. Los viejos son viejos y no cambian. Quisiera, pues, sanar el mal en su raíz: la juventud. Ahora ya tenemos encarrilados los Talleres. Los muchachos que acuden a ellos, como son grandecitos, es fácil que vengan ya víctimas del vicio y pérdida la inocencia. Don Bosco fundó también, además de los Talleres, Colegios para los huérfanos. ¿Por qué no hemos de fundar también nosotros una Casa en que se recoja a los muchachos pequeños, se les eduque en la virtud y se les proporcionen estudios adaptados a su edad y disposiciones?

Entre la edad de los siete años, en que los niños salen de las Salas de Asilo, y los 12 ó 13 en que son admitidos en los Talleres, para aprender un oficio, media un intervalo de cinco o seis años. Doña Dorotea comprendía que en este tiempo los niños podían ser víctimas de los malos ejemplos de sus iguales o de la seducción de los mayores. Por este motivo había fundado ya junto a las Salas de Asilo de Pueblo Seco, de la Barceloneta y de Las Corts, tres colegios, dirigidos por los Hermanos de las Escuelas Cristianas, en los que se admitía a los niños que por su edad se veían forzados a volver al arroyo. Intentaba fundar otro en la barriada de Gracia, pero aún no estaba satisfecha.

Ella quería una institución, montada de tal manera, que los niños, a la vez que cursaban la primera enseñanza, tuvieran ante su vista otros compañeros ya mayores que, iniciados en los oficios y artes mecánicas, despertaran en ellos la afición al trabajo y así fueran preocupándose a tiempo por el oficio que mejor convenía a sus aptitudes.

PLANTEL DE VOCACIONES

Además, estos niños, educados en un ambiente piadoso, podrían tal vez sentir inclinación al estado eclesiástico, con lo que se formarían buenas y numerosas vocaciones de las que tan necesitada se hallaba siempre la Iglesia, y concretamente, la Congregación Salesiana.

Tal fue el origen del Colegio del Santo Ángel de la Guarda, que fundó, anejo a los Talleres de Sarriá, aunque con salas y patios independientes. Está destinado a niños mayores de siete años, cuya moralidad consta por un certificado de la escuela de procedencia o del respectivo párroco.

Comenzóse por impartir en él la primera enseñanza. Luego se iniciaron unos cursos de segunda, que, al tomar mayor incremento fue necesario desglosar, llevándolos primero a un edificio próximo, llamado *La Esmeralda* y más tarde a la ciudad de Mataró, siendo éste el origen del actual acreditado Colegio que alberga cerca de quinientos bachilleres.

Además, se daban unos cursos de latín para los niños que sentían inclinación a la vida eclesiástica o religiosa; éste fue el semillero de las primeras vocaciones salesianas, y a poco fueron tan numerosas, que gracias a ellas, la Congregación Salesiana se pudo extender en una magnífica floración de Casas a lo ancho de toda la Península. Los nombres de José Calasanz, Emilio Nogués, Guillermo Viñas, Salvador Rosés, por no citar sino los más conocidos entre los primeros Salesianos españoles, son prueba evidente de la fecunda labor educativa y vocacional de aquel gran forjador de Salesianos que fue el Siervo de Dios don Felipe Rinaldi.

Cuando se concluyó el Colegio del Santo Ángel, el Director presentó a doña Dorotea, para su aprobación, el prospecto que había redactado para darlo a conocer mediante la oportuna publicidad. Doña Dorotea aconsejó ciertas correcciones en favor del Colegio, y fijándose en algunas expresiones que por aludirla directamente le parecieron demasiado lisonjeras y honrosas para su persona, las mandó borrar, diciendo que nadie debía saber que ella había costeadado el Colegio.

Parecía que con esto debería darse por satisfecho el

espíritu apostólico de la Sierva de Dios. Había mirado por los hijos de los obreros desde su más tierna infancia hasta la edad en que salen de los Talleres, como oficiales en algún arte o profesión, cuyo ejercicio les asegura la subsistencia para el porvenir. Al mismo tiempo había logrado su objetivo principal: educarlos en el santo temor de Dios y en la práctica de sus deberes de buenos cristianos; pero aún no estaba satisfecha.

La edad de 17 ó 18 años, en que salen de los Talleres, es muy peligrosa, especialmente para los jovencitos que con tanto esmero han sido educados en un ambiente religioso, alejados del trato y comunicación con compañeros de diferentes ideas y de distinta formación.

Y aquí es donde doña Dorotea manifestó lo vasto de su plan y la perfección con que lo había concebido en su totalidad.

Estaba cierto día conversando con Don Rinaldi, y mientras contemplaba los progresos de las Obras del Colegio del Santo Ángel, le dijo:

—Bien está cuanto hacemos. Los Superiores lo aprueban; pero falta pensar en la fundación de otros talleres para los adultos más adelantados, que al llegar a los 17 años logren, con su trabajo y algunos ahorros, reunir un modesto caudal, hasta que, llegado el tiempo de tomar estado, puedan fundar una familia cristiana y conservar en ella la piedad, la religión, el amor al trabajo y a la economía y ser miembros útiles para la Sociedad. Piénselo usted bien y Dios nos ayudará a poner en ejecución estos proyectos.

Este era el ideal de doña Dorotea; tal era la extensión verdaderamente grandiosa de su plan; proponíase tomar al obrero, al huérfano, al desvalido, desde su más tierna edad y gradualmente ir formándolo hombre, hasta entregarlo a la Sociedad convertido en cabeza de familia, ejemplar, sin vicios, con hábitos y costumbres cristianas.

Por desgracia la muerte atajó los pasos de esta gran economista cristiana, que, sin estudios sociológicos, pero dotada de una rectitud y una clarividencia naturales, basadas en la justicia y en la caridad cristiana, daba la solución sencilla

y práctica de los problemas sociales más acuciantes, contra los cuales se estrella la ciencia humana, divorciada de la fe y enemiga de Dios, que va forjando incesantemente nuevas y utópicas teorías, sin querer reconocer que sólo la práctica de la caridad cristiana puede infundir resignación en el ánimo del pobre y verdadera abnegación y desprendimiento en el corazón de las clases más acomodadas, a fin de vivir unidos, sin odios ni rencores de una parte, y sin opresión y orgullo de la otra, formando una nueva Sociedad verdaderamente cristiana, basada en el amor y en la justicia.

LA IGLESIA DE MARIA AUXILIADORA

Con el amor a Don Bosco y a sus hijos, los Salesianos, se encendió en el corazón de doña Dorotea la devoción a María Auxiliadora, que se fue acrecentando de día en día hasta llegar a ser su devoción preferida.

Cuando llegaron a España las Hijas de María Auxiliadora, en otoño de 1886, nació en su alma la inspiración de edificar un suntuoso templo a la Santísima Virgen bajo esta advocación.

Había tratado del asunto con el Padre Branda, que la secundaba y animaba en su buen propósito. Juntos habían planeado la manera de recaudar fondos para la grandiosa empresa. Ella quería hacer algo digno de la Santísima Virgen, y aunque no conocía el Santuario de Turín, con todo insistía cerca de Don Branda para que hiciera venir a Barcelona al arquitecto de aquel templo, para que les orientase en su obra. Si su salud, y sobre todo su profunda humildad, no la hubiesen obligado a renunciar a las continuas invitaciones de Don Bosco y de Don Rúa para presidir las fiestas de María Auxiliadora, en calidad de Priora, tal vez hubiera conseguido su empeño; pero viendo que era imposible, encargó los planos a su arquitecto don José María Sagnier, el cual ideó un edificio de estilo gótico, sencillo y elegante. Había de constar de dos partes: un amplísimo trascoro, con capacidad para 300 personas, llamado iglesia interna, destinado a la Comu-



El Siervo de Dios Don Felipe Rinaldi, segundo Director de la Casa de Surriú y tercer sucesor de Don Bosco.



La antigua Casa Prats, en donde se hospedó Don Bosco durante su estancia en Barcelona.



Habitación de Don Bosco transformada en capilla por ella.

nidad y colegiales, y la iglesia, propiamente tal, de tres naves; separadas por doble fila de seis esbeltas columnas, destinada al pueblo. Entre ambos recintos se elevaría el precioso altar, también de estilo gótico, dedicado a María Auxiliadora.

Para llevar a la práctica este grandioso proyecto, se carecía de medios económicos. Doña Dorotea lo entregaba todo para sus obras de caridad; pero quiso que toda Barcelona participara en este tributo de amor a la Reina de los Cielos. A este fin organizó una soberbia tómbola, a imitación de Don Bosco, que se valió de este medio para construir la iglesia de Turín. Sus valiosas relaciones con los personajes más destacados de su tiempo la ayudaron no poco en su empeño. Desde el Sumo Pontífice León XIII, pasando por la Reina Regente Doña María Cristina, hasta las primeras autoridades de Barcelona, todos apoyaron la piadosa empresa. Patrocinada por tales figuras, no es de extrañar que la secundaran las principales familias de Barcelona.

Solicitó y obtuvo del entonces Alcalde de la Ciudad, Excelentísimo señor Marqués de Olérdola, don Francisco Rius y Taulet —el artífice de la grandiosa Exposición Internacional de 1888— los salones de la Casa de la Ciudad para exponer en ellos los valiosos regalos recibidos.

La tómbola tuvo un gran éxito. Con el producto de la misma y las limosnas de muchos particulares —todos los parientes de la Sierva de Dios contribuyeron generosamente a la misma— emprendió doña Dorotea la fábrica del templo, cuya primera piedra colocó el excelentísimo señor Obispo de la Diócesis el 24 de mayo de 1889, festividad de María Santísima Auxiliadora.

El gozo que experimentó doña Dorotea con este motivo, fue inmenso; y desde entonces uno de sus más ardientes deseos fue el ver terminada la iglesia.

Los planos de la misma fueron enviados a Turín para su aprobación por los Superiores. Doña Dorotea, siempre que escribía a Don Rúa insistía en que apresurase esta aprobación, y lo mismo encargó a Don Branda cuando aquel verano fue a Turín a hacer los Ejercicios.

Mientras tanto se trabajaba en los cimientos. Don Felipe

Rinaldi se mostró también entusiasmado con la idea y la apoyaba con todas sus fuerzas. Pero los planos no llegaban y doña Dorotea, como si presintiese que le iba a faltar el tiempo, insistía una y otra vez. El día de San José de 1891, en la visita que hizo al Colegio, rogó encarecidamente a Don Rinaldi que reclamara los planos, pues presentía su próxima muerte y deseaba ardientemente verlos aprobados. En su última visita a los Talleres, pocos días antes de su muerte, el Viernes Santo de 1891, tuvo el consuelo de saber que ya habían llegado. Sin bajar del coche los examinó atentamente e hizo algunas observaciones acerca de los mismos. Sobre todo insistió en que se activasen los trabajos... pero ella no pudo verlos terminados desde la Tierra. Dios le pedía este sacrificio.

Al año siguiente de su muerte, en mayo de 1892, terminada la primera sección, o sea, la llamada iglesia interna, fue abierta al culto, después de su bendición por el excelentísimo señor Obispo de Barcelona, que celebró la primera Misa.

Por la tarde el Director don Felipe Rinaldi dio una conferencia a los Cooperadores Salesianos, que con tanto entusiasmo habían contribuido a la piadosa empresa, dedicando en ella un agradecidísimo recuerdo a la que fue instrumento de Dios para la realización de obra tan consoladora para todos los Hijos de Don Bosco y de tanta gloria para la Reina del Cielo.

No podía imaginarse la Sierva de Dios que aquella iglesia, levantada en gran parte por su esfuerzo personal y acariciada con tanto entusiasmo, había de ser un día la depositaria de sus sagrados despojos.

En 1927, con motivo de iniciarse el Proceso de su Beatificación, los restos mortales de doña Dorotea, hasta entonces conservados en su panteón del Cementerio del Este, fueron trasladados procesionalmente, después del reconocimiento canónico, a la iglesia de María Auxiliadora y depositados en una artística arqueta de mármol a la entrada de la misma, en donde todavía se conservan, esperando que con su glorificación por la Santa Sede puedan ocupar un puesto más honroso, bajo el altar mayor de esta misma iglesia a cuya construcción cooperó con tanta eficacia.

FUNDACIÓN DEL COLEGIO SALESIANO
DE TALCA (CHILE)

SUEÑO PROFÉTICO

El día 9 de abril de 1886, aún fatigado por su largo viaje hasta Barcelona, Don Bosco tuvo en Sarriá uno de sus maravillosos sueños —como él los llamaba— y que más bien eran visiones proféticas con que el Señor le hacía ver muchas veces el porvenir de su Congregación.

Le pareció encontrarse en medio de una multitud de niños, que agrupados a su alrededor, exclamaban:

—Por fin estás ya entre nosotros. ¡Te hemos esperado tanto! ¡Ahora ya no te dejaremos partir!

Don Bosco no entendía. Y mientras se esforzaba por aclarar lo que veía, observó una pastorcita, que guiaba un gran rebaño de ovejas y corderitos. Mientras separaba las unas de los otros, le dijo:

—¿Te das cuenta de lo que estás viendo?

—Sí, pero no comprendo.

—Pues bien; recuerda el sueño que tuviste a los nueve años.

—¡Oh!, es muy difícil recordar cosas tan lejanas. Me flaquea la memoria.

—Bien, bien; piensa en ello y te acordarás.

Y llevándolo más adelante, junto a los jovencitos, añadió:

—Mira hacia allá, y vosotros también. Mirad lo que allí hay escrito. ¿Qué ves?

—Veo montañas... luego el mar... después, colinas, y montañas y de nuevo el mar.

Uno de los muchachos exclamó:

—Yo leo: VALPARAÍSO.

—Yo: SANTIAGO.

—Y yo leo los dos nombres —añadió un tercero.

Este sueño se convirtió en realidad al año siguiente, cuando Monseñor Cagliero, acompañado de Monseñor Fagnano hizo su entrada en la República de Chile para fundar en ella la

primera institución Salesiana. La ciudad elegida fue Concepción, si bien les fueron ofrecidas otras fundaciones en Valparaíso, Talca y Santiago. "De haber tenido personal, dice el Padre Rabagliati, hubiera podido Monseñor fundar veinte casas en esta ocasión."

En Santiago visitaron el Asilo de Huérfanos, que el Senador Valledor se empeñaba en ofrecer a los Salesianos. Con tal motivo se hizo una especie de velada en la que un grupito de niños representaron un hermoso diálogo en verso, en el que, inconscientemente, parecían aludir al sueño arriba referido.

Decía uno de ellos que eran trescientos huerfanitos, que deseaban educarse cristianamente. Otro manifestaba que ya tenían muy buenas madres —las religiosas— pero que necesitaban también un Padre... y un tercero terminaba diciendo que ese Padre querían que fuese Don Bosco, y sus Hijos los maestros que solicitaban. Y terminaba:

—... Y ya no habrá en todo Chile más huérfanos.

Cuando se trasladaron a Valparaíso, una turba de más de doscientos niños les iba siguiendo mientras gritaban:

—Finalmente han llegado nuestros Padres. Ya podremos ir a la escuela. ¡Oh, qué alegría!...

Al oír y ver estas cosas, Monseñor Cagliero no podía menos de recordar el sueño de Don Bosco en Barcelona, el año anterior: "Valparaíso, Santiago... ¡Por fin has llegado! ¡Ya no te dejaremos marchar!"

LA MADRE TERESA SERRA

Hemos referido este episodio, porque en la fundación de la obra Salesiana en Chile tuvo doña Dorotea una parte muy principal. Nacida en la hermosa República transandina, no es de extrañar que nutriera por su país de origen ese amor que por su patria siente todo pecho bien nacido; y si por haber residido en Barcelona durante casi toda su vida fue esta ciudad el campo principal de sus actividades caritativas, no por eso se olvidó, cuando se presentó la ocasión, de hacer el bien a sus compatriotas.

Tenía Dorotea, como hemos dicho, una cuñada llamada Teresa, hermana de su esposo, que había ingresado muy joven en el Instituto de Religiosas del Sagrado Corazón. Fue una de las fundadoras de la primera Casa que esta Congregación tuvo en España. Luego las Superiores la mandaron a fundar a Talca (Chile) como le había profetizado, poco antes de morir, su hermana Carmen, que fue religiosa de la misma Congregación, y había fallecido en olor de santidad, a poco de profesar.

Desde Talca mantenía Sor Teresa frecuente y regular correspondencia con Dorotea, que era el paño de lágrimas de la comunidad, a la que ayudaba con constantes limosnas, objetos de culto y demás cosas necesarias de que las religiosas carecían o que eran más caras que en Barcelona.

No menos de ochenta cartas se conservan en nuestro archivo, escritas por Sor Teresa a Dorotea; y a través de ellas se puede seguir el origen de la Obra Salesiana en Chile, y especialmente en la ciudad de Talca. Estas cartas, que comienzan el 20 de enero de 1886, se van sucediendo sin interrupción durante más de cinco años y no terminan sino a la muerte de la Sierva de Dios.

Desde que doña Dorotea conoció la Obra de Don Bosco, y particularmente a partir de la fundación de los Talleres de Sarriá, le manifestaba a la Madre Teresa su profunda alegría por ser la colaboradora de Don Bosco en sus apostólicas empresas en favor de la juventud; y en la religiosa empezó a germinar el deseo de que la ciudad de Talca tuviese también unos Talleres semejantes a los fundados en Barcelona. Así se lo manifestó a Dorotea, la cual abundando en el mismo parecer, tomó a pechos la empresa, y valiéndose de su gran amistad con don Juan Cagliero, a quien conoció personalmente con motivo de la fundación de Sarriá, le escribió repetidamente comunicándole sus deseos.

Don Juan Cagliero, además de Superior de los misioneros que Don Bosco envió a la Argentina, seguía siendo el Catequista General de la Congregación y Provincial de las Casas de fuera de Italia, por lo que doña Dorotea mantuvo con él una interesante correspondencia epistolar, ya que Don Bosco

delegaba en él todo lo referente a las nuevas fundaciones extranjeras.

ACTIVIDAD DE DOÑA DOROTEA

El 5 de octubre de 1884 le escribía doña Dorotea:

Reverendo don Juan Cagliero. Turín.

Muy respetado y amado Padre: Me dispensará me tome la libertad de escribirle, nacida de su bondad para conmigo y de la seguridad de que si está en sus manos, accederá a mi petición.

Se trata de una fundación de Padres Salesianos en Talca (Chile), en cuya ciudad tengo una cuñada, religiosa del Sagrado Corazón, la cual me pide con instancia haga todo lo posible para que ustedes vayan allá y digan lo que para ello se necesita, pues todo se les facilitará, ya que tienen mucha necesidad de sacerdotes para que moralicen al pueblo. Y como esta labor se ha de comenzar por los niños, que son la llave, nadie como esa Congregación podrá encargarse de este trabajo, que redundará en la mayor gloria de Dios.

Como en varias cartas que he recibido de dicha religiosa me habla siempre de lo mismo, le expuse el caso al Padre Branda y éste me contestó que en Turín el personal es escaso; pero que desde Talca se dirigiesen a Buenos Aires, en donde está el reverendo Padre Santiago Costamagna, haciéndole la petición, ya que desde allí tal vez sea más fácil enviar el personal. Si usted me hiciera la caridad de recomendar esta fundación al Padre Costamagna, no dudo que se obtendrían los Padres, ya que allí dependen de usted y no le negarán lo que se necesita con tanta urgencia.

En la mente de Don Cagliero iba surgiendo la idea de fundar en Chile, pero no era fácil resolver las dificultades, debidas especialmente a la escasez de personal; con todo, las Misiones de la Patagonia y de la Tierra del Fuego, requerían poner el pie en Chile para que el Gobierno de este país apoyara los esfuerzos de los misioneros en las tierras magallánicas, que de él dependían.

Durante la estancia de Don Bosco en Barcelona, doña Dorotea le habló de sus proyectos respecto a la fundación de Talca, y el Santo, cuyo sueño hemos referido, vio en ello una confirmación del mismo, por lo que acogió con simpatía la idea. Precisamente aquel mismo año, en una Circular a

los Cooperadores Salesianos, les pedía su ayuda económica para llevar a cabo la primera fundación Salesiana en la ciudad de Concepción.

Doña Dorotea, al recibir dicha circular, se apresuró a escribir a Don Rúa, el día 15 de noviembre del mismo año:

Reverendo Don Rúa: Por la circular relativa a los misioneros, veo que los Padres Salesianos van a fundar en la ciudad de Concepción.

Durante la estancia del Padre Don Bosco en ésta, hablamos varias veces sobre una fundación en Talca, ciudad de Chile, en la que hay gran necesidad de pasto espiritual. Me dijo el reverendo Padre que para mandar allí algunos sacerdotes salesianos y personal para los talleres, se necesitarían seis mil duros, sólo para el equipo e instalación. Escribí esta indicación a una cuñada mía que tengo en dicha ciudad, Religiosa del Sagrado Corazón, para que se pusiera de acuerdo con los sacerdotes del Seminario, que son los más empeñados en que vayan los Salesianos y tengo la contestación de que les han ofrecido una casa nueva y espaciosa, que puede contener hasta 100 niños; además están conformes en dar los seis mil duros que se les pide, y si hay algún otro sacrificio que hacer, están dispuestos a realizarlo. Yo, por mi parte, encabecé la suscripción para los 6.000 duros inscribiéndome con 500 duros, siempre que la fundación sea en Talca.

No dudo se interesará usted muchísimo en que la fundación antes indicada se pueda llevar a cabo lo más pronto posible, pues creo que será muy del agrado de Dios Nuestro Señor, por la gran necesidad que allí se experimenta. *Dorotea de Chopitea, viuda de Serra.*

Don Rúa, que tanto apreciaba a doña Dorotea, se apresuró a contentarla, escribiendo a Don Cagliero con fecha 7 de diciembre:

Monseñor carísimo: Sé que estás preparando un viaje a Chile para la fundación en la ciudad de Concepción y por eso te envío copia de una carta que acabo de recibir de doña Dorotea, rogándote que la consideres seriamente y que hagas lo posible para trasladarte también a Talca, a fin de hablar con la religiosa, cuñada de doña Dorotea, y con las demás personas que en la carta se mencionan. Luego nos darás cuenta de lo que haya y harás bien en escribir a doña Dorotea acerca del asunto. También Don Bosco desea que tomes muy en serio esta petición.

Nuevamente te saludo de todo corazón y recuerdo con mucho placer que hoy es el segundo aniversario de la consagración episcopal de tu Excelencia, de quien me glorío ser afmo. hermano en Jesús y María. *Miguel Rúa, Pbro.*

No contenta con buscar el apoyo de Don Bosco y de Don Rúa, la Sierva de Dios, escribió directamente a Monseñor Cagliero en términos parecidos a los de Don Rúa, y terminaba su carta diciendo:

Con el antecedente expuesto, y reconocida la necesidad urgente de pasto espiritual en la ciudad indicada, no vacilo en acudir a Vuestra Excelencia a fin de que, uniendo su valioso apoyo a mi solicitud y acogiendo la idea bajo su protección, pueda yo, y conmigo cuantos se interesan por la mayor gloria de Dios, ver instalada en la ciudad de Talca la fundación de nuestra querida Orden Salesiana.

Dígnese Vuestra Excelencia acoger el respetuoso saludo de toda esta familia, dispensando su apostólica bendición a todos, y muy especialmente a ésta que es de Vuestra Excelencia humilde devota y afectísima amiga, q. b. s. a. p., *Dorotea de Chopitea, viuda de Serra*.

Basten estas muestras para dar a conocer el interés que doña Dorotea se tomó desde el principio por la fundación de Talca y cómo puso en juego todas sus influencias, su entusiasmo y sus limosnas para que el proyecto llegase a cristalizar en una hermosa realidad.

Veamos, ahora, a través de las cartas de la Madre Serra, las vicisitudes de la nueva fundación.

LOS PRIMEROS PASOS

El 12 de junio de 1886, contestando a la carta que doña Dorotea le había escrito el 10 de abril (día siguiente al del profético sueño de Don Bosco en Sarriá), le escribía la Madre Teresa:

Veo que has tenido el gran placer de estar con Don Bosco en la visita que ha hecho a la Casa de Sarriá. Me regocijo contigo de haber tenido por huésped en tu propia casa a tan santo y tan digno sacerdote. Su fama ha llegado hasta aquí: he leído su biografía, que es interesantísima y llena de prodigios, los más sorprendentes. Con razón sabes apreciar su visita y conversación, guardando sus máximas como un tesoro espiritual. No sé si le has hablado de fundar en Talca. Ya casi pierdo la esperanza, pues es tan deseado en todas partes que será casi imposible que lleguen hasta acá sus hijos. .

En otra carta del 10 de julio añade:

Siempre me llenan de consuelo tus cartas; pero esta última ha sido sobremanera consoladora. Lo que me dices del reverendo Don Bosco ha reanimado mis esperanzas de llegar a obtener una fundación de Padres Salesianos. A tu intercesión deberá este pueblo una gloria tan grande que embellecerá inmensamente tu corona. ¡Cuánto me ha conmovido la oferta que haces para dar ejemplo de liberalidad a las personas pudientes de este pueblo! Yo luego que recibí tu carta, se la mostré al Padre capellán de la Casa, reverendo Julio Cruz, el más interesado en esta fundación, que dedica todo lo que tiene, junto con la herencia que ha recibido de sus difuntos padres, a esta obra de celo. Me pidió tu carta para poder consultar y darme una respuesta definitiva sobre el particular.

Ésta no podía ser más favorable. En efecto, continúa la Madre Teresa:

Después de leída la carta por el Padre Capellán, me encarga te diga lo siguiente: que los talquinos aceptan con entusiasmo la venida de los Padres Salesianos, y a pesar de su pobreza, darán todo lo necesario para la fundación, por ser muy grandes las necesidades espirituales de Talca. Desean saber lo siguiente:

1.º Cuándo se hará la fundación.

2.º En qué condiciones vendrán los Padres y lo mínimo que necesitan para su instalación en Talca, ya sea en dinero, o en equipo; y que digan más o menos dónde desean establecerse: lejos o cerca del centro.

Están todos llenos de entusiasmo y regocijo al saber la determinación del reverendo Padre Bosco de mandar aquí a sus hijos para trabajar en bien de este pueblo. Es verdad que el país es pobre, mas no ahorrarán ningún sacrificio para tenerlos cuanto antes. Que digan también el dinero que necesitan para pagar el viaje hasta aquí, y que se conteste a todas las preguntas que se hacen en esta carta, pues se ve que es cosa de Dios. Hasta los caballeros viejos están prontos a contribuir con su dinero. En tus manos pongo esta empresa, digna de tu celo por la gloria de Dios.

En la carta siguiente, del mes de septiembre, manifiesta que ha llegado hasta Chile el eco del sueño de Don Bosco en Sarriá, por lo que aquellas buenas gentes ya no dudan de que será pronto un hecho la llegada de los Salesianos a su país, profetizada por Don Bosco. Sólo se discute qué ciudad se llevará la preferencia: Santiago o Talca.

En este mismo mes de septiembre el Padre Cruz recibía la oferta de un edificio destinado a los Padres Salesianos, capaz para cien niños; edificio que debía acondicionarse a su nuevo destino, para lo cual se necesitaban quinientos pesos. Pero siendo tan grande el entusiasmo de los talquinos, se tenía la seguridad de que no habría dificultades en conseguirlos.

Y la Madre Teresa excita a doña Dorotea para que active sus gestiones cerca de Don Bosco a fin de que se decida a enviar cuanto antes sus Salesianos a Talca.

En Santiago ya hay clero suficiente. En Concepción hay comunidades de Dominicos, Capuchinos, Franciscanos, Jesuitas, Agustinos y Mercedarios; pero Talca se encuentra muy escasa de clero, recargado de trabajo, todos jóvenes principiantes.

En diciembre de este año salía para Europa y Turín otro sacerdote, gran amigo de los Salesianos, el reverendo Padre Ángel Jara, decidido a arrancar a Don Bosco la promesa de una fundación en Chile.

LOS SALESIANOS EN CHILE

El 7 de marzo de 1887 un grupo de cinco salesianos, capitaneados por el Padre Evasio Rabagliati, llegaba a Concepción para iniciar su labor entre la juventud chilena. Fueron recibidos con entusiasmo, y pocos días después tomaban posesión de su nuevo Colegio, dedicado a San José.

La Madre Serra se alegró infinito por este acontecimiento, ya que viéndolos en el país, le parecía más fácil que llegasen hasta Talca, como habían prometido. Tenía, sin embargo, miedo de que antes fueran también a Los Ángeles, en donde les habían ofrecido una fundación en muy buenas condiciones. Por ello se apresuró a escribir a Monseñor Cagliero, insistiendo en su demanda, y a doña Dorotea para que la apoyara con toda su influencia. A ésta le confesaba que no se atrevía a insistir demasiado, ya que se había declarado la epidemia del cólera; y hasta que no cesase el flagelo, no

creía oportuno pedir que viniesen los Salesianos. Terminaba diciéndole:

De todo te prometo tenerte al corriente, ya que has mirado siempre esta fundación como cosa propia y si llega a efectuarse, a ti, después de Dios, lo deberemos.

Monseñor Cagliero, por fin, se decidió a visitar Chile para estudiar sobre el terreno las posibilidades de nuevas fundaciones y para tratar con el Gobierno acerca de las Misiones de la Tierra del Fuego; pero una lastimosa caída del caballo, mientras atravesaba la Cordillera, le produjo la fractura de varias costillas y le obligó a permanecer inactivo durante algunos meses.

Este accidente, al ser divulgado en Chile por toda la prensa, contribuyó a dar a conocer más la Obra Salesiana, y especialmente al intrépido Obispo que ya era admirado por todos; y cuando repuesto del accidente penetró en Chile, fue recibido triunfalmente en todas partes, mientras se multiplicaban las ofertas de nuevas y favorables fundaciones.

Pero fue de Talca de donde recibía las más apremiantes súplicas e invitaciones. El Padre Cruz, la Madre Serra, las autoridades eclesiásticas, todos le rogaban con insistencia que fuera a visitarlos. El Rector del Seminario, por consejo de doña Dorotea, se trasladó personalmente a Concepción para tratar directamente de la ansiada fundación. Monseñor Cagliero se mostró algo remiso, pretextando la carencia de personal, mas prometió abogar por esta causa, cuando, a finales de año se trasladara a Turín para tratar con Don Bosco del asunto.

En abril de este mismo año de 1887, contestando a la Madre Serra, le manifestaba que había recibido cartas de doña Dorotea suplicándole fuera a Talca para activar la fundación, y que de paso visitara a su cuñada la Madre Serra y que por complacer a doña Dorotea, estaba dispuesto a emprender el viaje apenas se lo permitiera el estado de su salud.

Al darle cuenta la Madre Serra a doña Dorotea de esta promesa, añadía:

A ti, pues, te deberá la ciudad de Talca tamaño favor. ¡Qué aumento de gloria te espera en el Cielo por esta Obra que espero se realizará bien pronto con la ayuda de Dios!

MONSEÑOR CAGLIERO EN TALCA

En efecto, en la primera quincena de mayo Monseñor Cagliero se trasladó a Talca, según manifiesta la Madre Serra a la Sierva de Dios en carta del 15 de dicho mes:

He tenido el gran consuelo de ver y tratar al señor Obispo Monseñor Cagliero, tan bueno y complaciente como tú me habías manifestado en tus cartas. Han concurrido oportunidades conducidas evidentemente por el Sagrado Corazón de Jesús. Y en primer lugar, llegó a Talca Su Señoría la víspera del primer viernes de mayo, de modo que nuestro capellán le invitó a celebrar en nuestra capilla. Hizo una bella plática destacando la influencia decisiva del Sagrado Corazón en la gran obra de celo que se va a iniciar en esta ciudad.

Además se dio la providencial coincidencia de hallarse aquí el nuevo Arzobispo de Santiago en su primera visita pastoral, el cual se detuvo ocho días más de los que pensaba, para resolver personalmente con Monseñor Cagliero las dificultades que se pudieran presentar. De este modo, el mismo primer viernes, quedó todo arreglado.

El Padre Cruz, antes de comenzar la Misa el día siguiente, nos comunicó la grata noticia. Estaba tan conmovido que no podía contener sus lágrimas.

Ayúdanos tú a dar gracias al Señor por haber, al fin, logrado terminar tan felizmente este asunto al que tanto has contribuido con tus empeñosos desvelos. Por esto te van a nombrar Protectora principal de la fundación. Monseñor Cagliero ha organizado una Junta de Cooperadores de esta Obra, encabezada por el Padre Cruz, y ha dicho que te va a proponer como la primera de las Cooperadoras.

El 9 de julio vuelve a darle detalles de la próxima fundación. El antiguo Hospital de las Hermanas de la Caridad, ha sido reformado y adaptado para su nueva misión. Consta de una amplia y hermosa iglesia, y de salas muy capaces para clases, talleres y dormitorios. El edificio está muy bien situado y cerca del Colegio del Sagrado Corazón, de modo que espera que los Salesianos les proporcionen un capellán fijo.

CESIÓN DEL EDIFICIO

El día 20 de julio se firmó el contrato de venta del edificio destinado a los Salesianos. Costó 40.000 pesos que entregó el Padre Cruz en el acto de la firma.

El día siguiente se celebró en la iglesia un solemne oficio para dar gracias a Dios por tan buena adquisición. Repicaron las campanas, enmudecidas desde la salida de las Hermanas; y en espera de que llegaran los Salesianos, un grupo de señoras se hizo cargo del cuidado de la iglesia. El Padre Cruz iba recibiendo, en nombre de los Salesianos, continuas ofertas de dinero y objetos de culto y hasta las Hermanas del Sagrado Corazón contribuyeron, en el límite de sus posibilidades, proporcionando la cera necesaria, que les había mandado doña Dorotea.

Mientras tanto, el Superior de Concepción, don Evasio Rabagliati, enterado de que en un convento de Talca vivía una cuñada de doña Dorotea, envió un diploma de Cooperadora colectivo para toda la Comunidad, como recompensa por el celo desplegado por la Madre Teresa en favor de los Salesianos.

Todo parecía andar sobre ruedas, cuando el demonio, que siempre busca dificultades a las obras de Dios, suscitó una que iba a echar por el suelo tantas ilusiones. El párroco de Talca, disgustado por el papel secundario a que, según su criterio había sido relegado, quiso recabar para su parroquia la propiedad de la iglesia, con lo que el futuro Colegio quedaría privado de su parte más esencial. Afortunadamente intervino el señor Arzobispo y se disiparon las nubes de tormenta.

El Padre Cruz no cejaba en su intento de apresurar la venida de los Salesianos, escribiendo a Monseñor Cagliero en este sentido, y el gran Obispo misionero, encargó a Monseñor Fagnano le contestara asegurándole el próximo envío de un grupito de Salesianos:

Puntarenas, 4 de agosto.

Mi muy querido amigo: He recibido sus dos cartas en las que me da la grata noticia de la adquisición en firme del antiguo hospital

y de la buena voluntad con que nos esperan el señor Intendente, los sacerdotes y el buen pueblo de Talca. Gracias a Dios pronto podremos trabajar en la educación de los niños de ese pueblo. Yo escribí a monseñor Cagliero la buena noticia y le manifesté la necesidad de mandar pronto a ésa algunos sacerdotes, mientras los otros religiosos harán su viaje por Mendoza tan pronto esté expedito el paso de la cordillera, por ser muy penoso en este tiempo el paso por el estrecho. Celebro mucho la aprobación del señor Arzobispo, pues así no podrá quejarse de que nos establezcamos en Talca antes que en Santiago.

Por su parte Monseñor Cagliero le escribía desde Carmen, de Patagones:

Tengo en mi poder su apreciadísima del 7 de agosto. En ella me da la feliz noticia de la compra de la casa que fue hospital de San Juan de Dios. Todo queda, pues, hecho, por parte de usted. Ahora me toca a mí cumplir la promesa que les hice, poblando de niños y de salesianos la Casa de Talca. Ésta será la dificultad más seria: proveer el personal para el tiempo que ustedes desean. Confío, pues, en la ilimitada bondad y paciencia de mi querido don Julio, el cual me dará algún tiempo siquiera para resollar. Haremos lo posible para estar en Talca a primeros de octubre.

Añade a continuación que está preparando su viaje a Europa y que en Turín tratará detenidamente con Don Bosco sobre las fundaciones de Chile; mas la primera será la de Talca.

POPULARIDAD DE DOÑA DOROTEA

En esta ciudad era ya conocida doña Dorotea, no sólo por sus trabajos y entusiasmo en pro de la fundación Salesiana, en la que volcó toda su influencia cerca de Don Bosco y de Monseñor Cagliero, sino también por su constante ayuda a las obras sociales de beneficencia que habían emprendido las Religiosas del Sagrado Corazón. A ella se debe, en gran parte, la fundación de la Escuela Dominical y la Escuela Nocturna para jóvenes trabajadoras, a cargo de dichas religiosas. Además, eran continuas sus limosnas y donativos en especie, que no cesaba de prodigar, por mediación de la Madre Teresa.

Esta buena religiosa le manifestaba su gratitud y complacencia en una de sus cartas:

Aquí en Talca todos te conocen no sólo por tu generosidad, sino sobre todo por ser la principal Cooperadora de los Salesianos. Yo conservo una fotografía tuya, bastante antigua por cierto y se la mostré el otro día a una señora que deseaba conocerte. Se empeñó en que se la dejase llevar para enseñarla a sus amistades. Creo que ha corrido por todo Talca. Está hecha al menos hace veinte años, así es que te conocen mucho más joven. Me alegro de que así sea.

En otra carta, fechada en 26 de noviembre, le dice:

Te he puesto a la cabeza de la suscripción o colecta que se está haciendo en favor de los Salesianos, con los 500 pesos oro que me enviaste. La gente, en vista de tu generosidad, te da el título de Condesa. Y aunque yo les digo que no tienes ese título, ellos no quieren creermelo, y se figuran que es por humildad por lo que yo lo niego. Yo me río, y les dejo decir, pues ni tú ni yo ambicionamos otro título que el de Siervas del Señor. Los 500 pesos oro no los he entregado todavía. Los guardo para entregarlos personalmente a los Salesianos cuando los vea en Talca, cosa que no acabo de creer.

A todo esto el Padre Cruz recibió una carta a primeros de noviembre, en la que le decían que los Salesianos destinados a Talca se encontraban ya en Montevideo, esperando quedase expedito el paso de la Cordillera para emprender el camino hacia Chile.

El Padre Ángel Jara, que estuvo en Turín, le comunicó, de parte de Don Bosco, que se debía preparar a sufrir muchas calumnias y trabajos, como consecuencia de la obra que llevaba entre manos. Es digna de admiración la virtud de este ejemplar sacerdote. Según confesó él mismo a la Madre Serra, era su mejor amigo quien le ponía en el crisol del sufrimiento para hacerlo así digno de cooperar a una obra tan beneficiosa para las almas y la gloria de Dios.

Monseñor Cagliero había prometido los Salesianos para el mes de octubre; pero pasó este mes, y el de noviembre y los Salesianos no acababan de llegar.

En otro comunicado les decía que antes de partir los nuevos misioneros habían de hacer en Buenos Aires los Ejerci-

cios Espirituales... Nuevas dilaciones, que ponían a prueba la constancia y la fidelidad de aquellas buenas gentes, en especial del Padre Cruz y de la Madre Serra. Se consolaban con el pensamiento del gran bien que estaban realizando ya en las Misiones de la Patagonia, en donde cosechaban mucho fruto en la conversión de aquellos pobres salvajes.

El 4 de febrero de 1888 el Padre Rabagliati llegó a Talca, para recibir a los Salesianos que, procedentes de Buenos Aires iban destinados a aquella ciudad.

El Padre Cruz, cada vez más identificado con Don Bosco le manifestó su deseo de ingresar en la Congregación y por de pronto pensaba hacer vida común con los Salesianos, para probar su método de vida.

LLEGADA DE LOS SALESIANOS

Finalmente, el 18 de febrero hicieron su entrada en Talca los religiosos Salesianos.

Constituían la Comunidad el Director don Domingo Tomatis, el Padre Garbari y el Padre Vicente Gioia, y además el clérigo don Serafín Buzio y el coadjutor don Luis Marelló.

El recibimiento fue cordialísimo sobre toda ponderación. Al enterarse de su llegada, el clero de la capital quería que fueran a Santiago. Fue necesaria toda la energía del Padre Cruz para evitarlo. Por su parte el señor Arzobispo, haciendo honor a su promesa, calmó los ánimos, recordando a todos que los religiosos debían cumplir la obediencia debida a sus Superiores, que los enviaban a Talca.

La Madre Teresa rebosaba de legítima alegría. Por fin se veían cumplidos sus más ardientes deseos. Ya tenía a sus Salesianos; pero quedó confusa al ver que el salesiano coadjutor vestía de seglar. Ella creía que debía llevar hábito, para que fuera mayor su prestigio. Pronto rectificaría su manera de pensar al respecto, al darse cuenta de que al vestir la chaqueta, podía, sin faltar a sus obligaciones religiosas, ganarse la confianza y el aprecio de los muchachos y de las personas seglares.

Benedetta signora Dorotea
Dio benedica voi, e caritatevole signora
e con voi benedica tutta la vostra fami-
glia, tutti i vostri parenti ed amici.
Marion a. vi conlenni tutti in buona
salute, ma sempre per la via del
Paradiso e sempre la grande pro-
tettina dei nostri orfanelli, e di tutte
opere di carità che a Dio buono piace
che affidare ai poveri salesiani -
Voi tutti pregheate per noi e nella
buona speranza di vederci un giorno
metto di noi in Italia, tutti i nostri
salesiani e loro allievi faranno e già
Dio speriamo preghiere affinché Dio
ci renda felici in questa terra, ma
di gran lunga più felice ancora
nella Beata eternità?
In vostro signor G. C. sarà sempre
unito ma obbligatissimo ser-
vitore
Torino
20 Dic. 86 - Jac. Gio. Bosco

Carta autógrafa de S. Juan Bosco a Doña Dorotea.
(Traducción al dorso)

(Traducción de la carta anterior)

Benemérita Señora Dorotea:

Dios la bendiga, oh caritativa Señora y con usted bendiga a todos sus parientes y amigos. María Auxiliadora los conserve a todos en buena salud, pero siempre por el camino del Paraíso, y sea siempre la gran protectora de nuestros huerfanitos y de todas las obras de caridad que el buen Dios ha querido confiar a los pobres Salesianos.

Todos ustedes rogarán por nosotros, mientras abrigamos la dulce esperanza de verlos un día junto a nosotros en Turín; todos nuestros Salesianos y sus alumnos elevarán especiales oraciones a fin de que el Señor nos haga dichosos en esta tierra; pero de una manera especial más dichosos aún en la eternidad feliz.

En Nuestro Señor Jesucristo seré siempre su humilde, pero agradecidísimo servidor,

Turín, 20 diciembre 1886.

JUAN BOSCO, Pbro.

Precisamente a este humilde coadjutor le sucedió un curioso percance, pues habiendo entrado en su habitación un niño, mientras él se hallaba ausente, dejó una vela encendida sobre el baúl que guardaba el humilde equipo del religioso. Olvidóse el niño de apagar la vela, y ésta al consumirse, pegó fuego al baúl que ardió con su contenido, provocando un incendio. Acudió corriendo el buen salesiano, que, para apagar el fuego, tuvo que arrojar al río el contenido del baúl, quedándose con ello sin más ropa que la que llevaba puesta. El trabajo fue para la Madre Teresa, que tuvo que pedir limosna para equiparlo de nuevo con lo más indispensable.

LA MUERTE DE DON BOSCO

La alegría que produjo en Talca la llegada de los Salesianos, fue nublada por la noticia, al principio muy confusa, de que había fallecido su Santo Fundador. Todo el clero de la ciudad quiso asociarse a los solemnes funerales. El reverendo Padre Berrios, uno de los más celosos y distinguidos cooperadores, se ofreció a predicar el sermón en las honras fúnebres, manifestando con este acto su gratitud hacia el Santo, pues hallándose en cierta ocasión completamente afónico, había recuperado la voz después de invocar a Don Bosco y ponerse al cuello una medalla de María Auxiliadora bendecida por él.

También en Santiago se hicieron grandes honras fúnebres en sufragio del alma de Don Bosco, predicando el reverendo Padre Ramón Ángel Jara, desplegándose toda la magnificencia del culto y asistiendo el señor Arzobispo, juntamente con los Superiores Salesianos de Talca y Concepción.

El apostolado de los Salesianos se inició en seguida, en medio de la mayor pobreza, sello inequívoco de todas las grandes obras de Dios. Afortunadamente, las Religiosas del Sagrado Corazón, especialmente la Madre Teresa, se preocuparon de los ornamentos del culto y les proporcionaron incluso el vino y las velas para la Santa Misa. Por su parte los Salesianos correspondían a tantas atenciones con su pres-

tación personal, cooperando con el Padre Cruz en la mayor brillantez del culto de su capilla, especialmente durante la Semana Santa. Uno de los sacerdotes daba clase de Religión a las niñas; otro fue nombrado su confesor, y el tercero, siempre que le era posible les proporcionaba el consuelo de una segunda misa los domingos.

Por su parte Monseñor Cagliero no olvidaba a la pequeña Comunidad, a la que escribió alentándola y consolándola por la muerte de Don Bosco, asegurándoles que el Santo, antes de morir, le concedió dos bendiciones especiales: una para él y otra para las Casas de América y en especial para las de Chile: Concepción y Talca. Les comunicaba además, que por orden del Papa y de acuerdo con los Superiores, ya no se abrirían más Casas, durante una larga temporada, para que la Congregación pudiese preparar el personal que de todas partes le pedían. Afortunadamente la de Talca ya estaba en marcha, debido en gran parte a la influencia y a las constantes recomendaciones de doña Dorotea, a la que debían estar todos muy agradecidos.

La Madre Serra se apresuró a hacer entrega al señor Director de los 500 pesos oro, donativo de la Sierva de Dios, con lo que pudieron hacer frente a las primeras necesidades. Los talquinos estaban contentísimos de los Padres y el clero de la ciudad nombró al Padre Tomatis presidente de las Conferencias de Moral de los Sacerdotes. A su vez las Hijas de María, le eligieron como Director de su Congregación, así como la Sociedad de Beneficencia de las señoras de Talca.

Doña Dorotea les regaló una preciosa imagen del Sagrado Corazón para que la pusieran en la iglesia. Este regalo fue debido a la indicación que le hizo la Madre Serra, pues los Salesianos, por delicadeza, jamás se hubieran atrevido a importunarla con nuevas peticiones.

EN LA BRECHA

Los Salesianos se multiplicaban en Talca, trabajando sin descanso en todos los campos del apostolado. El Padre Tomatis, que a un espíritu apostólico digno de Don Bosco unía

una bien timbrada voz, era llamado a cantar en todas las funciones religiosas. Además, era un gran predicador, y por ello muy solicitado en las fiestas más destacadas. En cuanto al Padre Gioia, fue víctima de la tuberculosis: mas a pesar de su delicado estado de salud, no dejaba de trabajar como si estuviera sano, dando clases de canto y de música, actuando de organista y derrochando un celo verdaderamente apostólico ya en las clases, ya en las obligaciones de su sagrado ministerio. Según expresión de la Madre Teresa, "da pena oírlo toser, y verlo tan flaco y acabado. Vive a fuerza de oraciones".

En una carta a doña Dorotea le manifiesta:

Es necesario sustituirlo, pues se nos va a morir el día menos pensado. Recuérdaselo a Monseñor Cagliero. A ti te hará más caso. El pobre sigue rtabajando como si estuviera sano: canto, música... además, las confesiones le agotan mucho. Insiste, y ya que eres la fundadora de esta Casa, has de ayudarla con todo empeño: recuerda lo que te dijo Don Bosco cuando estuvo en Barcelona, al hablar de esta fundación: que no la descuidaras, que sería para mucha gloria de Dios.

Pero eran aquéllos tiempos heroicos. No se podía pensar en sustituirle, porque se carecía en absoluto de personal. Y el Padre Gioia falleció santamente, agotado por la terrible enfermedad y por la fatiga, el día 28 de marzo de 1890.

Don Bosco decía que la mayor gloria del salesiano era morir en la brecha, y que Dios bendeciría las Casas en donde se trabajase hasta el extremo. Y así fue en esta ocasión, pues a pesar de las dificultades, Monseñor Costamagna, que como Visitador estuvo en Talca poco después de la muerte del Padre Gioia, hizo todo lo posible para sustituirlo por otro sacerdote, también organista, procedente de Concepción.

Un incidente doloroso afectó durante este tiempo a la comunidad salesiana y al pueblo talquino en general. Como ya hemos indicado, el Párroco, que se sentía pospuesto por las actividades e iniciativas del Padre Cruz, le hacía a éste la vida imposible, por lo que tuvo que retirarse a Santiago, *pro bono pacis*, con gran disgusto de todos; pero aceptó humildemente este destierro recordando la profecía que le hizo Don Bosco

de que había de sufrir y padecer, para que su alma se purificase más y más... No duró mucho la prueba, pues al fallecer el mencionado Párroco, su sustituto se apresuró a llamar al Padre Cruz a Talca, para que continuase su apostolado junto a los Salesianos.

Mientras tanto éstos iban ampliando el campo de sus actividades. Así lo refiere a doña Dorotea la Madre Serra, en carta de primeros de 1889:

El Padre Tomatis fue a Concepción, a primeros de año, donde tuvo ocasión de visitar al Presidente de la República, quien le ofreció una ayuda económica para el mejor desarrollo de todas las actividades del Colegio.

Te ruego hagas lo posible por enviar una estatua de San Luis y otra de San Juan de Dios, titular de la iglesia. Como tú eres la principal cooperadora de los Salesianos de Talca, ellos no pierden el derecho que tienen a tu caridad o a lo menos conservan la esperanza de tu protección.

Cada vez me gusta más la misión de los Padres Salesianos, que facilitan a los pobres los medios de llegar a ocupar la alta dignidad del sacerdocio, dedicándose a formarlos en la virtud y en la ciencia. Yo tengo el consuelo de haber colocado algunos niños en los Talleres de los Padres. Todos manifiestan disposiciones para ingresar en la Congregación. De esta manera, dentro de algunos años, tendrán los Padres quienes compartan sus tareas, sin esperarlo todo de Europa. Ahora han establecido un aspirantado de jóvenes. Cuentan ya con ocho aspirantes coadjutores y esperan aumentar el número, y cosa maravillosa: mientras los demás religiosos se quejan de no encontrar vocaciones, los Salesianos tienen muchas y muy buenas. Junto con los coadjutores hay un joven de buena familia, aspirante al sacerdocio. Te ruegan les envíes un ejemplar de la obra del Padre Rodríguez para hacer su lectura espiritual.

El Padre que viene a decirnos la Santa Misa tiene los zapatos rotos y no puede cambiarlos por no tener otros. Tampoco tiene manto y te ruego extiendas tu caridad a estos pequeños detalles, pues sé que lo harás con sumo gusto.

En otros campos de actividad, el Padre Tomatis me ha dicho que para el próximo junio piensa establecer el Apostolado de la Oración, así como celebrar con toda solemnidad el mes del Sagrado Corazón en su iglesia de San Juan de Dios.

Doña Dorotea se apresuró a atender las indicaciones de su santa hermana, y envió todo lo que le pedía, además de la

cantidad necesaria para mantener un huerfanito en el Colegio. Le contestaba la Madre Serra:

Todos han quedado muy satisfechos de ver las hermosas estatuas de San Luis y de San Juan de Dios. Todo el mundo las alaba. Han sido colocadas en sus respectivos altares y la iglesia está hermosísima y muy bien atendida.

He tenido la satisfacción de hablar con Monseñor Costamagna. Me dijo que te había visitado a su paso por Barcelona a finales del pasado año. Nos ha mandado en sustitución del Padre Gioia a otro Padre, llamado don Miguel Fassio, que en un principio iba destinado a Concepción; pero Don Costamagna, con su autoridad de Visitador, lo dejó en Talca. Por otra parte nuestro capellán, el Padre Garbari, estuvo a la muerte, a causa de la influencia, pero afortunadamente pudo reponerse y en la actualidad ya se encuentra mejor.

En otra carta le expone la situación:

El Visitador, Padre Costamagna, pensaba enviar al Padre Tomatis a Italia para acompañar la próxima expedición de Misioneros destinados a América, y especialmente a Chile, en donde se preparan nuevas fundaciones en Santiago y Valparaíso. Yo lo sentí mucho, pues la ausencia de tan ejemplar sacerdote se dejará sentir, dada la juventud de los que quedan y por eso te suplico hagas lo posible para que no nos toquen al Padre Tomatis y que la expedición venga sin que tenga que acompañarla él en persona.

El Padre Garbari se encuentra fuera de peligro, gracias a la intercesión de Santa Filomena, a quien lo encomendé, por lo cual te suplico me envíes 50 pesos para una estatuita de esta Santa, que colocaremos en la iglesia en prueba de gratitud. La hará un artista italiano recién llegado.

También hemos tenido la visita de Monseñor Fagnano, que vino con motivo de una herencia dejada por una señora para la fundación de Valparaíso. El Gobierno ha concedido el pasaje para veinte salesianos que habrán de abrir cuatro casas. Una en Santiago, para Noviciado, con una hermosa iglesia gótica y todos los paramentos del altar. Otra también en Santiago, fuera de la ciudad. La tercera en Santa Rosa de los Andes, con mucho terreno y un extenso viñedo, y la cuarta en Valparaíso, muy bien situada.

Junto con los Padres vendrán también las Hijas de María Auxiliadora, a quienes les han cedido un terreno muy a propósito, cuya escritura ha firmado ya el Padre Tomatis. Parece que ya no irá este Padre a Europa, pues Monseñor Cagliero le ha permitido quedarse por ahora en Talca.

Estamos luchando con el Padre Fagnano para que nos deje en

Talca al Padre Antonio Ferrer. Ha recogido bastantes limosnas para la isla que el Gobierno le ha cedido en la Tierra de Fuego para civilizar a los indios, con el privilegio de que nadie pueda entrar en ella sin su permiso: es verdaderamente admirable el celo de estos santos religiosos. Don Bosco los protege de todos modos.

El Padre Capellán que nos dice la Santa Misa tiene las medias agujereadas. Te agradecería que me enviases lana para hacerle otras.

GENEROSIDAD DE DOÑA DOROTEA

Como podemos ver por estos fragmentos de cartas de la Madre Serra, doña Dorotea no dejaba de proteger a sus Salesianos de Talca. No salía ningún barco de Barcelona con destino a Chile, sin que la Sierva de Dios enviara alguna cosa para su hermana Teresa y para los Salesianos: objetos de culto, imágenes sagradas, especialmente del Sagrado Corazón, libros, estampas, lámparas, cera...

Además, sufragaba una pensión vitalicia para una señora enferma: doña María Moreno; pagaba los estudios y manutención de un seminarista, Samuel Bravo, al cual, cuando cantó Misa, le regaló asimismo un breviario, la sotana y el manto.

Esto sin contar las continuas limosnas que hacía para aliviar la pobreza del Colegio del Sagrado Corazón, y la fundación ya mencionada de las Escuelas Nocturnas y Dominicales, a cargo de las religiosas, en Cerro Colorado.

Era una continua entrega, que sumada a las muchas que hacía en España y particularmente en Barcelona, nos maravilla, sin que podamos explicarnos cómo una persona sola haya podido abarcar con tanta eficacia tantísimas obras de caridad.

Las últimas dos cartas de la Madre Serra llegaron a Barcelona cuando ya la Sierva de Dios gozaba del Paraíso. Dios había hecho realidad los augurios de aquella santa religiosa, premiando con el ciento por uno todo lo que su caridad inagotable había proporcionado a los pobres por amor de Dios.

Actualmente existen en la República de Chile 24 Casas Salesianas. La ciudad de Talca, además de la que acabamos

de historiar, ha visto prosperar la Obra Salesiana con la fundación de otro Colegio, erigido en 1936.

Santiago, la capital, en donde nació la Sierva de Dios, cuenta con seis establecimientos salesianos.

El sueño de Don Bosco es una hermosa realidad. Doña Dorotea, desde el Cielo, verá complacida cómo en su amada Patria se desarrolla con tanto empuje y eficacia la obra por ella patrocinada en sus últimos años.

Para terminar esta relación transcribimos parte de la carta de una religiosa del Colegio de la Inmaculada Concepción, de Concordia, en la que hace un llamamiento a su caridad para con una pobre familia de emigrantes españoles que vuelven a Barcelona.

Han tenido que mendigar la caridad pública para procurarse el pasaje. Van el matrimonio y dos hijas. No tienen a nadie en ésa más que la inagotable caridad de doña Dorotea.

En vista de tanta necesidad me acordé al punto de usted y a pesar de la multiplicidad de obras a que usted atiende, me parece que todavía cabe en su gran corazón esta pobre gente; así que me atrevo a pedirle por amor de Dios sea usted su bienhechora y protectora, especialmente de las dos niñas, con la confianza de que no me negará esta gracia que de tan lejos le pido.

¡Cuántas veces la nombro a usted, querida doña Dorotea! ;Y cómo no, si siempre tengo delante de mí los buenos ejemplos que usted me ha dado, sobre todo su amor a los pobres! Muchas veces me parece que Dios me da a entender que su muerte ha de ser preciosa y que infinidad de pobres la van a llevar al Cielo y otros tantos saldrán a recibirla, en compañía de Nuestro Señor Jesucristo, para darle el premio merecido, según nos dice el Santo Evangelio.

Conque sepa usted desde ahora que cuando me digan que ha muerto usted, voy a decir: ¡Dichosa, dichosa, dichosa!

Pero mientras tanto ruego para que no muera usted, sino que viva con sus hijas y nietos hasta la cuarta y quinta y sexta generación.

IV. LA SANTA

Nos complacemos en declarar que no intentamos ni remotamente prevenir el juicio infalible de la Iglesia, de la que nos gloriamos ser hijos obedientísimos, y que al poner de relieve las virtudes de la Sierva de Dios e incluso al calificarla alguna vez de santa, no hacemos más que expresar la opinión unánime de cuantos la conocieron y trataron, que así la denominaban, por considerarla una alma elegida por Dios para edificar al pueblo cristiano con sus grandes virtudes.

VIRTUDES HEROICAS DE LA SIERVA DE DIOS

A lo largo de la biografía de doña Dorotea hemos podido apreciar su santidad de vida, reflejada en mil detalles, que nos presentan a la Sierva de Dios como modelo acabado de todas las virtudes cristianas; pero nos parece muy puesto en razón el destacar ahora cada una de ellas, a la manera como después de admirar un aderezo de piedras preciosas, siente uno la necesidad de ir examinándolas una por una, para recrearse en la contemplación de su cautivadora belleza y de su extremado valor.

Por otra parte, muchos hechos y aleccionadoras anécdotas de doña Dorotea no han tenido cabida en las páginas anteriores, porque, procediendo de muy variadas fuentes, no se ha podido precisar el tiempo y circunstancias en que se realizaron. Y no queriendo que estos hechos edificantes queden relegados al olvido, los incluimos en la relación de sus virtudes, siguiendo el precepto del Señor: *Colligite fragmenta, ne péreant*. Aunque parezcan insignificantes, contribuirán a realzar el inestimable valor del joyel de sus virtudes, completando su hermosura y atractivo.

Todos los testigos llamados a declarar en los Procesos están concordes en afirmar, bajo juramento, que la Sierva de Dios practicó las virtudes cristianas en un grado no común ni ordinario, como suelen practicarlas los buenos cristianos, sino en un grado eminente y extraordinario, es

decir, en un grado heroico, propio de las almas perfectas y santas.

Este heroísmo dimana, precisamente, de la prontitud, de la facilidad y del placer con que doña Dorotea practicaba la virtud, aunque los actos de cada una de ellas fueran difíciles, ya por razón de los mismos, ya por las circunstancias de que iban acompañados.

VIRTUDES CARDINALES:

PRUDENCIA

El hombre, como ser racional, obra siempre guiado por un fin. Para alcanzar este fin, es necesario que emplee los medios necesarios. El hombre que sabe escoger, ordenar y poner por obra estos medios hasta alcanzar el fin propuesto, es un *hombre prudente*.

Pero para el cristiano hay un fin supremo, su eterna salvación, al que debe subordinar todos los otros fines, buscando los medios necesarios para alcanzarlo y evitando los obstáculos que a él se oponen. En esto consiste la prudencia cristiana, que es la primera de las virtudes cardinales.

Doña Dorotea practicó en grado heroico esta virtud fundamental. En medio del mundo, en tiempo de salud o enfermedad, y en el ejercicio de sus obras de caridad, supo dirigir todas sus acciones a la consecución de la vida eterna, último fin del hombre. Todos los testigos que depusieron en los Procesos, coinciden en afirmar que una de sus virtudes características era la prudencia en el hablar y en el obrar. Dice el Siervo de Dios don Felipe Rinaldi: "Muchas personas, especialmente religiosas, iban con frecuencia a pedirle consejo. Una de ellas me decía que cuando se guiaba por ellos, nunca tuvo que lamentarlo. Recuerdo que doña Dorotea, cuando debía emprender alguna obra importante, no de-

jaba jamás de pedir consejo a su director espiritual y en varias ocasiones me dijo, después de proponerme alguna empresa: "Ahora voy a escuchar a mi amo", refiriéndose a su confesor."

En cierta ocasión celebraba la santa Misa un sacerdote; mas la decía tan de prisa, que llamó la atención de los circunstantes. Doña Dorotea excusó al celebrante alegando en su favor que pronunciaba con mucha claridad las palabras.

En sus conversaciones procuraba evitar aquéllas, que, aunque justificadas en sí, podían ser menos convenientes para alguno de los presentes.

Refiere doña María Teresa de Gibert: "No permitía que en su presencia se hablase mal de nadie. Cuando el Padre Branda fue trasladado de Sarriá a Turín, mi madre supuso que tal vez este repentino e inexplicable cambio era debido a alguna calumnia levantada contra la Sierva de Dios y el Padre Branda. Poco después de la muerte de la abuelita, habiendo ido a Turín en compañía de mi madre Mariana, ésta tuvo interés especial en visitar al Padre Branda para conocer la verdad de lo sucedido, y al salir de la entrevista, me dijo: "He sabido lo que me interesaba, y una vez más he quedado convencida de la santidad de Don Branda y de mi madre."

Don Modesto Hernández Villaescusa, que durante algún tiempo fue su secretario y limosnero en las obras benéficas de Palafrugell, afirma que era sumamente prudente y que sabía escoger muy bien aquellas obras que tenían necesidad de ayuda, tanto en el orden material como en el espiritual. Su discreción y prudencia en las mismas obras de caridad personal que hacía, era tal, que no daba ninguna limosna sin antes comprobar que había de redundar en bien espiritual o material de los necesitados.

Cuando recibía alguna demanda de ayuda material, antes de atenderla, se enteraba personalmente o por medio de tercera persona, de si verdaderamente existía tal necesidad y en caso afirmativo, se mostraba siempre generosa en sus dádivas;

pero si le iban con mentiras o exageraciones, era inexorable.

Sor María Amenós, religiosa benedictina, que fue criada suya durante varios años, afirma que era sumamente ordenada y constante en todos sus asuntos. En las exhortaciones y consejos sabía unir la gravedad a la amabilidad. Nunca observé —dice— una palabra o acción que desmintiera esta prudencia. Recuerdo que poco después de ser admitida en la casa como sirvienta una muchacha de dieciocho años, dijo a una de las lavanderas, llamada Engracia, que don José María le había hecho regalos en metálico y le había prometido ponerle un pisito, cosa que yo jamás creí, dada la honradez y religiosidad del señor. Habiéndose enterado de estas habladurías doña Dorotea, con una delicadeza, una prudencia y una caridad admirables, hizo de modo que dicha sirvienta dejase la casa de tal manera que no llamara la atención de nadie.

Cierta religiosa, Superiora de una Comunidad, solía consultar en sus apuros y dificultades a la Sierva de Dios y asegura que cuando seguía sus consejos todo le salía a pedir de boca. “Tenía —añade— una prudencia como pocas veces se encuentra en las personas del mundo, aun las más piadosas. Pero además tenía un gran conocimiento de la vida espiritual y hablaba de las cosas del alma como lo hubiera podido hacer la religiosa más ilustrada y fervorosa...”

En cierta ocasión mandó construir obras para una casa de beneficencia. Hizo levantar los planos y redactar el presupuesto. Después examinó detalladamente, como solía, las cuentas, las aprobó y se comprometió a pagar las facturas.

Una persona interesada en el asunto, se excedió un tanto añadiendo algunas cosas que no estaban en los planos ni incluidas en el presupuesto aprobado por la Sierva de Dios.

Cuando el maestro de obras presentó su cuenta a dicha persona, ésta al ver que subía con exceso de lo que doña Dorotea había aprobado, le dijo:

—Francamente, no tengo valor para presentar esta cuenta a doña Dorotea.

Entonces, el maestro de obras dijo:

—Pues bien, se la presentaré yo.

Así lo hizo. Doña Dorotea examinó los papeles muy detenidamente y luego le dijo:

—Esta cuenta no es la que yo aprobé. Yo pagaré gustosa la cantidad a que me comprometí; pero lo restante se lo pagará a usted la persona que le mandó hacer las obras que no constan en los planos.

Dio la cantidad prometida y ni un céntimo más.

Cuando emprendía una obra examinaba por sí misma los materiales, rechazándolos si no eran buenos. Su primera operación en tales casos consistía en romper un ladrillo para ver si estaba bien cocido. Con la misma minuciosidad examinaba los otros materiales.

Solía todos los años salir doña Dorotea de Barcelona, en lo más caluroso del verano para reparar sus fuerzas en algún punto de los Pirineos. El año 1884 estuvo en Lamelou, desde donde escribió a su confesor consultándole acerca de algunas dudas que se le ofrecían. Es una carta en la que se reflejan por igual la grande sumisión con que se sometía al criterio de su director espiritual, en los casos dudosos que le ocurrían, el escrúpulo que sentía por hacer gastos superfluos aun en razón de satisfacer sus más piadosos y santos deseos y finalmente, el deseo de conocer la voluntad de Dios para cumplirla fielmente. Dice así:

Lamelou, 15 de junio de 1884.

Mi siempre respetado Padre: Llegamos a ésta sin novedad después de un viaje feliz. Atribuyo este favor a las personas caritativas que ruegan por mí. Aquí me he encontrado con un cura muy bondadoso. Y como no me ha preguntado los días que comulgaba, sigo en esto los mandatos de usted que como son tan precisos, no me he atrevido a desobedecer.

Tengo muchos deseos de visitar a la Santísima Virgen de Lourdes a mi regreso; pero temo hacer un gasto superfluo. Son unas catorce horas de ferrocarril descansando un día para visitar a nuestra buena Madre. Deseo, pues, me dé usted su consejo sobre el particular a fin de quedar tranquila al emprender el viaje o dejar de hacerlo; pudiendo asegurar a usted que cualquiera que sea su contestación me quedará contenta por pensar que lo que usted me indique será la voluntad de Dios.

Siempre de usted su hija q. b. s. m., *Dorotea*.

Tal fue doña Dorotea durante su vida. En todos sus estados de doncella, casada y viuda, fue el mismo su espíritu. El grado de perfección con que se manifestó en cada uno de estos estados fue conforme a lo que las circunstancias especiales de cada uno de ellos le permitían. Y si solamente en el tercero, hacia el fin de su vida, se manifestó en toda su plenitud, fue porque sólo en él se vio libre de toda traba, más abundante en recursos y sin tener que dar cuenta a nadie de sus gastos, ya que podía libremente y con toda la generosidad de su caritativo corazón, emplearse en sus meritorias obras de caridad cristiana.

Cuantos trataban con ella no podían menos de admirar su rara prudencia. Dice un testigo: "Muchas y muy admirables eran las virtudes de esta gran señora, pero entre ellas se distinguía su gran prudencia. Siempre que daba su parecer sobre alguna cosa, lo hacía con mucha suavidad; y si no se seguía su consejo se la veía tan ecuaníme como cuando ponían en práctica sus indicaciones. No se imponía ni aún en las cosas más pequeñas y dejaba obrar siempre con entera libertad."

Y esta virtud no se limitaba tan sólo a los negocios temporales, sino que también alcanzaba a las cosas de espíritu, como atestigua la Superiora de cierta comunidad. "Tenía alto conocimiento de las cosas de la vida espiritual. No puede caber duda de que el Señor se comunicaba a su alma con la intimidad con que lo hace a sus amigos. Y en algunos casos difíciles, cuando no le salían las cosas tan bien como deseaba, decía: "Esto y más merecía por mis pecados; pero Dios lo arreglará todo para su mayor gloria y el bien de las almas, que es lo único que deseo."

"Nunca —continúa la mencionada religiosa— faltaba a la caridad, y excusaba con delicadeza aun a las personas que censuraban o condenaban sus obras de piedad y sus limosnas."



Patio de los Talleres Salesianos en tiempo de Doña Dorotea.



Colegio del Santo Angel, en tiempos de Doña Dorotea.



Fachada de las actuales Escuelas Profesionales Salesianas de Sarrià.

Es una virtud sobrenatural que nos inclina a dar a cada uno lo suyo y a respetar los derechos de los demás.

Esta virtud es a modo de una brillantísima corona, formada por multitud de piedras preciosas, engastadas en el oro purísimo de la caridad. En primer lugar destaca entre ellas la virtud de la Religión, por la que damos a Dios el honor que se merece. Entre los propósitos que tomaba doña Dorotea en sus Ejercicios, el más repetido, porque constituía la base de todos los demás, era siempre el de examinar si hacía todas las cosas con la única y recta intención de buscar la gloria de Dios.

A veces lamentaba que su intensa vida activa, empleada en obras de caridad, la apartase del pensamiento de Dios. Dejó escrito en uno de sus papeles: "El inconveniente que hallo para conseguir la presencia de Dios es que tengo que estar continuamente ocupada y ello me distrae con mucha facilidad de la unión con Él. Tal vez sea ésta la voluntad del Señor que me da fuerzas y medios para trabajar en bien del prójimo. Pero ¿qué importa que yo tenga menos gloria en el Cielo si procuro dársela a Dios trabajando para los pobres y sacrificándome por todos?"

Mujer verdaderamente desprendida —acota el Padre No-nell— que lleva el desinterés al supremo grado de renunciar al aumento de su propia felicidad eterna en razón de promover y aumentar la gloria de Dios. Y esto, trabajando y sacrificando su reposo y quietud en bien del prójimo. En estas admirables palabras se transparenta toda la perfección de su amor al prójimo y de su caridad con Dios.

Llevada por este espíritu de heroica justicia, cumplió siempre a la perfección sus deberes de hija, de esposa y de madre cariñosa.

Como hija obedientísima y abnegada, llenaba de consuelo a sus padres; a sus hermanos, cuñados y suegros, les profesaba un amor sin límites, manteniendo siempre con ellos las mejores relaciones y ayudándolos en todas sus necesidades

tanto de orden temporal como espiritual. Hemos podido observar en páginas anteriores la íntima unión que existía entre ella y sus cuñadas, religiosas del Sagrado Corazón de Jesús, Sor Carmen y Sor Teresa: sobre todo a esta última, cuando fue trasladada a Chile, para fundar en Talca, la proveía constantemente de todo cuanto necesitaba para sus fundaciones y sus obras de caridad. Y por lo que a Sor Juana se refiere, ya hemos admirado los hermosos ejemplos de abnegación y de cristiano afecto que las unió mientras vivió la santa religiosa.

Sus deberes de esposa, los cumplía ateniéndose siempre a todos los deseos de su marido. A pesar de la íntima repugnancia que sentía, se avenía a vestir con lujo, a adornarse con valiosas joyas y a frecuentar la sociedad, para honrar y complacer a su esposo. Le amaba con ternura, le consolaba en sus penas y dificultades y se preocupaba sobre todo del bien de su alma. Cuando ya próximo a la muerte vio doña Dorotea que tal vez en sus múltiples negocios hubiera podido infiltrarse alguna irregularidad, le persuadió a que asesorado por un competente religioso, revisara todas sus cuentas, labor que le llevó varios meses hasta dejarle completamente tranquilo al respecto.

Y fue tal la gratitud que con este motivo sintió por los Padres Jesuitas que, deseosa de recompensarlos, les ofreció una gran suma para la fundación de un Colegio de la Compañía en Barcelona. Y aunque las circunstancias impidieron a los Padres llevar a cabo esta fundación, con todo, en su testamento, les dejó la cantidad prometida para que la utilizaran según lo creyeran conveniente.

Respecto a sus deberes como madre, basta recordar los grandes sacrificios que se impuso por sus hijas en la infancia, el desvelo con que atendió a su educación, colocándolas en el Colegio del Sagrado Corazón, bajo la amorosa vigilancia de su tía Sor Teresa; la delicadeza con que procedía cuando habían de tener profesores particulares en casa, el tacto con que vigilaba sus relaciones con los que habían de ser sus

esposos, y la abnegación con que cuidaba de sus nietecitos, imponiéndose los mayores sacrificios por su bienestar y su cristiana educación.

Es cierto que la Sierva de Dios gastaba importantes sumas en sus obras de beneficencia; pero jamás tomó para ellas un céntimo del caudal que su esposo había dejado en herencia a sus hijas. Todo se lo entregó a su debido tiempo, y todas ellas están concordes en afirmar que recibieron su herencia intacta, aumentada gracias a la previsión de doña Dorotea de colocar los capitales en las condiciones más favorables para su acrecentamiento.

De sus deberes para con los criados y las sirvientas, y de la justicia y afecto verdaderamente maternal con que los trataba, dan fe muchos de ellos, que bendicen su memoria y la veneran como a madre. Antes de admitirlos a sus servicio, les exponía las mutuas condiciones y se atenía a ellas con estricta justicia. Les daba regularmente un salario más elevado del que se acostumbraba en aquellos tiempos, y les hacía frecuentes regalos en ropa y dinero, y, no pocas veces, les pagaba el dote a las que querían ser religiosas, o a las que preferían el estado del matrimonio, preocupándose por sus hijos, a muchos de los cuales sacaba de pila, obsequiándolos con una libreta en la Caja de Ahorros, en la que solía imponer la primera entrega de cien duros, para que a su debido tiempo tuviesen un capitalito con que poder hacer frente a sus necesidades.

En cuanto a la que podríamos llamar justicia social, no hubo en su tiempo en Barcelona persona que tomase tan a pechos el remediar las necesidades de la clase obrera. A ello tendía la fundación de los Asilos, las Escuelas gratuitas, los Hospitales, los refugios para el amparo de las jóvenes en peligro, la educación de las muchachas de servicio, y sobre todo la formación de jóvenes obreros, para los que fundó los Talleres Salesianos de Sarriá.

Y no se contentaba con crear estas grandes obras. Las visitaba con frecuencia, se entretenía largamente con los en-

fermos, se preocupaba por que los niños asilados recibieran a su debido tiempo la Sagrada Comunión, organizando funciones brillantes y fervorosas; remendaba personalmente las ropas de los niños; en una palabra, hacía las veces de madre para con los desheredados de la fortuna.

Estimaba de estricta justicia el remediar las necesidades de la clase obrera, elevar su nivel de vida y acabar de una vez con la irritante desigualdad social, que permite a unos pocos privilegiados llevar un tren de vida lujoso y provocativo mientras muchos indigentes yacen en la miseria y en el desamparo.

Cuando alguno le echaba en cara los desmesurados gastos que hacía en estas obras de beneficencia, respondía con tranquilidad: "El Señor nos ha dado el dinero a los ricos para que lo distribuyamos entre los pobres."

FORTALEZA

En la sala de visitas del Hospital del Sagrado Corazón se conserva un hermoso retrato al óleo de la Sierva de Dios, su fundadora y constante protectora. Nos la presenta en plena madurez: enérgica, decidida, resuelta. Expresa al vivo la fortaleza de su carácter.

—La abuelita —dice uno de sus nietos— parece más un hombre que una mujer.

—Era capaz de mandar un ejército —afirma una criada que durante más de cincuenta años estuvo a su servicio.

Cuantos la trataron coinciden en afirmar que era una mujer de temple extraordinario. En la práctica del bien y en su lucha contra el mal, no había obstáculos que la hicieran retroceder. Estaba dotada de una santa audacia para emprender las obras más difíciles y de una constancia a toda prueba para llevarlas a cabo.

Pero estas manifestaciones de su fortaleza externa no eran sino la expresión de la fortaleza interna, sobrenatural, heroica, de que estaba adornada su alma.

Niña de pocos años, sus padres la hacían comer en compa-

ña de aquel anciano torpe, baboso, repugnante, para acostumbrarla a dominar sus instintos y a sobreponerse a las exigencias de su naturaleza en aras de la caridad para con los pobres y desgraciados.

En plena adolescencia, se le plantea el problema crucial de su vida: la lucha entre el amor casto y legítimo por su futuro esposo y el que la naturaleza le imponía por el padre, que enfermo en tierras lejanas, ansiaba la compañía y el consuelo de su hija predilecta. Hay que decidirse, el tiempo urge; de la decisión que tome, dependerá todo su porvenir. El ejemplo de su hermana Josefa, victoriosa en su vocación, y el consejo del sabio confesor, la determinan, por fin, a seguir el mandato divino: "Abandonará el hombre a su padre y a su madre, para formar una familia." Y funda el hogar que le exigían de consuno su vocación y su amor.

Ya casada, viviendo con sus suegros, sabe ganarse su corazón con su modestia, su abnegación, su desinterés, hasta el punto que don Mariano llegó a amarla como a su propia hija y decía de ella que era *el ángel del hogar*. Pero esto sólo lo consiguió tras una lucha heroica con sus propias inclinaciones y los que ella creía sus derechos más legítimos. Pues a pesar de lo mucho que sus suegros la querían, no permitieron que las cuatro primeras hijas de Dorotea fueran criadas en casa. A causa de su delicada salud, los médicos le prohibieron amamantarlas a sus pechos y tuvo que entregarlas al cuidado de nodrizas que residían en pueblecitos cercanos a Barcelona. En tales circunstancias, y a pesar de la inmensa pena que ello le causaba, obedeció, sumisa, y supo mantenerse ecuaníme y tranquila; pero no dejaba pasar ni un solo día sin ir a visitar a sus hijitas.

Demostró Dorotea su heroica fortaleza en sobrellevar con suma paciencia las diversas enfermedades que la aquejaron. Recordemos su primer viaje a París y los tres meses que estuvo inmovilizada por el incidente de la rodilla. Durante este tiempo no se le oyó jamás una queja; procuraba sonreír para alentar a su esposo y empleaba su forzosa inacción en hacer prendas de punto para los pobres.

Otra vez, y también en París se vio forzada a guardar cama durante cuatro meses, hasta el punto que se llagaron los codos, pero nunca se lamentaba y olvidando sus propios dolores sólo buscaba aliviar las necesidades de los demás y consolar a sus familiares con piadosas reflexiones.

Cuando estuvo en peligro de muerte a raíz de su viaje a Rusia mostró la fortaleza de su alma pidiendo personalmente los santos Sacramentos, a pesar de que los médicos, para no alarmarla, decían que no era grave su enfermedad. Estaba preparada para la muerte y completamente resignada a la divina voluntad.

En los últimos años de su vida sufrió una grave afección a los bronquios; y sin dar importancia a sus achaques, siempre estaba dispuesta a ayudar a los demás. Habiéndosele caído casi todos los dientes, no quiso ponerse dentadura postiza, por no gastar un dinero que creía necesitaban los pobres más que ella.

Muchas fueron las adversidades que hubo de soportar durante su larga vida; no siendo las menores las críticas infundadas de que la hacían objeto algunas personas acerca de sus obras de beneficencia; pero ella todo lo soportaba con heroica paciencia. Refiere el Padre Branda que en cierta ocasión una familia, a la que protegía, la hizo objeto de un desprecio inmerecido, que ella soportó sin inmutarse, exclamando tan sólo: "Alabado sea Dios."

Pero donde demostró de una manera heroica su fortaleza fue en las múltiples fundaciones que llevó a cabo en favor de los necesitados. No pocas veces se enfrentaba con obstáculos, al parecer insuperables y que hubieran desanimado a otra alma de temple más débil que la suya. Ella jamás retrocedía cuando se trataba de la gloria de Dios o del bien de las almas. Trabajaba incansable y ni las contrariedades, ni los desprecios, ni la falta de medios económicos, ni la ingratitud de las mismas personas por ella beneficiadas fueron capaces de arrebatarla. Siempre enérgica, decidida y resuelta, estudiaba los medios más oportunos, sopesaba las dificultades, medía prudentemente el pro y el contra, y una vez decidida a llevar a

cabo la obra que creía necesaria al bien de los necesitados o a la gloria de Dios, no había fuerza humana capaz de detenerla en su camino.

LA MUJER FUERTE

En la Misa de las santas no vírgenes, se lee el elogio que el autor de los Proverbios hace de la mujer fuerte. Es su mejor panegírico y se puede aplicar en todas sus partes a doña Dorotea:

La mujer fuerte, ¿quién la hallará? Vale más que las perlas. Descansa en ella el corazón laso de su marido que nunca tiene falta de cuanto le conviene.

No le da más que gustos, nunca disgustos durante el tiempo todo de su vida.

Se agencia lana y lino y se hace las labores con sus manos. Es como nave de mercader, que de lejos se trae sus alimentos.

Todavía de noche se levanta y prepara tarea a sus criados y comida a su familia.

Ve un campo y lo compra y planta una viña con el valioso fruto de sus manos.

Se cife de fortaleza; vigoriza sus brazos. Ve alegre que su tráfico va bien, y ni de noche deja que se apague su lámpara.

Toma la rueca con sus blancas manos y hace bailar el huso.

Tiende su mano al miserable y a los menesterosos.

No teme su familia al frío de la nieve porque todos sus domésticos tienen vestidos dobles.

Ella misma se teje sus tapices, y sus vestidos son de lino, lana y púrpura.

En las puertas, respetado entre todos es su marido cuando en ellas se sienta entre los más ancianos del lugar.

Teje una tela, luego la vende, y vende al mercader un ceñidor.

Se reviste de gracia y de fortaleza y se ríe de aquello que el porvenir oculta con su velo.

Vigila a su familia. No come el pan de balde.

Levántanse sus hijos y la aclaman la bienaventurada. Su marido la ensalza y enaltece: muchas hijas hicieron maravillas; mas a todas tú sola sobrepujas.

Engañosa es la gracia. Es fugaz la belleza y sólo la mujer que teme a Dios es siempre de alabar.

Dadle, pues, el trabajo de sus manos y alábenla sus hechos en las puertas.

Estas palabras se pueden aplicar con toda propiedad a Dorotea.

Fue, en efecto, don José María una de las personalidades más destacadas de la Barcelona de su tiempo. Ocupó cargos públicos y puestos elevados en la sociedad. Y Dorotea le honraba con su sumisión, su amor y su total entrega a sus deseos. Mucho le repugnaba el vestir con elegancia, a la moda, usar joyas preciosas, asistir a espectáculos públicos o a las recepciones que organizaba su marido o a las que era invitado; pero sabía que su deber de esposa era el acompañar al esposo y sacrificando sus íntimas repugnancias se prestaba, con la sonrisa en los labios, a estos deberes de sociedad.

Todos cuantos conocían a Dorotea recuerdan que nunca la vieron ociosa. En casa, rodeada de sus hijas y criadas, se dedica a coser sus vestidos, a remendar los de los pobres, a hacer canastillas para los recién nacidos, hilas para los heridos en las guerras civiles... Nunca estaba ociosa. Y en los viajes, y durante sus enfermedades, mientras tenía las manos libres, se dedicaba a labores de punto para los pobres y necesitados.

Mientras vivió su marido, éste se encargaba, como es justo y natural, de los negocios; pero a su muerte los tomó en sus manos y mantuvo el crédito y la prosperidad, con miras a asegurar la herencia de sus hijas y procurarse los medios para realizar sus incontables obras de caridad. Todos admiraban su sagacidad en colocar los capitales para que rindieran el fruto apetecido. Sus numerosos parientes, familiares de don José María, acudían a ella en sus discusiones y en sus litigios y se atenían a sus decisiones, porque la consideraban una mujer prudente, justa y conocedora, como pocos, del beneficio que se puede sacar de una peseta.

Su lámpara era la última en apagarse a la noche y la primera en encenderse por la mañana. Gobernaba a su numerosa servidumbre manteniéndola siempre en actividad, porque nada aborrecía tanto como el ocio. Detallaba a cada uno el trabajo que había de hacer durante el día y vigilaba atenta por que todo se realizase de una manera perfecta, siendo ella la primera en dar ejemplo. No plantó, ciertamente, una viña

porque ya no estaba en los tiempos bíblicos; pero con sus ahorros, de lo que su esposo le daba "para alfileres", construyó el hermoso palacio de la Gran Vía, para alojar decorosamente a su familia.

De lo bien que trataba a sus criados dan fe todos ellos, que se hacían lenguas de su afecto maternal en proporcionarles no sólo lo necesario, sino incluso lo superfluo. Les regalaba vestidos, cortes de traje; les pagaba el salario más elevado y se preocupaba de su porvenir, cuando ya no podían trabajar, procurándoles la habitación y el sustento necesarios. Y no sólo se preocupaba por su bienestar material, sino sobre todo se preocupaba por su bien espiritual, y cobijados todos en el seno de una familia cristiana, se reunían en común, señores y criados, para rezar las oraciones, hacer la lectura del Año Cristiano, y demás prácticas de piedad, ante el mismo Dios, Padre común de ricos y pobres. Atendía a que hicieran los Ejercicios Espirituales, como los hacía ella y se interesaba por su frecuencia de los Sacramentos.

Tendía su mano al pobre y al menesteroso. Tal vez en este punto es donde más se echa de ver la mujer fuerte que era Dorotea. ¿Quién es capaz de reducir a guarismos los pobres, los enfermos, los necesitados, los niños, que alivió con su exquisita caridad? Hablen por ella sus numerosas Salas de Asilo, sus colegios para niños abandonados, sus hospitales, sus refugios, las escuelas y talleres, los conventos para religiosos de ambos sexos, las iglesias y capillas... y en fin, las infinitas limosnas que con mano liberal distribuyó entre los pobrecitos de Cristo. Nunca ponía coto a su generosidad, que por otra parte era recompensada por el Señor, ya que, según propia confesión, "cuanto más daba a los pobres, más tenía para dar".

La verdadera hermosura de la mujer consiste en la virtud, en la modestia, en la honestidad y en que brille su misericordia en todas sus acciones. En recompensa estará contenta en los años de su vejez, cuando vea que se acerca el premio reservado a sus virtudes y a su caridad. Así le sucedió a doña Dorotea. Después de haber hecho tanto bien y derramado a manos llenas sus consuelos entre los pobres y menesterosos,

no espera más que el premio prometido por el Señor a los que han sostenido virilmente los combates de esta vida. Por eso su muerte fue la muerte de una santa: confortada con todos los auxilios espirituales, rodeada de sus numerosas hijas, nietos y biznietos, se sintió como el añoso tronco de olivo que, al secarse, deja en rededor de sí numerosos retoños que han de continuar sus ejemplos de piedad y de caridad. Por eso siente la inefable alegría del atleta, que al final de su carrera espera el premio merecido y prometido por el Justo Juez.

Sus palabras eran siempre medidas, sabias y circunspectas. Nunca se la oyó criticar ni murmurar ni quejarse de nada. Sus advertencias iban siempre acompañadas de la mayor blandura y suavidad. No permitía que en su presencia se hablase mal de nadie. Sabía disculpar las faltas o debilidades ajenas y siempre tenía una excusa para los deslices de las almas débiles. "No juzguéis y no seréis juzgados." Esta máxima era la norma de su vida.

La madre cristiana tiene que dar cuenta a Dios de las almas de sus hijos. Por eso se preocupaba tanto de la vigilancia de sus hijas y de sus criados. A aquéllas, cuando aún eran solteras, las vigilaba maternalmente en sus relaciones prematrimoniales, evitando con su presencia y su actitud, siempre discreta, los peligros que pudieran ofrecerse. ¡Qué diferencia con la conducta de muchas madres modernas que no sólo no vigilan a sus hijas en estas peligrosas circunstancias, sino que les permiten ir acompañadas de sus novios o de otros muchachos a los espectáculos, a las jiras campestres, a excursiones y deportes! Por eso han de llorar muchas veces lágrimas muy amargas al convertirse en cómplices de tantas caídas irreparables.

Cuidaba también de que en su casa, criados y criadas estuviesen debidamente separados, ocupando distintos pisos según el sexo. Pero su vigilancia no se reducía tan sólo a este aspecto peligroso, sino que se extendía a todas las necesidades, trabajos, ocupaciones y responsabilidades de cada uno de los que vivían bajo su mismo techo.

Esta vigilancia continua para que reinase en su hogar la paz y la gracia de Dios era más que suficiente para absorber

las actividades de una buena madre de familia. Con ello se gana el pan que come.

Los hijos, los nietos, los familiares todos e incluso los extraños ensalzaron a Dorotea y la proclamaban santa. Su esposo, mientras compartió con ella los azares de la vida, no tenía más que palabras de elogio y alabanza.

Muchas son las mujeres que ponen su consideración en el parecer, en la hermosura del cuerpo y demás prendas exteriores. Pero su elogio no radica en estas vanas apariencias, que desaparecen en un momento como el humo. Ni se cimienta su alabanza en las cualidades y prendas naturales del ánimo. De nada servirían éstas si no se fundaran en la sabiduría, en la piedad, en la caridad y en el temor de Dios. Las obras hechas por estos impulsos son las únicas que merecen alabanza: son las que forman el elogio inmortal de *la mujer fuerte*.

Y ellas son, precisamente, las que forman el mejor elogio de la Sierva de Dios doña Dorotea de Chopitea.

TEMPLANZA

Es una virtud sobrenatural que inclina al hombre a refrenar sus apetitos sensuales y le contiene dentro de los límites de lo honesto y moderado.

Al cristiano no se le prohíben los placeres naturales de la vida, que Dios ha ordenado para compensar, en cierta manera, las penas y fatigas que imponen determinadas obligaciones. La Templanza tan sólo le guía para que haga de tales placeres el uso moderado que requiere la ley de Dios y la recta razón. En una palabra, que la moral triunfe sobre el instinto animal. El placer no ha de ser un fin, sino un medio. Comer, beber, gozar, divertirse, no es malo, mientras se guarden las debidas limitaciones impuestas por la moral. Lo malo es comer por comer, gozar sin tasa, tomando la vida como una continua diversión y halagando constantemente los sentidos.

De ahí que la Templanza es el conjunto de varias virtudes morales, entre las que descuellan la sobriedad, la pobreza y la

castidad. La primera modera los apetitos de la gula; la segunda el apego a las riquezas y la tercera la natural inclinación a la sensualidad.

Dña Dorotea fue durante toda su vida perfecto modelo de estas virtudes.

SOBRIEDAD

Ya hemos referido cuán mortificada era en el comer y en el beber: con qué diligencia guardaba los ayunos y vigiliass impuestos por la Iglesia y cómo los hacía guardar en su casa a los familiares y a los sirvientes.

En los propósitos tomados con motivo de los Ejercicios Espirituales, rara es la vez que no figure el de mortificar la gula. Ella misma confiesa ingenuamente en algunas ocasiones que es "en lo que más peca". Mejor pudiera decir "en lo que siente mayores tentaciones", puesto que su mortificación en este aspecto era ejemplar. Renunciaba a mojar bizcochos en el chocolate de la mañana o de la tarde, contentándose con aprovechar los duros mendrugos de pan que sobraban de la mesa. Para merendar, según atestiguan los testigos de vista, solía ponerse en la boca —falta de dientes— algún mendruguito de pan, y lo mantenía en ella hasta que, ablandado por la saliva, podía pasarlo sin fatiga.

En las comidas ordinarias jamás se excedía, y en las extraordinarias, procuraba ella misma hacer los platos para los demás, y entretenida en este quehacer, apenas le quedaba tiempo para probar someramente los platos que había preparado para sus comensales.

En cuanto al uso del vino, apenas lo probaba, y en estas ocasiones lo hacía mezclándolo generosamente con agua. Por mucho que le gustase una determinada comida, jamás repetía. Una de sus cocineras, más tarde religiosa, manifestaba que no había llegado nunca a descubrir sus manjares preferidos. Todos los comía con la misma parsimonia y nunca se excedía, ya que sólo comía lo necesario para mantenerse en buena salud.

También era muy mortificada en el sueño. Solía acostarse

después de las once y se levantaba a las cinco. De este modo podía atender cumplidamente, y sin hacerse gravosa para nadie, a sus devociones particulares.

En cuanto al adorno de su cuerpo, siempre fue enemiga del lujo y de la ostentación. Antes de enviudar, estaba sometida en esto a la voluntad de su marido; pero muerto éste, vistió tan pobremente que de las prendas más necesarias para su uso tenían que proveerla sus hijas. Ella misma se remendaba sus ropas. Poco después de muerto don José María, se presentó en el Colegio del Sagrado Corazón, con un vestido tan humilde, dice Sor Guadalupe Bofarull, que llamó la atención de las religiosas, que exclamaban extrañadas: "Doña Doro-tea no se ha hecho un vestido de luto."

POBREZA

Todo esto nacía de su inmenso amor a la pobreza, como se echa de ver en los propósitos que hizo en los Ejercicios Espirituales de 1881, en los que escribe: "Amaré la pobreza que tanto amó el Señor; y ya que en realidad no la tengo, procuraré que mi espíritu se desprenda de todo lo de este mundo por amor de Dios."

Y en los de 1890: "En vista de la grandísima pobreza que Nuestro Señor Jesucristo tuvo al nacer, procuraré tener sumo cuidado en no gastar en mi persona más que lo preciso e indispensable para presentarme como corresponde a mi estado."

Y lo cumplía a rajatabla, hasta el punto que las mismas religiosas cuyo trato frecuentaba, se extrañaban de ello, pues les hablaba con mucho entusiasmo y cariño de la pobreza religiosa, y no admitía de ellas ningún obsequio que no estuviera de acuerdo con la forma y modo de pobreza que observaban, hasta tal punto que una religiosa que gozaba de su íntima confianza aseguraba que tenía fundadas sospechas para creer que había hecho voto de pobreza. Hiciéralo o no, lo cierto es que vivía con igual desprendimiento de las cosas de este mundo y aun con la falta de las cosas más precisas, cual suelen vivir los que profesan la vida religiosa.

Su nieta Isidora Pons, afirma haber oído a una persona de la familia que la Sierva de Dios había hecho, con la aprobación de su confesor reverendo Padre Joaquín Carles, voto de pobreza.

Don Gustavo de Gispert refiere, por haberlo oído al cochero que la acompañaba, que en cierta ocasión fue a comprarse un abrigo de piel, pero habiéndole pedido un precio que estimó excesivo, no quiso comprarlo, y entregó aquella cantidad a los pobres.

Desde la muerte de su marido no volvió a usar joyas de ninguna clase, entregando la mayor parte de las mismas para el Tabernáculo y la Custodia de la iglesia de los Padres Jesuitas, de la calle Caspe.

Sor María Amenós, religiosa benedictina, que antes había estado varios años a su servicio, declara que en la práctica de la pobreza doña Dorotea aventajó en mucho a las personas de su estado y condición y vestía tan pobremente, que ninguna pobre hubiera podido utilizar sus ropas cuando ella las desechaba. Sus propias hijas habían de aprovecharse de su sueño, para sustituir por otras nuevas, las ropas demasiado usadas por su madre, pues ella jamás las hubiera cambiado, por parecerle que aún podrían servir.

Una religiosa del Asilo de San Rafael recuerda a propósito del espíritu de pobreza de la Sierva de Dios una edificante anécdota que oyó de labios de la misma interesada: la peinadora de doña Dorotea. Esta buena mujer iba todos los días a peinarla, según costumbre de aquellos tiempos. Observó que los peines de Doña Dorotea eran viejos, torcidos, y con mellas en sus gastadas púas. Al principio callaba; pero no dejaba de extrañarse de que una persona tan rica y principal no comprase otros peines nuevos, cuando hasta las mujeres más humildes hubieran desechado aquéllos por su extremada vejez. Por fin, un día, no pudiendo ocultar más su maravilla ante aquel hecho que le parecía inexplicable, le comunicó su extrañeza:

—Pero doña Dorotea —le dijo—. ¿Por qué no se compra otros peines, pues éstos apenas sirven ya de puro viejos?

Y doña Dorotea, sonriendo, contestó:

—Para una vieja, peines viejos.

Finalmente el Siervo de Dios don Felipe Rinaldi, que la trató íntimamente durante sus últimos años, afirma que en su hermoso palacio no se veía más que lo puramente necesario. “Los grandes salones, con sus bellas y preciadas obras de arte, estaban permanentemente cerrados. No puedo asegurar lo que gastase en su persona, y si digo que poco, aún temo no ser exacto, porque creo poder afirmar que vivía como un verdadero pobre. Si ha podido llevar a cabo tantas obras de caridad y beneficencia, se debe, precisamente, a que ella personalmente vivía en la más estricta pobreza.”

CASTIDAD

Por lo que se refiere a la hermosa virtud de la castidad, la virtud angélica, la predilecta del Hijo de Dios y a la que hacen corona todas las demás, se puede afirmar que Dorotea fue un acabado modelo de esta virtud.

Los ejemplos de su madre, la solicitud de su hermana Josefa, la piedad y el santo temor de Dios que le fueron inculcados desde su más tierna infancia, hicieron de Dorotea un acabado modelo de delicadeza y castidad.

En el vestir, en el andar, en su porte, era siempre modesta y ejemplar.

Cuando unió su suerte a la de don José María, fue siempre, durante los cincuenta años de matrimonio, la esposa fiel y abnegada, orgullo de su esposo y espejo de damas cristianas.

No le gustaban las reuniones mundanas, ni los teatros y bailes. Cuando por complacer a su marido se veía obligada a asistir a alguno de estos espectáculos, su modestia, su reserva y su delicadeza eran tales, que nunca tuvo que abstenirse de comulgar al día siguiente, si bien, para evitar habladurías o escándalos farisaicos de alguna persona timorata, procuraba hacerlo en alguna capilla o iglesia poco frecuentada.

Esta misma virtud la inculcaba a sus hijas, a las que vigilaba con solicitud maternal, especialmente en tiempo de

sus relaciones matrimoniales, evitando con su presencia cualquier motivo de murmuración. Las animaba a huir de las diversiones mundanas, y cuando las exigencias sociales las obligaban a asistir a algún baile, las acompañaba siempre, para evitar con su presencia el más pequeño inconveniente.

En sus palabras era sumamente cuidadosa, sin que jamás se le oyera expresión alguna menos correcta. Y cuando se hablaba de algún incidente poco edificante, procuraba cortar al instante la conversación, disculpando con caridad las fragilidades humanas.

Incluso en sus obras de caridad, evitaba directamente aquellas que de algún modo podían rozar su extremada delicadeza. Le repugnaba intervenir en ciertas instituciones, como casas de maternidad, de expósitos, de jóvenes caídas. Decía que su afán era librar a la inocencia y preservarla de los peligros; pero que el arrancar del vicio a los caídos, lo reservaba para otros que se sintiesen llamados a ello. Con todo, no desatendió absolutamente este género de caridad, como lo prueba su eficaz intervención en la fundación del Asilo del Buen Consejo; más aun aquí, se limitó a levantar una planta para las jovencitas aún no contaminadas por el vicio, a fin de que no tuvieran que rozarse con las que ya habían sido víctimas de sus estragos.

Durante su larga vida se impuso los más costosos sacrificios personales y pecuniarios con el fin de alejar del peligro a las jóvenes inexpertas, que por falta de vigilancia de sus padres, o por carecer de medios de subsistencia, estaban al borde del precipicio.

Conducta bien admirable en una señora, madre de seis hijas, y que aún en una joven doncella sería de grande edificación.

Una de sus hijas casadas, que en ocasiones la acompañaba en sus visitas a los pobres enfermos, refiere que algunas veces se vieron metidas, sin advertirlo, en casas de mujeres de mala fama, admirándose de lo vendados que tenía su madre los ojos, para no conocer aquellos lugares.

Supo cierto día doña Dorotea que en el quinto piso de una casa, vivía una pobre mujer, cubierta de asquerosas llagas,



*Moderno taller de Mecánica en las Escuelas Profesionales Salesianas
de Barcelona-Sarrià*



Don Bosco en la finca de los Sres. Marti-Codolar.

que no tenía nadie que la cuidase. Al enterarse de ello, le faltó tiempo a la caritativa señora para constituirse en su abnegada enfermera, atendiéndola con cariñosa solicitud, sin darse cuenta de que en aquella misma casa había gente de mal vivir.

No faltó quien comunicase a don José María las andanzas de Dorotea por aquellos andurriales, y cuando éste hizo observar a su esposa la imprudencia de meterse en sitios semejantes, quedó gratamente admirado, al ver el espanto reflejado en el rostro de Dorotea, indicio de su inocencia, y no se cansaba de dar gracias a Dios por haberle concedido una esposa tan casta.

Don Gustavo de Gispert, su nieto preferido, refiere que en la última enfermedad de su abuela, habiendo bajado del lecho y no pudiendo volver a él por sus propias fuerzas, fue llamado para ayudarla, para lo que la tomó en sus brazos; pero creyendo ella que lo hacía con poca delicadeza, le llamó vivamente la atención.

Refiere el mismo señor que jamás recordaba haberla visto sentada con una pierna sobre la otra, siendo su modestia ejemplar en todos sus actos.

Cuando falleció su marido, rogó a un sabio sacerdote examinara la biblioteca a fin de comprobar si entre los libros había alguno que no estuviera acorde con la fe o con las buenas costumbres.

En una ocasión, habiendo adquirido don José María un cuadro que sin ser indecente, era ligeramente libre, mandó que lo retocasen de modo que no despertase en nadie ningún mal pensamiento.

Después de la muerte de doña Dorotea, hubo quien propuso a la Presidenta de las Salas de Asilo que siquiera en alguna de ellas se instalase un torno para recibir niños abandonados.

Dudaba la buena señora sin acabar de resolverse. Para salir de dudas, puso en práctica un medio, ya usado en semejantes ocasiones y fue imaginar que semejante proposición se la hacían a doña Dorotea. ¿Cómo hubiera obrado ella en tal situación?

Al instante salió de dudas, y tuvo por cosa ciertísima que jamás hubiera consentido doña Dorotea en aceptar la idea del torno.

Negó, pues, la petición que se le hacía, y se mantuvo firme en su negativa, por más que le reiterasen las súplicas y causase no poca extrañeza su oposición a tan benemérita obra de misericordia.

Este hecho manifiesta cuán firme era la persuasión que tenían las personas más íntimamente unidas a doña Dorotea de su gran recato y delicadeza, no solamente en su persona, sino también en los establecimientos por ella fundados.

Nos complace terminar este capítulo con unas palabras del Siervo de Dios don Felipe Rinaldi al respecto:

“La castidad de la Sierva de Dios se transparentaba en todas sus acciones, en sus palabras, en su trato, y se podía apreciar en ella un no sé qué decisivamente opuesto a cuanto podía rozar a la castidad. Afirmo que si tenía tanto cuidado de la juventud pobre y abandonada, era, precisamente, para conservar su pureza.”

VIRTUDES TEOLOGALES

FE HEROICA

Al referirnos a la práctica de las virtudes teologales, nos llama en seguida la atención en doña Dorotea su acrisolada fe, que le hacía ver a Dios no sólo en el fondo de su alma, sino en cuantas cosas la rodeaban.

Ya desde su primera infancia, educada por sus ejemplares padres y bajo la dirección de Sor Juana, mostró una sólida piedad que se manifestaba en el fervor con que rezaba sus oraciones, fervor que iba en aumento a medida que se desarrollaba su razón y crecía su instrucción en los misterios de nuestra santa Fe.

Su recogimiento en la iglesia era tal que hizo declarar a una religiosa del Sagrado Corazón: “Antes de entrar yo en

Religión, nos confesábamos con el mismo confesor Dorotea y yo. Y era para mí una verdadera dicha el hallarme al lado de esta santa señora tanto al pie del confesonario como en la Sagrada Mesa y demás ejercicios de piedad, porque su sola presencia me enfervorizaba y me elevaba a Dios."

Pero esta piedad no era llamativa ni extravagante; pues, como atestigua el Siervo de Dios don Felipe Rinaldi, "tuvo una perfecta fe teológica y sobrenatural; no era una *beata* en el sentido genérico y peyorativo de la palabra, ni aparecía tal al exterior".

Todos los días hacía su lectura espiritual, saboreando las hermosas páginas del Padre Rodríguez en su áureo libro "Ejercicios de perfección y virtudes cristianas". Y como si aún le pareciera poco este pasto espiritual, leía también el Año Cristiano, de Croisset, especialmente la vida del santo del día. Esta lectura solía hacerla mientras las criadas repasaban la ropa o atendían a sus labores, de modo que, sin descuidar sus deberes, podían, al mismo tiempo alimentar su espíritu con santos pensamientos y edificantes ejemplos.

Se confesaba regularmente cada semana, y era muy dócil a los consejos de su confesor. Durante cincuenta y tres años fue moderador de su alma el reverendo Padre Pedro Naudó, beneficiado de Santa María del Mar, y cuando falleció este santo varón, escogió como confesor al Padre Joaquín Carles, de la Compañía de Jesús, que lo fue hasta la muerte de la Sierva de Dios. Este hecho es ya de por sí bastante revelador: dos confesores durante toda su vida. Nada de mariposar de uno en otro confesor. De este modo podían estos expertos directores conocer a fondo el alma de Dorotea y guiarla por los senderos de la perfección.

SU AMOR A LA EUCARISTIA

La vida de piedad de doña Dorotea se cimentaba en la Santa Misa cotidiana y en la Sagrada Comunión, que no dejaba ningún día y a la que se acercaba con el fervor de un serafín. Se preparaba a ella con media hora de meditación,

que hacía en el libro del Padre Lapuente, y su acción de gracias se prolongaba, ordinariamente, por espacio de otra Misa, que solía oír siempre que sus ocupaciones se lo permitían.

No se limitaba a esto su devoción a la Santísima Eucaristía. Todos los días asistía a la iglesia en que se hacían las Cuarenta Horas; y en caso de que perentorias obligaciones se lo impidiesen, enviaba en su lugar a una de sus más fieles servidoras.

Al fundar en Barcelona el Instituto de las Religiosas Reparadoras, iba con frecuencia a su capilla, en donde tenía reservada una tribuna, edificando a las religiosas con su piedad y devoción, hasta tal punto que alguna de ellas, según refiere el Padre Alegre, se ponía a contemplarla, para enfermizarse con sólo mirarla.

En verano, cuando se hallaba en su torre de Sarriá, acudía diariamente a la capilla de los Salesianos para asistir a la Bendición con el Santísimo, y si se hallaba en Barcelona, hacía tres kilómetros de recorrido para asistir a este piadoso ejercicio.

Una prueba fehaciente de su amor a la Santísima Eucaristía la constituye la hermosísima custodia que regaló a los Padres de la Compañía de Jesús, para su iglesia de la calle Caspe. Para su confección entregó las joyas más valiosas que poseía, muchas de ellas regalo de su difunto esposo, entre las que destacaba un valiosísimo collar de brillantes y piedras preciosas. Construyóse en los acreditados talleres de orfebrería del señor Suñol. Es de plata sobredorada y tiene una altura de 1,20 metros. El dibujo es copia exacta de otra del siglo XIII. Forman la peana un grupo de cuatro ángeles, de entre los cuales arrancan otras tantas columnas que sirven de sostén al Arca de la Alianza, símbolo del Antiguo Testamento. El Arca está decorada con ricos esmaltes. Nace de la misma un árbol, cuyas ramas y hojas forman el rosetón central de la custodia, adornado asimismo de esmaltes en forma circular, alrededor del viril. Éste, por su parte superior, está encerrado en rico collar de diamantes rosa, del que cuelga una grandiosa perla en forma de almendra, que formaba el

centro del collar cuando esta riquísima joya servía para adorno de doña Dorotea. Igual destino tuvo también una cruz de grandes y ricos brillantes, colocada en la parte superior del rosetón central. En la parte posterior se lee esta sencilla y modesta inscripción: *Rogad por mí*. No quiso la humilde señora que constase su nombre en esta artística joya de tanto valor, para perpetuar la memoria de la generosa donante. Le bastaba que fuera testigo de su piadosa liberalidad Aquél que escudriña los corazones, a quien ofreció en sacrificio la parte principal de su preciosa pedrería (1).

Su amor a la Eucaristía la impulsaba a realzar el decoro de la Casa de Dios. En el servicio del Señor Sacramentado nada le parecía trabajoso ni humillante. Don Manuel Hermida, Prefecto de los Talleres de Sarriá, declara que no pocas veces se prestaba a barrer la capilla y a fregar el pavimento. Además, tomaba con gusto a su cargo el lavar y planchar con sus propias manos los manteles y lienzo destinados al servicio del altar.

Hallábase doña Dorotea en el verano de 1877 en un pueblecito de la costa en compañía de algunas de sus hijas. Era la tarde del *Corpus*. La procesión del Santísimo debía pasar por la calle en que vivían, calle que se hallaba obstruida por un montón de escombros. Doña Dorotea pensaba que las autoridades mandarían retirarlos antes de que pasara la procesión; pero viendo que se acercaba la hora y que nadie pensaba en ello, pidió una azada y una espuerta y ayudada por sus propias hijas bajó a la calle y se entregó a la penosa y humilde tarea de trasladar los escombros a otra parte. Los vecinos, al ver a una señora tan principal entregada a una tarea tan impropia de sus fuerzas como de su posición, acudieron en su ayuda, y en poco tiempo dejaron la calle en condiciones de que pudiese pasar por ella la procesión.

(1) Esta valiosa joya de arte desapareció durante la dominación roja de 1936-39.

SU DEVOCIÓN AL SAGRADO CORAZÓN

Las relaciones de doña Dorotea con los Padres de la Compañía fomentaron en la Sierva de Dios una ardiente devoción hacia el Sagrado Corazón de Jesús, que fue en constante aumento hasta el fin de su vida. La sentía intensamente, y como consecuencia fue una incansable apóstol de la misma dentro y fuera de Barcelona, llegando hasta América el fruto de su entusiasmo y de su celo por que el Corazón Divino fuese más conocido y adorado. A este fin mandó hacer a sus expensas gran número de estatuas, que regalaba generosamente, así como litografías, estampas y medallas, que distribuía con profusión.

Al establecerse en la iglesia de los PP. Jesuitas de la calle Caspe el Apostolado de la Oración, fue nombrada Presidenta del coro de señoras. Ella fue quien promovió la celebración del mes del Sagrado Corazón en la parroquia de Santa María del Mar, así como en Calella de Palafrugell, cuya iglesia levantó a sus expensas. Esta misma devoción la practicaba en su propia casa, durante el mes de junio, reuniendo a su alrededor a sus familiares y criados con quienes hacía las prácticas establecidas.

Nunca dejaba de comulgar los primeros viernes de mes, invitando también a todos sus familiares a este ejercicio de reparación, y el Señor parece que quiso premiarla llamándola al Paraíso, precisamente el primer viernes de abril de 1891.

En 1889 una de las religiosas de la Casa Municipal de la Misericordia deseaba establecer entre las niñas allí acogidas el Apostolado de la Oración, del que se prometía abundancia de frutos espirituales. Pero no sabía cómo arreglarse para llevar a cabo su piadoso propósito. Fue doña Dorotea quien la sacó de apuros según refiere con toda sencillez la mencionada religiosa. He aquí sus palabras:

“Por casualidad me hizo una visita cierta señora, y como mi sueño dorado era llevar a cabo esta obra, le pregunté si conocía alguna persona rica y caritativa que pudiera ayudar-

me. Como las religiosas tenemos fama de pedigüeñas, se sonrió, y comprendiendo dónde iba a parar, me dijo:

—A usted le conviene hacerse amiga de doña Dorotea. Es una señora que hace muchas limosnas y tratándose de la gloria del Sagrado Corazón de Jesús, estoy segura de que obtendrá de ella todo lo que necesita.

—¿Y cómo me pondré en comunicación con esa señora?

—Ya se lo preguntaré yo a una amiga y le diré lo que debe hacer.

Me explicó muchas cosas de *nuestra buena madre*, que así la nombraba ella.

—Es —dijo— una de las señoras de las Conferencias. Ha fundado muchas instituciones de caridad, entre ellas los Talleres Salesianos; en fin, es madre de quien a ella acude en sus necesidades.

—¡Oh Dios mío! —dije yo—, si es vuestra voluntad, haced que también sea madre nuestra.

Después de algunos días, cuando me enteré de su dirección, le escribí pidiéndole una entrevista. Ella misma se dignó visitarme; pero como no nos conocíamos, nos saludamos y nos quedamos en silencio, hasta que al fin ella dijo:

—¿Es usted Sor Pía?

—Sí, señora, y usted es doña Dorotea, seguramente.

—Sí.

No sabía cómo empezar; me hallaba confusa y no acertaba a pronunciar palabra. Por fin le dije:

—Sé que usted conoce a los Padres Jesuitas. Se trata de introducir en esta Casa el Apostolado de la Oración y no sé cómo me he de arreglar para ello. Confío en que usted me hará de madre y proveerá a mis necesidades.

—Siendo cosa del Sagrado Corazón, me encargo de todo. ¿Tiene usted Custodia?

—Sí señora, pero es pequeñita.

—Bien. ¿Imagen del Sagrado Corazón?

—No, señora.

—Pues comuníqueme el tamaño que ha de tener. Ahora llevo prisa, pero ya volveré.

Es imposible referir lo que pasó por mí. Estaba en la

sala de curas; las niñas notaron en mi un cambio agradable. No fue preciso que me preguntasen la causa, porque luego al punto les conté lo sucedido. En aquel momento, de encontrarme sola, hubiera dado gracias a Dios a voz en grito. No sabía cómo calmar mi corazón; me fui a desahogar con mis hermanas en religión, las cuales compartieron mi alegría.

A los pocos días, recuerdo que estaba próximo el Carnaval, subió mi bienhechora a la clase y me entregó las medallas de la agregación y los diplomas para las celadoras y para el director.

Pasaron cuatro meses y el asunto se había paralizado. En vista de la tardanza, presentóse doña Dorotea un día del mes de junio, poco antes de la fiesta del Sagrado Corazón y me preguntó la causa de la dilación, y si pensábamos dar comienzo a la obra. Aquí fue mi dolor. No sabía qué decir. Vacilé un momento y dije:

—No lo sé, porque el señor Prior es muy anciano; tiene poca salud y está sordo además. No se muestra muy entusiasmado en establecer una nueva devoción que le proporcionará compromisos que no puede atender.

—No importa. Si él no puede, buscaremos otro. Hablaré con el señor Obispo y además pediré a los Padres Jesuitas que vengan a confesar a lo menos las vísperas de los primeros domingos de mes. Creo que no se negarán.

Viendo su decisión, yo me quedé un poco triste. Sabía que se presentaban muchas dificultades. Por una parte el Prior se oponía; por otra el Mayordomo quería construir una nueva capilla, pero no se daba prisa en comenzar las obras. Estaban indecisos entre titularla del Sagrado Corazón o de Nuestra Señora de la Misericordia, que era el título de la actual. Doña Dorotea nos había enviado el mes anterior una preciosa imagen del Sagrado Corazón, de ocho palmos... Ella, toda actividad, había cumplido su promesa, y nosotros nos debatíamos en mil pequeñeces. Ante todo debíamos levantar la nueva capilla. Se necesitaba dinero. Mi Superiora me autorizó a buscarlo como pudiera. Pensé en doña Dorotea.

Acudí de nuevo a ella y me contestó un poco contristada que como había pasado tanto tiempo, ya había dispuesto de

su dinero para otros compromisos y no podía ayudarme por entonces.

—Tenemos pensado —le dije— abrir una suscripción. El señor Arnús nos ha prometido hacer algo y por el momento encabeza la suscripción con 50 duros.

—Pues yo también les daré otro tanto —dijo doña Dorotea.

Pasado algún tiempo, mandé a la recadera con la suscripción y nuestra buena madre se suscribió no con los cincuenta duros prometidos, sino con 1.500 pesetas, que nos mandó a los pocos días.

Poco más tarde le pregunté si quería costear el altar del Sagrado Corazón. Me dijo que hicieran el presupuesto y que se lo mandaran; y fiel a su palabra, nos envió en seguida los 450 duros que costaba.

En el año 1890, terminada ya la capilla y con la asistencia de la señora, se llevó a cabo, finalmente, la agregación al Apostolado de la Oración.

Bien sabemos que después de Dios el fruto que sacamos todos los días lo debemos agradecer a nuestra amabilísima bienhechora. Si todas las señoras la tomasen por modelo, cuán diferente estaría la sociedad. Lo decimos por experiencia; porque aquí hay niñas de todas edades y caracteres, pero desde el día en que fueron agregadas al Apostolado, empezó a notarse en ellas más fervor; a todas horas hay niñas que hacen la corte a Jesús Sacramentado. En tiempo de clase, van las que se ocupan en quehaceres domésticos, y así, sin violencia se hacen obras muy buenas. Los primeros domingos de mes hay Comunión general y se acercan a la sagrada Mesa unas ciento cuarenta niñas. Y ¿a quién debemos tanto fruto sino a doña Dorotea? No me cabe duda de que esta señora está en el Cielo."

DEVOCIÓN A LA PRECIOSÍSIMA SANGRE

En los últimos años de su vida puso el sello a esta devoción con la de la Preciosísima Sangre derramada por Jesús para la salvación del humano linaje. De ella da cuenta a su director espiritual en una carta que dice así:

Eaux Bonnes, 10 de julio de 1890.

Reverendo Padre: Llegamos a ésta el lunes, después de haber estado cerca de dos días en Lourdes, en donde visitamos varias veces a la Santísima Virgen, que está esperando la visita de sus hijos.

Ya tengo cuatro días de aguas, y me parece que el pecho está más tranquilo, habiendo cesado casi por completo la irritación de los bronquios que tanto me molestaba...

Aquí nos hemos encontrado con el cura, que es un sacerdote ejemplar; tiene una iglesia muy hermosa y sumamente aseada. Habla bien el español, y esto me gusta mucho, pues yo el francés no lo domino bastante.

Hace tiempo que tengo el deseo de que se honre la Preciosísima Sangre de Nuestro Señor Jesucristo, y precisamente en Lourdes oí un sermón sobre esta devoción. Esto acabó de afirmarme en la idea de organizar un triduo en los tres últimos días del mes, con sermón y exposición del Santísimo en la iglesia de ustedes. Si a usted le parece que este proyecto se puede llevar a cabo, tenga la bondad de hablar con esos buenos Padres y ver si alguno de ellos puede predicar esos tres sermones. Si a usted le parece que no, me someto enteramente a su decisión...

Ofreciéronse algunos inconvenientes para la ejecución del plan ideado por la Sierva de Dios respecto al triduo. Entonces pensó hacer construir un altar dedicado a la Preciosísima Sangre de Nuestro Señor Jesucristo, colocando en él la imagen de Jesús Crucificado.

Había ya encargado la ejecución de la obra, cuando le sobrevino la muerte sin que se hubiese llevado a término. Pero sus hijas, que conocían su proyecto, se apresuraron a realizarlo, como homenaje a la querida difunta. Y el 26 de febrero de 1892, fue inaugurado el precioso altar, con una Misa en sufragio de la Sierva de Dios, a la que asistió toda la familia.

Este altar es una de las más valiosas joyas de la iglesia de la Compañía en la calle Caspe, y un testimonio perenne de la profunda devoción de doña Dorotea al misterio de la Redención, que tan arraigado tenía en su pecho.

SU DEVOCIÓN A MARÍA SANTÍSIMA

No era menor su filial devoción a María Santísima. Todos los días, sin excepción, rezaba el santo Rosario, reunida la familia y los sirvientes. Era la hora en que, criados y señores, sin distinción de jerarquía, como verdaderos hermanos, invocaban devotamente a la misma Madre. Hermoso espectáculo, lleno de profundo sentido cristiano y altamente ejemplar. Ella lo rezaba de rodillas, pero permitía a los demás que se mantuvieran sentados. Si se hallaba de viaje, o por alguna circunstancia preveía algún estorbo que pudiera impedirlo, lo anticipaba, pero no dejó de rezarlo ningún día.

Fue ella quien, de acuerdo con su confesor el Padre Nau-dó, estableció en Santa María del Mar la piadosa devoción del mes de María, cuando esta práctica, hoy tan extendida, no se conocía en Barcelona. También introdujo en la misma iglesia la devoción de los coros de la Corte de María.

A sus hijas, a sus nietecitos y a todos los de su casa, les inculcaba la más tierna devoción a María Santísima. Cuando pasaba por delante de alguna iglesia, acompañada de alguno de sus nietos, les invitaba a saludar al Santísimo Sacramento y a la Santísima Virgen con estas palabras: "Bendito y alabado sea el Santísimo Sacramento del Altar y la Purísima Concepción de María Santísima, concebida sin mancha de pecado original." Si se trataba de una iglesia dedicada a la Santísima Virgen, solían recitar la Salve.

Esta filial devoción a la Santísima Virgen la impulsaba a propagarla por todos los medios a su alcance. Costeó el precioso altar de la Inmaculada en la iglesia de los Padres Jesuitas de la calle de Caspe. Construyó la iglesia de la misma advocación para las Religiosas del Servicio Doméstico; regaló a las Hijas de María Auxiliadora la preciosa estatua que adornaba su jardín y a la que saludaba con tres Ave-marías siempre que iba a visitarlas.

Desde el punto en que conoció a Don Bosco y a los Sale-

sianos se hizo fervorosa devota de la advocación *María Auxiliadora de los Cristianos*. Y para perpetuar en Barcelona su culto, no perdonó fatiga ni sacrificio hasta conseguir la construcción del hermoso templo a Ella dedicado en las Escuelas Salesianas de Sarriá.

Era también devotísima de la Virgen de Montserrat, cuyo Santuario visitó varias veces, con gran consuelo de su alma, a pesar de lo fatigoso del viaje en aquella época en que exigía todo un día de penoso camino a través de abruptos y peligrosos caminos. Era generosa en sus limosnas a este Santuario y mantenía cordialísimas relaciones con los monjes dedicados a su culto.

Peregrinó en diversas ocasiones al Santuario de Nuestra Señora de Lourdes, en donde solía pasar varios días en devoto recogimiento, rogando a la Santísima Virgen por sus familiares y poniendo bajo su amparo sus obras de caridad.

En sus viajes a Italia, se sentía atraída por la Santa Casa de Loreto, gozando en la contemplación de aquel hogar, santificado por la presencia real de la Santísima Virgen durante su vida terrena.

DEVOCIÓN A SAN JOSÉ

Después de la Santísima Virgen, era San José a quien profesaba su más tierna devoción. A él se encomendaba en las dificultades y obstáculos que surgían en sus fundaciones, le invocaba con frecuencia y promovía su culto con entusiasmo.

En su casa celebraba, junto con sus familiares y criados, no sólo el mes del Sagrado Corazón de Jesús y el de María, sino también el de San José; y para fomentar esta devoción entre sus nietecitos, otorgaba un premio al que más compuestos se mantenía durante los piadosos ejercicios.

Grandísima fue su alegría cuando el Padre Santo proclamó a San José Patrón de la Iglesia Universal. El Padre Nonell afirma que procuraba iniciar sus fundaciones durante el mes de marzo, para ponerlas bajo la protección del glorioso Patriarca.

- Prueba de su amor al Santo esposo de María y monumen-

to perenne de esta devoción es el Colegio Salesiano levantado a sus expensas en la barriada de Hostafranchs, que quiso dedicar a San José, así como la iglesia aneja, que lleva su nombre y advocación, y que fue inaugurada precisamente el 19 de marzo.

Y esta devoción la acompañó hasta el último momento, pues según declara el Padre Manuel Hermida, poco antes de morir pidió le fuese llevada una imagen del Santo, que besó reverentemente, encomendándose a su protección, como patrón de la buena muerte.

OTRAS DEVOCIONES

También era fiel devota de San Ignacio de Loyola, como lo demuestra el hecho de haber rescatado la Santa Cueva de Manresa y devolverla al culto, cediéndola a los Padres de la Compañía de Jesús.

El Santo Ángel de la Guarda era objeto de su particular afecto. Se encomendaba diariamente a su protección y dio su nombre al Colegio para estudiantes que levantó junto a los Talleres Salesianos de Sarriá.

Finalmente, el Siervo de Dios don Felipe Rinaldi atestigua que era también muy devota de San Cayetano. "Recuerdo —dice— que en diversas ocasiones, invitado a comer en su casa, al levantar los manteles rezaban todos, en común, un Padrenuestro en honor a tal santo, y he encontrado siempre admirable esta oración al Santo de la Providencia en una casa en donde nada faltaba ni podía faltar, dada la condición opulenta de la familia."

SU AMOR A LAS ALMAS

El espíritu de fe, tan arraigado en la Sierva de Dios, la mantenía desprendida de las cosas terrenas, de tal modo que no ejercían ningún influjo en su corazón los honores, las riquezas y los placeres de esta tierra.

Aspiraba únicamente a la gloria de Dios y al bien de las almas. Por este motivo procuraba a los suyos una sólida ins-

trucción religiosa. Ella misma enseñaba el catecismo a sus hijas y a sus nietos, y se preocupaba por que todos sus criados llevasen una vida cristiana y ejemplar, oyesen la Santa Misa los domingos y días festivos y asistiesen a los sermones y a los Ejercicios Espirituales; de tal modo que muchos de ellos, se sintieron atraídos a la vida religiosa y perseveraron santamente en ella.

Doña Isidora Pons, nieta de la Sierva de Dios, dice que habiendo enfermado su padre, doña Dorotea, que le tenía un afecto particular, pero sabía que sus actividades comerciales y preocupaciones políticas lo tenían algo alejado de sus deberes religiosos, se presentó en su casa, y le habló con tal dulzura y convicción, que le persuadió a que se confesara y recibiera el Santo Viático, cosa que hizo al momento, con gran consuelo y edificación de toda la familia.

Si bien se preocupaba por remediar las necesidades materiales de los niños y de los pobres, con todo, su mayor celo lo empleaba en su formación espiritual y en el bien de sus almas.

En los Asilos y Hospitales por ella fundados, se enseñaba a todos los acogidos la doctrina cristiana y quería que el acto de la Primera Comunión revistiese toda la solemnidad posible. Hacía preceder este acto de unos días de Ejercicios, y ella era la primera en recibir la Sagrada Comunión. Los niños que entraban en el Hospital del Sagrado Corazón y no habían hecho aún la primera Comunión, no salían de allí sin haber practicado este acto solemne: cuidaba de que se los preparase bien y ella misma tomaba parte personalmente en estas instrucciones.

Cuando visitaba a los pobres en sus humildes tugurios, después de atender a sus necesidades más perentorias, y asear personalmente las habitaciones, hacer las camas, y curar a los enfermos, nunca dejaba de instruirlos en las verdades de la fe y preocuparse por su perseverancia en las virtudes cristianas.

APOYO A LAS VOCACIONES SACERDOTALES

Consecuencia natural del espíritu de fe, que la animaba en todas sus empresas, era el amor reverencial que nutría por las personas consagradas a Dios, y especialmente por los sacerdotes. Fomentaba con todos los medios a su alcance las vocaciones sacerdotales y religiosas. Muchos sacerdotes le deben el logro de su vocación. Costeaba los estudios a varios seminaristas, tanto de la diócesis, como de fuera de ella, y sentía un vivo placer cuando, terminados sus estudios, era invitada a hacerles de madrina en el acto solemne de la primera Misa.

El reverendo Padre Dom José M. Fontseré, benedictino de Montserrat, refiere en el Proceso Informativo su caso particular:

La primera vez que tuve el placer de tratar con ella, me recibió con mucha amabilidad, me hizo prometer que volvería a visitarla y me ayudó desde entonces de una manera eficaz en mis estudios, comprándome los libros y pagando las matrículas. Cuando fui a Roma a completar mis estudios, se encargó de mi pensión, que era de mil doscientas cincuenta pesetas, esto es, lo que costaba el curso escolástico en la Universidad de la Minerva de los Padres Dominicos. A mi vuelta a España, ya sacerdote, me invitó a su casa, quiso que comiese con la familia y me presentó a todos, manifestando que para ella constituía una inmensa gloria y una gran alegría el ayudar a un seminarista y contribuir de este modo a que la Iglesia tuviese un nuevo sacerdote.

Me consta que ayudaba a otros dos seminaristas, cuyos nombres no recuerdo en este momento. Era tan grande su caridad que un día, habiéndola encontrado mientras volvía de la iglesia me dijo que se hallaba triste y acongojada "porque hoy, dijo, no he hecho buenas obras ni nada útil, pues el Señor no me ha mandado ningún pobre, no he podido prestar ningún servicio, ni ayudar a nadie".

Me edificaba y edificaba también a los demás con su porte distinguido, honesto y reservado.

En las distintas visitas que me hizo a Montserrat, me confiaba sus dudas, sus penas y sus temores. Tenía un criterio claro, veraz y sincero y era un alma grande. Se creía feliz cuando podía hacer algún bien. Se lamentaba de no ser sacerdote, porque —decía— "yo sólo puedo socorrer y aliviar los cuerpos, mientras que los sacerdotes pueden ayudar el cuerpo y el espíritu y llevar las almas a Dios". Creo que fue en 1890 cuando por última vez me visitó en Montserrat

y me dijo que la atormentaba una duda acerca de su salvación, duda que le amargaba la vida. Le parecía que todo el bien que había realizado con sus limosnas y actos de caridad, había sido completamente inútil porque lo había hecho por temperamento, a impulsos de su inclinación natural.

Pero como era humilde y sumisa, pocas palabras fueron suficientes para calmar aquella turbación y dejar su alma en paz.

Los seminaristas a que alude el Padre Fontseré, no eran los únicos a quienes doña Dorotea costeaba sus estudios. En nuestro archivo obran varias cartas de seminaristas que dan las gracias a doña Dorotea por la ayuda constante que les prestaba, ya para ingresar en el Seminario, ya para continuar en él hasta el final de su carrera.

Como muestra de la generosidad de doña Dorotea y del afecto y gratitud de sus beneficiados, copiamos a continuación una de estas cartas:

Barcelona, 9 de septiembre de 1889.

Muy señora mía y de mi mayor consideración: Grandes por cierto y repetidos han sido los favores que usted hasta aquí me ha dispensado y quédole por ellos sumamente agradecido, ya que sin la generosidad de usted no hubiese podido ingresar el pasado curso en el internado de este Seminario ni recibir las Órdenes que he recibido.

Debiendo en el próximo curso que va a inaugurarse y que es para mí el último de la carrera, recibir las Órdenes que me faltan hasta el Sacerdocio, y necesitando continuar en el internado, de nuevo vuelvo a implorar su protección para poder sufragar los gastos de la pensión de este último curso. Con esto habrá contribuido a una grande obra cual es acrecentar el número de los ministros del Santuario y quedarle deudor de otro beneficio, si cabe mayor que el primero, éste su s. s. y afmo. *Francisco de B. Estela y Oliva*.

P. D. Siendo ya ocasión de tener elegidos los padrinos para la celebración de mi Primera Misa, que será dentro de siete meses, Dios mediante, ruégole de nuevo se sirva usted apadrinarme, si sus atenciones se lo permiten, advirtiéndole que no he de contraer compromiso con persona alguna sin antes saber su determinación sobre este asunto.

Cuando doña Dorotea conoció a Don Bosco, le apoyó con entusiasmo en todas sus obras de beneficencia en favor de la juventud pobre y abandonada; pero de una manera especial desplegó todo su celo en la llamada *Obra de María Auxiliadora* en favor de las vocaciones religiosas y eclesiásticas.



*Primitiva capilla erigida por Doña Dorotea en la cumbre del
Tibidabo.*



Templo Nacional Expiatorio del Sagrado Corazón de Jesús en el Tibidabo.

En sus tiempos, empezó a agudizarse el hecho tristísimo de la disminución de las vocaciones eclesiásticas y de la pérdida de muchas de ellas que se malogran por efecto de mil causas diversas.

Don Bosco —dice el Cardenal Spínola— amaba demasiado a la Iglesia y se interesaba harto por las almas para permanecer impasible ante un hecho de tan incalculable trascendencia. Por eso, después de maduro examen se decidió, movido del deseo de remediar aquel gran daño, a establecer la que llamó Obra de María Auxiliadora, encaminada a promover y proteger las vocaciones eclesiásticas, tanto en los adultos como entre los jóvenes. Los medios de que se vale esta Asociación son: 1.º La oración, porque Jesucristo encargó a sus discípulos que pidiesen a Dios enviara operarios a su viña. 2.º La limosna o socorros a estudiantes pobres, porque, en efecto, muchos, a causa de su pobreza se ven obligados a abandonar los Institutos en que seguían su carrera y renunciar a ésta. 3.º La formación de un patrimonio eclesiástico a los que carecen de medios y no tienen otro título de ordenación. 4.º La vigilancia sobre los jóvenes aspirantes al sacerdocio, a fin de evitar que las distracciones mundanales ahoguen en ellos la voz de Dios y las inspiraciones de la gracia.

Esta Obra, aprobada y calurosamente elogiada por Pío IX en 9 de mayo de 1876, fue enriquecida con especiales favores, gracias e indulgencias para todos los que tomaran parte en ella.

Doña Dorotea, que tanto amaba a la Iglesia, tomó como cosa propia esta hermosa Obra y la implantó en Sarriá, instituyendo una Conferencia de Señoras, presidida por ella, para fomentar y ayudar las vocaciones salesianas. En febrero de 1886 comenzó su actuación, y los hechos y las estadísticas demuestran claramente el copioso fruto que bien pronto se comenzó a recoger. Ella, personalmente, pagaba la pensión de doce niños que aspiraban a la vida religiosa, y a su muerte dejó un cuantioso capital, con cuyas rentas debían ser atendidos en el futuro estos aspirantes al sacerdocio.

SU INTERÉS POR LAS MISIONES

Si atendía con celo a la formación de los sacerdotes del Seminario, no era menor su generosidad en ayudar a los misioneros que en lejanas tierras se dedican a la conversión de los infieles.

La caridad, cuyo símbolo es el fuego, nunca dice basta. Nunca se sacia: cuanto más arde más quiere arder. Hemos visto el celo de la Sierva de Dios por aniquilar las escuelas protestantes en Barcelona, fundando frente a ellas colegios católicos, dirigidos por los beneméritos Hermanos de las Escuelas Cristianas. La hemos visto proteger con sus donativos al Padre Bravo, de Talca, hasta que alcanzó las gradas del sacerdocio. Pero su acción no se limitó a América, sino que se extendió también a los infieles de África y de Oceanía. Atendió a los últimos con frecuentes y elevadas limosnas, socorriendo a los Padres Jesuitas en sus Misiones de Mindanao, en Filipinas.

Para ayudar a las de África, depositó en manos del Superior General de aquellas Misiones, la cantidad de diez mil pesetas, con cuyo rédito se podía sostener un misionero. Entrególas en cuatro plazos. Conservamos las cartas de gratitud firmadas por el Superior General Padre Planque.

Señora: Agradezco a usted las dos mil quinientas pesetas, primer plazo de una cuarta parte de la fundación de un fondo en nuestro Seminario de Misiones de África. El interés de la caridad prometida por usted a nuestro Hermano el Padre Boutry servirá para el sostenimiento perpetuo de un misionero. Por tanto será usted una bienhechora insigne de nuestra obra, dedicada toda a las almas redimidas por la Sangre de Jesucristo. Y el Divino Maestro no dejará de satisfacer a usted por sí mismo, la deuda de nuestra gratitud. Todas las almas que por la liberalidad de usted en mantener un misionero serán llamadas a la fe en los venideros siglos, le formarán una brillante corona.

Lyon, 6 de julio de 1889. A. Planque, Superior General.

El segundo plazo debió de satisfacerlo en enero de 1890, pero carecemos de la carta recibo. En cambio, poseemos las de los otros plazos. El 9 de junio de 1890 le escribía el Padre Planque:

Señora: Al mismo tiempo que le envío el recibo del tercer plazo de la fundación de la beca, me permito añadir algunas notas:

Este año nuestro Seminario ha llegado a la cifra de 70 alumnos, de los cuales quince serán ordenados sacerdotes dentro de breves semanas. Con todo, este número no es suficiente para las continuas peticiones que nos hacen desde las diversas misiones. Sería necesario fundar otras diez becas. Los salvajes de nuestra Guinea Superior reciben contentos a los Misioneros, y por doquiera tenemos el consuelo de hacer muchos bautismos. Usted tendrá su parte de mérito en esta obra.

Tengo el honor, señora, de ser su humilde servidor, *A. Planque*, Superior General.

A primeros de 1891, el Padre Superior le envía a doña Dorotea una carta de su protegido, el Padre Boutry, y al mismo tiempo le manifiesta:

Este sacerdote cumple, con un celo digno de todo elogio, la grande misión de organizar en Méjico la Obra de la Propagación de la Fe.

Yo me permito, con esta ocasión, rogarle que corone la buena obra de la fundación de su beca, depositando en casa del banquero Antonio Freixas la cantidad de 2.500 francos. Usted participa de las oraciones que hacemos todos los días por nuestros bienhechores y de la Santa Misa que todos los miércoles celebramos por estos mismos bienhechores. Yo me atrevo a rogarle a usted que quiera también pedir al Señor que bendiga los trabajos de nuestros misioneros. Usted está interesada en ello, puesto que toma una parte tan activa.

Tengo el honor de profesarme su humilde servidor, *A. Planque*, Superior General.

Doña Dorotea se apresuró a satisfacer este cuarto plazo, en enero de 1891, y cual si el Padre Planque presintiese la próxima muerte de su insigne benefactora, en el recibo que le libró hizo mención de la gloria que por toda la eternidad había de gozar en el Cielo, rodeada de las almas que a ella deberían su salvación eterna. El documento en cuestión dice así:

He recibido de nuestro banquero el aviso del envío de 2.500 pesetas, hecho por usted para completar la suma de diez mil pesetas, que prometió usted al Padre Boutry. Con esto queda usted instituida fundadora del sostenimiento perpetuo de un misionero y tendrá delante de Dios el mérito de todas las conversiones que harán estos misioneros, que deberán a usted su mantenimiento. En el Cielo, por toda una eternidad

verá usted millares de almas, que deberán a usted su salvación, y formarán en torno de usted una corona de dicha y de gloria.

Tengo el honor de profesarme su humilde servidor, *A. Planque*, Presbítero.

Lyon, 25 de enero de 1891.

Esta era la única dicha y la única gloria a la que Dorotea aspiraba como recompensa de sus obras caritativas; pero no se limitaba a estos casos, pues extendía su celo a promover las vocaciones de religiosas y a sostenerlas mediante oportunos donativos o el pago de las dotes exigidas para ello.

SU AYUDA A LAS RELIGIOSAS

No podríamos precisar, pues nuestra documentación está incompleta, el número de religiosas que consiguieron sus santos anhelos de consagrarse al Señor gracias a la ayuda de la Sierva de Dios. Las Carmelitas de Puigcerdá, de Mataró y de Zaragoza; las Benedictinas de San Pedro de las Puellas, en Barcelona, las Religiosas del Servicio Doméstico y las Reparadoras, de esta misma ciudad, las Hijas de María Auxiliadora, las Salesas, las Hijas de San Vicente de Paúl, y otros muchos Institutos religiosos femeninos, acogieron en su seno a fervorosas aspirantes, que antes habían pasado algunos años en el servicio de doña Dorotea. Ella solía costearlas el dote, y las apadrinaba en el acto de la vestición y profesión religiosa. Y se sentía de sobra recompensada con las oraciones y buenas obras que estas santas religiosas llevaban a cabo en sus respectivos conventos.

Poco después de la muerte de su esposo, un sacerdote amigo preguntó a doña Dorotea si don José María, al morir, había dejado algún fondo con destino a dotar jóvenes pobres que tuviesen vocación religiosa, porque él conocía a una que veía imposibilitada su admisión en el convento por este solo motivo. Dorotea le respondió:

—Nada me dejó para este objeto mi difunto esposo; pero mándeme usted a esa joven y veremos lo que se puede hacer.

Fue la joven a verla, y recibió trescientos duros, con los

cuales pudo realizar su piadoso intento, y ya religiosa, nunca se olvidó de su insigne bienhechora.

SU VENERACIÓN HACIA LOS OBISPOS Y SACERDOTES

Su espíritu de fe le hacía ver en los obispos y sacerdotes a los representantes de Cristo, y por eso los reverenciaba y trataba con sumo respeto y deferencia.

Con los obispos de Vich y de la Seo de Urgel estuvo unida por frecuentes relaciones epistolares, debidas en su mayor parte a las generosas limosnas con que les ayudaba.

El ilustrísimo señor don Salvador Casañas y Pagés, desde que tomó posesión de su Obispado de Vich, acudió a doña Dorotea como a su paño de lágrimas, para que le ayudara en sus empresas de beneficencia. Sus cartas rebosan todas ellas gratitud y paternal afecto y constituyen un testimonio fehaciente del respeto y veneración que el futuro Cardenal sentía hacia su insigne bienhechora.

En cuanto a Monseñor Morgadas y Gili, que ya la conocía como una de sus mayores cooperadoras en las innumerables obras de caridad que realizaba en Barcelona, cuando era Beneficiado de la Catedral, continuó tratándola siempre, ya investido de la dignidad de Obispo de la Seo de Urgel, con el afecto de un hijo y la confianza de un amigo. Las cartas que poseemos, dirigidas a doña Dorotea, constituyen un monumento a la caridad inagotable de la Sierva de Dios y manifiestan la altísima estima que de sus virtudes hacía el ejemplar Prelado.

Ambos Prelados rigieron la Iglesia de Barcelona, después de la muerte de la Sierva de Dios.

Pero los que ocupaban la sede barcelonesa en vida de doña Dorotea, especialmente en sus últimos años, la veneraban igualmente como santa y la trataban con filial confianza, acudiendo a ella en sus necesidades más perentorias, seguros de que no les había de faltar su ayuda. El doctor Catalá, al enterarse de su muerte, suspendió la santa Pastoral Visita que

estaba realizando en el Arciprestazgo de Mataró, para presidir el duelo. Tal era el afecto que sentía por la ilustre dama, que nunca le falló en cuantas necesidades y aprietos le encomendaba.

Tuvo también extensa relación personal y epistolar con Monseñor Juan Cagliero, Obispo Salesiano y más tarde Cardenal, que siendo simple sacerdote fue enviado por Don Bosco a Barcelona para tratar con doña Dorotea de la fundación de Sarriá. Luego, ya como misionero, ya como Obispo, siempre que pasaba por Barcelona, acudía a presentarle sus respetos, siendo huésped de honor de la ilustre dama, que nutría hacia él una gran veneración y una profunda estima.

En 1887 un sacerdote chileno, don Ramón Ángel Jara, más tarde elevado a la silla episcopal de San Carlos de Ancud (Chile), hizo un viaje a Europa, no tan sólo para conocer a Don Bosco y abogar por las fundaciones Salesianas en su patria, sino como delegado de su Arzobispo para tratar con el Sumo Pontífice acerca de la creación de la Universidad Católica de Santiago. Durante el viaje le robaron no solamente el dinero que llevaba encima, sino incluso su bagaje, llegando a Barcelona sumido en la mayor pobreza y desamparo. Doña Dorotea se encargó al punto de reponer su equipo y le hizo donación de una cantidad con la que pudo llevar a cabo su misión y volver a su patria sin el agobio de la necesidad.

Don Branda, Don Rinaldi, Don Aime, don Manuel Hermida, todos los sacerdotes que la conocieron, quedaban maravillados de la bondad y del respeto con que los trataba; veía siempre en ellos a los representantes de Cristo, y merecedores por este solo hecho, aparte sus cualidades personales, de la mayor veneración y deferencia.

SU AMOR AL PAPA

Como católica fervorosa, doña Dorotea nutría un especial afecto hacia el Vicario de Jesucristo en la Tierra, y en sus viajes a Italia, nunca dejaba de postrarse a los pies del Padre Santo. Una de sus nietas, doña Isidora Pons Serra, refiere que

la acompañaba en una de las audiencias que el Sumo Pontífice Pío IX concedió a la Sierva de Dios. "Me ha quedado profundamente impresa la deferencia con que el angelical Pontífice trató a mi abuela, que, como precioso recuerdo, recibió de las augustas manos del mismo un solideo usado por él."

Eran continuas y generosas las aportaciones que hacía al Dinero de San Pedro. Con motivo del Jubileo Sacerdotal de León XIII, según refiere Don Branda, le regaló doce preciosas casullas, mereciendo tanto por este valioso regalo, como por sus obras de beneficencia en favor de los pobres, la condecoración pontificia *Pro Ecclesia et Pontifice*.

Tenemos a la vista el precioso documento y no resistimos al deseo de que sea conocido por nuestros benévololectores:

La Santidad de Nuestro Señor se ha dignado conceder la Cruz *Pro Ecclesia et Pontifice*, en plata, a la señora Dorotea de Chopitea, viuda de Serra, en Barcelona, por la parte distinguida que ha tomado en las mundiales demostraciones con que ha sido festejado el Jubileo Sacerdotal de Su Santidad.

El Cardenal Secretario de Estado tiene el honor de transmitir a la misma, dicha Cruz, a norma del Breve *Quod singulari*, del que se une una copia.

Roma, 8 diciembre 1888.

El Cardenal Secretario de Estado, *M. Card. Rampolla*.

ESPERANZA

Es la esperanza una virtud sobrenatural que nos inclina a esperar, con el auxilio de Dios, la vida eterna y los medios necesarios para alcanzarla.

Doña Dorotea la poseía en grado eminente. En todas sus obras no se proponía otro fin que la gloria de Dios y el bien de las almas. Por eso estaba segura de que nunca le había de faltar la ayuda divina, en la que tenía ilimitada confianza.

Cuando se estaba ampliando el edificio del Asilo de San Rafael, de la calle Roger de Flor, eran tales los gastos, que al compararlos con la insuficiencia de los fondos existentes, la

Presidenta, llena de desaliento, manifestaba a doña Dorotea sus temores.

Dejónla desahogarse doña Dorotea, y de pronto le preguntó:

—¿Nos ha faltado algo hasta ahora?

—Nada.

—Pues ya ve usted.

Y no dijo una palabra más. Estaba segura de la intervención de la Providencia, como así sucedió.

Casi siempre comenzaba nuevas obras antes de que se hubiesen satisfecho las deudas de las anteriores. Un día en que la Presidenta le recordaba las deudas contraídas y ella la exhortaba a seguir adelante:

—¿Y el dinero? —preguntóle aquélla.

—¡Dinero!, ¡dinero!... siempre lo mismo. Trabajemos, que Dios proveerá.

Fiel al precepto evangélico de que ignore la mano izquierda lo que hace la derecha, ponía especial cuidado en ocultar sus obras de beneficencia, haciéndolas lo más escondidamente posible, tanto que alguna de ellas, como el Convento de las Religiosas del Servicio Doméstico y el de las Madres Franciscanas de Pueblo Nuevo nadie supo que ella las costeara y ni siquiera los visitaba para que nadie se enterase de que era ella la generosa donante de obras de tal envergadura. No buscaba la aprobación de los hombres, sino solamente la de Dios.

A lo largo de su dilatada existencia tuvo que soportar no pocas penalidades y sufrimientos, ya a causa de enfermedades propias o de los suyos, ya también a consecuencia de la muerte de seres queridísimos para su corazón. Nunca se la vio descompuesta o abatida. Cuando falleció su esposo, al que amaba entrañablemente, no derramó una lágrima. Sufría enormemente; mas a pesar de todo no dejó traslucir sus sentimientos, y sólo profería palabras de resignación a la santa voluntad de Dios.

Jamás experimentó escrúpulos de conciencia. En su rostro resplandecía siempre una admirable serenidad, reflejo de la que albergaba en su alma.

No sentía ningún apego a las cosas de la Tierra. Se despojó de toda su fortuna para obras de piedad y beneficencia. Por eso pudo decir a sus hijas poco antes de morir:

—Lo de vuestro padre, lo encontraréis todo. De lo mío no encontraréis nada.

Ese desasimiento de las cosas temporales se puso de manifiesto sobre todo cuando con ocasión de los trastornos políticos y guerras civiles, se vieron gravemente amenazados de quiebra los múltiples negocios que su esposo llevaba entre manos. Fueron tales las reflexiones que le hizo Dorotea y supo infundirle tal confianza en la Divina Providencia, que logró calmar las inquietudes de su espíritu atormentado. Estaba dispuesta a vestir de percal y a reducir todos los gastos para afrontar la nueva situación en caso necesario. Sabría ser pobre y soportar la indignidad con la misma dignidad con que hasta entonces había llevado la opulencia.

Estaba segura de que nunca le había de faltar la ayuda del Cielo para sus múltiples obras de caridad, a las que se entregaba con pasión. Por este motivo no se arredraba ante el número siempre creciente de niños que acudían a las Salas de Asilo. A veces se presentaban en tan gran número que la Presidenta le preguntaba si había que recibirlos a todos. Ella se limitaba a contestar:

—Sí, a todos.

Y esta confianza procuraba inculcarla en cuantos la rodeaban. Sus hijas, sus nietos, todos están acordes en afirmar que a su lado se encontraban siempre seguros y su ejemplo les daba aliento en todas sus penas y dificultades.

Durante el cólera de 1885 distribuyó medallas de María Auxiliadora y del Sagrado Corazón, asegurando que los que las llevaran se librarían del contagio. Mandó enterrar algunas en los accesos de Sarriá, y efectivamente, en aquella población no se presentó ningún caso de dicha enfermedad.

Lo mismo solía hacer cuando se encontraba en trances difíciles.

Los terrenos en que se edificó la iglesia del Sagrado Corazón y el Colegio de los Hermanos de las Escuelas Cris-

tianas de Las Corts, que, humanamente hablando, no había manera de adquirir, los consiguió mandando enterrar en ellos medallas del Sagrado Corazón. Al punto cesaron todas las dificultades y las piadosas obras se llevaron a cabo sin contratiempo.

El Siervo de Dios don Felipe Rinaldi, declara:

“Cuando fui a visitarla, sustituyendo al Padre Branda a quien ella apreciaba tantísimo, mostró su pena por el alejamiento de dicho Padre, que gozaba de toda su confianza, aunque me recibió con gran cortesía.

Hablándole yo de unas obras nuevas que había decidido emprender, por considerarlas necesarias, me preguntó si contaba con los medios para llevarlas a cabo. Le contesté que no, pero que confiaba en la Divina Providencia.

Me contestó que esta Providencia no me abandonaría.

Pocos días después me entregó espontáneamente la suma necesaria para las obras. El pensamiento de la Providencia la había conmovido.”

CARIDAD

Es la caridad una virtud sobrenatural que nos inclina a amar a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a nosotros mismos por amor a Dios. Tiene, pues, un doble objeto: Dios en primer término, y el prójimo, en segundo lugar, por cuanto ha sido creado a imagen y semejanza de Dios.

Por esto, al tener que hablar de la caridad heroica de la Sierva de Dios, lo haremos bajo ese doble aspecto.

HEROICO AMOR A DIOS. VIDA INTERIOR.

Al tratar de su espíritu de fe, hemos dado a conocer que en doña Dorotea se traducía en un intenso amor hacia Dios y hacia el prójimo, manifestado en su profunda piedad y en sus numerosas obras de beneficencia en favor de los desvalidos. En las páginas anteriores hemos podido admirar su anhelo

por conservar la presencia de Dios, que informaba todos sus actos. En medio de sus habituales ocupaciones se esforzaba en tener al Señor como objeto y mira constante, ya mediante frecuentes jaculatorias, ya rectificando la intención cuando la intensidad del trabajo o las absorbentes ocupaciones que la agobiaban parecían desviarla un tanto de tan altos fines.

El amor a Dios, que llenaba por completo el corazón de Dorotea, se trasluce claramente en todos los actos de su vida; pero de una manera especial se observa en los propósitos tomados en los Ejercicios Espirituales que solía hacer, durante el verano, en su torre de Sarriá, aneja al Colegio del Sagrado Corazón. Las religiosas, que la consideraban como a su madre y principal bienhechora la invitaban a hacerlos con la Comunidad, reservándole un lugar en la capilla.

Allí, retirada del mundo y de los negocios temporales, se entregaba por entero al Señor y se dedicaba exclusivamente al bien de su alma. El fervor con que lo hacía impresionaba a las mismas religiosas, que comentaban edificadas los ejemplos de piedad, de mortificación y sacrificio que les daba la Sierva de Dios.

Estos Ejercicios eran dirigidos por Padres de la Compañía de Jesús, expertos en la materia, de la que su santo Fundador, con su libro inmortal, es Maestro indiscutible.

Aleccionada por guías tan competentes, Dorotea progresó en la vida de la perfección de una manera admirable como se verá por la lectura de las resoluciones y propósitos que tomaba en estas ocasiones y que se esforzaba por cumplir religiosamente.

Los primeros que han llegado hasta nosotros datan del año 1866 y son del tenor siguiente:

- 1.º Pondré cuidado en que desde la mañana, todas mis acciones sean dirigidas a Dios.
- 2.º No dejaré, sin motivo grave, la meditación y lectura espiritual.
- 3.º Tendré un particular cuidado en que mi genio sea igual y dulce para todos.
- 4.º No dejaré pasar ningún día sin alguna pequeña mortificación.
- 5.º El cuidado de mi familia debe ser lo que tenga presente en todos los instantes.
- 6.º Dedicaré a los pobres los ratos de que pueda disponer.

En esta época las obligaciones de su hogar y las atenciones debidas a su esposo, no le permitían dedicarse, en la medida que ella quisiera, a las obras de beneficencia. Había fundado las primeras Salas de Asilo, pero el centro de sus actividades se hallaba en el hogar doméstico, en donde procuraba ser *el ángel bueno*, mortificando su genio, naturalmente vivo, y entregándose al cuidado de su familia. Pero ya tenía la costumbre de hacer diariamente la meditación y lectura espiritual, lo que indica en ella un gran deseo de perfección.

En los Ejercicios de 1867, se somete a un riguroso examen de su vida espiritual y fruto del mismo son los siguientes propósitos:

- 1.º Salir del estado de tibieza tenido hasta aquí, y no hacer ni pensar cosa que no tenga por fin la gloria de Dios.
- 2.º Hacer examen general y particular sobre la resolución anterior.
- 3.º No hablar de mí, ni para humillarme ni para vanagloriarme.
- 4.º Haré veinte actos de mortificación al día (llevando dos horas cada mañana un cilicio) *y otros tantos actos de amor a Dios.*
- 5.º Ser siempre igual de carácter y en todo lo que pueda, ceder siempre mi parecer al de los demás.
- 6.º Será mi virtud predilecta la caridad con los pobres, aunque me cueste grandes sacrificios.

En estos propósitos, que ya indican un gran adelanto en la vida interior, es de notar el cuarto, por su especial significación. Las palabras entre paréntesis “llevando dos horas cada mañana un cilicio”, están tachadas con una raya, y en su lugar, y con letra distinta, seguramente la de su Director espiritual se lee: “Y otros tantos actos de amor a Dios.”

El fervor de la Sierva de Dios ha sido mitigado por el prudente Director, que no cree oportuna o conveniente aquella manifestación de penitencia corporal, que ella, con generosidad había creído necesaria, para domar sus pasiones. Sabemos, por confesión de una de sus hijas, que solía utilizar estos instrumentos de penitencia, así como las disciplinas, que como preciada reliquia se conservan todavía en poder de

sus familiares. Quiere decir esto que la prohibición del Director debió de cesar en algunas ocasiones.

Sea lo que fuere, lo cierto es que en estos propósitos se echa de ver su espíritu de penitencia, su amor sobrenatural a la familia y el deseo de sacrificarse por los pobres. Su humildad la lleva a confesarse culpable de un estado de tibieza, poco en consonancia con las santas aspiraciones a la perfección que demuestra en sus fervorosos propósitos.

En el mismo año 1867 hace de nuevo los santos Ejercicios. He aquí sus resoluciones:

1.^a Hacer todas mis acciones por Dios, y para Dios, renovando a menudo la pureza de intención.

2.^a Me consideraré la última de mi casa, aunque por mi posición tenga que mandar.

3.^a Pondré todo cuidado en no perder la paz del alma, y a este fin no contradeciré sin justo motivo.

4.^a Seré mortificada en la comida y en la bebida.

5.^a Trabajaré todo lo que mis fuerzas y obligaciones me permitan en bien del prójimo.

Prometo a Dios y a la Santísima Virgen cumplir las resoluciones arriba puestas, ayudada de la divina gracia. *Dorotea Chopitea de Serra.*

El pensamiento de la presencia de Dios, la mortificación y el ejercicio de la caridad, informan siempre la vida espiritual de la Sierva de Dios. De ello es fiel reflejo ese constante anhelo que vemos en sus propósitos, que, cumplidos escrupulosamente, la iban elevando de día en día a las alturas de una santidad que causaban la maravilla de los que la trataban.

A últimos de abril de 1871 volvía a hacer los Ejercicios bajo la dirección del Padre Guberna, de los cuales sacó los siguientes propósitos:

1.^o Prometo a Dios mi Señor hacer todas mis acciones tanto buenas como indiferentes a mayor gloria suya, y para conseguirlo, haré examen tres veces al día.

2.^o Prometo estar pronta para hacer lo que Dios disponga de mí, y sufrir con resignación las penas que tuviere a bien mandarme.

3.^o Prometo mortificar mis sentidos, sobre todo en la comida y la bebida.

4.º Prometo dedicar todo el tiempo que me sea posible al consuelo de los pobres.

5.º Prometo leer cada ocho días estas resoluciones y hacer un examen para ver cómo las he cumplido.

Al año siguiente, durante la santa Cuaresma, hizo los Ejercicios bajo la dirección del Padre Fermín Costa, en el sitio acostumbrado, y en ellos se propuso:

1.º Prometo a Dios purificar mi intención en todas mis obras, y para alcanzarlo la renovaré cada hora, cuando suene el reloj.

2.º Mortificaré mis sentidos en todo lo que pueda, sobre todo en el paladar.

3.º Haré todo lo que pueda para trabajar en el bien del prójimo, tanto espiritual como corporal. *Dorotea de Serra.*

La gracia iba trabajando esta alma, dispuesta a todas las exigencias de la vida de santidad que era la aspiración constante de su vida. Llama la atención ese su constante anhelo por rectificar la intención, obrando únicamente para la gloria de Dios y el bien de los necesitados. Pero dándose cuenta de sus defectos, no descansa hasta conseguir dominar la gula y la viveza de su genio, que a veces la hacía aparecer autoritaria o desabrida. Son defectos leves, pero ella se da cuenta de que, de no domarlos, pueden dominarla y retardar su marcha hacia la santidad a que aspira con todas las fuerzas de su alma. Por eso insistirá en vigilarse atentamente hasta sus últimos años.

En 1873 escribía:

Ejercicios hechos durante el mes de diciembre de 1873 en el Sagrado Corazón de Sarriá, bajo la dirección del reverendo Padre Gassó.
Propósitos:

1.º Prometo a Dios, con la ayuda de su santa gracia, purificar mi intención en todo cuanto hiciere, ofreciéndoselo todo para mayor honra y gloria suya. Y para conseguirlo, por la mañana, cuando me levante, me ofreceré enteramente a Él, renovando este ofrecimiento siempre que me acordare durante el día.

2.º Haré que mi genio sea siempre igual, demostrándolo en el semblante y en las palabras.

3.º El cuidado de la casa ha de ser mi primera obligación, sobre todo en lo que se refiere a los criados.

4.º Haré todo lo que esté a mi alcance a fin de promover la devoción al Sagrado Corazón de Jesús.

5.º Los pobres deberán ocupar mi primera atención después de las obligaciones de mi estado.

6.º Aunque sea la cabeza de la casa, me consideraré como la última en mi interior, pensando cuánto he ofendido a Dios.

Dorotea de Chopitea de Serra.

Es verdaderamente maravilloso el constatar el trabajo interior de la Sierva de Dios. Su constante aspiración a unirse íntimamente a Dios va unida al deseo de hacer el bien a sus semejantes. Primero procura dulcificar su carácter buscando la ecuanimidad en todas sus acciones, sin dejarse llevar de arrebatos y caprichos. Luego se da cuenta de su responsabilidad por el alma de sus criados, a los que cuidaba y vigilaba como si se tratase de sus propias hijas. Su humildad la llevaba a considerarse la última de todos, aunque fuese la cabeza de la casa. Sabía que sólo la dulzura es capaz de atraer a las almas, y se esforzaba en podar resueltamente toda manifestación de orgullo o de altanería.

Con esta conducta, llegó a ganarse el afecto de todos sus criados que la consideraban como a verdadera madre, y era tal el ascendiente que sobre ellos tenía que no pocos, ganados por su cariño, y conquistados por sus ejemplos, abrazaron la vida religiosa.

Finalmente, su propósito de promover la devoción al Sagrado Corazón de Jesús, lo realizó plenamente, a partir de este año, de una manera constante y eficaz, como hemos podido observar al hablar de esta devoción en el capítulo precedente.

En los Ejercicios de 1878, predicados por el Padre Costa, S. J., tomó los siguientes propósitos:

1.º Será mi primer cuidado purificar mi intención en todos mis actos.

2.º Me abandonaré enteramente en los brazos del Señor para que disponga de mí como le plazca.

3.º Tendré un particular cuidado en hacer examen de conciencia dos veces al día.

4.º Procuraré, en cuanto me sea posible, el bien temporal y espiritual de mi prójimo.

Y añade a continuación:

Las cuatro ruedas del coche que nos ha de llevar al Cielo son: la meditación, el examen, la Confesión y la Comunión.

Las cinco virtudes que Nuestro Señor Jesucristo ejerció en su vida oculta fueron: la humildad, la obediencia, la pobreza, la mortificación y la caridad.

Sarriá, 30 de marzo de 1878. *Dorotea de Chopitea de Serra.*

Esto resolvió la Sierva de Dios aquel año. En estas resoluciones nos descubre lo solícita que andaba en asegurar el fruto de sus buenas obras no proponiéndose en ellas otro fin que agradar a Dios, en cuyas manos se ponía con resignación absoluta para que se sirviera de su persona según su divina voluntad.

Y para cerciorarse de que sus actos habían sido encaminados a tan alto fin, dos veces al día escudriñaba si en algo estaban torcidos, para rectificar de nuevo y hacerlos mejor.

Además es de notar su empeño en imitar al Divino Modelo en su vida oculta, mediante las cinco virtudes que ella se esforzó en llevar a la práctica, especialmente, a raíz de la muerte de su esposo.

Dos años después falleció su hermana Sor Juana, en olor de santidad, en el convento de Nuestra Señora de los Ángeles. Dorotea no pudo asistirle, por impedirlo la clausura, en su última enfermedad y fue éste uno de los mayores sacrificios que ofreció al Señor; pero convencida de la santidad de Sor Juana, supo resignarse a la voluntad divina, si bien su recuerdo quedó tan grabado en su alma, que se transparenta en los propósitos hechos en los Ejercicios de aquel mismo año, dos meses después del fallecimiento de la ejemplar religiosa:

Dios mío, penetrada de dolor por haberos ofendido tanto, tomo la firme resolución de hacer un plan de mortificación para reparar de algún modo mis faltas y tener sumo cuidado en no cometerlas de



Colegio de Santa Dorotea; fachada de la torre Gironella.

Modernas instalaciones de las clases, en el Colegio de Santa Dorotea.





Escuelas de San José en tiempos de Doña Dorotea.

Escuelas de San José (Rocafort, 42) en la actualidad



nuevo, ayudada de vuestra divina gracia, la que espero no me faltará.

Puesto que Vos, Dios mío, sois mi principio y fin, me entrego a vuestra divina voluntad sin reserva ninguna. Haced de mí lo que os plazca. Y dadme vuestra gracia para mantenerme en esta resolución hasta mi postrer suspiro.

He sido la más ingrata de todas las criaturas con Vos, Señor, que me habéis conducido con la mano del padre más misericordioso. ¿Qué puedo yo volver por tanta bondad? Nada tengo, nada soy; pero ayudada de vuestra divina gracia quiero trabajar en bien del prójimo todo lo que mis fuerzas me permitan; y por muy feliz me consideraría si pudiese traerlos un alma que os amase por toda la eternidad.

Después de meditar sobre la muerte, veo lo miserable que soy, y que no tengo más que podredumbre y gusanos. Pero el Juicio, que viene después, me aterra por la cuenta tan estrecha que tengo que dar, y no hallo otro recurso que echarme en vuestros brazos, Dios mío, y pedir os misericordia; pues es imposible salvarse sin un grande auxilio de vuestra divina gracia, la que espero no me negaréis en aquella hora.

Me levantaré e iré al Sagrado Corazón de Jesús, que espero me hará superior a mis flaquezas y me concederá la gracia de morir en su santo amor.

Deseo seguir a Nuestro Señor Jesucristo a donde quiera y como quiera, conformándome y acatando su divina voluntad.

En vista de la grandísima pobreza que Nuestro Señor Jesucristo tuvo al nacer, procuraré tener sumo cuidado en no gastar en mi persona más que lo preciso e indispensable para presentarme como corresponde a mi estado.

Procuraré imitar a nuestro Divino Maestro crucificado por mí en la Cruz, mortificando mi paladar en todo lo que pueda, pidiendo todos los días el verdadero espíritu de mortificación y paciencia que nos enseñó en la Cruz.

Tales eran los sentimientos que se agitaban en el corazón de Dorotea a raíz de la muerte de su hermana. Le impresionó vivamente la consideración de la muerte y del juicio; pero sin descorazonarla ni amilanar su espíritu; antes por el contrario, concibe la firme esperanza de que el Señor no le negará su gracia en aquel trance. Y se arroja con entera confianza en los brazos de su Dios, y se dispone a repudiar en vida todo lo que a la hora de la muerte pudiera causarle temor y espanto. Comprende la excelencia del alma y la dicha de amar a Dios eternamente, y esto hace brotar de su pecho aquella generosa exclamación, nacida del intenso amor a Dios y al prójimo, que hierve en su alma: "Por muy feliz me con-

sideraría si pudiese traeros una alma que os amase por toda la eternidad."

Este amor a Dios, hizo que se enamorase también de la pobreza con que Jesús nació en Belén, y que fue su compañera inseparable hasta su muerte en la cruz. De ahí su propósito de "no gastar en su persona más que lo preciso e indispensable"...

En el mismo año de 1880 llegaron a Barcelona las primeras religiosas del Instituto de María Reparadora, cuyo fin principal es ocuparse en la pública veneración y adoración de Jesús Sacramentado. Doña Dorotea, enamorada de la Santísima Eucaristía, se constituyó en su principal protectora y las ayudó de una manera eficacísima, sobre todo en los primeros momentos, en que carecían de todo. Al establecerse la Adoración Reparadora para las Señoras, ella fue la que se puso al frente y conservó hasta su muerte el cargo de Presidenta, dándole con su celo y su ejemplo, todo el impulso que se podía esperar.

Embargada por el pensamiento de las innumerables injurias que recibe Jesús en la Eucaristía, decidió entregarse enteramente a la reparación de las mismas en vista de la monstruosidad del pecado y de la ingratitud que representa para con el Señor.

Impregnados en estos sentimientos se hallan los propósitos hechos en marzo de 1881, al final de los Ejercicios que tuvieron lugar en el Colegio del Sagrado Corazón de Jesús:

En vista de que debo lo que soy a Dios, que es mi primer principio y mi último fin, prometo purificar la intención de mis acciones, haciéndolas todas para mayor gloria de Dios; y para cumplir con esta resolución, que es indispensable para salvarme, pediré con mucha instancia la divina gracia, a fin de que pueda serle fiel.

Buscaré un rato todos los días para llorar mis pecados. Y me arrepentiré de ellos pidiéndole a Dios el perdón y dándole gracias, porque me ha conservado hasta el presente, a fin de que me convierta.

No dejaré el examen diario, y procuraré que mis confesiones vayan siempre precedidas de un verdadero dolor y propósito de la enmienda.

Amaré la pobreza, que tanto amó el Señor; y ya que en realidad

no la tengo, procuraré que mi espíritu se desprenda de todo lo de este mundo por amor de Dios.

Estableceré un plan de mortificación en la comida y en las pequeñas cosas que se ofrezcan.

Procuraré seguir al Señor lo más cerca que pueda, amándole con todas mis fuerzas, haciendo todos los actos de caridad con el prójimo sólo por su santo amor, trabajando en el alivio de los pobres cuanto mis fuerzas me permitan y, sobre todo, en el bien de las almas.

Este afán de perfección le sería muy necesario a doña Dorotea para poder resistir, sin perder su confianza y conformidad con la voluntad de Dios, los duros golpes que le esperaban en este mismo año: la muerte de su yerno don Gustavo de Gispert, esposo de Isabel, y la de su amadísimo esposo, pérdidas ambas que, soportadas con la más cristiana resignación, contribuyeron a acrisolar la heroica santidad de la Sierva de Dios.

Carecemos de los manuscritos referentes a los años 1882, 1884 y 1885, aunque es seguro que la Sierva de Dios hizo con regularidad sus Ejercicios. Durante estos años se intensifican sus obras de caridad, especialmente para con los Salesianos, por ver en la obra de Don Bosco la solución al acuciante problema de la redención de la juventud obrera.

En 1883 se iniciaron modestamente los Talleres Salesianos de Sarriá; la Sierva de Dios había puesto en ellos sus mayores ilusiones. Ansiaba ver ya en marcha las nuevas instalaciones y a los jovencitos ocupados en su oficio. Hasta en el retiro de sus Santos Ejercicios, realizados este año, se echa de ver esta preocupación por el bien de la juventud obrera:

1. En vista de mi último fin, resuelvo hacer todas mis acciones dedicadas a Dios, purificando mi intención en todas ellas. Miraré con indiferencia todo lo que no sea ofensa de Dios, amoldándome al gusto de los demás.

2. Tendré un particular cuidado en hacer bien mi examen de conciencia.

3. Me entregaré enteramente a trabajar en la salvación de las almas, por medio de las Escuelas, que procuraré extender lo más posible en lo que alcancen mis fuerzas.

4. Procuraré una nueva regla de vida, según me ha indicado el

Director de los Ejercicios, rezando, cuando pueda, el Oficio de la Santísima Virgen.

5. Ver cómo se podrá lograr la estancia de los chicos en los Talleres.

6. Corregir el genio con la dulzura.

Como determinó en los Ejercicios, así lo llevó a cabo, ocupándose con un tesón increíble en atraer niños a los Talleres recién fundados, que, por hallarse en sus principios, carecían de toda comodidad. Fue tal el entusiasmo que supo despertar en Barcelona por esta obra que ya al año siguiente, 1884, no bastando la primitiva casa para cobijar a los niños, fue necesario ampliar los talleres y los dormitorios y erigir una nueva capilla más capaz. Capilla en la que celebró Don Bosco durante su estancia en Barcelona.

En abril de 1886, pocos días antes de la llegada de Don Bosco a Barcelona, terminaba sus Ejercicios en Sarriá, pues habiéndole notificado Don Bosco su deseo de conocerla personalmente, quiso prepararse a la visita del Santo con su acostumbrado retiro anual, cuyo fruto cristalizó en los propósitos siguientes:

Procuraré tener siempre una intención recta en todas las cosas, mirando antes de empezar alguna obra, si es o no del agrado de Dios.

Me abandonaré en las manos del Señor para que haga de mí lo que le parezca, pidiéndole únicamente su santísimo amor.

Repasaré a menudo, a lo menos una vez por semana, mi vida, para llorar mis pecados.

Daré gracias al Señor por haberme librado del Infierno; y le rogaré que me tenga de su santísima mano, para que en adelante no caiga en él.

A fin de que en el día del juicio no tenga que arrepentirme de las cosas que haya hecho, tendré un particular cuidado en guiarme siempre por los avisos de mi confesor.

Tendré un particular cuidado en no perder el tiempo, aunque sean minutos.

Procuraré, con la ayuda de Dios, ser muy fiel a la gracia, no ahorrando sacrificios para ello.

Resoluciones tomadas en Sarriá, durante los Ejercicios que he hecho, el día 3 de abril de 1886. *Dorotea.*

Queremos hacer hincapié en una de las resoluciones anteriores, cual es la de tener un particular cuidado en aprovechar el tiempo, no perdiendo ni siquiera un minuto. Bien conocía ella que si en las cosas temporales el tiempo es oro, en las del espíritu, es Paraíso, porque puede aumentar la gloria eterna si se dedica a la piedad o a la caridad. Paulatinamente va subiendo de quilates la perfección de esta alma escogida, que, sabiamente dirigida por su experto director espiritual, hacía constantes progresos en el camino de la santidad.

El 12 de enero de 1887 fallecía en Barcelona uno de los hermanos de Dorotea, Pedro, muy apreciado por sus dotes de inteligencia y honradez. Con los golpes de la adversidad iba Dios purificando continuamente el alma de su fiel Sierva, desarraigando de su corazón todo afecto terreno, que, aunque puro y ordenado, no fuese dirigido a Dios, o al prójimo por el mismo Dios.

Este desasirse constantemente de las criaturas para buscar únicamente a Dios y el bien de las almas, se echa de ver en los propósitos de los Ejercicios cuaresmales de 1887:

1.º Prometo purificar mi intención en todas las cosas, no llevando otro fin que agradar a Dios.

2.º Pensaré a menudo en los inmensos beneficios que el Señor me hace, particularmente el de la Santa Comunión, a fin de avivar más en mí los deseos que tengo de trabajar para su santa gloria.

3.º Procuraré hacerme indiferente a todas las cosas, tomándolo todo como venido de la mano de Dios, sin quejarme de sus divinas disposiciones en lo que contrarie mi voluntad.

4.º Haré que mi genio adusto sea más agradable y no mortificaré a nadie con mis reprensiones duras.

5.º En la comida tendré cuidado de no dejarme llevar de la gula o de la destemplanza.

Esto es lo que prometo a Dios mi Señor, por quien quiero vivir y morir, y cuya gracia espero me dará las fuerzas necesarias para cumplirlo. *Dorotea.*

Estos propósitos no eran veleidades de un fervor pasajero, sino firmes resoluciones de una voluntad varonil, como lo demuestran las obras, que son la piedra de toque del aprovechamiento espiritual. A medida que pasa el tiempo, Dorotea

va adelantando a pasos agigantados en el verdadero sentido del amor a Dios. Y al mismo tiempo —no hay que olvidarlo— en el amor al prójimo, que es su manifestación externa.

El día 31 de enero de 1888 fallecía en Turín Don Bosco, en olor de santidad. La noticia le fue comunicada a doña Dorotea por Don Rúa, en una afectuosa carta en la que le manifestaba cómo el Santo Fundador, antes de su muerte, había dicho que se iba al Cielo a prepararle un lugar en el Paraíso. Pocos días después de recibida esta carta, se retiró doña Dorotea a hacer sus acostumbrados Ejercicios en el Colegio del Sagrado Corazón de Sarriá. Las resoluciones que en ellos tomó son del tenor siguiente:

Prometo a Dios, mi Señor, hacer todas mis acciones para mayor gloria suya, haciendo examen particular de esto varias veces al día.

Tendré un particular cuidado en evitar todas las acciones inútiles, que puedan apartarme o distraerme de esta promesa.

Le pediré al Señor me llene de su santo amor.

Estaré enteramente indiferente a todo lo que Dios quiera de mí, tanto en la pobreza como en la riqueza; y si tengo esto último, la emplearé en hacer obras de caridad y para el culto, gastando en mi persona sólo lo más necesario.

No pudiendo hacer mortificaciones grandes, las haré de las cosas menudas, pero constantes, sobre todo en la comida, que es en lo que falta más.

Sarriá, 2 de marzo de 1888. *Dorotea*.

Tan sólo una observación acerca del último de sus propósitos. El confesor no le permitía *mortificaciones grandes*, pues no convenían a una persona de edad tan avanzada y debilitada por numerosos achaques. Por este motivo se abraza a las cosas menudas. Y entre éstas las que se refieren a la comida, que humildemente confiesa ser en lo que más falta. ¿Qué entendería por falta en esta materia ella, que no osaba admitir un par de bizcochos en el chocolate por miedo de regalar demasiado su cuerpo? Y eso a pesar de que por su mala dentadura apenas podía masticar el pan. Pero los santos hilan muy delgado en cuestión de sus defectos y éste sería uno de aquellos a que hace referencia la Sagrada Escritura al decir que Dios ve manchas aun en sus propios ángeles.

A medida que avanzaba hacia su ocaso, la Sierva de Dios iba purificándose más y más a fin de que el Señor la encontrase preparada y con la lámpara encendida en las manos, antes de invitarla al celestial banquete. Los últimos Ejercicios de su vida fueron los que hizo en abril de 1890, un año justo antes de su muerte, y como de costumbre, en el Colegio del Sagrado Corazón. He aquí los propósitos que formuló en esta ocasión:

Resoluciones tomadas durante los Ejercicios que empezaron el 13 de abril de 1890 en el Colegio del Sagrado Corazón de Sarriá:

1.^o Prometo a Dios, mi Señor, consagrarme enteramente a Él y a la salvación del prójimo por todos los medios que estuvieren a mi alcance.

2.^o Procuraré dominar mi genio demasiado vivo, estando atenta a calmarlo luego que falte en ello.

3.^o Tendré un particular cuidado en purificar mi intención en todas las cosas, para cuyo fin haré examen particular dos veces al día.

4.^o La meditación deberé hacerla según los avisos que nos ha dado el Padre.

Ruego a mi Señor que si faltare en la primera resolución, me castigue tan fuerte como quiera: pues *prefiero morir antes que ofenderle.*

Dorotea.

Estas últimas palabras ponen el broche de oro a todas las resoluciones tomadas y son la rúbrica con que confirma sus ansias de santidad. Morir antes que pecar: es la aspiración de todos los santos, porque sólo ellos captan en toda su enorme trascendencia la gravedad del pecado. Por leve que parezca a los ojos humanos, la ofensa de Dios es el gran mal, el único mal que merece este nombre y por eso lo aborrecen hasta el punto de desear mil veces la muerte antes que caer en él. De ahí nace espontánea en el corazón de Dorotea la súplica al Señor para que la castigue tan fuertemente como quiera si no emplea todos los medios a su alcance para consagrarse enteramente a Él y a la salvación del prójimo. Esta súplica descubre el carácter varonil de doña Dorotea y la abundancia de luz con que el Cielo iluminaba su espíritu.

Promete no ya sólo consagrarse a Dios y a la salvación del prójimo, sino que esta consagración ha de ser *entera*.

No le parecía bastante lo que hacía. El verdadero amante tiene una vista finísima para descubrir lo que merece el amado y la diferencia que hay entre la realidad de las obras y los ardientes deseos del corazón. Y esto a la vez que le fatiga, le estimula sin dejarle punto de reposo a fin de hacer más y mayores obras por el amado, por las que le manifieste la sinceridad de su amor y la fidelidad de su correspondencia.

Por esto la Sierva de Dios pide al Señor que la castigue, y la castigue tan fuerte como quiera, a fin de que este castigo supla no ya la frialdad del corazón, sino la debilidad de la naturaleza, que no alcanza a amar a Dios cuanto Él merece ser amado y el alma desea amarle.

SU AMOR AL PRÓJIMO

En la segunda parte de esta obra hemos historiado detalladamente las múltiples fundaciones realizadas por la Sierva de Dios en favor de los pobres, de los enfermos, de las almas en peligro de perderse y de la juventud y niñez pobre y abandonada.

Todas estas fundaciones y otras muchas a las que prestó su incondicional y generoso apoyo, constituyen el mejor monumento a la insigne caridad de doña Dorotea, monumento que, a través de los años perdura actualmente, pues siguen en pie la inmensa mayoría de sus realizaciones benéficas, muchas de las cuales han alcanzado en nuestros días un desarrollo extraordinario, prueba palmaria de la protección que sigue dispensándoles desde el Cielo.

Intentaremos ahora presentar algunas facetas de su caridad, en el aspecto más corriente, la que podríamos llamar caridad de todos los días y de la que eran beneficiarios todos cuantos llamaban a su puerta, siempre abierta para aliviar todas las necesidades y todas las miserias humanas.

El Padre Vilariño, en un opúsculo titulado *El mejor modo de caridad*, afirma que ésta es la caridad personal.

Creo yo, dice, que la manera más clara, más segura, más satisfactoria de santificarse y aun de sentir y darse cuenta uno mismo de que se santifica es darse a la verdadera caridad.

Yo diría que el amor a Dios es la verdadera santidad; pero el índice de esta santidad es el amor al prójimo. Tanto más amáis a Dios cuanto amáis al prójimo y tanto más amáis al prójimo cuanto amáis más a Dios.

Y se ha de tener presente que esta virtud es la reina de las virtudes y que más valiera que muchas personas dieran a la caridad las dos terceras partes de lo que dan a la piedad, en la que equivocadamente creen que consiste la perfección.

A continuación pone a doña Dorotea como ejemplo de esta caridad personal, refiriendo el siguiente episodio:

Lo he leído —dice— en un libro precioso de don Ramón Albó y Martí, *La Caridad en Barcelona*. Es el caso de que una pobre obrera tuvo un hijo, mas no podía amamantarlo. Las señoras de las Conferencias diéronse con mucha solicitud a buscar una nodriza; pero naturalmente habían de pasar varios días antes de encontrarla. Una de ellas halló la manera más expedita de suplir, entretanto, el defecto. Era doña Dorotea de Chopitea, señora de brillante posición en Barcelona, la cual había tenido también una hija hacía pocas semanas. Ella, durante los ocho días que se tardó en encontrar la nodriza, acudía diariamente, dos veces, a la casa de la pobre obrera para alimentar a su hijito a sus propios pechos. Pasaron los años, y todavía, cuando alguno visitaba a la socorrida en su casa, podía ver una silla venerada por todos y por ninguno usada, como si fuese una reliquia, y al enseñarla, la pobrecita decía conmovida:

—Mire usted, cuando amamantaba a mi hijo, se sentaba en esta silla.

Después de referir este hecho ejemplar, continúa el Padre Vilariño:

Ejerced la caridad por vosotros mismos y más que vuestras limosnas dad vuestro trabajo, vuestra persona, vuestra acción, vuestra comodidad, vuestro tiempo y, si llega el caso, vuestra salud. Eso, eso es la caridad cristiana. El dar simplemente limosna, que es lo que algunos creen la mayor caridad, es la menor de todas las formas caritativas.

Dejad por algún tiempo vuestras distracciones, vuestras cómodas moradas, y aún, si queréis, dejad un poco vuestros actos de piedad. Vamos a hacer, en vez de una novena de oraciones, una novena de caridad en honor del Sagrado Corazón de Jesús, de la Inmaculada, de San José, de San Antonio o del santo que queráis...

Así entendía la caridad doña Dorotea y así la practicaba. Ella comprendía perfectamente aquellas, al parecer, contradictorias palabras de San Pablo: "Si distribuyera todas mis riquezas entre los pobres, pero no tuviera caridad, de nada me valdría." Sabía que la caridad no consiste en dar, sino en darse.

Cuando visitaba a los pobres en sus humildes tugurios, se presentaba humildemente vestida; se prestaba con sencillez y naturalidad a los más bajos oficios y más que la limosna de su dinero, daba la limosna de su corazón.

Su limosna jamás ofendía ni humillaba, porque juntamente con ella daba también su amor. No era la suya la caridad ostentosa y fría del fariseo, del potentado orgulloso e indiferente, que cree acallar los gritos de su conciencia echando al pobre una moneda roñosa como se arroja un mendrugo al perro hambriento.

Estas limosnas hacen más mal que bien.

Como acertadamente nota un ilustre escritor moderno:

Las pobres gentes de los barrios extremos, del suburbio, han soportado con secreto rencor la visita del caballero y de la señorita pimpantes que les traían una limosna enfundada en frases convencionales. Han soportado, porque en último término, lo que necesitaban, lo que interesaba, era la limosna. Pero han soportado con rencor, pues ni el caballero campanudo, ni la señorita pimplito acertaban a colocar su visita, su diálogo, en un plano de igualdad afectiva, que, momentáneamente al menos, superara la desigualdad efectiva. Las pobres gentes vieron al caballero y a la señorita inclinarse solemnemente desde su pedestal para dejar caer unas migajas en la mesa necesitada. Todo en un momento, a veces con aire de farisaico reclamo, y luego las distancias quedan las mismas, con total ausencia, con desconocimiento total, y quién sabe si con un poco más de odio.

Esa actitud, que no sé por qué hemos llamado caritativa, y que tiene muy poco que ver con el espíritu del Evangelio, concuerda con los más egoístas sentimientos del hombre comodón, que además de sorber todo el jugo de una vida cimentada en pingües acciones industriales, desea tranquilizar su conciencia. Pero está muy distante de la actitud del apóstol, del testigo de un ideal. Al recóndito armario donde guarda el hombre sus amores sólo se llega por caminos de amor. El cariño salva todas las distancias y posibilita todos los encuentros. Poner el alma, he ahí el secreto; poner el alma antes que el dinero. Amaos los unos a los otros y entonces partiréis vuestro pan, consolaréis

vuestros dolores, enjugaréis vuestras lágrimas, gozaréis en común vuestras alegrías (1).

Ésta era, precisamente, la caridad que practicaba doña Dorotea, como lo demuestran infinidad de casos, entre los cuales espigamos los siguientes.

CARIDAD CON LOS CRIADOS

Del amor y constantes muestras de caridad hacia su esposo, sus suegros, sus hijas y sus nietecitos ya hemos hablado en la primera parte de esta biografía. Pero la familia cristiana no se reduce a las personas unidas con los lazos de la sangre, sino que se extiende también a los servidores, que entonces se llamaban *criados*, y muy propiamente por cierto, porque se criaban en la casa, formaban parte integrante de la misma, eran tratados con toda caridad y consideración y muchas veces acaecía que los hijos sucedían a los padres en el servicio de los señores. Eran criados porque se habían criado en casa.

En el trato con los suyos Dorotea fue ejemplarísima, comportándose con ellos no como señora, sino como madre amorosa. Se preocupaba por su alimentación y vestidos, por sus lícitas y honestas expansiones, por sus familias y necesidades.

Cuando algunos de sus criados o criadas, por haber contraído matrimonio, se habían despedido de la casa, y eran bendecidos con un hijo, ella solía hacer de madrina en el bautismo, y el mismo día abría una cartilla en la caja de ahorros, con cien duros, para que al llegar a la edad conveniente, pudieran las niñas disfrutar de un dote para casarse y los muchachos de una cantidad que los librara del servicio militar.

Si alguna de las sirvientas sentía inclinación a la vida religiosa, era ella la que lo disponía todo, pagando de su bolsillo

(1) José María Javierre, *Merry del Val*. Barcelona, 1961.

el dote, y los gastos inherentes a la vestición y profesión religiosa. Diez o doce de sus sirvientas le debieron a doña Dorotea el poder entrar en Religión.

En 1871 presentóse doña Dorotea en público vestida de luto. Sus amistades no lo extrañaron, creyendo que habría ocurrido alguna triste novedad en la familia; pero al advertir que ni su esposo ni sus hijas habían introducido ninguna variación en sus vestidos, se preguntaron extrañadas la causa de esta manifestación de público dolor.

Averiguado el motivo, se supo con grandísima edificación, que había fallecido una antigua sirvienta de la casa, llamada M. Francisca Rosell. Era la primera muchacha que entró a servir en la casa de los Chopitea al instalarse en Barcelona el año 1819.

Mientras Francisca tuvo fuerzas y salud, sirvió en casa de don José María Serra, adonde se había trasladado después del matrimonio de Dorotea. Cuando a causa de su vejez y sus achaques no pudo seguir prestando sus servicios, doña Dorotea la jubiló, poniéndole un cuarto aparte, le señaló una pensión y la trató como a persona benemérita de la familia. Pero la buena anciana, que no quería estar ociosa, suplicaba a doña Dorotea que la emplease en alguna faena. No estaba para ninguna, puesto que a más de su edad avanzada, había perdido casi por completo el uso de la vista. Sin embargo, la Sierva de Dios, para consolarla la empleó en hacer calceta para los pobres. Era de ver a la pobre ancianita estarse todo el día ocupada en aquella labor, contenta con hacer algo que justificase el sustento que doña Dorotea le proporcionaba generosamente por sus pasados servicios de más de medio siglo. Pero los presentes no eran como para ganar un salario, ya que a causa de su semiceguera le salía tan mal el trabajo que, cuando por la noche doña Dorotea se retiraba a su habitación se dedicaba a deshacer todo lo que la anciana había hecho durante el día y lo comenzaba de nuevo, a fin de que María Francisca, al día siguiente prosiguiera su obra, en la creencia de que era continuación de la del día anterior. Con táctica tan delicada, la viejecita vivía

feliz, sintiéndose útil para algo. Al caer enferma de gravedad, doña Dorotea la cuidó con solicitud de hija y a su muerte vistió de luto, como si se tratase de un familiar muy allegado, cosa que edificó grandemente a propios y extraños.

Semejante conducta siguió siempre con las personas que estaban a su servicio. Amábala como una madre a sus hijos; les aliviaba el trabajo tomando parte en él, y haciendo muchas de las faenas ordinarias de la casa. Las trataba con toda humildad y mansedumbre, soportando muchas veces sus tarascadas e impertinencias, cual si fueran sus iguales y no fuera ella la señora.

En cierta ocasión habló a una sirvienta con tono altanero, en contra de su costumbre. Díjole la muchacha:

—Señorita, si continúa usted con ese genio, cuando llegue a vieja no habrá quien la aguante.

Era Dorotea muy joven cuando esto sucedió, pero le impresionó tanto la lección que le diera la muchacha, que no la olvidó en toda su vida.

Vigilaba con mucho cuidado, aunque con suma discreción, su frecuencia a los Santos Sacramentos, procurando inducirlos a ella con sus ejemplos y exhortaciones. Hacíales rezar todos los días el santo Rosario, en compañía de toda la familia, al cual seguía una larga serie de Padrenuestros y Avemarías en honor de diferentes santos y en sufragio de los miembros de la familia fallecidos. En Adviento añadía al Santo Rosario el rezo de las Cuarenta Avemarías, como preparación al nacimiento del Divino Redentor, según costumbre de las familias cristianas en Cataluña. En los últimos años de su vida invitaba a un piadoso sacerdote a que fuese a su casa en determinados días a explicar el Catecismo a todos los sirvientes. Cuidaba de que cada año hiciesen los Ejercicios Espirituales. No toleraba ni el robo ni la mentira, prohibiéndoles que dijese que no estaba en casa, por ocupada que se hallase. En cierta ocasión reprendió a uno de los criados porque dijo que la señora estaba fuera, cuando en realidad se hallaba en casa.

Una de sus criadas, más tarde religiosa en el Convento de las Salesas, de Barcelona, llamada Sor Isabel, escribe:

"Tenía mucha caridad, y si alguno del servicio enfermaba, ella misma le servía. Cayó enfermo un criado, que luego entró en la Orden de San Juan de Dios, llegando a Superior del Asilo de Barcelona. Doña Dorotea no permitió que ninguna de las sirvientas nos acercásemos a su cuarto. Ella, con sus propias manos le servía en todo, y cuando no podía hacerlo, mandaba en su lugar a una sirvienta anciana que estaba ya muchos años en la casa.

"Cuando un niño de los porteros enfermó de gravedad, bajaba con frecuencia a consolar y asistir a los padres, y al fallecer, ella misma lo amortajó.

"También yo estuve muy mal en cierta ocasión por haberse infectado una herida, a consecuencia de un pinchazo de la espina de un pescado. Durante los dos o tres meses que estuve imposibilitada para trabajar, esta buenísima señora tuvo la extrema caridad de curarme, limpiándome el pus dos o tres veces al día con sus propias manos. No permitió que nadie más me curase.

"Y como en tal circunstancia no podía atender a mis habituales ocupaciones, me encargaba a mí de la lectura del Año Cristiano, del Evangelio de las Dominicas y de las Meditaciones, que hacíamos las muchachas de servicio y las costureras que venían a trabajar a casa.

"Aunque el personal de servicio era muy numeroso, había mucha unión y orden. Cada cual cumplía su deber sin mezclarse en las cosas de los demás. Y si por descuido alguna vez faltábamos, nos llamaba doña Dorotea y, a solas, con toda suavidad, nos advertía, y quedábamos contentas, porque más que señora, era madre para nosotras."

De esta caridad para con sus sirvientes nacía el cariño que le cobraban cuantos tenían la fortuna de ser admitidos a su servicio. No la temían como a señora, sino que la amaban como a madre. Y la respetaban como a persona de gran virtud. Dejábanlas en completa libertad en la elección de estado y sobre todo las muchachas, estaban seguras de que no les

había de faltar dote suficiente, ya para contraer matrimonio, ya para abrazar el estado religioso. En efecto, el dote corría a cargo de su segunda madre doña Dorotea. Una de ellas, al profesar cambió el nombre que llevaba por el de María de Santa Dorotea. Cuando se enteró, sonrió dulcemente, manifestando su complacencia.

A no pocos ha sorprendido el ver que tantas sirvientas de doña Dorotea, edificadas con los ejemplos de piedad y de virtud que en ella resplandecían, se sintieran llamadas al estado religioso, y en cambio todas sus hijas, a pesar de haber participado más de cerca y por más tiempo de la compañía de una madre tan ejemplar, hayan abrazado el estado del matrimonio. Y es tanto más de admirar esta conducta si se considera que en sus primeros años fueron todas educadas por su tía religiosa Sor Juana; que más tarde estuvieron en el Colegio del Sagrado Corazón, bajo la tutela de otra tía, también religiosa, Sor María Teresa, y finalmente, que su trato y comunicación más frecuente era con monjas. Y este fenómeno no sólo se observa en sus hijas, sino también en sus nietos, educados casi todos por los Padres de la Compañía de Jesús sin que ninguno se sintiera con vocación religiosa. El único que abrazó este estado fue precisamente uno que no había sido educado por religiosos. Parece haber querido Nuestro Señor mostrar a los padres de familia cuán infundado es el temor, que no pocas veces les asalta, de que los maestros religiosos, juntamente con las letras y las ciencias, infunden la vocación en el ánimo de sus alumnos, como si el llamamiento a la vida de perfección fuese obra de los hombres y no de aquel que dijo: "No fuisteis vosotros los que me habéis elegido, sino que yo os escogí a vosotros."

CARIDAD CON LOS POBRES

El 19 de agosto de 1861 falleció su hija Carmelita, víctima del tifus. La desconsolada madre, que amaba tiernamente a su hija, no perdió por eso su conformidad, sino que sacó de

esta dura prueba un motivo para incrementar su caridad. Refiere la Madre Bofarull, Religiosa del Sagrado Corazón:

"A los pocos días de haber muerto su hija Carmelita, me llamó y me dijo:

—Pues que el Señor ha dispuesto de mi hija, he adoptado en su lugar a los pobres y quiero dar a ellos todo lo que hubiera gastado en ella, incluso su dote. Si usted conoce algunas necesidades, déme cuenta de ellas para que pueda socorrerlas.

"No me hice de rogar, porque conocía muchas y grandes miserias, y todas fueron socorridas largamente, sin que nadie quedase descontento. A unos les pagaba el rescate de un quinto, que debía ganar el sustento para sus padres y hermanas; a otros el alquiler de la casa; a una pobre impedida la mantuvo tres años con una caridad sin límites, sin olvidarse de ella por ningún acontecimiento, ni aun cuando debía emprender un largo viaje o se veía forzada a una prolongada ausencia. En estos casos pagaba una enfermera para su pobrecita Antonia. En fin, sería interminable si quisiera enumerar las obras de caridad que hacía a los pobres, y esto con tanta sencillez y humildad, que aumentaba mucho el mérito de esta señora, a la que, por cuanto he visto y oído de ella, tengo por acabado modelo de virtud cristiana."

Vivían en Sarriá dos mujeres pobres: Antonia Puig y su hermana Joaquina. Todo su caudal consistía en una miserable casucha en que vivían. Habiéndoseles caído una de las paredes, de puro vieja, se quedaron las pobrecitas sin albergue, ya que no podían permanecer en aquel destartado tugurio. Súpolo doña Dorotea e inmediatamente se apresuró a remediar la urgente necesidad de las dos hermanas. Y para que todos sus familiares pudiesen participar en tan santa obra de caridad, les invitó a contribuir a ella abriendo una suscripción, mediante la cual, en pocos días quedó cubierto el gasto de la reparación y adecentamiento de aquel humilde hogar.

Un caballero, socio de las Conferencias, refería al Padre Nonell, poco después de la muerte de doña Dorotea:



Interior de la Iglesia de María Auxiliadora, en Sarriá.



Eminentísimo Juan Cagliero, primer Cardenal de la Congregación Salesiana.

—He visitado a los pobres de Pueblo Nuevo y de la Barceloneta, y puedo asegurar que en casi todas las casas en que he entrado, he oído, sin preguntárselo yo, referir casos de mucha edificación de esta señora. Aquí una madre me contaba cómo le había librado de la quinta a un hijo que había caído soldado; allí otras publicaban que las había socorrido en una grave enfermedad propia, de su marido, o de sus hijos... más allá otra cuyas hijas peligraban, por la pobreza, las había visto colocadas en diferentes casas de recogimiento. En suma, no hay necesidad que no haya socorrido, y no hay familia de las que visitamos, en que el nombre de doña Dorotea no sea conocido y pronunciado por aquellos pobres con gran veneración y respeto. Su memoria es bendecida y su falta llorada con lágrimas que rompen el corazón.

En una familia salió soldado el hijo que era el sostén de los padres; sábelo Dorotea y pregunta a la madre cuánto necesita para redimir a su hijo e inmediatamente le hace entrega de la cantidad necesaria. La reconocida madre, pensando que sólo era un préstamo, se presenta a los pocos días en casa de doña Dorotea con una cajita, que contenía las humildes joyas de desposada que conservaba. Recibiéndolas doña Dorotea sin decirle nada. Al cabo de unos días la llama y entregándole la caja, le dice que no vuelva a acordarse del dinero que le había entregado.

Enteróse de que dos hermanitas, a causa de su pobreza y del descuido de sus padres, tenían la cabeza toda cubierta de costras que despedían un hedor insufrible y presentaban un aspecto tan repugnante que daba asco el solo mirarlas. Encargóse de las dos chicas doña Dorotea, que se gloriaba de tener manos a propósito para curar semejantes males. Y en efecto, era así, pues cuantos la trataban reconocían en ella una rara habilidad para curar y vendar llagas, sajar granos y diviesos, y cosas del mismo tenor. Sacó, pues, a las dos niñas, de la casa en donde vivían, les proporcionó otra habitación y todos los días acudía a curarles las costras con sus propias manos, tratando aquellas asquerosas y fétidas cabezas

cual si fuesen objetos preciosos. Y en cuanto las tuvo curadas las colocó en un colegio destinado a niñas de su condición, satisfaciendo la pensión necesaria. Y a partir de este momento las consideró como cosa suya. Más tarde, cuando llegaron a la edad conveniente, acomodó a la una de sirvienta e iba a hacer lo mismo con la otra; pero advirtiéndole su escasa salud, le señaló una pensión con que pudiera vivir honestamente el resto de sus días.

Asistía en cierta ocasión a un pobre enfermo, que vivía en un quinto piso. Teníasele que administrar el santo Viático, pero doña Dorotea observó que la habitación no estaba en condiciones de recibir a Su Divina Majestad. Ella misma se apresuró a fregar el pavimento, y a limpiarla convenientemente. En esta ocupación la sorprendió una religiosa, que publicó el hecho a la muerte de doña Dorotea.

Hablando doña Dorotea con un eclesiástico, recayó la conversación sobre los apuros que suelen pasar las familias pobres; y el sacerdote le refirió el caso de una piadosa familia, muy pobre, cuyo hijo, estudiante del Seminario, y única esperanza de sus padres, había caído soldado. Se hallaban los padres sumamente afligidos, sin saber qué partido tomar. El mencionado sacerdote nada pidió a doña Dorotea, ni le pasó por las mientes tal cosa. Al poco tiempo recibió una carta de la Sierva de Dios en la que iban cien duros, diciéndole: "Aunque usted no me ha pedido nada para el pobre seminarista, aquí le envío esta limosna, para ayudarle a salir del apuro." Aquellos cien duros, unidos a alguna otra limosna fueron suficientes para redimir del servicio militar al seminarista, dejando consolada a toda la familia.

Un celoso misionero, el reverendo Padre Manuel Font, después de haber sacrificado su vida entera en las Misiones de América, se retiró, ya anciano, a Barcelona, en donde frecuentaba el trato de la familia Serra. Esta circunstancia le proporcionó la ocasión de admirar la grandísima caridad de doña Dorotea con los enfermos hasta tal punto que en cierta

ocasión, amparándose en la confianza que le inspiraba su amistad, le dijo:

—¿Quién me diera a mí que en mi última enfermedad pudiese verme cuidado por tan cariñosa enfermera!

No cayó en saco roto el deseo del venerable anciano, y cuando éste, cumplidos los ochenta años, enfermó de gravedad, doña Dorotea le asistió con todo cariño y devoción hasta su muerte. Y el moribundo, agradecido a tan solícitos cuidados, la hizo heredera del objeto más precioso que conservaba: el crucifijo de misionero, que le había acompañado siempre en sus correrías apostólicas. Doña Dorotea se tuvo por muy bien pagada y conservó este crucifijo como reliquia de un santo.

CON LOS VERGONZANTES

Lo que más edifica en el ejercicio de la caridad de doña Dorotea para con los pobres, es la gran discreción con que solía practicarla y el provecho espiritual que con ella pretendía. Muchas veces hacía su limosna abiertamente, entregándola directamente en la mano. Pero otras, especialmente cuando se trataba de personas distinguidas, venidas a menos, dejaba su óbolo con disimulo en algún lugar en donde fácilmente pudiera ser hallado.

Una señora enferma y muy necesitada a quien Dorotea visitó, cuenta que después de haberla animado a la paciencia y conformidad con la voluntad divina, se despidió de ella. Poco después, al revolver la almohada, se encontró con un cartucho de veinte duros, que disimuladamente le había dejado allí su discreta bienhechora.

A otra, que en mejores tiempos había sido miembro de la Junta de Señoras que protegían una de las Salas de Asilo, pero que luego vino a caer en la pobreza, le hizo aplicar un determinado número de misas, después de su muerte, porque sospechaba que no tendría quien se las hiciese celebrar.

Una joven, hija de padres acomodados, cuyos intereses habían experimentado una sensible baja, obtuvo que la admitieran sin dote en una comunidad religiosa a cuyo instituto

se sentía llamada. Aunque en lo exterior vestía decorosamente, conforme a la clase a que pertenecía, estaba muy pobre de ropa interior. Súpolo doña Dorotea, se enteró de quién era su confesor, y le envió cincuenta duros para que proveyese a su penitente de la ropa blanca que tanto necesitaba para hacer su entrada en Religión.

Como la caridad cristiana no consiste sólo en entregar, sino, principalmente, en entregarse, doña Dorotea, además de las limosnas que distribuía a los enfermos, los edificaba con sus admirables ejemplos de abnegación y humildad. Ella en persona los servía en sus necesidades, los aseaba, los limpiaba, vendaba sus llagas sin mostrar asco por el hedor o la repulsión que inspiraba la vista de las llagas. En una palabra, ejercitaba con ellos todos los oficios de una solícita enfermera, o mejor, de una amorosa madre. No contenta con esto, se cuidaba del aseo de la habitación, ponía en orden y limpiaba los muebles, hacía las camas, barría la casa, y lo que el enfermo, por hallarse desamparado no podía hacer por sí mismo, lo hacía ella, encargándole que no dijese nada de esto a nadie. Lo cual era para ellos materia de nueva admiración, pues no podían menos de maravillarse de tanta caridad acompañada de tan profunda humildad, y, a pesar de la prohibición, apenas se retiraba, se hacían lenguas de su virtud y de sus santos ejemplos.

Supo en cierta ocasión que una madrastra daba muy malos tratos a una infeliz criatura, niña de pocos años. No lo pudo sufrir el tierno corazón de Dorotea. Salió a defender a aquella víctima inocente, afeando la conducta de la malvada mujer; mas al ver que nada valían para con la despiadada madrastra las buenas razones, echó mano de las amenazas y finalmente, no paró hasta arrancarle a la niña de las manos y colocarla en uno de los colegios fundados para recoger muchachas de su condición y circunstancias, encargándose además de satisfacer la pensión mensual de la inocente niña, hasta que ésta pudo valerse por sí misma y encontrar una colocación apropiada.

Ejemplos de esta índole son muy abundantes en la vida de la Sierva de Dios. La mayoría de ellos van acompañados de tales circunstancias que enternecen el corazón. Cuando recogía a alguna de estas niñas abandonadas, antes de conducirla al citado colegio, se la llevaba a su casa, en donde le recomponía o facilitaba la ropa necesaria, de la que siempre tenía buena provisión, pues la cosía por sus propias manos. Luego hacía que se lavase bien y ella misma la peinaba cuidadosamente. Una vez limpia y compuesta, la tomaba en su coche y la llevaba personalmente a su destino. Desde aquel momento aquella pobre criatura era considerada por doña Dorotea como una hija suya y a su vez era querida de ella y venerada como su segunda madre. El segundo día de las Pascuas de Navidad y Resurrección, y alguna otra gran fiesta durante el año, todas estas niñas, recogidas y sostenidas por doña Dorotea, iban a visitar a su bienhechora, que las recibía con grandes muestras de regocijo y afecto maternal. Les hacía mil preguntas acerca de su buen comportamiento y aplicación y de su adelanto en la virtud y al despedirlas, con algún regalito, las dejaba alegres y satisfechas y ella quedaba tan complacida por aquella visita, como puede quedar una madre que después de larga separación, ha vuelto a ver en torno suyo a sus amados hijos, contentos y regocijados.

En cierta ocasión una de las hijas de doña Dorotea encontró en una calle céntrica de Barcelona a una pobre mujer ciega, acompañada de dos hijitos gemelos, que pedía limosna a los transeúntes. Enternecida ante el triste espectáculo le dio una limosna y discretamente se enteró de su domicilio, con el fin de ir a socorrerla más adelante. Al volver a casa, refirió a su madre lo que había hecho y su propósito de ir a visitar a aquella pobre desgraciada. Pero Dorotea se le anticipó y al anochecer de aquel mismo día se dirigió a las señas que había dado la pobre ciega. Se trataba de una callejuela oscura y apartada en un barrio de mala reputación. El lugar de referencia era un enorme caserón destartado, en donde animosamente penetró doña Dorotea. A su vista se le ofreció el espectáculo más repugnanté y extraño que cabe

imaginar. Aquello era una horrible mescolanza de cojos, mancos y tullidos y todo género de deformidades. Parecióle haber entrado en una cueva de bandoleros. Se llenó de miedo, pero siguió adelante, ante la mirada estupefacta de aquellos desgraciados que no sabían explicarse la presencia de una señora de su calidad y de tan noble apariencia en aquel lugar y a aquellas horas.

Preguntó por la ciegucecita, madre de dos gemelos, que pedía limosna en la calle que su hija le había dicho. Fuele presentada y le dio la limosna que tenía preparada, no viendo la hora de salir cuanto antes de aquel antro del que no tenía ni la más remota idea. Al salir fue a dar cuenta a su hija de lo sucedido a fin de que no se presentase en semejante lugar, en donde su juventud e inexperiencia podrían acarrearle algún accidente desagradable.

Dondequiera que hubiese necesidades que socorrer, allí acudía doña Dorotea a hacer el bien a sus semejantes, por amor de Dios. Durante la guerra civil carlista, 1872-1876, se llenaba de angustia su corazón al ver luchar entre sí a los hijos de la misma Patria y aun a los miembros de una misma familia. Se apresuró a crear un centro de socorros para los heridos, con el fin de procurar los medios de curarlos de sus heridas y prodigarles los consuelos de alma y cuerpo que necesitaban. Cuando sus hijas iban a visitarla, durante este período, las ocupaba en hacer hilas para enviarlas a los hospitales militares. Pero así como otras muchas personas caritativas sólo destinaban el fruto de su trabajo y el afecto de su corazón a uno de los bandos, con exclusión del otro, Dorotea, superior a toda mira humana y a toda idea política, y aun religiosa, consideraba que todos eran hermanos y extendía su caridad por igual a los dos partidos en lucha. Y así, de las hilas que hacían, destinaba cantidades iguales a cada una de las dos partes. "La caridad, decía, ha de abrazar al desgraciado como a tal, prescindiendo del origen de su desgracia."

En 1873 hallábase en Tolosa de Francia, con una de sus hijas. En cierta ocasión vio en medio de la calle a un pobre

enfermo con las piernas cubiertas de asquerosas llagas, sentado en un carrito que le servía para trasladarse de un lugar a otro, mientras imploraba la caridad de los transeúntes. Condolida doña Dorotea por la desgracia de aquel pobrecito, le dio una buena limosna, y se lo llevó a su casa, en donde ella misma le curó amorosamente las repugnantes llagas. Atónito la contemplaba el desgraciado, no sabiendo cómo manifestar su gratitud a tan rica señora. Pero aún fue mayor su asombro cuando, terminada la cura oyó que le decía:

—Mañana vuelva usted y le curaré de nuevo.

No faltó al día siguiente, ni en los otros que doña Dorotea pasó en aquella población. Curábale en el zaguán de la casa; pero su hija le hizo observar que sería mejor, para evitarse la molestia de bajar, que hiciera subir al enfermo a las habitaciones del piso.

—No —respondió doña Dorotea—. Os daría tal asco el ver las llagas y respirar el hedor de las mismas, que no lo podríais sufrir.

En efecto, tan fétidas y asquerosas eran que sólo la heroica caridad de Dorotea podía aguantarlas.

No solamente experimentaba doña Dorotea en su espíritu un inefable consuelo cada vez que dispensaba algún beneficio a los desgraciados, sino que además observaba que cuanto más distribuía entre los pobres, tanto más tenía para darles. A las personas que se maravillaban de lo que ellas llamaban su prodigalidad, les solía contestar:

—Cuanto más doy de limosna, tanto más tengo para dar.

A sus hijas les inculcaba este pensamiento, repitiéndoles a menudo:

—Si queréis recibir mucho de Dios, dadle mucho a Él en la persona de sus pobres.

Hallábase un día en el Colegio del Sagrado Corazón de Jesús, de la calle Caspe, hablando con un Padre de la Compañía. Éste, aludiendo a lo mucho que distribuía en limosnas, le dijo en son de broma:

—Doña Dorotea, a este paso voy a verla en condición de venir con su ollita a recibir la sopa de los pobres.

Sonrió doña Dorotea y dijo:

—No permitiré Dios tal cosa. Tantos miles de duros —y dijo una enorme cantidad— he dado desde que murió mi esposo y aún tengo lo mismo, ni más ni menos que entonces.

Hablaban en cierta ocasión varias damas acerca de las personas caritativas. Dolíase doña Dorotea que fueran tan pocas las que se decidieran a emprender grandes empresas de caridad en favor de los necesitados.

—Unos no quieren, y otros no pueden —dijo—. Yo no he encontrado quien me secunde con tanta generosidad como mi esposo José María.

Habíale pedido ella que cuando quisiera hacerle algún regalo de vestidos, joyas o adornos, si quería de veras complacerla, le entregase el dinero que ello representaba, para poder emplearlo en socorrer las necesidades de sus queridos pobrecitos, de quienes se complacía en ser el paño de lágrimas.

Un día don José María le dijo que pensaba cambiar la sillería de una de las salas de la casa. Contestó ella:

—Sí, me parece muy bien.

Salió don José María a sus negocios y al volver, encontró el salón vacío.

Lleno de extrañeza, llama a Dorotea y le pregunta:

—Mujer, ¿qué es eso? ¿Qué ha sucedido?

—Hace tiempo —le contestó— que una pobre mujer me pide muebles para su casa, y como tú has dicho que los querías cambiar, se los he regalado.

Cuán copiosas eran las donaciones que don José María hacía a su esposa para que las emplease en obras de caridad, se infiere claramente del testamento otorgado el 22 de marzo de 1875, en el cual se lee la siguiente cláusula:

Declaro que la casa de la calle Cortes es propiedad de mi esposa, adquirida por la misma con el producto de diversos regalos acumulados que le he hecho en justa correspondencia de su afecto y en débil testimonio del mío.

Si sólo por *justa correspondencia* del afecto que doña Dorothea le manifestaba y del *débil testimonio* que él profesaba a su esposa le había regalado sumas tan cuantiosas que bastaron a edificar el suntuoso palacio de la calle Cortes —hoy Hotel Gran Vía—, ¿quién podrá reducir a guarismos el importe de las cantidades entregadas a persona tan querida para un fin tan santo como era el ejercicio de la caridad con los pobres de Cristo, en lo cual sabía que le daba el mayor gusto y él mismo estaba tan interesado?

SU BUEN CORAZÓN CON LOS ANIMALES

Su compasión por los desgraciados era tan grande que hasta se extendía a los animales. En cierta ocasión nacieron en el jardín de su casa dos gatitos, y cuando los nietecitos los vieron, le dijeron:

—Ven, mamita y verás dos gatitos en el jardín, que no quieren subir arriba.

Ella les contestó:

—Echadles un poquito de pan y veréis cómo corren.

Y ella misma se lo tiraba.

Un día los niños, en vez de pan, les tiraban piedrecitas y reían contentos al ver cómo corrían los gatitos a buscarlas. Llamaron a la abuelita para que se uniera a su alegría. Como siempre quería darles gusto, fue con ellos y les dijo:

—¿Qué les dais?

—Piedrecitas. Piensan que es pan.

—Hijos míos —les respondió dulcemente—. No hagáis eso, porque el que tiene mal corazón para los animales, no lo tiene bueno para las personas. Dadles comida o nada.

En otra ocasión regalaron a su esposo un hermoso perrito Terranova, al que llamaban Gambetta. Don José María lo apreciaba mucho y mandó que lo llevaran a su torre de Sarriá, en donde José, el encargado, lo cuidó hasta que se hizo muy grande y hermoso. Había otro perro, llamado León, y todas las noches José, después de cenar, los soltaba, y acudían pre-

surosos debajo de la ventana del comedor, de donde les arrojaban los restos de la comida y trozos de pan.

León había de comer primero, por ser el más antiguo. Gambetta, mientras tanto, se contentaba con mirar, hasta que le llegaba su turno. Terminado el verano, doña Dorotea se llevó a Gambetta a Barcelona, y un día metió una pata en el enrejado del jardín, sin que la pudiera sacar, mientras lastimeramente. Doña Dorotea lo tomó, lo sacó del apuro y se lo llevó a la salita de costura, pidió a la sirvienta trapos y vendas, le aplicó un ungüento que era muy eficaz, mientras el animalito, que ya era muy fuerte y grande, gemía y le lamía las manos. Los sirvientes contemplaban admirados a doña Dorotea y decían:

—¡Por Dios!, ¡qué señora! ¡Y todo por un perro!

Después que estuvo curado, lo regaló a uno de los Asilos para que sirviera de guardián a las monjitas, diciendo conmovida:

—No quiero que se repita.

SIGNIFICATIVOS DETALLES DE LA CARIDAD DE DOÑA DOROTEA

Se conservan, afortunadamente, varios cuadernos en los que la Sierva de Dios, tan meticulosa en todas sus cosas, anotaba los donativos que hacía a los pobres y necesitados. En la imposibilidad de trasladarlos todos, nos limitaremos a ofrecer algún botón de muestra, para que se vea la extensa gama de actividades benéficas que ocupaban el tiempo y las prodigalidades de doña Dorotea.

Copiamos la lista correspondiente al mes de octubre de 1878:

A la Madre Juana (su hermana Josefa) . . .	150	ptas.
A Dolores Brancos	30	"
Al chico de Inés (una criada)	25	"
Al Obrador, pensión de las niñas	525	"
A la Hermana maestra	120	"
Obrador de Casa Cruillas	20	"

A una ama de un pobre	30 ptas.
Una pieza de cretona para los pobres	35 "
A dos pobres	10 "
Para Rufino	30 "
Otros pobres	15 "
Para arreglar la ropa de las niñas Rexachs	50 "
A una mujer	15 "
A las niñas de Arenys.	45 "
Pensión para la niña de Leonor	15 "
A la portera de Marina	30 "
Esteras para el Asilo	230 "
A varios pobres de Bañolas	50 "
Premios para la escuela nocturna	150 "
Para el desempeño de ropa de unos pobres	20 "

Este cuaderno abarca desde 1877 hasta 1885, y las anotaciones son casi siempre del mismo tenor. Otro cuaderno contiene las limosnas desde 1888 hasta vísperas de su muerte en 1891, y sus anotaciones son semejantes a las anteriores, pero referentes siempre a la beneficencia en pro de gentes humildes, que acudían a ella en sus necesidades, seguras de ser cariñosas y generosamente atendidas.

Copiando al azar alguna de las páginas de este último cuaderno, podremos ver cómo su caridad se extendía a tan variadas necesidades, que no parece sino que estaba al corriente de todas las miserias que se ofrecían, no sólo en Barcelona, sino también en sitios muy alejados de la misma.

La página que transcribimos corresponde a primeros del año 1890:

Limosnas extraordinarias durante la epidemia.	1.000 ptas.
Pensión al niño Rodés en el Colegio Valldemía	225 "
Merienda para los niños de los Salesianos	37 "
A la iglesia de San Vicente de Junquera	250 "
Propinas y regalos por Santa Dorotea	250 "
A Sor Mercedes Bartra, limosna	500 "
Al Padre Guberna, para dote de una Hermana, recomendada por él mismo	500 "
A Matilde Serra, en Cuba	200 "
A las Misiones de Marruecos	125 "
A las Hermanitas de los Pobres, para su instalación en Gracia	500 "

A Concha, para su dote de monja	1.000	ptas.
A la hija de Rosa	100	"
A un sacerdote chileno	75	"
A las Madres de la Providencia, de Mataró	50	"
A Don Rinaldi, regalo en sus días	122	"
Al Asilo de San Rafael en Las Corts	5.000	"
A la familia Rodés, por su viaje a Lourdes	500	"
Viaje de los Salesianos a Montserrat (Ejercicios).	400	"
Al Obispo de Vich, para el Baptisterio de Ripoll	3.500	"
A los Hermanos de San Juan de Dios, por un ciego	125	"

Y así podríamos seguir llenando muchas páginas con las caridades, que, gracias a su costumbre de anotar cuidadosamente sus entradas y salidas, a fin de controlar lo que podía dar a los necesitados, han llegado, providencialmente, hasta nosotros, para nuestra admiración y nuestra edificación, y ¿por qué no decirlo?, también para nuestra imitación.

MEMORIA TESTAMENTARIA

Uno de los testimonios que reflejan con mayor claridad los sentimientos caritativos de la Sierva de Dios, lo constituye la *Memoria Testamentaria* que acompaña al testamento otorgado en poder del Notario don Miguel Martí y Sagristá, y que lleva la fecha del 31 de diciembre de 1889.

Del testamento nada hemos de decir, pues no ha llegado a nuestras manos ninguna copia; pero en la mencionada *Memoria*, que por expreso deseo de Dorotea "deberán tener reservada mis hijas, sin que de ella se haga manifestación a persona, autoridad u oficina alguna", se manifiesta tanta generosidad, prudencia y delicadeza, que nos parece conveniente publicarla para edificación de nuestros lectores, que podrán admirar una vez más la preocupación maternal de la Sierva de Dios, no sólo por sus grandes fundaciones, sino también por sus servidores, sus nietecitos, los pobres a quienes socorría, las obras que traía entre manos y que no quiere sean descuidadas después de su muerte.

MEMORIA TESTAMENTARIA

que mis hijas herederas deberán tener reservada y cumplirla puntualmente como formando parte de mi testamento, que otorgué en poder del notario don Miguel Martí y Sagristá, de esta ciudad, con fecha de hoy.

Quiero que los únicos bienes que a título de herencia deban percibir mis hijas doña Dolores, doña Mariana, doña Isabel, doña María Luisa y doña María Jesús Serra y Chopitea, sean los siguientes:

PRIMERO: Los cien mil duros de mi propiedad que tengo como socia comanditaria, parte en la sociedad "Sucesores de J. M. Serra e hijo, Baster Peyra y Cia.", y parte en la sociedad "Refinería Colonial de Badalona" y la cantidad que, procedente de dicha mi comandita hubiese prestado a esta última sociedad.

SEGUNDO: Todos los valores que me pertenecen en plena propiedad en virtud del testamento de mi difunto esposo don José María Serra y que se determinaron en la escritura de división y herencia otorgada con mis hijas ante el notario de esta ciudad don Miguel Martí y Sagristá, así como los valores que se hubieren sustituido por otros, por razón de amortización o por otro concepto.

TERCERO: La participación que me corresponde en la Sociedad de Aguas del Alto Vallés.

CUARTO: El crédito que tengo contra don Federico Muntadas y Jornet, de Zaragoza.

QUINTO: La participación que tengo en la Casa del Teatro del Liceo de esta ciudad.

Y SEXTO: La participación que tengo en la casa y terreno de Hostafranchs.

Del producto en venta de los restantes bienes míos se cubrirán los legados, mandas y disposiciones que hago en esta Memoria testamentaria; y si sobrare, después de satisfacerlo todo, alguna cantidad, ésta se distribuirá entre mis hijas herederas por partes iguales.

En su virtud,

QUIERO, como he dicho en mi testamento, que mi entierro y funerales sean sin pompa ni ostentación y que el coche fúnebre vaya rodeado de Hermanitas de la Caridad, francesas y españolas.

Lego a las Hermanas de la Esperanza, trescientos duros.

Lego a las Hermanitas de los Pobres que residen en el Paseo de San Juan, trescientos duros.

Lego a la Junta de la Casa de Caridad, de esta ciudad, trescientos duros.

Lego a José Pineda doscientos duros, para que entregue cien duros a su hija Dorotea, por ser mi ahijada y cincuenta duros a cada una de las otras sus dos hijas.

Lego a Teresa Amenós, si continúa en mi casa el día de mi fallecimiento, cien duros.

Lego a María Ureta, durante su vida, dos pesetas diarias. Estas se

pagarán por trimestres adelantados. Mis herederas se pondrán de acuerdo para que esta pensión vitalicia quede garantizada.

Lego al Hospital General de la Santa Cruz, de esta ciudad, trescientos duros.

Lego a las Conferencias de Caballeros y Señoras que existan en esta ciudad el día de mi fallecimiento, mil duros repartidos por igualdad entre todas ellas.

Lego a las Hermanas Dominicas que residen en Las Corts, de Sarriá, trescientos duros.

Lego a Inés Amenós, mi antigua servidora, cincuenta duros.

Lego a las hijas de Ramón Torres cincuenta duros para que éste los reparta entre todas, por igualdad.

Lego a Mercedes Pierre, mi ahijada, cien duros.

Lego a mi cochero Pablo el coche viejo de mi casa, con el caballo y enseres del mismo coche, y en su defecto, quinientos duros.

Lego a mi portera, Ramona, cien duros.

Lego a Rosa Cabré, para que los reparta entre sus hijas, cien duros.

Lego a la Superiora de la Escuela del Obrador de la Sagrada Familia, cien duros para que los aplique a utilidad de dicha Escuela.

Lego a la Superiora de la Escuela Nocturna de Hostafranchs, doscientos duros para que los aplique a utilidad de dicha Escuela.

Lego a mis nietos y nietas, biznietos y biznietas que sean ahijados míos y que no hayan recibido este legado al tiempo de mi muerte, la cantidad de dos mil quinientas pesetas a cada uno, como recuerdo.

Lego a cada uno de mis nietos y nietas, biznietos y biznietas que no sean ahijados míos y no hayan recibido este legado al morir yo, quinientas pesetas como recuerdo.

Lego a don Salvador Almenara dos mil quinientas pesetas, como muestra del agradecimiento que hago de los servicios prestados en mi casa.

Lego a la Junta de la Casa de la Misericordia de esta ciudad, doscientos duros.

Quiero que mis hijas herederas entreguen a la Junta de la Casa de Caridad de esta ciudad quinientos duros para que mantengan en ella, de todo lo necesario, durante su vida, a Ángela fñiguez, en clase de distinguida; y si no fuese posible, se le pase una pensión durante su vida, de diez duros mensuales pagadera por mensualidades anticipadas.

Quiero que mis hijas herederas continúen pasando, como yo lo hago, a María Ángela Feliu, de Avellí, la pensión de nueve duros mensuales, pagadera por trimestres anticipados, poniéndose dichas mis herederas de acuerdo para que esta pensión vitalicia quede garantizada.

Quiero que para limosnas extraordinarias se invierta por mis herederas la cantidad de cuatro mil duros, o sea, veinte mil pesetas, que sacarán de mi herencia.

Lego al señor Obispo de esta diócesis, la cantidad de dos mil quinientas pesetas.

Declaro que a los Padres Jesuitas les he prometido, para cuando edifiquen la Casa en estas inmediaciones, treinta mil duros. A los Padres Salesianos les he prometido concluirles la Casa de San José y asegurarles una renta para su manutención, de cincuenta duros mensuales en valores o en lo que sea más conveniente. A los Hermanos de la Doctrina Cristiana les he ofrecido darles seis mil duros para la construcción del edificio que están levantando en la Barceloneta y diez mil duros para el sostenimiento de la Escuela gratuita que se hace en la Barceloneta. De dichas cantidades he entregado ya a cuenta dos mil duros.

Lego para la iglesia de Pueblo Nuevo, mil duros.

Lego a las Religiosas Teresianas de la villa de Gracia, para cuando compren casa, mil duros.

Lego a las Madres del Servicio Doméstico la cantidad de diez mil duros pagaderos en plazos y por años, cuando compren casa. Esta cantidad habrá de servir para amortizar el préstamo que les haya hecho el Banco de Barcelona.

Declaro que de los seis mil duros que prometí a la Junta de las Salas de Asilo para capitalizar la renta que les daba de trescientos duros, sólo me falta pagar mil duros.

Quiero que se constituya una renta para mantener doce niños pobres en los Talleres Salesianos a razón de siete duros mensuales, y de doce niñas pobres en las Hermanas Salesianas, a razón también de siete duros mensuales a cada una. En esta pensión se comprende la manutención, vestido, calzado, lavado, gastos menores, e instrucción o educación.

Lego a las Hermanas de Pueblo Nuevo dos mil duros para concluir la casa.

A los Hermanos de San Juan de Dios, dos mil duros.

Lego a las Misiones Africanas, mil duros, pagaderos, quinientos duros en junio del año 1890 y los otros quinientos duros en enero del año 1891; dichos mil duros, junto con otros mil que tengo entregados al Padre Boutry, forman los dos mil duros que necesitan para constituir la renta con que mantener un misionero constante.

Con dono a mis deudores que sean pobres, la cantidad que en el día de mi muerte me estuviesen debiendo.

Además de pagar a los Talleres Salesianos el importe de la conclusión de la casa, como he dicho antes, quiero que también se les compre, de mis bienes, la casita contigua.

Si el producto en venta de los bienes míos, deducidos los que, como he dicho antes, deben constituir la herencia que corresponderá a mis hijas, no bastan a cubrir todos los legados, mandas y cantidades antedichas, se rebajarán proporcionalmente, puesto que mi voluntad es que dichas mis hijas hereden sin disminución alguna los bienes

determinados con los números primero, segundo, tercero, cuarto, quinto y sexto. Mas si del remanente de dichos mis bienes sobrare algo, el sobrante se repartirá entre mis hijas herederas por partes iguales, como he indicado anteriormente.

Barcelona, 31 de diciembre de 1889.

Dorotea de Chopitea, viuda de Serra.

Durante los quince meses que sobrevivió doña Dorotea, a la anterior Memoria, tuvo ocasión de realizar personalmente alguna de las obras de caridad en ella expresadas, como las que se refieren a los Salesianos de San José, cuya casa se terminó en vida de la Sierva de Dios. En cuanto a la renta destinada a la manutención del personal de la Casa, la misma doña Dorotea la capitalizó mediante la entrega de 50.000 pesetas, en documento fechado el 30 de junio de 1890.

Por lo que se refiere a la manutención de doce niños y doce niñas en los Talleres de Sarriá y en el Colegio de Santa Dorotea, las herederas de doña Dorotea, siguiendo las indicaciones de su madre, entregaron el 6 de junio de 1891 doscientas cincuenta mil pesetas, como fondo para dichas becas de fundación.

Igualmente satisfizo ella personalmente las entregas pendientes para la fundación de una beca perpetua en las Misiones Africanas, como hemos indicado al hablar de esta obra.

Además de estas mandas testamentarias, encargó de palabra a sus hijas entregasen a las Religiosas del Servicio Doméstico la cantidad de 22.000 duros, en plazos de mil duros mensuales. Y a las religiosas de la Encarnación de Zaragoza nueve mil duros, como pago de las obras que realizaban, de acuerdo con doña Dorotea. Finalmente, encareció la entrega de 2.600 duros al Obrador de la Sagrada Familia.



Su Eminencia Raúl Silva, tercer Cardenal Salesiano, natural de Talca, en donde se fundó la segunda Casa Salesiana de Chile, gracias al celo y a la generosidad de Doña Dorotea.



*Clausura del Proceso Apostólico de Doña Dorotea, en la Curia Barcelonesa.
(noviembre de 1959)*

HACIA LA GLORIA DE LOS ALTARES

La fama de santidad que en pos de sí dejó doña Dorotea movió a un ilustre jesuita, el Padre Nonell, a publicar, inmediatamente después de su muerte, una documentada biografía, basada en las declaraciones que personalmente recogió de las personas que la trataron. Aún vivían sus cinco hijas, varios de sus yernos, sus nietos y muchísimos barceloneses que la habían conocido íntimamente o habían sido socorridos con su inagotable caridad: superiores de las casas religiosas por ella fundadas, pobres y desvalidos por ella beneficiados, damas que fueron sus leales compañeras en sus obras de caridad, escritores y publicistas que en los periódicos de la época dejaron constancia de su gran corazón y de sus eximias virtudes. Pocas veces se habrá escrito una biografía con tal abundancia y autenticidad de datos.

Pero a pesar de considerarla una verdadera santa, nada se hizo para que la Iglesia, oficialmente, iniciase la Causa de su Beatificación.

Y es que doña Dorotea, aunque ejemplarísima bajo todos los aspectos, no ofrecía ese halo sobrenatural con que el vulgo cree ha de estar aureolada la persona escogida para la gloria de los altares. No había en ella milagros, ni profecías, ni cosa alguna que llamase la atención, fuera de una vida ejemplar, informada por sus heroicas virtudes, especialmente la caridad para con Dios y para con los pobrecitos de

Cristo. Pero ¿acaso no consiste precisamente en esto la esencia de la santidad?

Pasó el tiempo, y como sucede en todas las cosas humanas, el recuerdo de doña Dorotea fue debilitándose en la memoria de las nuevas generaciones, si bien permanecía vivo y sagrado en los centros por ella fundados y en los corazones de sus numerosos descendientes.

Pero el Señor, que sabe escoger el momento oportuno para glorificar a sus Siervos, y hacer brillar sus ejemplos cuando son necesarios para el pueblo cristiano, hizo sonar la hora de su glorificación de una manera admirable.

EL PADRE ALEGRE

Corría el año 1923. Hacía treinta y dos que había fallecido la ilustre dama. Otro Padre jesuita, Director de la Congregación Mariana y de San Juan Berchmans, y ejemplarísimo apóstol de la caridad en la ciudad de Barcelona, el llorado Padre Jacinto Alegre, hacía sus Ejercicios Espirituales. Entre los numerosos libros ofrecidos para la lectura espiritual de los ejercitantes, cayó en sus manos la biografía escrita por el Padre Nonell; y su corazón, atraído por cuanto a la caridad se refería, se sintió hondamente conmovido ante la heroica caridad de doña Dorotea. A medida que adelantaba en la lectura del libro, iba también en aumento su alegría y su estupor al ver dibujarse con tanta nitidez el modelo acabado de caridad que daba aquella extraordinaria mujer, que no sólo había distribuido entre los pobres su enorme fortuna, sino —lo que es más importante aún— había entregado a los necesitados su propia persona, sacrificando, en aras de la caridad, los atractivos que podía ofrecerle una posición opulenta y privilegiada.

Y entonces fue cuando sintió en su corazón el deseo de volver a sacar a plena luz aquella egregia figura y presentarla al pueblo cristiano, especialmente a los mejor dotados por la fortuna, como modelo y acicate para intensificar la caridad cristiana, única esperanza de salvación para la sociedad mo-

derna, cuya lacra principal es el egoísmo y el ansia de riquezas y placeres, unida a la criminal indiferencia por la miseria material y moral de sus hermanos en Cristo.

Y como quiera que el medio más eficaz de que se sirve la Divina Providencia para suscitar tales modelos, es la elevación a los altares de aquellos héroes de la caridad, sintió la necesidad de trabajar en este sentido. Y se dedicó con entusiasmo desbordante a despertar el interés del pueblo cristiano hacia doña Dorotea, a fin de promover su Causa de Beatificación.

UNA GLORIA SALESIANA

Es cierto que doña Dorotea fue el alma de muchísimos Institutos dedicados a la caridad. Los mismos Padres Jesuitas la podían considerar como fúlgida gema de la Pía Obra del Apostolado de la Oración, de la que fue fervorosa celadora y una de sus fundadoras en Barcelona. Además, mantuvo siempre con la Compañía relaciones íntimas, constantes y cordiales. Pero el ejemplar jesuita se dio perfecta cuenta de que la Sierva de Dios, en el último decenio de su vida, había puesto su fe, su esperanza y su cariño en la Obra Salesiana, en la que veía la solución del problema de la juventud obrera, que para ella era el más apremiante dada la deplorable situación de la sociedad de su tiempo. Ella tuvo la dicha de tratar personalmente con el Santo Fundador, con quien se compenetró perfectamente, sobre todo durante su larga visita a Barcelona. Le apoyó sin reservas, fundando las Escuelas Profesionales Salesianas de Sarriá, el Colegio de niños de la calle Rocafort y el de Santa Dorotea, para la juventud femenina. Por su gran cariño hacia Don Bosco y sus hijos, fue llamada por éstos la mamá de los Salesianos; título cariñoso del que estaba santamente orgullosa.

EL PADRE ALEGRE EN ACCION

Por estos motivos el ejemplar jesuita quiso conocer a fondo las obras salesianas de Barcelona y recoger todos los recuerdos que se conservaban relativos a la estancia de San Juan Bosco en la ciudad. A este fin fue a visitar al entonces Provincial de la Inspectoría Tarraconense, don Marcelino Olaechea, hoy Arzobispo de Valencia, el cual le sirvió de *cicerone*, acompañándole durante más de dos horas en su visita a la Casa de Sarriá, la predilecta de doña Dorotea. Visitó a continuación las otras obras salesianas de la ciudad y el Templo del Tibidabo, afirmándose en la persuasión de que la Congregación Salesiana debía tomar la iniciativa en la obra tan justa como necesaria de promover la Causa de Beatificación de su insigne bienhechora, y ofreció generosamente su entusiasta colaboración y su grande influencia para el éxito de la empresa.

Disponiendo de la revista mensual de las Congregaciones Marianas, hizo de ella el órgano de propaganda para dar a conocer la vida ejemplar de doña Dorotea y suscitar la devoción hacia la misma. Estampas, folletos, relación de gracias, todo lo empleó para conseguir su objeto. No contento con esto, después de recoger de labios de los familiares que aún vivían, cuantos datos le fue posible, se decidió a escribir una nueva biografía de la ilustre señora, que tituló *Un modelo de Caridad*, de la que en breve se agotaron dos ediciones y que fue traducida al catalán, francés, italiano, alemán e inglés.

INTERVIENE DON RINALDI

Cuando el año 1926 el Rector Mayor de los Salesianos, don Felipe Rinaldi, vino a visitar las Casas de España, el Padre Alegre se apresuró a visitarle para tratar directamente con él del asunto que tanto le preocupaba, y se encontró sumamente conmovido y entusiasmado al encontrar en el tercer sucesor de Don Bosco un gran admirador de doña Dorotea, a quien había conocido personalmente cuando era Di-

rector de las Escuelas de Sarriá. Y no sólo esto, sino que por aquellos mismos días, coincidiendo con las aspiraciones del Padre Alegre, había encomendado al Muy Reverendo Padre Julián Massana los trabajos preparatorios para que en la Curia Diocesana de Barcelona se iniciase el Proceso Informativo sobre la fama de santidad y virtudes heroicas de la Sierva de Dios.

Sabiendo además el Padre Alegre que en Turín vivía aún, ya viejecito de más de ochenta años el Padre Branda, primer Director, y colaborador de doña Dorotea durante cinco años en la fundación de los Salesianos de Sarriá, quiso conocerlo personalmente para recoger de sus propios labios todos los detalles y recuerdos de las obras, virtudes y carácter de Doña Dorotea.

A este fin hizo un viaje a la Casa Madre de Turín, en octubre de 1927, siendo acogido amorosamente por Don Rinaldi, que le atendió con paternal solicitud durante los diez días que pasó en el Oratorio de Don Bosco.

LA CAUSA DE BEATIFICACION EN MARCHA

Resultado de tan favorables circunstancias fue la iniciación del Proceso Informativo Diocesano, realizado en Barcelona el 4 de abril de 1927.

Y a fin de que la ciudad de Barcelona volviese a recordar a su ilustre bienhechora, se decidió la traslación de sus mortales restos a la iglesia de María Auxiliadora, de Sarriá, por ella fundada. Traslado que se verificó, con inusitado esplendor y enorme afluencia de fieles, el 29 de enero de 1928.

El 22 de abril de 1930, tras 110 sesiones del Tribunal diocesano, se clausuró solemnemente el Proceso; y el Vicepostulador, Padre Julián Massana, hizo entrega del mismo a la Sagrada Congregación de Ritos el 6 de junio del mismo año.

Como si sólo esperase este consuelo para entregar su alma a Dios, el Padre Alegre volaba al Paraíso en el mes de diciembre, a los 56 años de edad, dejando en pos de sí no sólo un recuerdo imborrable de su extraordinaria caridad —cite-

mos sólo el Cottolengo del Padre Alegre— sino tal fama de santidad, que ha motivado el que se iniciase también para él su Proceso de Beatificación.

Un año más tarde le seguía en su viaje a la eternidad el llorado Padre Rinaldi, también en camino de los altares.

Don Juan Branda los había precedido a ambos en el mes de octubre de 1929.

EL PROCESO APOSTOLICO

Pasadas las vicisitudes de la República y de la guerra civil española, y serenados los ánimos con la paz conquistada mediante la sangre de los héroes y mártires de la Cruzada, se volvió a trabajar en la Causa de Beatificación de doña Dorotea. El Postulador de la Congregación Salesiana, enamorado también de la gran figura de la Sierva de Dios, hizo las gestiones pertinentes, obteniendo de la Sagrada Congregación de Ritos la introducción de la Causa, con decreto del año 1957 en el cual calificaba a doña Dorotea con los apelativos de *Madre de familia y Cooperadora Salesiana*, iniciándose, con este paso, el Proceso Apostólico.

Éste se comenzó en la Curia de Barcelona el 15 de noviembre de 1958, y se desarrolló de manera tan favorable que un año después, en 19 de noviembre de 1959, era clausurado solemnemente, bajo la presidencia del excelentísimo señor Arzobispo-Obispo de Barcelona y con la asistencia de las autoridades, numerosos familiares de la Sierva de Dios, representantes de los Institutos por ella fundados, los Provinciales de las Inspectorías Salesianas de Barcelona y Valencia y el Consejero General de la Congregación, reverendísimo Padre Luis Ricceri.

No faltó una selecta representación de los Cooperadores Salesianos, de los que doña Dorotea es, por decisión pontificia, patrona y modelo.

El próximo paso para su beatificación consistirá en la aprobación de dos milagros obrados por la intercesión de la Sierva de Dios. Tenemos la seguridad de que dichos milagros

han de realizarse, pues son continuas y numerosas las gracias que obtiene a sus devotos.

Cuando la Sagrada Congregación de Ritos haya examinado esos milagros y el Sumo Pontífice los haya declarado tales, entonces tendremos la dicha de ver elevada al honor de los altares a esta insigne dama, de la que Barcelona se enorgullece con razón, y a la que podrá dedicar no una, sino muchas estatuas en sus templos principales y en las numerosas iglesias de los centros benéficos que la llaman su madre y fundadora.

Doña Dorotea será entonces, no ya la *Dama de Barcelona*, sino la *Santa de Barcelona*.

D. M. A. C. T

han de realizarse, pues son continuas y numerosas las gracias que obtiene a sus devotos.

Cuando la Sagrada Congregación de Ritos haya examinado esos milagros y el Sumo Pontífice los haya declarado tales, entonces tendremos la dicha de ver elevada al honor de los altares a esta insigne dama, de la que Barcelona se enorgullece con razón, y a la que podrá dedicar no una, sino muchas estatuas en sus templos principales y en las numerosas iglesias de los centros benéficos que la llaman su madre y fundadora.

Doña Dorotea será entonces, no ya la *Dama de Barcelona*, sino la *Santa de Barcelona*.

D. M. A. C. T

PLANO DE BARCELONA; CON LA INDICACION DE LAS OBRAS
DE BENEFICENCIA FUNDADAS O PROTEGIDAS POR LA
SIERVA DE DIOS

1. Sala de Asilo. Calle Luna.
 2. Idem. Calle Aldana.
 3. Escuelas de los Hermanos de las Escuelas Cristianas (Calle Blay).
 4. Sala de Asilo. Barceloneta.
 5. Escuelas Cristianas. Barceloneta.
 6. Colegio del Sagrado Corazón.
 7. Escuelas Salesianas.
 8. Colegio del Santo Angel.
 9. Hijas de María Auxiliadora.
 10. Escuelas de San José.
 11. Asilo de San Rafael.
 12. Asilo del Buen Consejo.
 13. Hospital del Sagrado Corazón.
 14. Colegio de la Sagrada Familia.
 15. Asilo de las Hermanitas de los Pobres.
 16. Religiosas del Servicio Doméstico.
 17. Albergue de San Antonio.
 18. Colegio de Religiosas del Sagrado Corazón.
 19. Asilo de San Rafael.
 20. Franciscanas de Pueblo Nuevo.
 21. Colegio de San Vicente.
 22. Escuelas de Gracia.
 23. Jesuitas de la calle Caspe.
 24. Religiosas de María Reparadora. Caspe.
 25. Jesuitas de Sarriá.
- a.—Primera residencia de Doña Dorotea. (Calle Moncada).
b.—Palacio de la Gran Vía.
c.—Torre Casa Serra. (Sarriá).

FUNDACIONES FUERA DE BARCELONA

- Parroquia de Calella.
- Carmelitas de Puigcerdá.
- Escuelas de Rubí.
- Carmelitas de Zaragoza.



SAN JUSTO

GRUPOS

AV. DEL

AV. DEL

AV. DEL

AV. DEL

AV. DEL

AV. DEL

AV. DEL

AV. DEL

AV. DEL

AV. DEL

AV. DEL

AV. DEL

AV. DEL

AV. DEL

AV. DEL

AV. DEL

AV. DEL

AV. DEL

25

C

6

7

8

9

12

11

14

13

15

10

1

2

3

HOSPITAL

CORTES

PEDRALBA

TRUJILLO SECO

HOSPITAL

CASA ANTUNEZ



LAS ROQUETAS

HORTA

VALCARA

EL BARILE

SAN ANDRÉS

22

EL GUARDIA

SAGRERA

17

16

LA VERNEDA

SAN MARTÍN

24

18

19

20

PUEBLO NUEVO

4

5

RECONETA



ÍNDICE

	Pág.
PÓRTICO	5
PRÓLOGO	9

I. LA MUJER

La Familia Chopitea	15
La Independencia Chilena	17
Evasión rocambolesca	18
Los Chopitea en Barcelona	20
La familia Serra	21
Una familia barcelonesa del 800	22
Infancia de Dorotea	24
Alborea el amor	26
Nubes de tormenta	28
Matrimonio de Dorotea	30
Dorotea en su nuevo hogar	32
La bendición de Dios	33
Exclaustración de Sor Juana	34
Una educadora providencial	37
Un hogar cristiano	38
El bombardeo de Barcelona	41
Valor y entereza de Dorotea	43
Enfermedad de Dorotea y muerte de Sor Carmen Serra	44
Sor Juana vuelve al Convento	46
Fundación del Colegio del Sagrado Corazón	47
Dificultades domésticas	49
Muerte de doña Isabel de Villota	51
Doña Dorotea en la educación de sus hijas	52
Unión de corazones	56

	Pag.
Muerte de don Mariano Serra	58
Gran dama en sociedad	62
Dorotea en los viajes	63
Muerte de Sor Juana	67
Testamento de don José María	69
Don José María se prepara al gran viaje: santa muerte	71
La personalidad de don José María	76
Doña Dorotea, viuda	79
La jornada de doña Dorotea	81
La abuelita cariñosa	87
Con los nietecitos enfermos	97
El crepúsculo	100
Presentimiento de su próximo fin	105
Última enfermedad y santa muerte	109
Las honras fúnebres	117

II. LA FUNDADORA

Fundaciones benéficas	125
Las Salas de Asilo	127
Qué son las Salas de Asilo	128
Sala de Asilo de la calle Aldana	129
Sala de Asilo de San Rafael	131
Sala Asilo de San Juan Bautista	133

Otras obras confiadas a las Hermanitas de la Caridad:

Colegio de San Vicente en Gracia	148
El Obrador de la Sagrada Familia	150
Una Escuela del Apostolado de la Oración en Gracia	153
El Albergue de San Antonio	154
Doña Dorotea y las Religiosas del Sagrado Corazón	158
El Colegio de la calle Diputación	160
Doña Dorotea y las Carmelitas de Puigcerdá	163
Las Carmelitas de la Encarnación, de Zaragoza	168
El Asilo del Buen Consejo	171
Las Religiosas de María Reparadora	174
Las Hermanitas de los Pobres	176
Las Religiosas del Servicio Doméstico	178
El Colegio de las Terciarias Franciscanas, en Pueblo Nuevo.	184
El Asilo de San Rafael	187
Una Escuela de Hermanos Maristas en Rubí	191
Obras benéficas en Palafrugell	192
Fundación de un beneficio en Calella	195

	Pag.
Doña Dorotea y los Hermanos de las Escuelas Cristianas.	202
El Colegio de la Barceloneta	206
Otras Escuelas en Santa Madrona	207
Las Escuelas de Gracia	208
Doña Dorotea y la Compañía de Jesús	210
El Colegio de la calle de Caspe	212
El Colegio Máximo de Sarriá	214

III. LA COOPERADORA SALESIANA

Los Cooperadores Salesianos	221
La solución de un problema	223
La profecía de un santo	226
El triunfo de la constancia	228
Don Branda en Barcelona	231
Se abren los Talleres	232
Humildad de doña Dorotea	236
Ampliación de la obra	237
Dos almas gemelas	239
Don Bosco en Barcelona	242
Origen del Templo del Tibidabo	246
El adiós a Don Bosco	247
El Colegio de Santa Dorotea	250
Dificultades insuperables	252
Se superan los obstáculos	254
Dios me quiere pobre	257
La muerte de Don Bosco	259
Nuevos proyectos	260
Las Escuelas de San José	263
Enfermedad de don Branda	264
Se inauguran las Escuelas	266
El Colegio del Santo Angel	268
Plantel de vocaciones	270
La iglesia de María Auxiliadora	272

Fundación del Colegio Salesiano de Talca (Chile) :

Sueño profético	275
La Madre Teresa Serra	276
Actividad de doña Dorotea	278
Los primeros pasos	280
Los Salesianos en Chile	282
Monseñor Cagliero en Talca	284
Cesión del edificio	285

	Pág.
Popularidad de doña Dorotea	286
Llegada de los Salesianos	288
La muerte de Don Bosco	289
En la brecha	290
Generosidad de doña Dorotea	294
 IV. LA SANTA	
Virtudes heroicas de la Sierva de Dios	299
 VIRTUDES CARDINALES	
PRUDENCIA	300
JUSTICIA	305
FORTALEZA	308
La Mujer Fuerte	311
TEMPLANZA	315
Sobriedad	316
Pobreza	317
Castidad	319
 VIRTUDES TEOLOGALES	
FE HEROICA, ...	322
Su amor a la Eucaristía	323
Devoción al Sagrado Corazón de Jesús	326
Devoción a la Preciosísima Sangre	329
Devoción a María Santísima	331
Devoción a San José	332
Otras devociones	333
Su amor a las almas	333
Apoyo a las vocaciones sacerdotales	335
Su interés por las Misiones	338
Ayuda a las religiosas	340
Su veneración por los Obispos y Sacerdotes.	341
Su amor al Papa	342
ESPERANZA	343
CARIDAD, ...	346
Heroico amor a Dios: vida interior	346
Su amor al prójimo	360
Caridad con los criados	363
Caridad con los pobres	367
Con los vergonzantes	371
Su buen corazón con los animales	377
Significativos detalles de la caridad de doña Dorotea.	378
Memoria testamentaria	380

EPILOGO

Hacia la gloria de los altares	
Una gloria salesiana	31
El Padre Alegre en acción.	38
Interviene Don Rinaldi	38
La Causa de Beatificación en marcha	38
El proceso apostólico	390

Page

385

387

388

389

390